
CASARSE CON UN PÍCARO, LIBRO TRES
TAMARA Gill
SOLO UN VIZCONDE LO LOGRARÁ

SOLO UN VIZCONDE LO LOGRARÁ

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epílogo

Otras Obras de Tamara Gill
Acerca de la autora

CRÉDITOS

Solo un vizconde lo logrará
Casarse con un pícaro, Libro 3
Copyright 2025 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

Lady Alice Worthingham nunca sigue las reglas de la Sociedad al pie de la letra. Nunca. Le encantan las aventuras y las nuevas experiencias. Vive la vida con una actitud descarada que la Sociedad puede tomar o dejar. Pero, incluso para ella, un salteador de caminos robando es demasiado.

Lord Arndel, el vecino de Lady Alice, está metido en un juego peligroso: de día actúa como un correcto vizconde y de noche es el Bandido de Surrey. Y robar de forma descarada a la mujer que había capturado su atención no es poca cosa, ni la movida más sabia.

Cuando Lady Alice se entera de la verdad, el vizconde descubre que, cuando una mujer de buena educación busca venganza, hace que un ladrón pague por sus crímenes con todo… incluso con su corazón.

PRÓLOGO

Callum entrecerró los ojos, ya que la luz de la habitación lo encegueció cuando le arrancaron la venda. Parpadeó, mientras se acostumbraba de nuevo a la luz.

No reconoció a ninguno de los hombres que lo miraban, pero podía percibir la amenaza que brillaba en sus ojos. Trató de mover los hombros ya que las bandas alrededor de las muñecas le entumecían las manos.

—¿Quién mierda son ustedes?

El hombre calvo detrás del escritorio, lo miraba fijo sin titubear. —Soy prestamista. Y vengo en busca de mi dinero.

Entraron dos hombres más, igual de rudos, y se quedaron de pie detrás del hombre en el escritorio. Cruzaron los brazos sobre su pecho y Callum entendió la amenaza silenciosa.

—Yo no les debo nada.

El hombre sonrió. —*Mmmm*, un detalle menor que ya le paso a explicar. *Usted*, Lord Arndel, no me debe dinero, pero junto con su título, ha heredado la deuda de su primo fallecido. —Se encogió de hombros y continuó: —Lamento ser portador de malas noticias, pero la deuda de su primo tal vez sea más de lo que puede pagar. Por lo tanto, tal como le pasaba a su primo, también tendrá que hacer lo que le digamos.

—No voy a hacer nada de lo que me pidan. No sabía sobre esta deuda ni entiendo por qué debo heredarla.

—Tiene razón, —le contestó, cerrando los ojos un poco, —pero, de todos modos, heredó la deuda y debe hacer lo que le digamos o su preciada familia… cómo le digo… —hizo una pausa para pensar y siguió: —saldrá herida.

Callum tragó saliva, la necesidad de lastimar al bastardo se multiplicaba por diez. Si no estuviera atado, golpearía al hombre sin dudarlo. ¿Cómo se atrevía a amenazar a su niña? —Toque a mi hija y se arrepentirá de por vida.

—Usted será el que lo lamentará si cree que estoy bromeando, mi lord. —El prestamista tomó un sorbo de su líquido ámbar, colocando el vaso como si no le importara nada a su alrededor y no hubiera amenazado a un hombre y su familia con quién sabe qué horrendas consecuencias. —Antes de que su primo muriera, teníamos un contrato escrito, en caso de que su fallecimiento fuera antes de lo previsto. Ahora que ha heredado el patrimonio y el título, le hemos enviado el contrato a su abogado y estoy seguro de que en los próximos días le pedirá una audiencia.

—¿Cuánto le debe?

Con un poco de suerte, no sería tanto como temía, aunque su primo Robert había tenido un estilo de vida lleno de vicios y desenfreno.

—La deuda ronda las dieciocho mil libras. Más de lo que sé que tiene.

Callum trató de respirar para calmarse, pero no lo logró. La habitación se encogió y, por primera vez en su vida, pensó que podría desmayarse.

—Dieciocho mil libras... sin duda le prestaste esa cantidad sabiendo que nunca podría pagarla. ¿Cómo se atreve a actuar de forma tan criminal?

El prestamista se echó a reír, temblando de alegría. —Mi lord, por si no se había dado cuenta, *soy* un criminal y voy a recuperar mi dinero, con su ayuda. —Metió la mano en el cajón de su escritorio y sacó una carpeta con una multitud de papeles adentro. —¿Le gustaría conocer los detalles de los servicios que me harán feliz?

—¿Tengo otra opción? —preguntó Callum y sus palabras rompieron cualquier esperanza que pudiera tener sobre su futuro y

el de su familia.

—En esta carpeta hay una lista y dibujos de joyas que quiero que me traiga. Cada pieza tiene un valor alto, está hecha de joyas de la mejor calidad y me hará tan rico que incluso me verán embellecer los salones de baile de la *sociedad* en los años venideros.

Callum tenía muchas dudas y no quería ni pensar en lo que significaban las palabras del prestamista. Se rompió el cerebro pensando una manera de alejarse de la situación, quedar sin deudas ni ningún vínculo con el hombre que tenía delante, pero su mente estaba en blanco. No veía una salida. No tenía dinero propio; solo la finca, que no la podía vender.

—Usted, Lord Arndel, robará estas joyas a los ricos y me las entregará todos los meses hasta que se pague la deuda. Y solo para endulzar el trato, algunas de estas joyas valen hasta mil libras, así que no se desespere porque no voy a requerir sus servicios para siempre.

—¿Quiere que me convierta en un ladrón, robando las casas de estas personas a las que voy a ver la mayoría de las noches en los eventos de la ciudad y demás? Maldita sea. No lo voy a hacer.

El prestamista hizo un gesto a uno de sus guardias, quien abrió una puerta, murmurando a alguien dentro del espacio oscuro. La ira, como nunca antes, lo consumió cuando llevaron a su hija, con el cuerpo dormido en los brazos del hombre.

—¿Qué le hicieron? —rugió, parándose y tirando la silla a la que sus manos estaban atadas contra la pared. Se alegró al escuchar que se formaba una grieta y lo volvió a hacer. La silla cedió, lo suficiente como para poder liberar sus manos.

Cuando se acercó a su hija, el segundo hombre corpulento lo derribó al suelo, con un golpe sólido en la espalda.

—Dígame lo que hizo, — dijo entre jadeos y su mirada se difuminó al pensar que podrían haber matado a su pequeña.

—Está viva, por ahora. Demasiado licor en su té, por desgracia. La dejó noqueada.

El hombre sonrió y Callum se prometió que mataría al bastardo. Tal vez no hoy con la vida de su hija todavía en sus manos y las de

sus compinches, pero algún día lo haría. Llegaría el día en que el hombre que se reía de él pagaría por atreverse a sacarla de su casa.

—Dentro de un mes, debe conseguir la primera joya. Se meterá en sus casas. Deberá esperar a que asistan a un baile o que estén de viaje. En esos momentos deberá entrar, robar sus objetos de valor y traérmelos.

—¿Así que me voy a convertir en un bandido?

La situación era tan absurda que resultaba demasiado para que su cerebro lo procesara. Justo cuando su vida había dado un giro positivo... ahora pasaba esto. Luchó para moverse, para levantarse. El prestamista asintió y el hombre le quitó la rodilla del centro de su espalda. Callum corrió hacia Amelia y la arrancó de las manos del segundo guardia; odiaba el hecho de que estos bastardos habían estado cerca de ella, la habían robado de debajo de su nariz sin problema.

—Bien —dijo Callum sosteniendo a su hija con fuerza. —Voy a hacer lo que me pida, pero si alguna vez se acerca a mi hija de nuevo lo mataré. Incluso si me ahorca ante toda la *sociedad*, no piense que le permitiré vivir si la lastima.

El prestamista le lanzó una mirada amenazante. —No voy a tener ninguna razón para herir a nadie si usted hace lo que le pido.

—Deme la lista.

El hombre le agarró la mano y Callum se liberó y caminó hasta la puerta. Se detuvo cuando uno de los guardias se paró frente a él, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Deja pasar a Lord Arndel. Por hoy terminamos con él.

Callum salió de la habitación y vaciló sobre sus pasos cuando un grupo de mujeres semi—desnudas se pararon a lo largo de las paredes, mirándolo. Sus ojos lo invitaban a unirse a ellas en las habitaciones contiguas. ¿Cómo se atrevía el bastardo a llevar a su hija a ese tipo de establecimiento?

Amelia murmuró mientras dormía y Callum frunció el ceño. ¿Qué licor le habían dado? ¿Y si la hubieran matado por accidente? Si su primo Robert no estuviera muerto, él mismo lo mataría por poner a su hija en esa situación.

Callum salió de la plaza circular que tenía edificios que necesitaban reparaciones urgentes y se dirigió hacia donde había una carretera más transitada. Llevaría a Amelia a casa y luego decidiría qué hacer y cómo enfrentar los próximos meses bajo la orden de ese hombre.

No tenía por qué soportarlo y, sin embargo, debía hacerlo. No podía ver una salida a esta situación. Estaba en deuda con él hasta que pagara peso por peso, de un compromiso que no era suyo.

Maldición.

CAPÍTULO
UNO

Surrey, dos años después

Alice se encontró con los ojos sorprendidos de su madre y luego se volvió para mirar por la ventanilla del carruaje. Era poco atractivo el camino entre su hogar y Ashford, el pequeño pueblo del que venían. Tony, su conductor, gritó y el carruaje se adelantó a una velocidad cada vez mayor. Alice tomó la correa de cuero y la agarró lo mejor que pudo.

—No puedo ver a nadie, mamá. —Se recostó y se agarró de los almohadones con su mano libre. —Pero puedo escuchar como un jinete que se acerca rápido detrás de nosotros.

Su madre se quitó el pañuelo de los labios con tiempo suficiente para responder. —¿Quién crees...?

—¡Para el carruaje! —ordenó una voz profunda y apagada, seguida de un fuerte estallido de una pistola que envió escalofríos por la columna de Alice. *¿Le disparan a Tony y... a sus caballos? Por Dios, ¿qué está pasando?*

De nuevo, Alice miró por la ventanilla del carruaje, saltó al otro asiento y abrió el portal para hablar con Tony. —¿Estás bien para continuar? Estamos tan cerca de casa que no quiero parar.

Tony mantuvo la vista en el camino, pero se agachó.

—Correcto, señorita. No voy a dejar que nos atrape.

Escucharon otro disparo justo cuando las palabras salían de los labios de Tony. Alice jadeó y agarró la mano de su madre; no le

gustaba su color gris pálido.

—Abajo, querida, —su madre intentó gritar sobre el crujido de las ruedas en el camino de grava.

El carruaje continuó subiendo por el camino a una velocidad vertiginosa. Alice se sentó en el suelo y empujó a su madre con ella, antes de girarse para buscar debajo del asiento la pistola que su padre solía guardar allí. Solo encontró un espacio vacío y una telaraña.

Tony maldijo antes de gritar que no podía continuar sin poner sus vidas en riesgo. Un temor repugnante se acumuló en su estómago. Su madre la miró asustada y sus labios formaron una delgada línea de miedo.

—Incluso en estas circunstancias, no creo que Tony deba decir esas palabras; maldecir nunca es aceptable.

Alice contuvo el impulso de poner los ojos en blanco. Tenían cosas más importantes de las que preocuparse que una mala palabra. Si hubiera estado adelante y un idiota le hubiera disparado, estaba segura de que más que unas pocas maldiciones saldrían volando de su boca. —Tony está disminuyendo la velocidad, mamá. En todo caso, eso es lo que debería preocuparte.

—Alice, ven a sentarte más cerca de mí y no sueltes mi mano, bajo ninguna circunstancia.

Alice hizo lo que le pidió y se aferró a los dedos temblorosos de su madre. —Va a estar todo bien, madre. Estoy segura de que solo quiere robarnos y luego se irá.

Al menos eso es lo que Alice esperaba, pero quién sabía con este bandolero. Cualquier cosa era posible.

Su madre asintió, pero le agarró la mano con fuerza mientras el carruaje se detenía. Alice escuchó ruidos afuera cuando Tony saltó. Se acercó a su puerta, con la cabeza mirando para todos lados, sin duda tratando de buscar a quien los perseguía.

Esperaron como patos a que el esquivo zorro atacara, pero reinó el silencio.

—¿Quién crees que es? —preguntó su madre.

Alice frunció el ceño, preguntándose lo mismo. —Tal vez sea el salteador de caminos que ha estado aterrorizando a Surrey durante

el último año.

Sus escapadas hicieron que Londres se pusiera nervioso por las joyas que ha robado y la riqueza que había acumulado de los ricos. Ahora parecía que ellos también llenarían sus arcas. Respiró con fuerza; no creía ni en sus propias palabras. Pensaba que era divertido que el caballero robara a los ricos, pero no tuviera en cuenta a los pobres. Ahora, como uno de los desafortunados en caer bajo su ira, estaba cambiando de parecer.

—¿Qué quiere? —Tony gritó hacia los árboles.

Un escalofrío inquietante se arrastró por su piel cuando la pregunta se encontró con una profunda risa masculina. Una risa que era tanto arrogante como condescendiente al mismo tiempo.

—Saque a las damas. ¡Ahora!

Alice hizo callar los gemidos de su madre y le hizo un gesto a Tony para que abriera la puerta cuando miró hacia atrás para obtener su aprobación. Las ayudó a bajar y luego se paró frente a ellas como un caballero con una armadura brillante. Alice sonrió por dentro ante la devoción que el cochero de su madre tenía por la familia, especialmente porque era mayor que la misma Inglaterra.

Miró hacia el camino, con árboles densos en sus bordes que proyectaban sombras en movimiento por todas partes. Los ojos de su madre quedaron enormes y llenos de miedo cuando una aparición fantasmal de un caballo y un jinete oscuros salió de entre los árboles. La respiración irregular y desigual del caballo lo hacía parecer peligroso y de otro mundo.

Alice estaba segura de que en ese mismo momento se iban a morir. Nada que se viera tan malvado podría hacer algo bueno por este mundo.

—Bueno, bueno, bueno… Mira a quién tenemos.

El jinete detuvo bruscamente al caballo y sus ojos se encendieron ante el fuerte tirón de la broca.

—Eso no le incumbe. Tome lo que quiera y váyase, —dijo Tony, lanzándoles una mirada preocupada por encima del hombro.

Los ojos de Alice se entrecerraron ante el *ts, ts, ts* que pronunció el salteador de caminos. Miró al caballo y se preguntó cómo un ladrón podría ser dueño de semejante bestia. O, tal vez, era robado.

Estudió al hombre, con sus pantalones apretados sobre sus piernas bien formadas. Su chaqueta y su camisa, aunque no eran de la mejor calidad, estaban limpias y planchadas. En cuanto a su rostro, no pudo distinguirlo en absoluto, debido al pañuelo negro que cubría su nariz y boca. Pero sus ojos, oscuros como la noche, eran inteligentes, calculadores y, justo en ese momento, los estaba estudiando. A fondo.

El salteador se inclinó sobre su caballo. —Creo que la duquesa de Penworth será mi presa hoy. Y ese precioso broche que tiene será un buen pago. Entréguelo y no le haré daño.

Alice confortó a su madre antes sus jadeos, intentando inútilmente ocultar el broche que hacía que los ojos del ladrón destellaran con una avaricia repugnante.

—¿Quién le da derecho a tomar lo que no le pertenece? —le preguntó Alice y levantó su barbilla desafiante. Pensar en que su madre perdiera una joya tan atesorada de la familia hacía encendía la sangre en sus venas.

Quedó petrificada cuando la atención del hombre se centró en ella y la elevación de sus cejas declaró que no la había notado o la había estado ignorando. Alice empujó hacia abajo los repugnantes nervios que atormentaban sus entrañas cuando él se bajó del caballo y caminó hacia ellos con una arrogancia llena de confianza.

Levantó más la barbilla y se negó a mirar hacia otro lado, aunque su mente estaba congelada de miedo. Aparentaba ser alto y fuerte y podía partirlos por la mitad, si lo deseaba. *Oh, querido, por favor no nos haga daño. Siento haber hablado.* Tragó saliva cuando él se paró enfrente, demasiado cerca como para estar cómoda.

—Es una belleza, mi pequeña diosa rubia. Tal vez debería robarla, en lugar de esos adornos artificiales.

Extendió la mano y sacudió el broche de su madre, descartándolo por no tener valor.

Alice se quedó boquiabierta y luego cerró la boca ante el gesto insolente del hombre. Seguramente no había querido decir eso. Pero, por el brillo en sus ojos, Alice se dio cuenta de que hablaba en serio.

—Señor, va a dejar en paz a mi hija.

Su madre se movió frente a ella, lo que sacó a Alice del trance en el que parecía haber caído mientras lo miraba.

Él sonrió, luego se acercó a Tony y, tan rápido como un destello, empujó al hombre al suelo, atando sus manos con una habilidad muy versátil que en otras circunstancias habría sido impresionante. Consternada, Alice observó que su único medio de protección se movía en el suelo, sin poder ayudarla. El pícaro se volvió hacia ellas, con los ojos yendo y viniendo.

—No es momento para dar órdenes, Su Excelencia. —Se acercó a ellas y le sacó el broche de esmeraldas. Alice estrechó la mano de su madre cuando los ojos se le llenaron de lágrimas. Miró de nuevo al ladrón y observó cómo deslizaba la joya por su bolsillo. —Su Excelencia, si regresa al carruaje, se lo agradecería mucho. Tengo que hablar con su hija... en privado.

—No tiene nada que hablar conmigo, señor. Ya tiene su dinero, ahora es momento de que nos deje en paz.

Alice se aferró a su madre; no deseaba oír nada que este bruto tuviera que decir. Temía que la molestara de alguna manera u otra. Quizás él no era el bandido que acosaba a Surrey, porque nunca escuchó decir que atacara a las mujeres mientras robaba sus posesiones.

Él sonrió y sostuvo la puerta del carruaje abierta. Luego, las separó y acompañó a su madre hasta la puerta. Mostró de nuevo el arma y cuando su madre vaciló en la puerta la colocó contra su columna vertebral. Se negó a moverse y Alice notó su postura desafiante, pero lo último que deseaba era que lastimaran a su madre. Había perdido a uno de sus padres y no estaba lista para perder a otro.

—Espera en el carruaje, madre. Voy a estar bien. Te lo prometo.

Su madre finalmente accedió y Alice se estremeció cuando la puerta del carruaje se cerró. El demonio (tal vez acechador sería una mejor palabra) caminó hacia ella, la llevó hacia atrás del carruaje, fuera de la vista de su madre, que se inclinaba por la ventana, decidida a mantener a su hija a la vista.

El bandido observó a Alice por un momento. Ella notó que sus ojos, que parecían negros, eran de hecho azules con tintes grises.

En cualquier otro momento, habría creído que eran atractivos, pero hoy, eran una ventana al infierno.

Se sobresaltó cuando él se acercó. —Usted es una belleza, Lady Alice.

Las palabras susurradas contra su oído despertaron un calor peculiar que atravesó sus huesos. Alice supuso que era miedo, acompañado del hecho de no saber quién era este hombre, ni de lo que era capaz. Se quedó inmóvil y esperó; no quería decir o reaccionar de ninguna manera, para no estimularlo a hacer peor.

—Es una pena que una mujer como usted entre en un matrimonio por conveniencia. Esa carne tan deliciosa merece ser amada y colmada de placer. —Le apretó el hombro y la empujó contra la multitud de paquetes atados a la parte posterior del carruaje. Se inclinó hacia ella, acercándose más de lo que alguna vez había permitido a un hombre. —Hace mucho tiempo que no tengo a una mujer como usted debajo de mí. Uy, cómo me encantaría participar en el placer mutuo que la dejaría arruinada para cualquier otra persona.

Alice tragó saliva; odiaba el hecho de que, en el fondo, su cuerpo reaccionaba ante esas palabras absurdas y escandalosas. No debería permitirle decir esas cosas. Debería golpearlo en la cabeza, pero en este momento no tenía nada con qué hacerlo, así que era un punto discutible.

—¿Cómo me conoce, señor? —logró preguntarle, con el aire atascado en sus pulmones y muy nerviosa al pensar en ese hombre encima de ella, complaciéndola como sus palabras prometían. Había algo muy malo, si tales pensamientos, en lugar de ser viles, la dejaban preguntándose cómo se *sentiría.* Aparte de ser un delincuente, parecía sano; el contorno de sus ojos era claro, no inyectados en sangre o amarillentos. Pero probablemente lo más extraño de todo era que, aunque les estaba robando, ya había robado un broche y le había disparado al equipaje, no estaba asustada.

Ni un poco.

Él sonrió, devorando su piel con sus ojos. —Siempre analizo a las personas a las que planeo despojar de sus posesiones. No está

demasiado enojada conmigo; eso espero.

Alice arqueó la ceja; sabía por el brillo de sus ojos que estaba sonriendo, incluso riéndose.

—Quizás me haga un favor si no le robo esos preciosos pendientes que lleva puestos.

—Si le doy los pendientes, ¿me devuelve el broche?

—¿Qué tal, —dijo, acercándose, —si me da un beso y luego pienso en el intercambio?

Alice tragó saliva cuando la mano del bandolero le agarró la cadera, apoyando los dedos contra su cuerpo. Sus ojos se encontraron y ella se sorprendió al ver que se oscurecía con una emoción en la que no quería profundizar demasiado. *¿Quién es?* ¿Y cómo sabía ella, sin importar sus palabras, que no la obligaría a hacer nada que no quisiera? Era muy desconcertante.

—¿No me besará, mi lady? —la desafió.

Alice le pasó las manos por los hombros hasta los mechones oscuros de la nuca. Su cabello era suave y el aroma a limones flotaba en el aire. Qué extraño que un hombre así esté impecable y tenga un olor fresco. Ella se prendió al juego y le dedicó la mejor mirada descarada que pudo lograr.

—No sabe cuánto tiempo esperé para encontrarme con el famoso bandido de Surrey, si es que es usted. Y si sus labios son tan tentadores como su voz, sería un honor para mí concederle el favor, pero tendrá que quitarse el pañuelo para hacerlo.

Alice se acercó a él con todo el supuesto deseo que pudo fingir. Reprimió el miedo que se apoderó de ella: a estar jugando con el tipo de hombre equivocado. A pesar de sus ojos deseables y su cuerpo y ropa limpios, *era* un salteador de caminos. Despiadado y posiblemente más peligroso de lo que se suponía. Rezó para no estar equivocada y no terminar en un callejón sin salida.

Su cuerpo delgado y musculoso tocó todo el frente del suyo y Alice echó la culpa de la falta de aire en sus pulmones a la inquietud por lo que estaba a punto de hacer; evitaba pensar que la culpa era de lo que sintió a solo unos minutos de conocerlo. Un ladrón, nada menos.

Recorrió el cuello con las manos y las posó sobre sus hombros. Se inclinó hacia adelante, tanto que su aliento, a través del pañuelo, entibió sus labios.

Ella tragó saliva; su boca se secó al sentir el pecado. Sus labios eran demasiado perfectos para ser de un hombre. Siempre había querido tener labios tan voluminosos como los de él, con un poco más de color rojo para tentar al sexo opuesto a besarla; aunque eso nunca había sucedido. Y ahora, parecía como si su primer beso fuera con un hombre que le estaba robando.

Alice se humedeció los labios y se dio cuenta de su error en el momento en que sus orbes azules se oscurecieron por el deseo. Su respiración aumentó y trató de calmar su corazón palpitante, que amenazaba con salirse de su pecho. No se suponía que deseara su beso, pero una parte escandalosa de ella lo quería más que nada en su vida.

—Béseme, hermosa.

Si hubiera podido, se hubiera derretido en el acto, como nieve bajo el sol de verano. Ay, esa voz profunda y masculina era la tentación en persona; hacía despertar algo salvaje dentro de ella que la conducía a besarlo y mandar al diablo sus modales y las expectativas que se le habían impuesto por su herencia. Alice no supo cómo logró apartar su atención de esos labios.

En lugar de inclinarse hacia adelante y tomar lo que ambos querían con desesperación, se sacudió de ese encantamiento. No quería besarlo. Era la sangre corriendo por sus venas lo que la hacía sentir mareada y… cualquier otra cosa que fluyera por su cuerpo. No el hombre o el placer con el que la tentó. Se armó de valor para hacer lo que debía y así, justo antes de que sus labios se encontraran y con todas las fuerzas que pudo reunir, levantó la pierna y le dio un rodillazo firme en la ingle.

Él cayó al suelo y sus aullidos de dolor fuertes retumbaron en el bosque silencioso. Alice lo miró durante un segundo antes de volverse y correr hacia la parte delantera del carruaje, dirigiéndose a Tony que se tambaleaba.

—Tony, sube al coche. Yo manejo.

—Pero, mi lady... —balbuceó.

—Sin peros. Haz lo que te digo... ahora. —Alice subió rápidamente y agarró las riendas. El bandolero todavía estaba en el suelo y Tony todavía la miraba con los ojos muy abiertos. —No tenemos mucho tiempo. ¡Muévete! Ahora, hombre, —le gritó.

Hizo lo que le ordenó y ella azotó a los caballos a un galope inmediato justo cuando la puerta del carruaje se cerraba de golpe. Con una nube de polvo, dejó al demonio donde pertenecía: en el suelo y solo. Golpeó el látigo sobre las orejas del caballo y frunció el ceño cuando la comprensión de lo que había hecho la golpeó con tanta fuerza como lo había golpeado a él. La rodilla en su ingle había sido bastante dura, quizás más de lo que debería haberlo hecho. Una pequeña parte de ella esperaba no haberlo lastimado demasiado, a pesar de toda su ira por el robo.

Puede que fuera un ladrón, pero olía muy bien, a frutas de verano o algo así. Y su aliento... al hablar, no había apestado a cerveza rancia ni a las comidas del día anterior, sino a menta, fresca y tentadora. Si hubiera sido un caballero en un baile de máscaras, habría recibido el beso con gusto. Y sin duda habrían sido unos minutos agradables y deliciosos. Su hermana Beth le había hablado sobre el beso de un hombre y Alice había anhelado recibir uno, pero ya era demasiado besar a un salteador de caminos. No lo haría, sin importar cuánto hubiera querido ir en contra de las expectativas y vivir el momento. Los libertinos como el que había dejado atrás, siempre eran buenos para la seducción, pero no se podía confiar en ellos ni disfrutar el momento. Nunca.

Suspiró en su interior. Su vida últimamente parecía un drama tras otro. Quizás, debería hacer lo que su madre quería y encontrar un marido.

Comprobó la velocidad de los caballos mientras su cuerpo se rebelaba ante la idea de estar casada. Si estuviera casada, se esperaría que satisfaga todos los caprichos de su esposo, le diera bebés y lo hiciera feliz. No es que se opusiera a ser feliz, pero solo el amor más profundo la llevaría al matrimonio y todos los hombres que había conocido hasta ahora, desde su primera temporada social, habían sido menos que inspiradores.

Por supuesto, eran ricos, tenían títulos y propiedades que agradarían incluso a la realeza, pero eran tan aburridos como ver las gotas de agua secarse sobre el césped. Y ninguno de ellos le había inspirado intriga o atracción. La primera vez que había experimentado esas sensaciones había sido hoy, con un ladrón.

Aunque eso no era *del todo* cierto, ya que *había reaccionado* a un hombre antes, nada menos que a su vecino Callum Edwards, el vizconde Arndel.

Se quedó mirando la carretera, sin ver nada más que los caballos galopando. Tal vez su madre tenía razón y necesitaba dejar de ser tan exigente y de ver a los ricos como idiotas privilegiados, porque si estaba reaccionando a los bandidos, algo andaba mal con ella.

Los penetrantes ojos azules del hombre que había dejado retorciéndose en el camino destellaron ante ella y sonrió, esperando no haberlo lastimado demasiado. Por qué... ella no lo podía comprender. Les había apuntado con un arma. Ese bandido se merecía todo lo que recibió. Sin embargo, nunca en su vida había estado tan emocionada y temerosa al mismo tiempo.

Fue una reacción absurda. Era un sinvergüenza, para nada digno de su atención. Merecía estar en Newgate por sus crímenes y, sin embargo, había despertado en ella un espíritu diabólico que trataba de liberarse. Un espíritu que anhelaba un matrimonio por amor y un hombre que despertara su deseo, todos los días de su vida. No alguien que se casaría con ella por su riqueza y la cara bonita que su madre siempre decía que tenía. No quería ser el adorno de nadie. Que la colocaran en una gran casa, para admirarla y alabarla, pero al mismo ignorarla. Redujo la velocidad de los caballos mientras los hacía pasar por las puertas de Dunsleigh y suspiró.

Sin duda, el demonio vivía de forma salvaje y no se dejaba obstaculizar por la sociedad ni las obligaciones familiares. Deseaba con todas sus fuerzas poder ser tan libre como él. Bueno, hasta que fuera capturado y colgado por sus fechorías. Ese no era el tipo de final que deseaba en absoluto.

Pero entonces, ¿qué era la vida si uno no podía soñar con posibilidades? Sin duda, sin importar lo que quisiera y anhelara, eventualmente se asentaría y viviría la vida que se esperaba de la

hija del duque de Penworth. Aunque, sin importar cuánto lo quisiera negar, no podía impedirse soñar lo contrario.

…

Callum Edwards, el vizconde Arndel, se sentó en el camino de tierra y se apoyó en sus rodillas mientras observaba el carruaje rodar por la carretera y lo dejaba envuelto en una nube de polvo. Sacudió la cabeza y frunció el ceño, preguntándose quién se estaba apoderando de él como para actuar de forma tan imprudente. Hizo un esfuerzo y se levantó, desempolvó sus pantalones de piel de pavo y llamó a su caballo con un silbido. Mientras su fiel semental Bandido trotaba, Callum sacó la preciada joya de su bolsillo y sonrió ante la gema verde. Era la última joya necesaria para resolver la deuda con el prestamista, tan pronto como viajara a Londres para librarse de ella.

La rica esmeralda verde oscuro en un broche de oro brillaba ante sus ojos; los diamantes alrededor de la piedra de forma rectangular relucían a la perfección y cualquiera podía decir que valía una fortuna.

Lo guardó y apretó las riendas de su caballo, levantando la pierna en el estribo sin éxito mientras un dolor intenso recorría su ingle. Maldijo y se acomodó un poco antes de intentarlo de nuevo. Después de un rato, tuvo éxito. Tenía una fuerza sorprendente en su pierna, mucho más de lo que había imaginado.

Se movía de un lado a otro en el asiento, la maldita silla le provocaba palpitaciones y un dolor en el estómago. Condujo al caballo hacia su casa: necesitaba una compresa fría y coñac bien añejo, o directamente una cama, después de la rodilla con buena puntería de Lady Alice.

Comprobando que no había nadie cerca, cruzó los campos hacia su casa, *Kester House*, y sacudió la cabeza tratando de entender la situación: era una mujer muy por encima de él en estatus social, pero demasiado joven o demasiado inocente como para entender cuál era su intención.

¿En qué estaba pensando? Bueno, sabía lo que había estado pensando... maldita la hora en que había adoptado esta imagen de pícaro. Nada más alejado de la realidad. Nunca antes había actuado como un canalla. Había tomado lo que quería y había huido de todos sus otros atracos. No había jugado con sus víctimas como un niño con sus soldaditos de madera.

Y odiaba el hecho de que parecía como si Lady Alice no se hubiera dejado engañar por sus amenazas. Tenía la impresión de que se había reído de él y eso lo había desafiado a intentar seducirla.

Sonrió con picardía cuando se encontró pensando en Alice, por más absurdo que fuera. No había pensado que ella pudiera tener un lado más rudo: a pesar de toda su educación de señorita, obviamente también le habían enseñado a defenderse, tanto con su cuerpo como con su boca.

Una boca que estaba seguro que lo perseguiría en sueños durante muchas noches. Esos labios deliciosos y suculentos. Probablemente sabían tan dulces como parecían.

Cruzó la pradera a medio galope y le dio la bienvenida a otra arboleda que marcaba el límite de sus tierras. El denso bosque era tan antiguo como la finca y había estado allí desde que la familia compró la tierra en el siglo XVII. Los viejos árboles lo cubrieron de sombras y se detuvo un momento, tomándose tiempo para quitarse el pañuelo y limpiarse la cara de cualquier suciedad.

Su caballo regresó a *Kester House*, como si supiera la dirección por sí solo, y así debería hacerlo, ya que el semental había venido con la propiedad cuando la había heredado. Pronto, estaría al mando de nuevo. Con el broche de esmeralda en las manos del prestamista, las deudas de la finca con el demonio terminarían, y si pudiera asegurar la venta de algunas tierras que colindaban con la finca del Duque de Penworth, le daría suficiente dinero para volver a hacer rentable la propiedad. Podría empezar de cero con Amelia.

Había anhelado este momento durante dos años. Tenía mucho tiempo perdido para compensar por haber hecho pasar a su familia por la terrible experiencia de nunca saber si regresaría.

Frunció el ceño ante la obscena cantidad de deuda en la que su estúpido primo Robert, el ex vizconde, lo había dejado tambaleándose. Se había gastado tanto dinero en juegos de azar y en la continua búsqueda de mujeres que lo acompañaran. Se había gastado una pequeña fortuna para lograr que esas mujeres parecieran honestas. Aunque nunca lo habrían logrado, por mucho que Robert les hubiera pagado.

Y la madre de Robert, que había permitido que su hijo se quedara con su única propiedad, también tenía la culpa. No es que hubiera podido imaginarse que su muy querido, y ahora difunto muchacho, alguna vez podría hacer algo malo.

Evitó los campos abiertos en la parte delantera de la propiedad y, en cambio, se abrió paso a través de la densa maleza de los árboles; no quería que nadie más que su personal del establo lo viese vestido con el atuendo de hombre común. El único tema del que se hablaba era del bandido de Surrey y los bocetos detallados del demonio desperdigados por ciudades y carreteras estaban bien hechos, demasiado bien para su gusto.

Si alguien mirara con detenimiento el cartel de "Se busca", se daría cuenta del pequeño lunar que tenía en su sien derecha. Sin mencionar que su llegada a casa a todas horas de la noche, sin ropa de lord, despertaría la curiosidad de cualquier personal... y eso era lo último que necesitaba. Su vida de crimen estaba tan cerca de terminar que podía saborearla y nada ni nadie se interpondría en su camino hacia un futuro más brillante de lo que había sido su pasado.

Guardó bien el pañuelo y se metió el broche en el bolsillo del pecho, salió de los árboles y dio una patada a su caballo para que galopara hacia casa. Mañana visitaría al duque y luego haría los arreglos necesarios para viajar a Londres para la venta de la gema. No podía irse a la ciudad tan pronto después del robo. Parecería sospechoso. El tiempo era su aliado y permitiría que el escándalo local se calmara. Una vez que lo hiciera, finalmente estaría libre de los problemas en los que estaba metido.

Entonces, y solo entonces, sería capaz de respirar tranquilo, de ser libre de asumir la responsabilidad de la propiedad que había

heredado; sin la soga cada vez más apretada que amenazaba con estrangular su futuro.

Alejó la culpa por las muchas joyas y reliquias familiares que había robado durante el último año y medio. Apaciguó su conciencia sabiendo que los ricos podían permitirse comprar piezas nuevas, si así lo deseaban: joyas más grandes y grandiosas para superar cualquier cosa que hubiera robado, pero él no podría reemplazar a su hija. Después de que el bastardo prestamista de Londres le había mostrado lo fácil que podía ser ponerle las manos encima, Callum comprendió que tendría que hacer lo que le pedía. No había elección entre la vida de su hija y una chuchería que llevaba una matrona de *la sociedad*. Convertirse en el bandido de Surrey había sido su única opción.

Con el tiempo, sin duda se sentiría culpable, pero calmaría ese sentimiento sabiendo que sus robos mantuvieron a su hija a salvo y fuera de las garras de un loco hambriento de dinero. Y gracias a la hermosa joya verde que guardaba en su bolsillo, sus días de bandido estaban por terminar. Acarició la gema cuando su caballo salió del bosque y pudo ver con claridad los campos frente a su propiedad. Grandes extensiones de césped, junto con un pequeño arroyo que corría hacia el oeste de su casa y, finalmente, hacia el Támesis.

Detuvo a Bandido y observó todo lo que poseía y dominaba. Parecía absurdo que una finca de este tamaño fuera para un solo hombre. Dudaba mucho de que alguna vez pudiera entender la sociedad en la que ahora circulaba. Era una esfera en la que no se sentía cómodo y menos después de que empezó a robarles.

La finca brillaba como un faro bajo el sol de la tarde. Una casa formada por diferentes diseños arquitectónicos, demasiados para que alguna vez se la considerara magnífica, a diferencia de la propiedad de su vecino, Dunsleigh. Lo que destacaban eran los bosques que llegaban hasta el césped de la casa: le daban al lugar una sensación de misterio y privacidad, algo que agradecía. Ahora más que nunca.

Pateando su caballo al galope, se dirigió a casa, disfrutando del sol en su espalda y el viento en su rostro. Quería ver a su hija y

decirle que se reuniría con ella esta noche para tomar el té. Tal como lo había prometido.

…

—¡Les robaron! ¿A punta de pistola? —Josh gritó detrás del escritorio de caoba en el que estaba sentado, con los ojos muy abiertos por la preocupación y la boca abierta por la sorpresa. —¿Cuándo? ¿Dónde? —Se puso de pie, su silla voló hacia atrás y aterrizó sobre el respaldo. —¿No te lastimaron, madre?

Alice se sobresaltó al oír su voz tan fuerte, que amenazaba con ensordecerla. —Sí, estamos bien. Fue el...

—Nos asaltó el Bandido de Surrey, —largó su madre, acercándose al escritorio y bebiendo el coñac de su hijo el duque. —Se llevó el broche de la familia. El que recibí de tu padre cuando anunciamos nuestro compromiso. —Su voz temblaba con angustia y se sirvió otro vaso. —No puedo creer que se haya escapado.

Alice apretó la mano de su madre y le pasó un pañuelo.

—No pasa nada, madre. No nos lastimó y eso es lo más importante. Ahora —continuó, acompañándola hacia una silla—, siéntate. Le contaré a Josh el resto.

Su madre hizo lo que le ordenó, porque ahora que la aventura había terminado, la mujer mostraba signos de angustia. Tal vez debería llamar al médico local para asegurarse de que no le daría un ataque.

—Alice, dime qué pasó.

La pregunta de su hermano la sacó de sus cavilaciones y lo miró a los ojos, leyendo la ira ardiente que hervía a fuego lento en sus profundidades. —El bandolero nos detuvo a menos de dos millas de las puertas de la finca. Sabía nuestros nombres, usaba nuestros títulos cuando nos hablaba y exigía lo que deseaba robar. El pobre Tony cayó al suelo, pero ahora está descansando en su habitación y prometió que solo era un ligero dolor de cabeza.

Josh cruzó la habitación hasta la repisa de la chimenea e hizo sonar el timbre. —Vamos a tomar el té y discutir esto más a fondo.

Creo que mamá necesita una bebida medicinal que no contenga alcohol. —Un criado entró e hizo una reverencia. —Por favor, tráenos un poco de té y los pasteles o galletas que estén listos, gracias.

Alice vio al criado irse y fue a sentarse en una silla junto a su madre. Estaba muy pálida... por lo que odió al ladrón por llenarla de preocupación y tristeza. Juró que averiguaría quién era y se aseguraría de que tuviera toda la fuerza de la ley sobre esa cabeza que albergaba unos ojos azules tan encantadores.

—¿Echaste un vistazo al ladrón, su caballo o lo que traía puesto? ¿Alguna marca que pueda ayudar a las autoridades a reconocerlo y sancionarlo? Enviaré una nota de inmediato al magistrado local para que salga a la caza. Necesita saber que el bastardo está cerca de nuestro condado y está causando estragos.

—Josh, cuida tu lenguaje, por favor, —dijo su madre, lanzándole una mirada severa.

—Haré más que maldecir en situaciones tales como estas, —dijo, sentándose detrás de su escritorio. —¿Cómo se atreve ese hombre a tomar lo que no le pertenece? Pensar que puede aterrorizar a mujeres inocentes y nada menos que en nuestro condado de origen... es imposible de aceptar. —Josh hizo una pausa y, con el ceño fruncido, dirigió una mirada salvaje a Alice como nunca antes lo había hecho... bueno, tal vez en una ocasión, cuando habían secuestrado a su hermana Beth y estaba decidido a recuperarla antes de que su reputación se arruinara. Miró hacia arriba y le preguntó. —¿Te hizo algo más? ¿Te pidió algo más o te amenazó de alguna manera? ¿Debería buscar venganza por su ataque?

Alice se quedó inmóvil bajo sus ojos penetrantes que, desde que se convirtió en duque, parecían capaces de leer la mente. Dios, esperaba que no, pero rápidamente descartó la idea de mentirle. Hacerlo no mejoraría la situación. Tarde o temprano sabría la verdad y entonces estaría en problemas. Por supuesto, era mejor que supiera todo lo que había sucedido en la carretera, incluso si eso pusiera a un ladrón descarado tras las rejas, o algo peor. —Mandó a mamá al carruaje y me llevó detrás del mismo. —Ignoró el gruñido de mal genio de su hermano y continuó. —Trató de hacer un trueque

conmigo: dijo que si le daba un beso pensaría en quitarme los pendientes y devolverme el broche. Estuve de acuerdo y...

—¡¿Qué hiciste?! ¿Besaste a un salteador de caminos? Lady Alice Worthingham, la hija del duque de Penworth, besó a un delincuente. ¿Por qué...?

—Detente, Josh, y escucha a tu hermana. No ha terminado de contarte lo que pasó. —El tono autoritario de su madre interrumpió el planteo de su hermano y se notó su disgusto en el rostro, pero no volvió a hablar.

Alice se puso de pie y caminó hacia la estufa; el escalofrío que la recorrió la hizo buscar el calor de las llamas. —Actué como que iba a besarlo. Le permití abrazarme fuerte, como si fuera a besarme y luego le di un rodillazo en la ingle. Bastante fuerte, debo agregar. Se cayó de inmediato y no se levantó, ni siquiera se sentó una vez que logré que los caballos se movieran a buen ritmo. Se quedó allí tendido. — Frunció el ceño y siguió: —Espero no haberlo lastimado demasiado. Una cosa es esperar una agresión y otra muy distinta es cuando surge de la nada. Creo que no se imaginó que una dama haría tal cosa.

La risa macabra de su hermano la sacó de sus pensamientos. —Maravilloso, —dijo, golpeando su escritorio. —Sabía que tu coraje no era en vano. Espero que el bastardo sufra y se le hinchen las pelotas hasta que le resulte difícil caminar.

—Josh, —intervino su madre de nuevo, con voz severa. —No usamos esas palabras en esta casa.

Josh negó con la cabeza, pero se mantuvo en silencio.

—Corrí hacia el carruaje y regresé a casa de inmediato. No hay nada que añadir. —Alice se encogió de hombros y de nuevo se apoderó de ella un sentimiento de melancolía. Qué extraño que un hombre que debería haberla aterrorizado, solo la intrigara. Suponía que su infancia pudo haber sido dura, un niño huérfano, con una vida plagada de problemas y desgracias. ¿Qué más podía llevar a un hombre a hacer lo que había hecho? Toda la situación era muy triste. ¿Quizás, una vez que lo encontrara, en lugar de enviarlo a Newgate, debería ayudarlo? Ayudar a que su vida dé un giro para que tenga algún significado y propósito.

Su hermano asintió con la cabeza, extendió la mano por encima del escritorio, colocó un trozo de pergamino ante él y mojó la pluma en tinta. —Voy a escribir ya al magistrado local. Madre, si le puedes avisar al personal: va a haber alguien más para la cena.

Un criado llamó a la puerta y entró, colocando el té en el escritorio, antes de hacer una reverencia y marcharse. Alice se acercó y sirvió té, colocando un pastel en un plato y entregándoselo a su madre y a Josh. —Parece que hoy no hay bizcochitos.

Su hermano miró los pequeños pasteles que en realidad eran bizcochitos, pero todos se habían puesto tan serios, tan pensativos, que Alice haría cualquier cosa para animarlos.

—Me imagino que el magistrado estará afuera dentro de una hora más o menos después de recibir esto.

Josh se puso de pie y caminó hacia la puerta. Llamó a un criado, le entregó la misiva con órdenes de que se apresurara a ir a Ashford y la entregara lo antes posible.

—¿Vas a necesitar que mamá y yo le digamos lo que pasó o lo harás tú?

El día había sido muy largo y su madre todavía estaba temblando, hasta el punto en que su taza temblaba. Alice esperaba que sus nervios se calmaran y pronto se recuperara.

Josh negó con la cabeza, terminó su bizcocho antes de estirar la mano y tomar otro. —Ahora que sé lo que pasó, me ocuparé de eso desde aquí. Estoy más que contento de que ambas estén bien luego de esa experiencia. —Tomó un sorbo de té y añadió: —Y no quiero que ninguna de los dos se preocupe por lo que pasó hoy. Vamos a atrapar a ese delincuente y ya lo vamos a ver colgado por sus fechorías. Se los prometo.

Alice frunció el ceño. La idea de que esos ojos oscuros y misteriosos se cerraran para siempre le revolvía el estómago. Pensando en la situación, realmente no había sido tan mala. Sí, había robado, pero quizás estaba desesperado. —Creo que tenemos que encontrarlo, sí, pero también deberíamos averiguar qué lo ha llevado a una vida así. Si se le diera la oportunidad, tal vez detendría sus fechorías y cambiaría su vida.

Josh la miró como si se hubiera convertido en Medusa.

—¿Estás loca? No vamos a hacer eso. Va a pagar por lo que les hizo a las dos y no voy a permitir nada menos para ese bastardo. Si tengo que acabar con el Bandido de Surrey sin ayuda, lo voy a hacer. Su vida de crimen no puede continuar, no importa qué lo haya llevado a hacer lo que hace. Incluso el niño más pobre puede optar por no seguir el camino en el que nació. Puede ser un trabajo duro y difícil, pero es posible. Este maldito eligió robar y aterrorizar a la gente y ahora es el momento de pagar el precio.

Alice asintió y deseó que su intento por parecer agradable estuviera funcionando. —Por supuesto, deja que lo cuelguen.

Pero si averiguaba quién era el Bandido de Surrey antes que su hermano, bueno, no haría ningún daño tratar de ayudarlo, antes de que se perdiera toda esperanza. Con un poco de ayuda, tal vez podría ser redimido, comenzar de nuevo y nunca tener que enfrentar lo que su hermano estaba tan decidido a que le sucediera.

CAPÍTULO
DOS

A la tarde siguiente, Callum recorrió el largo camino hacia la finca Dunsleigh de su vecino, el duque de Penworth. Alejó los nervios que le generaba pensar que las dos mujeres a las que les había robado, una a la que había maltratado más de lo debido, vivían en esa casa. ¿Lo reconocerían? ¿Su voz lo dejaría en evidencia... o sus ojos, que según le habían dicho muchas admiradoras, eran bastante memorables?

Se encogió de hombros y limpió el brillo de sudor que estalló en su frente. Lo mejor que podía hacer era actuar como el vecino que era, no el bandido que todo el mundo estaba buscando y quería ver pagar por sus fechorías.

Pensó en los acontecimientos de ayer y sus latidos del corazón volvieron a ritmo normal. El conductor era viejo y, por muy desafortunado que fuera, había tenido que atarlo boca abajo en la carretera, así que seguramente *él* no lo reconocería.

En cuanto a la madre, una mujer que llevaba muy bien su edad, solo podía esperar que los hechos la hubieran asustado lo suficiente como para recordar fragmentos, no detalles específicos. Solo Lady Alice podría ser un problema. Había estado tan cerca de ella, la había visto tan claramente, que de seguro habría captado ciertas características. Y, maldita sea, nunca antes había querido besar a una mujer que había mostrado tanta valentía. La pequeña descarada se había animado a enfrentarse a él. Había tenido más coraje que cualquiera que hubiera encontrado durante esta locura.

Miró hacia el monte bañado por el sol y su salida a la guarida del león se volvió menos preocupante. El caballo que había usado el día anterior, Bandido, se encontraba feliz en un establo en *Kester House* tomando un merecido descanso. Si Lady Alice pensara en revisar su caballo, no sería el mismo. Tendría que hacer algo para mantener a Bandido oculto, al menos hasta que todos en este condado se olvidaran de sus robos.

Tan pronto como apareció ese pensamiento en su mente, se encontró con Dunsleigh. Permaneció sentado un momento, antes de respirar profundo, con tranquilidad, y desmontar ante las grandes puertas de la casa. Llamó y esperó a que se abriera la puerta antes de entregar su tarjeta a un criado, vestido a la perfección con sus mejores galas azules y doradas, mucho más bonitas de lo que su propio personal podía usar.

La grandeza de la casa lo golpeó como lo había hecho aquella rodilla en sus regiones inferiores ayer; su lamentable falta de riqueza se apoderó de su cuerpo. Los Worthingham estaban entre los más ricos de Inglaterra, cualquiera de las hijas habría sido apropiada como esposas de la realeza, si sus vidas las hubieran llevado en esa dirección. Por lo que había averiguado, eran muy buscadas y apreciadas en la *sociedad*.

Suspiró, pateando con los talones en el vestíbulo de entrada, antes de que el sirviente reapareciera y lo condujera hacia una habitación delantera. —Su excelencia lo verá en la biblioteca, mi lord.

—Gracias, —respondió Callum, preparándose para entrar. Dejó a un lado los molestos celos que le despertaban ver una propiedad que se encontraba a solo unas millas de la suya, pero estaba a gran distancia cuando se trataba de riquezas.

Al entrar en la biblioteca, se dio cuenta de que no podía haber sido más diferente a la suya. Aquí había libros en cada estante, muebles tapizados y un fuego rugiente. La suya tenía pocos libros, un techo que necesitaba reparaciones y papel pintado que se estaba despegando y cayendo. Su mente se llenó de pensamientos sobre su hogar y el estado vergonzoso en el que se encontraba y de nuevo

recordó lo importante que era la reunión de hoy: tanto para el futuro de su propiedad como para el bienestar de su hija.

Debía un mes de pago a sus criados y pronto, si no ganaba algún dinero, tendrían que empezar a racionar la comida, o al menos, tener mucho cuidado con lo que comían. De hecho, su alimentación se estaba basando en sopa, pan y crema. Lo único que comían era la carne que su personal atrapaba en las trampas o de sus gallinas.

El duque se levantó, le extendió la mano y le dio la bienvenida con una sonrisa. El gesto erizó su conciencia ya que, en el día de ayer, él había sido el que había causado angustia a la familia del duque.

—Su excelencia, —saludó Callum con una reverencia, estrechando la mano extendida del duque.

—Qué bueno verlo, Arndel, ha pasado demasiado tiempo. Por favor, siéntese y dígame por qué está tan desesperado por verme. Su misiva de la semana pasada parecía de gran importancia.

El duque le indicó una silla, antes de tomar asiento él también.

Callum esperó a que Su Excelencia se sentara y luego pasó directamente al asunto urgente. —Es algo que para mí es fundamental. Me gustaría vender el terreno que colinda con su finca.

El duque levantó la ceja. —Pero esa es una de sus mejores posesiones. También ocupa la mayor parte de la vía fluvial de la que su ganado requiere para beber. No pensaría que desea venderla, solo por esa razón.

Era verdad. Callum estaba perdiendo algunas de sus mejores tierras, pero cuando las necesidades apremian... Y esas palabras no podían ser más exactas para este momento. —Sé que es una tierra de cultivo preciada, pero debo venderla y, como usted es mi vecino y quienquiera que la compre lo podrá perjudicar, pensé que lo mejor sería ofrecérsela primero a usted. Si no desea comprar, me comunicaré con mi hombre de negocios y veré si se reciben ofertas.

El cuero crujió cuando el duque se reclinó en su silla y juntó sus dedos delante de la nariz. —Bueno, debo agradecerle la oferta y, por supuesto, estoy dispuesto a comprar el terreno si acordamos un precio. Pero lamento que las cosas hayan llegado a tal punto que deba hacer esto.

Callum exhaló un suspiro de alivio y sonrió; el peso de su falta de fondos disminuyó un poco sobre sus hombros. —La finca seguirá siendo rentable, incluso con cien acres menos y, con la venta de esta parcela de tierra, *Kester House* estará un paso más cerca de ser solvente.

—Antes de que resolvamos este asunto —dijo el duque, frunciendo el ceño— y, por favor, con lo que voy a proponer no quiero faltarle el respeto. Simplemente sugiero esto como amigo suyo: tal vez podría prestarle los fondos. ¿Estaría dispuesto a realizar tal arreglo? Se le exigirá que devuelva la cantidad, por supuesto, con intereses, pero igualaré la tasa de interés de cualquier prestamista financiero que le haya ofrecido y así, al menos, podrá conservar lo que ha pertenecido a su propiedad durante años.

Por muy tentadora que fuera la oferta, y generosa por parte del duque, no era algo a lo que Callum pudiera acceder. Quería que esta transacción fuera legal, sin tener que robar para ganar el dinero. —No. —dijo, con demasiada fuerza. Se aclaró la garganta y trató de parecer razonable. —Gracias por la amable oferta, Su excelencia, pero no deseo estar en deuda con nadie, si no es necesario. Estoy seguro de que, como caballero, lo entenderá.

El duque asintió. —Claro que sí y, por supuesto, la decisión es suya, pero me pregunto qué pensaría su abuela de que vendiera la propiedad. No es conocida en la sociedad por su buen corazón, si me atrevo a decirlo.

Eso era demasiado cierto, y Callum, más que la mayoría, sabía lo dura e implacable que podía ser. Después de que su madre se casó con un hombre que no correspondía con el apellido o las conexiones familiares, su abuela la había separado de la familia. Se negó a reconocer a su hija incluso después de haberle dado su primer nieto. Sin duda, la venta de la parcela de tierra traería consigo una visita en persona o una carta redactada de forma muy detallada.

—Dejó de importarme lo que pensaran o hicieran mis abuelos hace mucho tiempo. La condesa viuda no tiene nada que ver con este tema, —dijo Callum, encontrando la mirada inquisitiva del duque.

—Puede decirme que no me meta en sus asuntos, pero ¿es cierto que su padre era abogado y que su madre se casó con él sin el permiso de la familia?

Callum asintió. —Es verdad, y mi crianza no fue tan próspera como podría haber sido si mi madre se hubiera quedado en el seno de la familia, pero estuvo llena de amor y apoyo. Más de lo que tuvo que soportar mi primo, el difunto vizconde. Como bien lo sabe.

El duque se reclinó en la silla. —Muy cierto. Permitieron que el difunto vizconde Arndel viviera sin censura, lo que sin duda condujo a su muerte prematura y a un legado que ahora usted tiene que reparar lo mejor que pueda.

Y era un legado terrible, con una deuda abrumadora que preferiría no haber heredado. Peor de lo que incluso el duque podría imaginar. —Por eso debo actuar y hacer todo lo que pueda para asegurar que sobreviva.

—Lo felicito por eso. Y recuerde, hasta que se firmen los papeles, la oferta de un préstamo está sobre la mesa. —El aviso del almuerzo sonó en algún lugar profundo de los recovecos de la casa y el duque se puso de pie. —Es más que bienvenido a quedarse a almorzar. Podemos continuar esta discusión después, si lo desea.

Callum se quedó inmóvil ante la idea de volver a ver a Lady Alice, de estar a unos pocos metros de una mesa de caoba después del interludio del día anterior. Hablar con ella tan pronto, darle la oportunidad de estudiarlo con detenimiento, le preocupaba no solo por el robo sino también por el nerviosismo que le provocaba la chica. Pero su deseo de volver a verla, incluso a riesgo de que lo descubriera, anulaba cualquier sentido común.

—Me vendría bien almorzar. Gracias, Su Excelencia.

—Por favor, llámeme Worth o Duque.

Callum frunció el ceño, sabiendo que ninguna de las dos era la forma correcta de llamarlo. —¿Worth?

—Abreviatura de Worthingham. Me parece demasiado que me llamen Penworth, aunque sea un duque.

Salieron de la biblioteca, hacia el lado opuesto de la casa y al comedor donde Callum ya podía escuchar el parloteo de las mujeres y las risas. Su casa siempre estaba demasiado tranquila. Los criados

andaban en silencio y no molestaban a nadie. Ya fuera por su difunto primo y su negación a recibir ayuda o porque habían recibido un trato abusivo.

De cualquier manera, el ambiente aquí en Dunsleigh era lo que él quería para su hogar. Un sentimiento de felicidad, seguridad y amor te envolvía en el momento en que entrabas por la puerta... era justo lo que deseaba y no se detendría hasta que su propia vida y la de su hija fueran tan pacíficas y seguras.

—No lo he visto mucho desde que se convirtió en vizconde. Espero que, aparte de estos pocos problemas monetarios, todo vaya bien. —preguntó el duque, llenando el silencio mientras continuaban por el pasillo.

—Muy bien. Gracias.

Callum alejó los pensamientos sobre cómo había tratado a los demás desde que había asumido ese título. Las muestras de interés y los buenos deseos por asumir el rol del nuevo vizconde Arndel hacían que la culpa lo carcomiera. Sin embargo, no había tenido otra opción, se recordaba a sí mismo. Si alguien debía sentirse culpable de su ocupación actual como ladrón, era su primo fallecido y el prestamista que no tenía escrúpulos cuando se trataba de sus deudores. Callum había sido inocente de todo crimen. Pero pronto, muy pronto, iba a dejar atrás este despreciable estilo de vida y a empezar de nuevo.

Cuando estaba al lado de la escalera, el movimiento en la parte superior detuvo sus pasos. Miró hacia arriba y vio a la belleza personificada deslizándose por las escaleras. La sangre en sus venas fluyó rápido al ver a Lady Alice de nuevo.

Quedó boquiabierto, se tapó la boca y se limpió las manos sudorosas en sus pantalones. Por supuesto, había visto mujeres hermosas antes, se había casado con una, pero la hermana del duque, con sus rulos dorados que harían llorar al sol de celos y sus ojos claros e inteligentes, lo hacían pensar todo tipo de cosas que él mismo se había prometido que no volvería a pensar. No después de que le había robado y había deseado mucho más que reliquias familiares.

—Buenas tardes, Lord Arndel, ¿almuerza con nosotros?

Callum tragó saliva ante la voz dulce y acogedora de Alice que también podía ser desafiante y difícil cuando era necesario. Tiró de su corbata, que estaba demasiado apretada sobre el cuello. Ella se puso de pie al lado de su hermano y tomó el brazo de Su Excelencia, mirándolo expectante.

Callum se aclaró la garganta. — Sí, mi lady. Su hermano fue muy amable al invitarme.

Ella levantó una ceja en forma delicada y él tuvo la extraña sensación de que era consciente de que su presencia lo ponía incómodo. No sabía que no era torpeza lo que lo dominaba, sino un gran deseo; una necesidad tan fuerte e innegable como el aire.

—Excelente.

Empujó a su hermano hacia adelante y pasó a su lado; el aroma a jazmín inundó sus sentidos. Respiró hondo, en busca de fortaleza, y los siguió hasta el comedor, todo el tiempo tratando de no disfrutar de sus deliciosas caderas balanceándose.

Después de hoy podría declararse totalmente loco, porque había algo en su mente que estaba mal. Lady Alice no era para él, ni lo sería nunca. Era culta y generaba aceptación dentro de la sociedad, mientras que él era visto como algo que la familia había arrastrado para mantener su propiedad. Ella era rica. Él, pobre... y no importaba que esa dote pudiera salvarlo económicamente; se negaba a casarse con Alice en tales circunstancias. El único camino que le quedaba para salvar la finca y cuidar de su hija, era vender la tierra y acabar con los chantajes del prestamista. No había tiempo para cortejar a mujeres bonitas, no mientras luchaba a diario por mantener a sus inquilinos alojados y alimentados.

—Lord Arndel, qué encantador tenerlo aquí.

La duquesa le dio la bienvenida, señalando una silla al otro lado de la mesa. Sus ojos eran de un azul profundo y brillaban con calidez, recordándole una vez más a Lady Alice y el origen de su belleza inherente.

—¿Cómo se está instalando en *Kester House*? —preguntó la duquesa, colocando una servilleta en su regazo e indicando a los criados que comenzaran a servir.

Callum hizo lo mismo y tomó un sorbo de agua. —Muy bien, Su Excelencia. Estoy feliz de ser parte de la comunidad de Ashford. Esta zona de Surrey tiene mucha belleza.

Sus ojos se encontraron con los de Lady Alice y rápidamente volvió su atención a la duquesa, pero no sin antes captar la sonrisa que levantó los tentadores labios de Alice.

Apartó la idea de que sus besos serían encantadores. Aunque solo sirviera para olvidar sus preocupaciones.

La duquesa asintió, agradeciendo a un criado mientras le servía el vino. —Me encantó Surrey desde el momento en que me trajeron aquí hace varios años, cuando conocí al duque y la duquesa de Penworth. Las colinas onduladas y los setos, las hermosas propiedades y la gente acogedora hacen de este uno de los condados más agradables que conozco. Aunque, —agregó, con un poco de disgusto nublando sus ojos, —me voy a alegrar cuando capturen y juzguen al bandido de Surrey.

Callum se atragantó y tosió, apoyando el vaso de agua antes de derramarla sobre el mantel. Le colocaron una copa de vino adelante. —Estoy de acuerdo, —respondió. —Este demonio es problemático, sin duda.

Mantuvo la cabeza gacha, esperando que nadie se diera cuenta de su torpeza ante la mención del bandolero.

El delicioso aroma a sopa de pollo le llegó mientras le servían un plato. Se le hizo agua la boca al pensar en una buena comida. No recordaba la última vez que había comido algo que no se sirviera frío o de hace días. Por supuesto, como señor de la casa, pensaba que era correcto perderse las mejores comidas y dejarlas para que su hija y el personal participaran en ellas. Pero muy pronto eso iba a cambiar y esperaba ese día con entusiasmo.

Mirando hacia las tres cucharas diferentes entre las que tenía que elegir, en realidad, lograr comerse esta sopa era otro cantar. Miró con detenimiento la mesa y llegó hasta Alice, para ver qué cubierto usaba.

Su mano fue hacia el que estaba en la parte superior del plato, se detuvo en la cuchara y no la tomó. Frunció el ceño y miró hacia arriba; la encontró mirándolo. El calor recorrió su cuello: lo había

atrapado y comprendió la razón de su mirada. Pero en lugar de la censura que esperaba por no ser muy versado en la etiqueta de la cena, ella sonrió; la comprensión se reflejó en sus ojos antes de volver a mirar su comida y comenzar a disfrutarla.

Comieron en silencio durante un rato, antes de que Callum se aclarara la garganta, esperando que lo que tenía que decir fuera considerado de forma favorable por las damas presentes. —Entiendo que mi primo cada año celebraba un baile para la nobleza local y las familias trabajadoras del área. Lamentablemente, debo ser portador de malas noticias y no voy a poder llevarlo a cabo este año.

Tres pares de ojos femeninos se posaron sobre él. Callum decidió ignorar su sorpresa y simplemente continuó masticando el pollo, esperando que no le preguntaran por qué no celebraría el evento.

—Pero es tradición en la zona, mi lord. El difunto señor siempre organizaba la fiesta de pretemporada. Por mucho que nos decepcionó el año pasado que no la organizara, pensamos que debido a que solo era nuevo en el título, no debíamos imponérselo demasiado pronto. Pero seguramente, siendo este su segundo año como Lord Arndel, un baile no puede ser un problema.

—Bueno, en cuanto a eso, —comenzó a decir, luchando por encontrar las palabras correctas para no decir directamente que estaba casi sin un centavo.

—Antes de que censuren a Arndel por no mantener la tradición, era lo que estábamos discutiendo antes del almuerzo. Decidí que este año vamos a ser anfitriones del baile en su lugar. No hemos celebrado uno para la nobleza local desde la muerte de nuestro padre y creo que es hora de que lo hagamos.

Callum asintió con la cabeza al duque en silencioso agradecimiento antes de tomar un sorbo de vino. Incluso con la venta de la tierra ahora segura, no podía gastar fondos en un baile. Seguiría siendo demasiado para sus arcas, incluso si no fuera extravagante.

—Me parece una idea maravillosa, Josh. —Lady Victoria, sentada dos asientos más arriba de él, sonrió a su hermano. —Prefiero no tener que irme de Dunsleigh, las salidas pueden ser muy agotadoras. Sin mencionar que tener que viajar siempre a Londres

puede ser muy aburrido. Pero un baile en casa es lo que necesitamos.

—¿No le gusta la ciudad? —preguntó; nunca se hubiera imaginado que a una jovencita le disgustaría el ambiente y las fiestas que ofrecía la bulliciosa ciudad. Los teatros, jardines... y los caballeros.

Victoria negó con la cabeza. — Para nada. Prefiero el campo. Aquí tengo mis caballos y mis perros. No hay ningún otro lugar en la tierra que disfrute más.

Callum estudió a Victoria y se preguntó si sería mayor o menor que Alice. Eran similares en apariencia, sin duda, ambas tenían mechones dorados, pero donde Alice tenía tonos más claros, Victoria tenía un color rojizo en su cabello. Ella le sonrió al notar su atención y él rápidamente se volvió hacia la comida; odiaba que los ojos de Victoria fueran tan verdes como el broche de esmeraldas que le había robado. Quizás quedarse a comer no había sido tan buena idea.

Le llamó la atención el ruido de un vaso de cristal apoyado con más fuerza de lo necesario y miró al otro lado de la mesa. Lady Alice lo miraba con gran intensidad. Colocó una uva entre sus labios y la boca de Callum se secó.

¿Lo había reconocido de repente? ¿Lo declararía el ladrón que le había robado a la familia y haría que el duque le disparara antes de que pudiera salir de la casa? El tiempo pasó y tal declaración nunca llegó. Ella continuó comiendo uvas de manera más erótica de lo que él había visto antes, mientras observaba cada uno de sus movimientos.

¿Qué le había pasado?

—No se preocupe, Lord Arndel; organizaremos un baile que sea tan aclamado como el de su difunto primo. No lo vamos a defraudar, se lo prometo. —Victoria hizo una pausa. —De hecho, si lo desea, puede ayudar a organizarlo. Hay muchas cosas que estoy segura de que su personal recuerda y que se requieren para que podamos replicar el evento de su primo. Quizás incluso podríamos celebrar el baile en su honor. Celebrar el título que llegó a manos tan capaces.

—Victoria miró a la duquesa. —Madre, ¿qué te parece? ¿Crees que mi plan es adecuado?

Callum tragó saliva y trató de disimular su miedo. No es que le importara que el duque organizara un evento, en su hogar, pero nunca hubiera deseado tener tantos ojos sobre él. A muchos de ellos les había robado. —No veo ningún problema, querida, y Alice también puede ayudarte. Por supuesto, esto es solo si Lord Arndel desea ser el invitado de honor.

La duquesa tomó un sorbo de vino y sus ojos centellearon de placer.

Callum asintió con la cabeza, sonriendo para ocultar el enigma que lo atravesaba. *¿Qué debo hacer?* —Daría la bienvenida a cualquier baile que celebre el duque de Penworth, pero no es necesario que me señalen con tanto honor. Heredé un título, no resolví la pobreza mundial. —Tomó un sorbo de vino; necesitaba fortaleza.

Alice se volvió hacia su madre. —¿Cuándo debemos realizar el baile, madre?

—Cuando quieras, querida. Aunque creo que antes de que comience la temporada sería mejor; de lo contrario, la mayoría de la gente estará en la ciudad. Si le queda bien a Lord Arndel, por supuesto.

Él asintió con la cabeza, deseando no haberse quedado a almorzar después de todo. —No voy a ir a la ciudad esta temporada, así que la fecha que elijan será adecuada para mí.

Se encontró con los ojos de Alice y maldijo por la decepción que leyó en su mirada zafiro. Con sus dudosas acciones durante el último año, no resultaba un buen partido para la hija de un duque. No debería gustarle el hecho de que ella pudiera desear que asistiera a la ciudad.

—Ah, no, lo vamos a extrañar en Londres este año, mi lord. ¿Alguna vez tendremos el placer de su compañía fuera de Surrey? —preguntó Alice, recostándose mientras les servían el plato principal.

—Con el tiempo, estoy seguro de que voy a asistir a la temporada, pero estoy muy ocupado en este momento.

—¿Con qué? —preguntó; y esa pregunta lo detuvo en seco.

—Alice, —le advirtió la duquesa, —no seas impertinente.

Alice lo estudió un momento antes de volverse hacia su comida.

—Antes de la temporada sin duda será mejor para los asistentes, —declaró Victoria con total naturalidad.

Alice le dedicó una sonrisa decidida, la misma que percibió cuando la sostuvo contra el carruaje a su merced. El recuerdo de sus curvas flexibles y suaves lo hizo temblar.

—Eso nos da tres semanas para organizarnos. Tiempo suficiente, ya que los invitados son del condado y estoy segura de que están ansiosos por conocer mejor a nuestro nuevo vizconde. ¿Estás de acuerdo, Victoria?

Victoria asintió. —Estoy de acuerdo con ese plan. Vamos a tener que enviar las invitaciones antes del fin de semana.

Los ojos de ambas hermanas estaban iluminados por la emoción, mientras que Callum no podía pensar en nada peor que ser el centro de atención. *Oh, por Dios, ¿por qué les mencioné el maldito baile?* Trató de calcular una forma de no asistir y se quedó en blanco. En este momento de su vida, la posibilidad de pagar un traje nuevo era escasa; no podía permitirse el lujo de hacerlo. Pero, ¿cómo les iba a decir eso? No podía, sin parecer más desesperado de lo que ya estaba.

—Con la temporada tan cerca, no creo que un baile sea realmente necesario. ¿No está de acuerdo, Su Excelencia? —preguntó Callum, esperando que el duque lo respaldara.

Alice ignoró sus palabras. —Vamos a hacer de su baile honorífico la noche más grandiosa que jamás haya visto. Vamos a invitar a todos nuestros conocidos y amigos y va a conocer quiénes son sus vecinos, como se debe, ahora que es el nuevo vizconde. Usted, Lord Callum, será impulsado a ingresar en la sociedad en la que nació y, con el respaldo de nuestro hermano, podremos lograr que se case, incluso antes de que comience la temporada social.

Callum se atragantó y tosió, tomando un sorbo de vino. —Perdóneme por mi falta de modales. La bebida bajó por el lugar incorrecto, —jadeó, golpeando su pecho.

—¿Está bien, mi Lord?

Alice lo miró de nuevo. Fue franca, tan audaz y confiada cuando lo miró. Estaba seguro de que nunca había conocido a nadie como ella. Por lo que recordaba de los eventos limitados a los que había asistido el año pasado, Lady Alice Worthingham era una jovencita muy buscada, pero con una voluntad que haría falta a alguien extraordinario para durar más de una velada.

—Muy bien, gracias, —aceptó, sumergiéndose de nuevo en su comida: su necesidad de terminar lo que estaba en el plato abrumaba la determinación de irse. —En lo que respecta al baile...

—Podríamos colocar esculturas de hielo y alimentos extranjeros, como nunca antes se ha hecho.

Esto era más de lo que podía soportar. Se metió el último trozo de carne en la boca y masticó rápido, con ganas de irse. Ahora. Comprobó la hora y trató de pensar en una razón por la que tenía que partir antes de que terminara el almuerzo.

—¿Podemos llamarlo en un día para hablar con su cocinero sobre lo que siempre sirvió el difunto vizconde? Creo que siempre hacía un pastel seco delicioso y nos encantaría que lo repitiera para el baile, —dijo Victoria.

Callum devoró su comida con lo último de vino, deseando que fuera algo mucho más fuerte. —No hay necesidad de hacerlo. Puedo enviar a mi cocinera a Dunsleigh para servirle.

Alice sonrió entre dientes, con una sonrisa de complicidad en sus labios, y su corazón se detuvo. —Nos encanta hacer una pequeña excursión de vez en cuando. Te iremos a visitar, Lord Arndel. Ya pasaron dos años desde que fuimos Kester House. Nos encantaría ver las mejoras que realizó desde que heredó la propiedad, mi lord.

La expresión *mi lord* fue pronunciada como nunca antes la había escuchado. Estaba llena de implicaciones sensuales y el sudor brotó de su labio superior. Todos los pensamientos sobre el dinero y su falta de él se desvanecieron al escuchar esas dos palabras. Antes de que la amenaza del prestamista contra la vida de su hija le recordara que necesitaba mantenerse centrado y no perder la cabeza por una cara bonita. O la boca sensual que había estado atormentando sus sueños y lo había despertado inquieto e insatisfecho.

Entendió cuánto la deseaba. No en un baile rodeados de otros invitados, ni aquí entre su familia. Sino solos. Solo ellos dos, aunque sea para ver si la atracción que sentía por la chica era correspondida.

Su atención, olvidando a quiénes los rodeaban, se trasladó a la carne cremosa y perfecta que rodeaba su cuello. El vestido azul que abrazaba los abundantes atributos que Lady Alice algún día compartiría con su esposo hizo que sus manos se apretaran y algo comparable a los celos se disparó en él al pensar en alguien más reclamando su cuerpo.

El duque se aclaró la garganta y Callum rezó para que no hubiera visto la forma descarada en que había estudiado a su hermana. El duque se secó la boca, se acomodó en su silla, aparentemente complacido con la comida y sin tener la menor idea de que su hermana estaba siendo comida con los ojos por el peor invitado que habían tenido.

—¿Terminamos nuestra conversación en la biblioteca, Lord Arndel? —El duque se puso de pie. —Te veré en la cena, madre.

—No tardarás, ¿verdad, hermano? Tenemos una reunión en Ashford. Espero que no lo hayas olvidado.

Callum empujó su silla hacia atrás y el sonido agudo y penetrante dejó la habitación en silencio. —Mil disculpas, señoras, —dijo, apretando los dientes por su capacidad para llamar siempre la atención de forma inapropiada hacia él.

—¿Eso es hoy? —preguntó el duque, pasándose la mano por el pelo.

Callum frunció el ceño, preguntándose de qué se trataría la reunión. Fuera lo que fuera, la feroz determinación en el rostro de Alice parecía importante para ella.

—Sí, dijiste que ibas a ver los edificios conmigo para asegurarte de que la cotización de los carpinteros no fuera excesiva. Sabes lo importantes que son para mí esas cabañas. Será mejor que digas que vas a venir.

El duque suspiró. —Lord Arndel, se lo prometí, así que solo puedo disponer de una hora más o menos antes de que el deber familiar tenga prioridad.

—Entiendo, por supuesto. Y una hora es suficiente. Gracias por invitarme a almorzar. Buenas tardes a todos.

Hizo una reverencia y salió del comedor, agradeciendo la soledad del pasillo y el aire fresco en esta cálida tarde.

El duque se unió a él y regresaron a la biblioteca.

La reunión salió bien y sintió que de hoy en adelante su vida se iría acomodando. Tan pronto como regresara a *Kester House*, llamaría a su abogado y le pediría que redactara los papeles apropiados para vender la tierra. Luego organizaría una cita para cuando viajara a la capital y se sacaría de encima la última joya que robaría para el prestamista.

Pronto, el bandido de Surrey iba a dejar de existir.

No era una ocupación que le diera orgullo u honor. ¡Al contrario! Estaba plagado de culpa, remordimiento e ira, pero la gente hacía cosas por desesperación y la seguridad de su hija era primordial. Había aprendido hacía mucho tiempo lo preciosa que era la vida y la facilidad con la que se la podían arrebatar. Amelia era una joya que nunca arriesgaría.

Callum salió al brillante sol del mediodía y respiró el aire fresco y cálido. Por primera vez desde que heredó la propiedad y todos los problemas que la acompañaron, tenía esperanzas. Y eso se sentía muy bien.

CAPÍTULO

TRES

Alice siguió a su madre hacia el salón, frunciendo el ceño. Qué almuerzo tan extraño habían tenido. Lord Arndel era muy extraño. ¿Qué pretendía ese hombre? ¿Y por qué necesitaba un abogado para redactar los papeles para Josh? ¿Qué significaba eso?

Por supuesto que estaba tan apuesto como siempre. Había percibido las miradas interesadas y la reacción de su cuerpo ante ellas. Alice y la duquesa subieron a la sala privada de su madre y ella se dejó caer sobre un asiento cerca de la estufa a leña, ya sin luz.

Su madre se sentó en la silla de coser y recogió las agujas. —Fue un almuerzo muy agradable. Creo que le rompiste el corazón a Lord Arndel, Alice.

Alice se burló, aunque una pequeña parte de ella amaba esa idea. Tener un pretendiente tan cerca de casa sería afortunado. Aunque, a diferencia de Victoria, Alice disfrutaba de Londres y todos sus entretenimientos y distracciones. Durante un tiempo había aborrecido el lugar. Pero amaba la ciudad y a los amigos que había hecho allí los últimos dos años y no le molestaría si su casa principal estuviera allí.

Victoria recogió su pequeño pug, Dash, tratando de hacer que el perrito gordo se sentara en su regazo sin resbalarse.

—Estoy de acuerdo. Y sé que no debería ser tan sincera, pero, dios mío, qué lindo es. Si aún no se había sentido atraído por ti, tal

vez yo haya tratado de llamar su atención.

—¿En serio piensas eso?

Estaba sonriendo como una tonta. Era uno de los hombres más guapos que había conocido. Y el aleteo en su estómago cada vez que la miraba tenía que significar algo. La reacción que había tenido ante Lord Arndel fue similar a la que había tenido con el Bandido de Surrey. Eso le dio esperanza, porque había pensado que estaba perdiendo la cabeza reaccionando ante un demonio de tal manera.

Victoria le lanzó sonidos de besos a Dash y el perrito se relamió frenéticamente, tratando de alcanzar su rostro. — Así es. Aunque tuve la impresión de que luchaba contra la atracción. No estoy segura de la razón. Me encantaría asistir a otra de las bodas de mis hermanas.

—No te adelantes, querida, —dijo su mamá buscando diferentes tonos de tela. —Te acompaño a *Kester House*. Debí haber ido después de que asumió el título; fue negligente de mi parte no hacerlo.

Alice miró el retrato de su padre, que los miraba desde la estufa; el fallecimiento del duque era la única razón por la que su madre se había aislado un poco. *Dios descanse su hermosa alma.* —Nos viene bien tu compañía, madre. —Suspiró, pensando en Arndel. —Estoy de acuerdo en que es guapo y en Londres me gustaba perseguirlo un poco cada vez que nos encontrábamos. Por un tiempo, pensé que estaba enamorada de él. Pero era tan descarado en la sociedad y alrededor de las mujeres. Nunca podría casarme con un hombre así. Y por mucho que los amo, no deseo asentarme demasiado cerca de Dunsleigh durante mi matrimonio.

— ¿Por qué? — preguntó su mamá, con los ojos abiertos por la sorpresa. —¿Qué tiene de malo estar tan cerca de casa?

—Bueno, para empezar, —continuó Alice, —desde que Josh se convirtió en duque, se ha vuelto muy estructurado con las reglas y con todo lo que es aburrido. Sé que se va a casar con alguien que sea igual de aburrida y la tendría en mi puerta a todas horas, aburriéndome a mí. No sería capaz de soportarlo.

La risa de Victoria retumbó fuerte en la pintoresca habitación y su madre le lanzó una mirada silenciadora.

—Incluso para mí, son demasiados "aburridos" en una frase. ¿Y cómo puedes decir algo así sobre tu hermano? Estar tan cerca de tu familia cuando te asientes sería una bendición, muy lejos de ser un obstáculo. Solo piensa: podrías visitarme todos los días y salir con Victoria cuando quieras. Y estoy segura de que quienquiera que se case con Josh será tan animada y hermosa como todas mis hijas. —Su madre sonrió, con el placer de ver una situación así llegar a buen término.

—Bueno, —dijo Victoria, respirando profundo. —Por lo que dices, voy a vivir aquí para siempre. La solterona de Dunsleigh. La única hermana que nunca encontró a alguien que la aceptara.

Alice se acercó y le dio unas palmaditas en la mano de su hermana, que estaba siendo mordisqueada por el pug. —Por supuesto que te vas a casar. Estoy segura, por desgracia, de que todos lo vamos a hacer. —Alice le guiñó un ojo y se alegró de ver una especie de sonrisa en sus labios. —En cualquier caso, la temporada va a comenzar pronto y nos iremos a Londres. Con suerte, encontraremos maridos. Pero puedo asegurarles, aunque solo sea porque su hogar está tan cerca del mío, que no será Lord Arndel. —Alice levantó la mano cuando su mamá amagó a discutir el punto. —Sé que fui detallista en el pasado, pero estoy decidida. Cualquier cosa fuera de Surrey será adecuada.

Su mamá dejó las agujas y suspiró molesta. —¿En serio, hija? Pensé que habías dicho lo mismo, en esta misma habitación, sobre la temporada del año pasado. Y aquí estamos de nuevo, a punto de volver a la ciudad sin ilusiones, porque sabemos que volverás conmigo al final de la temporada social.

El calor invadió su pecho y deseó que no se le notara en el rostro. Siempre se manchaba mucho cuando lo hacía. —Como dije, este año no voy a ser tan detallista. Te lo prometo.

Victoria, incapaz de hacer que el cachorro hiciera lo que deseaba, lo colocó en el suelo. —Me había olvidado de tu enamoramiento con Lord Arndel la temporada pasada. ¿Por qué no lo perseguiste? Pensé que te gustaba.

—Sí me gustaba. Todavía me gusta, —se corrigió Alice, pensando en el año anterior y sus intentos de ganar su interés. Todo pareció

pasar desapercibido y ser unilateral. Se había mostrado ocupado y distante siempre, así que se había rendido.

Que estuviera de vuelta en el condado, con visitas y almuerzos, mirándola con más interés de lo que había mostrado antes, no significaba nada en absoluto. Simplemente estaba haciendo negocios con su hermano y era un buen vecino. Aunque le encantaría saber cuál era ese negocio.

—La temporada pasada, me miró como si tuviera viruela, así que ahora, no estoy interesada en su cortejo, si es que empezara a hacerlo. Ser vista como una enfermedad que podría ser letal no es halagador, se los aseguro.

—¡Alice! Eres la hija de un duque. No utilices palabras como viruela y cortejo en la misma frase. —Su madre levantó las manos desesperada.

Victoria se limitó a reír y abrir una copia de *Belle Assemblée*, ojeando las páginas sin concentrarse.

—Bueno, así fue, madre, y no lo puedo perdonar por ello. No importa lo mucho que haya vuelto a estar interesado en mi belleza. —Alice sonrió ante su propia broma y se detuvo cuando su madre no encontró alegría en esas palabras. —Pero, hablando en serio, ¿de qué crees que se trata su negocio con Josh? ¿Piensas que al fin está listo para buscar una esposa?

—Creo que sí. Y, si no me equivoco, lo cual rara vez pasa, por fin vio lo que había delante de él hace tantos meses y desea que sus decisiones hubieran sido diferentes. —Su madre frunció los labios. —Pero debes recordar, querida, que su familia no son personas nada fáciles y que, si te casaras, no van a estar tan presentes como quisieras. Por lo que sé, hicieron todo lo posible para que la hacienda fuera a otro miembro más adecuado de su familia, antes de que se le concediera a Lord Arndel, que siempre fue el heredero legítimo.

A Alice no le gustaba la imagen de una familia haciendo caso omiso de alguien de forma tan insensible. Por supuesto que Lord Arndel no pidió nacer y, por cierto, no tenía otra opción más que aceptar a la familia que le tocó. Así que, que sus parientes lo trataran con tan poco respeto, la molestaba más de lo que debería.

Pensando en la temporada anterior, su primera como vizconde... tal vez había sido demasiado dura con él. Con una familia así, que esperaba a que creara un escándalo o cometiera un error monetario, no era de extrañar que no la hubiera visto como algo más que otra mujer en busca de un marido. Una molestia para la que había tenido poco tiempo o interés.

Qué absurdo debió parecerle, persiguiéndolo como el cachorro, que en ese momento estaba olfateando la alfombra de Aubusson. —Creo que Dash tiene que salir.

Victoria se levantó de la silla y recogió al cachorro. La duquesa arrojó al perro una mirada superficial antes de guardar su aguja. —Voy a revisar el menú semanal con Cook. Estoy segura de que pueden entretenerse solas un rato. Es un día hermoso, ¿por qué no lo aprovechan y salen a caminar?

—Vamos, mamá tiene razón, vamos a sacar a Dash afuera, —propuso Victoria.

—No podemos demorar mucho. Josh me llevará a Ashford pronto para reunirse con el carpintero en busca de un presupuesto para las cabañas.

—No vamos a caminar mucho.

Alice la siguió y, al llegar a la planta baja, se dirigieron hacia la parte trasera de la casa, atravesaron la sala de música, hacia la terraza. Al sentir la libertad, el perrito saltó de los brazos de Victoria y ella lo dejó caer. Dio saltitos hacia el césped un poco descoordinados al principio, pero pronto se acomodó y siguieron a un ritmo más sereno.

—¿Es verdad que no verías a Arndel como un posible pretendiente?

Victoria la miró y Alice se preguntó si su hermana leyó la incertidumbre en sus ojos. Maldito hombre por despertar emociones encontradas dentro de ella. —Hay algo que no le he dicho a nadie y debes prometerme que, si te lo digo, tú tampoco lo vas a hacer.

—Por supuesto —aceptó su hermana.

—Muy bien. Es cierto que la temporada pasada me sentí enamorada del vizconde. Estoy segura de que te diste cuenta de que lo seguí, como tu perro está persiguiendo a esa abeja.

La atención de Victoria se volvió hacia Dash y aplaudió, para que el cachorro dejara de querer atrapar al pequeño insecto, que, sin duda, lo podría picar. —Recuerdo, pero ciertamente no me suena que estuvieras obsesionada.

—En cualquier caso, me siento como una tonta por hacerlo, porque él me dejó perfectamente claro que no se sentía atraído por mí.

—¿Cómo hizo eso? —Victoria la detuvo y la tomó de la mano. —Cuéntame, querida.

——Me encontré con él una noche con un grupo de caballeros y estaban conversando sobre nosotras. Sobre todas las chicas Worthingham, de hecho y sobre cómo Josh estaba tratando de encontrarnos maridos. Lo cual es muy falso y absurdo: no estamos desesperadas y, en realidad, si lo deseamos, no necesitamos casarnos en absoluto.

Victoria sonrió entre dientes y asintió. — ¿Y qué más dijo?

— Dijo mi nombre en particular y escuché detrás de una maceta como si mi vida dependiera de esa conversación. Es tan vergonzoso pensar en ello, pero algunos de esos hombres me habían cortejado y me interesaba escuchar lo que realmente pensaban. —Alice miró al cachorro por un momento mientras cavaba con locura en el césped. —Estaban bromeando acerca de que nuestras propiedades estaban tan cerca y que yo debería ser fácil de asegurar, debido a lo que llamaron amor de vecinos. ¿Y sabes cómo respondió a eso?

—¿Cómo?

—Dijo, y cito: "Lady Alice no es para mí, para nada. Demasiado trabajo para mi gusto y presupuesto."

Su hermana jadeó. —No lo creo. ¿El otro caballero estuvo de acuerdo con él? Y por favor dime quiénes eran, porque no me voy a juntar con ninguno de esos tontos cuando estemos en la ciudad.

Alice tiró algunos nombres, pero la verdad era que todos estaban de acuerdo con Lord Arndel. Todos y cada uno habían pensado que ella y su hermana serían caras de mantener y difíciles de domar. Sí, habían halagado su aspecto, pero Alice odiaba el hecho de que habían usado la palabra "domar". Como si fueran pedazos de carne de caballo que necesitaban ser amaestrados.

Qué humillante.

No era un animal que tenían que enderezar. Ella sería una esposa, una amante, y posiblemente una madre algún día, y no importaba cuánto los hombres que conocía lo desearan, ninguna de las chicas Worthingham sería *domada*.

—Encuentro, y estoy segura de que estás de acuerdo, que no importa lo guapo que sea Lord Arndel, está fuera de mi lista después de esa declaración. Que hablen de nosotras de forma tan grosera, y ante otros hombres conocidos; fue demasiado. Nunca podría casarme con él ahora, no importa lo lindos que sean sus ojos, o lo suculentos que se vean sus labios.

Victoria sonrió. —'Suculentos' es otra palabra que a mamá no le gustaría usar, aunque estoy de acuerdo: sus labios son muy llamativos. —Su hermana frunció el ceño. —No puedo entender que haya dicho tal cosa, pero te creo. Pensé que era mejor persona. Desde que se apoderó de *Kester House* y la finca, ha mantenido al semental más hermoso. ¿Lo viste?

Alice luchó para no poner los ojos en blanco ante el cambio de tema de Victoria. Su hermana amaba a los animales y a menudo estaba celosa de los demás cuando poseían un gran caballo o un perro de cría.

—No he prestado atención a su ganado... ahora, de vuelta a nuestra discusión…

—Solo lo menciono, —interrumpió Victoria, —porque no estaba montando al semental hoy, —aclaró y se mordió el labio. —Me pregunto por qué.

—No lo sé, tal vez esté lastimado o... algo.

—*Mmm*, tal vez tengas razón, pero le voy a preguntar sobre ello la próxima vez que ande por aquí. Me pregunto si estaría dispuesto a venderlo. Le voy a pedir a Josh que le pregunte.

Dash ladró y corrió hacia el pequeño arroyo que corría por un lado de la casa. Siguieron al pequeño pug y escucharon el sonido crujiente de pezuñas golpeando en el camino detrás de ellas.

—El Señor Arndel ya se fue.

Alice miró hacia el frente de la casa y vio su espalda mientras se dirigía por el paseo de grava.

Victoria suspiró. —Debería haberle preguntado sobre su semental antes de irse.

Alice tomó su mano, riéndose de la obsesión de su hermana. —Me sorprende que mamá nos permitiera caminar por los jardines. Desde que el Bandido de Surrey ha estado merodeando, está tan preocupada de que se le diera por secuestrar a una señorita virginal como sus hijas.

Victoria asintió. —En cuanto a eso, sé por qué se nos permite salir de nuevo. Al parecer, hubo un robo en Kent. El magistrado local cree que se mudó a otro condado, así que estamos a salvo de posibles robos.

Vieron un pequeño riachuelo y se sentaron. Alice aprovechó para quitarse las zapatillas, en su mayoría arruinadas por la salida, ya que estaban hechas solo para utilizar adentro. Deslizó sus medias de seda y colocó sus pies en las aguas poco profundas.

—Deberíamos ir a nadar. Hoy hace bastante calor.

Victoria contempló el agua por un momento antes de sonreír. —Josh nos dirá que no actuamos como damas, si nos sacamos hasta la ropa interior y nadamos.

Decidida a refrescarse y disfrutar de las últimas semanas que pasarían aquí antes de que comenzara la temporada social, Alice comenzó a desabrochar su vestido. —No estamos haciendo nada malo por nadar. Estoy segura de que no le importaría; disfrutemos esta brisa cálida de otoño.

—Pero, ¿qué pasará con su reunión?

Victoria recogió al pug que olía el suelo junto a ellas y, usando una cinta que llevaba en su cabello, lo ató a un árbol cercano, a la sombra.

—Tengo tiempo, —Alice se mordió el labio, preguntándose si, ya que estaban siendo tan honestas, debía confiar en Victoria. Su hermana sonrió y Alice decidió que no lastimaría a nadie. —Hablando de Lord Arndel, tengo otra confesión.

—Dime, —preguntó Victoria, despojándose de sus medias.

Alice frunció los labios. —Él me pone nerviosa, aunque no me gustan ni apruebo esas emociones.

—Tal vez en el fondo sí lo haces... y ese es el problema, —la aconsejó Victoria, caminando hacia el agua.

Pronto ambas se despojaron de su ropa y flotaron en el riachuelo, que se sentía fresco y refrescante a la vez. —Estoy tan contenta de que aprendimos a nadar cuando éramos chicas. ¿Te imaginas no poder disfrutar de un pasatiempo así?

—Sería la peor tortura, —dijo Victoria, mirando al cielo. —Antes de que Lord Arndel dijera lo que dijo en el baile esa noche, ¿te gustaba? No como un amigo, si no como un posible marido.

Alice esperaba que su hermana, siempre en busca de la verdad, no le hiciera esa pregunta. Porque sí *le gustaba*. Con locura. Incluso por un tiempo, pensó que estaba enamorada. Qué tonta había sido. —Me gusta, pero no más que nadie de nuestros conocidos. Si alguna vez tuve más sentimientos que esos, hace mucho tiempo que ya no están.

La risa de su hermana sonó enojada y Alice le tiró un poco de agua. —¿De qué te ríes?

—Cualquiera podría ver que ustedes dos se miraban con toda una balsa de emociones conflictivas detrás. Por supuesto que no eran miradas que le otorgarías a un conocido que pasaba. Creo que aún te gusta. Más de lo que ni siquiera sabes, porque, afrontemos los hechos: tiene un título, está disponible y, si lo que mamá dice es verdad, está buscando una esposa.

Alice pensó en las palabras de su hermana, sabiendo que se había preguntado lo mismo un millón de veces desde el almuerzo. ¿Sus sentimientos seguían comprometidos con el caballero? Se había prometido a sí misma que odiaría su arrogancia y su fácil separación después de la temporada pasada, pero luego, viéndolo de nuevo, recordando su cálida voz culta y ojos amables... esos ojos azules tormentosos que inspiraban el anhelo que se amotinaba dentro de ella...

Alice dejó de nadar y se puso de pie. Qué extraño que sus ojos fueran del mismo tono de azul que el bandido de Surrey...

—Sí claro, me doy cuenta.

— ¿De qué? —preguntó Alice; las palabras de su hermana la alejaron de los pensamientos sobre el bandido de Surrey y lo guapo

que era Lord Arndel. De hecho, el caballero más lindo que había conocido.

—Cuando mientes.

Se sumergió bajo el agua para contener el rubor que luchaba por cubrir su rostro y delatarla ante su hermana. Al volver a la superficie, se encontró con su mirada expectante. No podría dejar de responder a su pregunta. —No tengo ningún interés en él. En lo absoluto.

—Estás mintiendo de nuevo, hermana. Lo puedo sentir.

—¿Cómo? —Alice se puso de pie, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Te estás sonrojando.

Trató de ocultar la señal reveladora que siempre ocurría cuando mentía. Maldita sea. Con tanta agua alrededor, imaginó que no podría ruborizarse. —Bueno, no sé qué decirte más que no. Puedes elegir creerme o no.

Su hermana nadó más lejos en el estanque, mientras su risa resonaba en los árboles que rodeaban el arroyo. —Te va a crecer la nariz por decir tantas mentiras.

—Eso no va a pasar.

—¡Ajá! Ves. Tenía razón, todavía te agrada.

Alice nadó hacia el centro, observando a su hermana, que la conocía demasiado. —Admito que todavía lo encuentro muy bonito, pero no deseo casarme con él.

No mencionó la verdadera razón sobre su enojo con Lord Arndel. La noche que había dicho esas cosas sobre ella y sus hermanas, la había visto escondida detrás de los helechos y aún había seguido hablando así. Una pequeña parte de ella había muerto esa noche: entendió que los caballeros, sin importar su rango o posición en la sociedad, vivían como en un juego la mayoría de las veces. Nunca pensó que Lord Arndel fuera uno de ellos. No sabía por qué se había imaginado eso; sería porque no lo conocía bien antes de que comenzara la temporada. Pero había creído que era auténtico, un hombre moralista, e incluso un amigo.

Sin embargo, los amigos no se trataban así ni hablaban del otro de esa manera. De ahí en más, sin importar su belleza, o su porte

de caballero, solo podrían actuar como buenos vecinos.

…

Callum trotó por el camino de entrada, el crujido de la grava bajo los pies resonaba en sus oídos. Le dolía la cabeza después de una sólida hora de negociaciones sobre el tamaño de la parcela que deseaba vender y el precio que estaba dispuesto a pagar el duque. Había hecho que le doliera la cabeza, sin mencionar su orgullo.

Fue una venta que valió la pena y era todo lo que le quedaba por vender. La deuda que había contraído su difunto primo lo había liquidado. Una situación que no era fácil de soportar y con los fondos que obtendría del duque y un presupuesto cuidadoso, podría hacer que la granja volviera a tener un balance rentable en un par de años. Cuanto antes viajara a Londres y se deshiciera de la joya que pondría fin a la deuda de su primo, mejor. Si la misiva amenazante que había recibido la semana pasada era un indicio, los prestamistas estaban cada vez más inquietos, tanto que habían mencionado una vez más el bienestar de su hija. Un indicio sutil de que la habían secuestrado una vez antes y que podrían hacerlo de nuevo, si lo desearan. Moriría antes de permitir que le volviera a pasar algo.

Miró los viejos robles que corrían a ambos lados del camino de entrada y agradeció la sombra ocasional que le brindaban. El sudor le cubrió la frente cuando se salió de la carretera y se dirigió hacia su propia finca.

En solo unas pocas semanas, Callum sería un hombre libre: de la soga de la deuda en el cuello y de su estilo de vida como el bandido de Surrey. Espoleó a su caballo hacia adelante. Hoy puede haber sido un día agotador y desafiante, pero valió la pena cada dolor en su alma.

Cruzó los campos a medio galope, feliz de dejar que el caballo decidiera su propio curso. Siguió el arroyo local que una vez había marcado las dos propiedades diferentes. Pero ya no. Una vez finalizadas las legalidades, el arroyo se ubicaría en la línea de propiedad de los Worthingham y él tendría el dinero en efectivo para

demostrarlo. Callum se echó a reír, sintiendo alegría y una luz al final del largo y oscuro túnel que había recorrido durante los últimos dos años.

Redujo la velocidad de su caballo para cruzar el pequeño puente de madera que pasaba sobre el arroyo y escuchó el sonido amortiguado de la risa y las salpicaduras de agua que provenían de un pequeño camino río arriba. Por un momento, se detuvo a escuchar y tuvo una idea de quiénes podrían ser.

Instando a su caballo a avanzar, cabalgó a través de la espesura de follaje y tiró de él para detenerlo cuando se encontró frente a ellas. Su caballo movió la cabeza, pero Callum estaba demasiado preocupado como para interesarse en lo que vio.

Debería estar avergonzado de sí mismo, escondido en los árboles como un joven desesperado... pero ya no lo era. Ver a Alice nadando, disfrutando del agua fresca y la compañía de su hermana era algo que podía ver todos los días, incluso aunque ella lo tratara mal la mayor parte del tiempo. Eran tan inocentes, a diferencia de él, que estaba tan lejos de serlo: ser el bandido de Surrey lo alejó de tal virtud.

Tragó saliva cuando Alice flotó sobre su espalda y su vestido transparente fue todo lo que se interpuso entre él y su silueta. Podía distinguir con claridad las delicias que se escondían debajo de su atuendo. Incluso completamente vestida, Callum era consciente de los activos que Alice tenía para ofrecer al marido que algún día iba a adquirir.

Desmontó, tiró de las riendas sobre la cabeza de su caballo y dejó que pastara antes de salir al campo abierto. Las hermanas continuaron nadando, sin saber de su presencia. Alice flotó con los ojos cerrados, sus labios con una sonrisa de satisfacción. Callum se aclaró la garganta; deseaba que lo notara, tanto como él lo hacía. De hecho, la había apreciado desde el primer momento en que la vio en Londres la temporada pasada. No es que pudiera haber actuado en base a su atracción en ese entonces, rico en activos, pero pobre en efectivo, tanto que le había estado robando a las mismas personas a las que ella llamaba amigos.

Pero ahora, era diferente.

El cabello dorado de Alice fluía alrededor de su rostro, una especie de halo cuando la luz del sol golpeaba la superficie del agua. Se obligó a cerrar los ojos y recordó respirar. ¿Dónde estaban sus modales, su capacidad para actuar como un caballero? No aquí, al parecer.

—Qué hombre tan extraño es usted, lord Arndel. ¿Está rezando?

Con un sobresalto, abrió los ojos, encogiéndose mientras ambas hermanas estaban sumergidas en el agua hasta los hombros, mirándolo. No debería haber seguido el sonido. Sabía muy bien a dónde conducía, a nada más que problemas y a una mujer llamada Alice.

—Yo mmm... —Se aclaró la garganta, apartando la mirada de las gotas de agua que caían de los labios más deliciosos de los que anhelaba tomar posesión. La idea de besar su dulce boca hizo que sus mejillas se ruborizaran y miró al cielo en busca de salvación.

—Bueno, ¿va a responder a mi pregunta, mi lord? Qué grosero. ¿Estás de acuerdo, Victoria?

Victoria resopló. —Coincido por completo.

Solo entonces miró a Alice. —Pido disculpas por mi intrusión. Iba de camino a casa cuando escuché un sonido desde esta dirección. Pensé que un animal podría haber resultado herido o algo así.

Cuando Alice levantó una ceja quedó perfectamente claro que pensaba que era un mentiroso. Y así debería hacerlo, porque hablaba incoherencias, incluso para sus propios oídos.

Idiota.

—¿Está diciendo que nuestras voces imitan las de un animal herido? —Sus brazos recorrieron el agua ante ella, el movimiento lo distrajo de todo pensamiento sensato, antes de que ella dijera con una voz tan dulce como el pecado: —¿Mi lord? ¿Eso opina usted?

Ajustándose la corbata que estaba demasiado ajustada, se quitó el sombrero y abanicó su rostro. Miró a su caballo y él también lo miró fijo, como esperando ver qué respuesta se le ocurría.

—Por supuesto que no. Pasaba por aquí y, por encima del sonido del caballo, no podía oír muy bien. Pido disculpas si las ofendí.

Ella se encogió de hombros y se sumergió más profundo. Definitivamente una buena idea, en su opinión. —Victoria y yo

decidimos venir a nadar. Espero que no le importe, ya que estamos en su tierra y no hemos pedido permiso.

Esa era la menor de sus preocupaciones. El agua brillaba en su rostro y goteaba hacia los pechos que él se negaba a mirar. No habría vuelta atrás si sucumbía a tal tentación. Se echó el sombrero hacia atrás e ignoró la alegría en sus orbes azules.

—No, para nada. Pero... —Miró a su alrededor. —¿A dónde va Victoria?

Alice miró hacia la dirección en la que su hermana nadaba y sonrió. —Hay una piscina poco profunda a la vuelta. El agua siempre está más caliente allí. Me imagino que va hacia allí. Aquí, en el centro del estanque, puede hacer bastante frío.

—Ah, no sabía eso, —respondió, perdiendo su propia batalla y mirando hacia donde había jurado no mirar. Maldita sea. Alice lo consideraría más idiota si seguía haciendo payasadas. Y después de la última temporada y lo que había escuchado, no necesitaba más razones para odiarlo.

—Ya no importa qué gemas ocultas contiene el agua, porque pronto voy a dejar de ser su dueño.

—¿Está vendiendo? —Lo miró; con conmoción escrita en sus rasgos.

—Solo algunos acres a su hermano; estoy seguro de que Victoria y usted estarán felices. —Su sonrisa iluminó la arboleda y él se sentó en un tronco cercano, sin ahondar demasiado en su mente en cuanto a por qué se estaba acomodando ante una mujer casi desnuda. Nada menos que una señorita virginal, soltera y hermana de un poderoso duque.

—No puedo decir que no estoy encantada con la noticia, aunque espero que haya pensado bien la venta y no esté tomando una decisión apresurada. —Se acercó nadando y él ajustó su asiento. —Me temo que va a extrañar este lugar para nadar. Es un lugar tan hermoso.

No podía estar más de acuerdo y supuso que tenía razón, pero disfrutaría más de los fondos para la propiedad que de un estanque para nadar. —Tengo suficiente tierra para mantenerme bien ocupado, se lo aseguro. —Ella sonrió entre dientes y él la siguió.

Cuando estaba animada, Alice era una de las mujeres más hermosas que jamás había visto. Durante el año pasado, la había observado desde lejos: una mujer de su rango, incluso aunque él tuviera un nuevo título, estaba tan por encima que no se atrevía a cortejarla. Que hubiera sido tan grosero la temporada pasada se debía a sus propias inseguridades acerca de su posición en la sociedad. Había asistido a la mayoría de los bailes solo para identificar cierto anillo, broche o collar que los prestamistas querían. No había querido enturbiar las aguas cortejando a una mujer a quien claramente le agradaba un poco. Acercarse a cualquier persona podría haberlos puesto también en peligro. No había querido arriesgarse, pero, de todos modos, había lastimado a Alice sin querer.

—Lady Alice, debo disculparme por mis palabras y acciones reprobables de la temporada pasada. No estaba pasando por un buen momento y me temo que usted recibió la peor parte. Cada una de ellas fue una mentira que no merecía. Quería decir que lo siento desde el momento en que las dije y, ahora que puedo, realmente deseo que perdone mis acciones poco caballerescas.

Una leve sonrisa pellizcó sus labios y se perdió. Cómo la deseaba, con una desesperación que no llegaba a imaginar.

—Disculpa aceptada, Lord Arndel, aunque llega muy atrasada.

Él sonrió; un gran peso se liberó de su conciencia.

—Gracias por ser tan agradable.

—Si su disculpa no hubiera sido sincera, no la habría aceptado, se lo puedo asegurar, pero lo fue, así que está perdonado. — Hizo una pausa y continuó: —En cuanto al lago, voy a estar feliz de que sea mío este lugar de ahora en adelante. —Lo miró, protegiéndose el rostro del sol. —Aprendimos a nadar no muy lejos de aquí. Nuestro padre nos enseñó a montar y nadar, al igual que a cualquier niño.

—Nunca conocí a su padre, pero por lo que su hermano me ha dicho, parecía un gran hombre.

Ella asintió, apartando la mirada por un momento. —Así era. Creo que le hubiera agradado.

Callum no estaba tan seguro de que le hubiera agradado al difunto duque si alguna vez descubría que su vecino era el bandido

de Surrey. Dejó el pensamiento a un lado. El punto era discutible, ya que el caballero estaba muerto y también lo estaría el bandido... muy pronto. —Creo que yo también lo habría hecho, —estuvo de acuerdo.

El viento eligió ese momento para levantarse, las hojas flotaban en el agua mientras se dispersaban entre los árboles. —Bueno, supongo que deberíamos regresar.

Por un momento, Callum no comprendió sus palabras hasta que ella levantó la ceja.

—¿Podría darse la vuelta, mi lord? Necesito salir y, desafortunadamente, mi vestimenta no es apropiada para que me vea. —Sonrió con malicia. —Una vez que me haya vuelto a poner mi vestido, puede dejar de admirar el follaje.

—Lo siento. —Se volvió y miró a su caballo, poniendo los ojos en blanco ante su propia estupidez. El animal resopló y bajó la cabeza para comer hierba. El sonido de Alice vistiéndose detrás de él lo atormentaba y la necesidad de espiar casi anuló su comportamiento de caballero. Victoria habló mientras se unía a Alice después de vestirse.

Luego de un rato, al verlo patear la hierba con los talones, Alice se acercó por detrás y le dio un golpecito en el hombro.

—Ya puede darse la vuelta.

…

Alice fue y se sentó en el pequeño tronco que Lord Arndel había ocupado y tocó la madera para que se sentara junto a ella. Recogió el nudo de las cintas de su sombrero mientras él hacía lo que le pedía.

Después del agua fría, sentarse tan cerca de él la dejó temblando, con piel de gallina. Quizás fue una mala idea. Tiró con fuerza del nudo y maldijo para sus adentros cuando se negó a ceder.

—Aquí, déjeme intentarlo.

Él tomó su sombrero y la vista de sus manos grandes y capaces trabajando con delicadeza contra su sombrero la hizo pensar en

cómo se sentirían contra su cuerpo, recorriendo sus labios después de un beso apasionado o reemplazando un mechón de cabello que se había extraviado.

Quitó el nudo y miró su trabajo con orgullo. —Listo. Quedó arreglado. —Se lo devolvió y ella sonrió un poco.

—Gracias. Qué práctico resultó ser, —dijo mientras lo analizó por un momento. Sus ojos le recordaron a los del bandido cuando le pidió un beso. Caliente y lleno de nostalgia. Pero, a diferencia del ladrón, Lord Arndel era un caballero que muchos considerarían adecuado para el cortejo. No es que deseara tal cosa, porque sabía demasiado bien lo que pensaba de ella. La veía como una niña rica y mimada, para ser precisos.

—¿Dónde está Victoria?

—Volvió a la casa. Me dijo algo sobre dejar salir a correr a sus perros de caza. Tiene un nuevo cachorrito pug que siempre le está quitando tiempo. Fue la única razón por la que vinimos a caminar hoy, de hecho. El pequeño estaba en camino de destruir la alfombra favorita de mamá.

Él dejó escapar una fuerte carcajada, despreocupada y genuina, y a ella le gustó cómo sonaba. —Puedo entender por qué escaparon.

—Sí.

Se quedaron en silencio por un momento, ambos viendo pasar las aguas y escuchando el crujir de las hojas mientras flotaban en el viento.

—Mañana voy a tener más reuniones con su hermano. ¿Quizás sea lo suficientemente generosa como para dar un paseo por los jardines conmigo?

—Tengo una mejor idea. Ya que el baile es en su honor, déjeme mostrarle Dunsleigh. —Se colocó el sombrero en la cabeza. —Ya tenemos muchas ideas para la reunión y agradecería su opinión sobre nuestros planes. Creo que no hay nada mejor que un baile en casa. Por mucho que me haya gustado Londres, prefiero las reuniones aquí antes de que en cualquier otro lugar.

—Déjeme ayudarla con el sombrero, —dijo, tomando las cintas y comenzando a atarlas alrededor de su cuello.

Alice se quedó quieta mientras sus dedos le acariciaban el rostro y un escalofrío la recorría. Era tan cuidadoso con sus atenciones; se concentraba tanto que su ceño se arrugaba un poco.

No debería interesarse tanto en su rostro, pero al estar tan cerca, era imposible no hacerlo. No podía dejar de apreciar su belleza. Era incandescente y deliciosamente pícaro. Lucía una barba incipiente en la mandíbula y una ceja seria que se sentaba sobre los ojos más perfectos que había visto en su vida.

Se enfrentó a su escrutinio con ojos azules que en algunas partes parecían casi grises y la respiración en sus pulmones se atascó. Arndel se fijó en sus rasgos e inconscientemente se mordió el labio. ¿Iba a besarla? Ella había jurado nunca volver a mirarlo con una luz romántica, así que, ¿le permitiría besarla, si lo intentaba? Se había disculpado y ella había dicho que lo había perdonado, así que...

—Perfecto, —dijo, terminando el arco y dejando caer las cintas.

La decepción la apuñaló porque no lo había intentado, pero detuvo ese pensamiento. No había querido que la besara. Aunque al mirarlo de nuevo, no pudo evitar maravillarse ante la suavidad de sus labios. Después de todo, tenían una forma encantadora para un hombre.

Su suspiro, teñido de frustración, la hizo mirar hacia arriba. —Debería regresar a *Kester House*. Mis sirvientes se deben estar preguntando dónde estoy.

Alice sonrió. —¿Siempre se preocupa por lo que piensan sus sirvientes? —Lo analizó por un momento. Lord Arndel no había estado en la posición de amo y señor por mucho tiempo, así que supuso que era posible que los viera más como amigos que como empleados.

—Supongo que lo hago en cierta forma, aunque sé que no debería.

—Me alegra saber que lo hace, porque comparto sus ideales. Es posible que hayamos nacido para tener privilegios o, en su caso, los heredamos, mientras que otros no, pero eso no nos hace mejores que nadie.

Desde la primera noche que lo había visto en el baile de Haversham, había sentido que no tenía idea de cómo actuar en

sociedad y eso le había gustado. Se había enamorado un poco del alhelí masculino que había sido.

Lord Arndel era lo opuesto a lo que se llamaría un "noble lord". Había ido por el salón de baile luciendo como un gatito perdido entre una manada de lobos. No tenía ni idea de cómo era la sociedad, ser parte de *ella*, cómo jugar y dominar el juego mejor que nadie.

La mayoría de las personas en la *sociedad* eran mejores actores que los que pisaban las tablas en los teatros. Las apariencias engañan en su conjunto.

—Lo tomaré como un cumplido, Lady Alice.

El viento eligió ese momento para aumentar más y ella se estremeció. —Debería. —Alice se calzó rápido; necesitaba regresar a casa y quitarse la ropa húmeda. —¿Alguien le ha dicho alguna vez que huele a limón, Lord Arndel?

Se pasó las manos por el pelo, luciendo un poco cohibido de que ella hubiera dicho algo así en voz alta.

—Mi cocinera ha perfeccionado un jabón que tiene un toque de esa fragancia.

Alice hizo un sonido evasivo. —Parece que todos los que conozco en estos días usan limones. Es posible que desee preguntarle a su cocinera si lo está vendiendo. —Se puso de pie y se sacudió el polvo de la bata. Arndel siguió su ejemplo, retrocediendo un poco. —Espero con interés nuestro encuentro mañana, mi lord.

Él hizo una reverencia. —Hasta mañana, entonces.

Con una última mirada, Alice caminó a través del follaje y se dirigió a casa. Al llegar al claro, se detuvo y contempló la grandeza de Dunsleigh, asentada en el fondo como un magnífico faro de consuelo.

Inclinándose, tomó un palo y golpeó la hierba que le hacía cosquillas en las piernas. Lord Arndel era una confusión que no necesitaba, en especial ahora que estaba a punto de embarcarse en una temporada social en la que estaba decidida a hacer feliz a su madre y encontrar un marido.

Sin mencionar que, en tan solo unos días, si la reunión de hoy con el carpintero resultaba como pensaba, sería la orgullosa propietaria de diez cabañas en Ashford que tendría que supervisar

para la reparación y remodelación. Para el próximo invierno, todos los inquilinos que aceptaran quedarse con ella serían mucho más felices en sus viviendas más cómodas.

Que Arndel le prestara tanta atención de nuevo no era algo que hubiera imaginado, ni podría emocionarla. Con disculpas o no, había dicho que no desearía tener una hermana Worthingham como esposa; incluso después de retractarse de tal declaración, a una pequeña parte de ella todavía le dolía pensar en sus palabras.

Estaba decidida a encontrar un hombre que fuera amable, sincero y compartiera los mismos ideales que ella: uno podía cambiar el mundo para mejor con trabajo duro, amabilidad y comprensión.

Suspiró, golpeando la hierba con más fuerza de lo que debería. Durante el último par de temporadas, cada vez que mencionaba esos sentimientos a los caballeros que la cortejaban, se reían o cambiaban el tema por completo a las frivolidades o los últimos chismes del pueblo. Alice tomaba esa actitud como una señal de que el hombre no era para ella y no los perseguía más desde ese momento.

Pasó junto a las huertas que su padre había plantado muchos años antes: las ramas colgaban bajas, llenas de frutos maduros. El aire olía lo suficientemente bien como para comer y su estómago rugió. Al regresar a casa, vería si Cook había horneado alguna torta para su viaje a Ashford. Y haría una lista mental de todo lo que quería discutir con Arndel mañana con respecto al baile.

CAPÍTULO

CUATRO

—¿Por qué no puedo ir al baile, padre? Ya tengo casi siete años. Por favor, voy a ser la mejor hija del mundo, si me dejas ir.

Callum sonrió ante la declaración de su dulce niña y la levantó en su regazo. Disfrutaba esos pequeños brazos regordetes rodeando su cuello: sabía que muy pronto crecería y esos abrazos desaparecerían. Suspiró, deseando que dejara de crecer y siguiera concediéndole esos momentos mágicos.

—Bueno, ya te expliqué que cuando seas mayor de edad vas a asistir a tantos bailes y fiestas como desees. Y, —declaró, con un tono serio, —podré considerar que los caballeros te cortejen, pero en este momento eres toda para mí y, por lo tanto, no vas a asistir a este baile.

Amelia hizo puchero y él pensó rápido en cómo compensarla antes de que llegaran las lágrimas. —Si prometes no enojarte, podemos sacar tu poni mañana y reanudar tus lecciones. Y hoy voy a hacer que Cook haga esas pequeñas tartas que tanto te gustan... y puedes tener una fiesta de té.

Ella sonrió con picardía: —¿Los que tienen la crema en el medio, con una pizca de chocolate arriba? —preguntó, con los ojos bien abiertos de emoción.

—Sí, esos, —asintió. —Y te voy a dar un beso antes de acostarte. —Ella sonrió y lo abrazó de nuevo. Cómo amaba tener a este pequeño ser en sus brazos, más de lo que jamás hubiera pensado

que amaría a nadie en su vida. Aparte de su esposa; Dios la tenga en su alma.

Le hizo cosquillas y su risa infecciosa lo hizo reír. Había estado tan cerca de perderla. El recuerdo del accidente en el carruaje era tan vívido como su hija sobre él. Rodaron hacia un río que fluía lentamente; el grito de los caballos, el crujido nauseabundo cuando su esposa salió despedida del vehículo. Que Amelia solo se hubiera roto la pierna había sido un milagro, pero ahí fue donde terminó su suerte. Cuando se mejoró, una fiebre sacudió su pequeño cuerpo y casi muere.

Amelia se frotó la pantorrilla y él frunció el ceño, recordando de nuevo su herida. —¿Te está molestando la pierna? Voy a hacer que Cook te traiga una taza de té.

Callum se puso de pie, pero Amelia negó con la cabeza, mientras sus rizos le rebotaban sobre los hombros. —Voy a estar bien, papá. Es solo un pequeño dolor.

Detestaba el hecho de que tuviera que enfrentar esas pruebas. Sus acciones dudosas contra los de su propio grupo perdían importancia ante el hecho de que casi había perdido a toda su familia en un día. Que el bastardo prestamista amenazara su vida por una deuda que ni siquiera era suya, era como hielo corriendo por sus venas.

—Con permiso, papá. Hoy estamos aprendiendo sobre animales. Sobre perros y gatos.

Callum la condujo hacia la puerta. —Puedes ir, pero caminando paso a paso, en lo posible. Subiré para ver cómo van tus lecciones en un rato.

Le sonrió cuando ella se acercó, agarró sus mejillas con sus dos pequeñas manos e inclinó la cabeza para besarle la frente. —Muy bien, papá. Pero no tardes demasiado. Quiero mostrarte lo bien que estoy aprendiendo.

—Así me gusta. ¿Cómo me vas a ayudar con la finca si no tienes educación? —Le dio un beso en la mejilla. —Ahora vete, o no tendrás tiempo esta tarde para jugar afuera.

Aparentemente satisfecha con su plan, Amelia salió al vestíbulo, con el ligero golpeteo de sus pies en pantuflas dirigiéndose hacia el

salón de clases, que daba a los jardines traseros.

La sonrisa de Callum vaciló una vez que la única luz en su vida desapareció de su vista y se quedó en una habitación que le recordaba lo que su primo le había dejado. Ladrillo, mortero y tierra, pero nada más. Si la duquesa venía con sus hijas, ¿cómo le explicaría las paredes desnudas y los muebles gastados? Ver a Lady Alice mirarlo con lástima sería una verdadera tortura.

Se puso de pie, se acercó a la ventana y se preguntó cuándo llegarían los Worthingham. Un espejo a su lado le llamó la atención y se miró a sí mismo, estudiando al hombre en el que se había convertido. ¿Alguna vez sus vecinos y amigos mirarían detrás de la máscara del caballero para ver al hombre debajo, un hombre con un pasado denigrante y más secretos que solo ser el bandido de Surrey?

Se apartó del espejo, con el estómago revuelto al verse a sí mismo. Tendría que contratar ayuda si la casa iba a recibir visitas. Quizás Fanny, del Hotel *Ángel*, sabía de alguien que buscara trabajo. Y si todo lo demás fallaba, le preguntaría a su mayordomo o al mozo de caballos, según el día y sus requisitos, si conocía a alguien apto para ese empleo.

Callum garabateó una nota corta para Fanny (mejor hacer las cosas en el momento) y tocó el timbre.

Entró su mayordomo, John. —¿Podría tomar esta misiva y entregársela directamente a Fanny en el *Ángel*, John? Y esté preparado para que algunos miembros del personal lleguen en los próximos días para una entrevista de empleo. La duquesa de Penworth puede visitarnos en cualquier momento y la situación en que me encuentro ahora no es apropiada para una mujer de su rango.

Hizo una mueca al ver el papel de pared que se estaba despegando en su biblioteca. —Además, si *Kester House* recibe tales visitas, pídale a Cook que prepare una tarde de té adecuado para invitados tan elevados.

El silencio que reinó después de su solicitud fue fuerte.

—¿No desea cumplir mis órdenes, John? —preguntó, encontrándose con el rostro pálido del hombre.

John movió los pies. —No queremos molestarlo, mi lord, pero el horno está humeando y requiere que se limpie la chimenea. No estoy seguro de lo que pueda hacer Cook que sea adecuado para una duquesa.

Por supuesto, ya empezaron los problemas. Había muchas cosas mal en la casa: el techo tenía goteras en el ala este, el moho parecía estar devorando algunas paredes de los dormitorios en el tercer piso y ahora la chimenea de la cocina necesitaba mantenimiento. *¿Qué seguía?*

El criado miró hacia abajo y arrastró los pies.

Callum murmuró, frotándose la frente. —Envía a nuestro jardinero a encargarse del césped. No pueden verlo en ese estado.

El criado juntó sus manos demostrando preocupación.

—Ay, mi lord, usted no tiene jardinero.

Callum se dirigió al mini bar de coñac y se sirvió una generosa cantidad. —¿No tengo? ¿Qué pasó con él?

—El último vizconde de Arndel lo despidió por estar en desacuerdo con la fecha de podar las rosas, mi lord.

Callum pestañó ante tal razón absurda para despedir a alguien, pero era de esperarse por parte de su primo, ese tonto imperdonable. —¿Todavía está en Ashford?

—Sí, mi lord. Aunque ha vivido épocas duras desde su despido.

Callum suspiró. Maldita sea. Si su primo no estuviera muerto, lo mataría por haber descuidado al personal. —Si encontramos a ese hombre, me voy a asegurar de que vuelva a trabajar.

—Excelente. Se lo agradezco, mi lord.

Se negó a que le agradeciera por algo que nunca debería haber sucedido en primer lugar.

…

Alice y Victoria desmontaron y se rieron cuando Benny, un joven del pueblo, y otro hombre del establo se acercaron a la casa para llevarse sus caballos. El joven sonrió encantado al ver a Alice. Ella le acarició un poco el pelo a modo de saludo.

—Me alegro mucho de verte aquí, Benny... parece que estás disfrutando de tu nuevo puesto. ¿Cómo te has ido adaptando?

Los ojos de Benny se iluminaron con orgullo. —Oh, muy bien, mi lady. Son muy amables conmigo y siempre estoy ocupado con los caballos del señor. Ahora mi madre también trabaja en la cocina. Apuesto a que están preparando algo rico para ustedes mientras están aquí con Lord Arndel. —Frotó a su yegua y preguntó: —¿Deseas ir a ver a mamá? A ella le encantaría verla, señorita.

Alice sonrió. —No puedo ahora, pero dile que la visitaré mañana, si le parece bien. Tengo algo que deseo discutir con ella que es bastante emocionante.

—Oh, sí, lo voy a hacer, señorita.

Benny se llevó a su caballo; la charla con el otro mozo de caballos del establo se pudo escuchar cuando rodearon el costado de la casa. El carruaje de su madre se detuvo un momento después. Alice y Victoria esperaron a que se unieran a ellas.

—Ah, mis queridas, qué entrada cruzamos.

Alice miró el patio a su alrededor. El césped estaba plagado de malezas y jardines que una vez fueron cultivados y bien cuidados, pero ahora se veían caóticos.

—Si me siguiera, Su Excelencia, —dijo una voz profunda desde la puerta. Alice vio la cara amarga del mayordomo y le sonrió; notó con placer que él se sonrojó.

Al ver la casa, vaciló sobre sus pasos. No era lo que había imaginado para un vizconde. La boca abierta de Victoria también mostraba sorpresa. Las paredes estaban desnudas, salvo por la falta de pintura que mostraba dónde habían estado colgados los cuadros alguna vez. No había alfombra en la escalera y había un olor distintivo a polvo en el aire. Victoria se acercó a ella, levantando las cejas.

—No tiene dinero, —susurró Victoria, tomando su brazo. —¿Lo sospechabas?

Alice negó con la cabeza. —No. Nunca, pero eso explicaría por qué está vendiendo tierras a Josh.

Siguieron al mayordomo hasta lo que una vez fue la biblioteca. Ahora se parecía a un refugio a donde los libros iban a morir. Lord

Arndel se dio cuenta de cómo miró la habitación y sintió que podía avergonzarse de la falta de belleza.

Él se inclinó. —Su Excelencia, Lady Alice, Lady Victoria, bienvenidas a *Kester House*. Por favor, tomen asiento. Me disculpo por no haberlas recibido yo mismo. No esperaba su visita tan pronto.

Alice ignoró el comentario e hizo lo que le pidió.

—Tiene un hogar encantador, Lord Arndel, —dijo la duquesa, sonriendo un poco.

Victoria la miró con los ojos ensanchados. Alice se encogió de hombros. Su mamá obviamente no quería ser grosera... se acostumbraba a hacer comentarios positivos cuando se veía una casa por primera vez. Pero, aun así, el comentario hizo que la situación entre todos fuera un poco incómoda.

—Estoy en proceso de remodelación.

Alice no le creyó ni una palabra. Pero si lo que dijo era cierto, esperaba que se hubiera dado a los constructores locales la oportunidad de licitar la obra. —Es bueno escuchar que la casa está recibiendo la atención que se merece. Estoy segura de que será hermosa cuando terminen.

Él asintió con la cabeza y se sentó, ordenando las misivas que estaban en su escritorio antes de ponerse de pie y hacer sonar el campanario junto a la estufa a leña. —Creo que es la hora del té de la tarde. Debería estar listo en breve.

La biblioteca lucía papel pintado manchado, con aún más retratos perdidos de antepasados y paisajes. Una pequeña escalera de caracol en un extremo de la habitación conducía a otro piso donde las estanterías estaban, también, desnudas de libros. —Qué pena que la redecoración de su casa hubiera requerido almacenar todos los libros. Le habrá tomado mucho tiempo guardar todos los tomos.

¿Sospechaba lo que ella estaba pensando? Que no había libros y que no había habido por algún tiempo.

—No tengo idea de cuánto tiempo tardó el proceso. Los sirvientes los empacaron. Y en cuanto a ponerlos en el almacén, pensé que era mejor dadas las circunstancias. No quisiera que ninguno de ellos se dañe con el trabajo que se está llevando en la casa.

—Por supuesto, —estuvo de acuerdo, pero ¿dónde estaban estos constructores, si se estaba llevando a cabo tanto trabajo? No había sonido de martillos o artesanos hablando y gritando órdenes. —¿Tienen el día libre? —preguntó, lamentando su pregunta fuera de lugar en el instante en que la hizo. Era un defecto de carácter que había estado intentando mejorar.

—Envié un mensaje de que hoy hacía demasiado calor para el trabajo manual. Están trabajando en el techo en este momento. No podría permitirles trabajar en esas condiciones.

—No vi ningún andamio a nuestra llegada… —dijo Victoria, mirando por la ventana.

Alice puso una mano sobre el brazo de su hermana. —No hemos llegado a la parte de atrás, querida. Y, en cualquier caso, tenemos cosas más importantes que discutir hoy que las renovaciones. —Miró a Lord Arndel a los ojos y esperaba que pudiera leer la disculpa en su rostro.

—Aún no han comenzado. —Se reclinó en su silla, con una sonrisa forzada. —Ahora, ¿a qué debo esta visita improvisada? ¿No le dijo a Su Excelencia que yo volvería a Dunsleigh esta tarde, Lady Alice?

—No lo hizo. —La duquesa miró a su hija un momento, antes de decir: —Pero pensé que ya era hora de presentar mis respetos al nuevo vizconde Arndel de *Kester House*. Hace mucho que debía haberlo hecho y pido disculpas por ello. Desde el fallecimiento de mi esposo, he fallado en algunos de mis deberes, pero espero que esta visita solucione mis deudas.

—Agradezco su visita. Son todos muy bienvenidos aquí.

En ese momento, el mayordomo trajo el té y lo colocó en el escritorio. Callum lo miró con expresión de horror y Alice se apiadó de él. —¿Quiere que sirva, mi lord?

Él se relajó visiblemente. —Estaría muy agradecido.

Permanecieron sentados durante un rato hablando de temas intrascendentes, chismes sobre Londres, el bandido de Surrey y el asalto cometido a ellas mismas.

—Me sorprendió escuchar que Su Excelencia y Lady Alice tuvieron un desafortunado encuentro con el bandolero. ¿Tengo

entendido que ató a su conductor?

La duquesa agitó las manos. —Fue la experiencia más aterradora de mi vida. Nos maltrató de la manera más inapropiada y nunca estuve más asustada por mi hija como ese día. Cada vez que viajamos, tengo miedo de que vuelva a atacarnos.

Alice dejó su taza de té sobre el escritorio. Un extraño aleteo en su estómago comenzó cuando notó que Lord Arndel la miraba.

—Y usted, Lady Alice. ¿Estaba asustada?

La pregunta le resultó confusa. —Había escuchado historias del bandido de Surrey que nunca lastimó a nadie, excepto quizás, a sus corazones después de robar adornos de valor sentimental, como el broche que le robó a mamá. Así que no pensé que nos haría daño; por ende, no, no tuve miedo.

Sintió curiosidad en todo caso, aunque no pudiera pronunciar esas palabras en voz alta.

—Siento mucho que les haya pasado eso.

Por su vida, Alice no podía apartar la vista de él. Era muy dulce: preocupándose y disculpándose por una situación que no era su culpa. Era reconfortante saber que estaba atento y preocupado por ella.

La duquesa apoyó el té en el escritorio y el sonido de la taza sacó a Alice de sus pensamientos. —¿Sería tan amable de mostrarnos su hogar, mi lord? Cuéntenos con más detalle sus planes con las renovaciones.

—Por supuesto. Encantado. —Se puso de pie y Victoria y Alice siguieron su ejemplo.

Una a una lo siguieron hasta el vestíbulo; Victoria se acercó a él rápido. Alice frunció el ceño, no le gustaba la sonrisa que Arndel le dedicó a su hermana. ¿Estaba celosa de Victoria? Dejó el pensamiento a un lado; era absurdo.

Siguió caminando lento junto a su madre, aprovechando la oportunidad de mirar las habitaciones que pasaban mientras se dirigían hacia el salón de bailes y finalmente hacia la parte posterior de la casa.

—Siempre pensé que el salón de baile era lo mejor de *Kester*. Creo que van a estar de acuerdo una vez que lo vean, —comentó la

duquesa, pasando su atención de una pared dilapidada o de un mueble a otro.

Alice tuvo que aceptar que una cosa que se veía muy bien hoy, era su lord. Esos pantalones de piel de ante color canela iban muy bien con su cuerpo musculoso.

Victoria comprobó su paradero y Alice se limpió la sonrisa de los labios; esperaba que el ceño fruncido de su hermana no condujera a una inquisición más tarde. Alice negó con la cabeza: no estaba dispuesta a contarle a su hermana todo lo que pasaba por su mente; eran cosas que ninguna hermana de un duque debería pensar acerca de cierto vizconde y vecino.

El pasillo era amplio y el suelo de parqué necesitaba un poco de cera, pero no era nada que un poco de trabajo duro no pudiera solucionar. Al final del pasillo había una ventana grande que les daba una vista a los paisajes del norte y al girar a la izquierda finalmente llegaron al gran salón de baile.

Su madre tenía razón, por supuesto, la habitación era la mejor que había visto hasta ahora y la que menos sufría por falta de cuidado. Era perfecta: en el centro de la habitación, se asentaba una estufa a leña jacobea, con mucho espacio para el entretenimiento contratado. En una sola palabra: encantadora.

Las paredes estaban cubiertas en seda amarilla con un adorno floral como decoración. Ampliaba la habitación y de alguna manera hacía que pareciera más grande de lo que era.

—En serio pienso que esta es la mejor habitación de *Kester House*. ¿Están de acuerdo? —dijo Arndel, con orgullo coloreando sus palabras.

—Es una habitación hermosa, —dijo Victoria, caminando lejos y mirando alrededor, admirando todo el lugar.

El salón de baile era largo y estrecho y sería perfecto para bailar, mientras que también dejaba espacio para los que quisieran socializar, pero sin participar en otra actividad. Ya se podía imaginar un baile aquí: las matronas mirando para ambos extremos, mientras el resto bailaba toda la noche bajo los candelabros.

Alice lo miró a los ojos, esperando que la invitara a bailar la noche del baile en su finca. Era más alta que la media; encajaría

perfectamente en sus brazos. Qué hombros tan fuertes parecía tener, ideales para bailar el vals, para sostener a una mujer cerca.

Victoria mencionó la iluminación y Alice miró hacia arriba, inspeccionando las cuatro enormes arañas distribuidas a lo largo de la habitación. No se podía ver si necesitaban reparación ya que había sábanas blancas atadas alrededor de cada una para sostener el polvo. Al menos el difunto vizconde había pensado en hacer eso, antes de irse a Londres y olvidar su patrimonio.

Callum se unió a Victoria, que estaba inspeccionando una de las dos estufas a leña y sonrió, con un sonido profundo y grave que le gustaría escuchar más a menudo. El aleteo tomó vuelo en su vientre y el calor llegó hacia sus mejillas cuando sonrió. No quería que esas miradas se dirigieran a su hermana, pero, si el corazón de Lord Arndel se volteaba en su dirección y no en la de ella, estaría feliz por ellos.

Nunca la pondría triste la felicidad de Victoria, ni siquiera si tuviera sentimientos por el caballero. No es que sintiera grandes emociones por él, pero algo surgía cada vez que lo miraba: un zumbido nervioso en su sangre la dejaba sin aliento y un poco enredada. Pero, por supuesto, podrían ser cosas suyas y que él no sintiera nada en absoluto.

Alice se dirigió a las ventanas y se acomodó la faja, agradeciendo la brisa contra su piel, para enfriarla un poco en este día caluroso. Lo absurdo fueron los celos que se le despertaron al ver a su hermana ganar algo de atención. Eso entorpecía su mente. Tal vez el calor la confundía. Hacía mucho calor aquí, después de todo.

—¿La habitación cumple con sus estándares?

Con esa sonrisa ya conocida se acaloró aún más y se apoyó en el alféizar de la ventana; necesitaba todo el aire fresco que pudiera capturar. Su mamá los miró un momento, antes de unirse a Victoria.
—El salón de baile, aunque necesita una buena limpieza y pulido, es precioso. Qué tesoro tiene aquí, Lord Arndel.

Él observó a su alrededor y el orgullo brilló en sus ojos.

—Estoy de acuerdo. Planeo cuidar de la casa mucho mejor que el difunto vizconde. El legado que deje a mis hijos será mejor que lo que me dejó.

—Como ya ha comenzado a renovar la finca, estoy segura de que cumplirá con todos los estándares que se propuso.

Él frunció el ceño. —¿A qué se refiere?

Alice hizo un gesto hacia el techo. —A los constructores que ya contrató para arreglar *Kester House*. A eso me refiero.

Callum se ruborizó, sus mejillas estaban teñidas con vergüenza. —Por supuesto —respondió sonando un poco enojado—. —Debe pensar que soy un caballero sin ingenio. Tal vez debería tomar un poco de aire fresco.

—Puede compartir mi ventana, mi lord. —Era mucho para Alice, pero en este momento no podía pensar en nada mejor que compartir una ventana con él.

Se dirigió hacia ella; pronto dejó de estar distraído, a medida que se acercaba en su dirección. Alice nunca había reaccionado a un hombre de esta manera. Su corazón latía demasiado rápido en el pecho y las mariposas revolotearon en su vientre.

Se acercó a Alice y se apoyó en el borde de la ventana. Arndel la miró a los ojos y eso la dejó ardiente y nerviosa. ¿Estaba imaginando su coqueteo con su hermana? El oscurecimiento de sus orbes azules que la miraban con tanta intensidad le aseguró que se sentía tan atraído por ella como ella por él.

Qué delicioso.

—Espero que con el tiempo mi finca vuelva a su belleza legítima. Sé que hay ciertos elementos ahora que están muy mal mantenidos, pero estoy buscando remediarlo pronto.

Sin pensarlo, Alice le tocó el brazo; la fuerza muscular debajo de sus guantes le agitó el aliento. *Mi Dios, oh Dios, se siente encantador.* —Una vez reparado el techo podrá empezar por el interior de la propiedad y sin duda todo volverá a su lugar. Puede que no suceda de la noche a la mañana, pero sucederá. Tenemos fe en usted, Señor Arndel, en que este lugar quedará como debe ser.

Él sonrió y respondió: —Muchas gracias, mi lady.

—Mis queridas, hemos entretenido a Lord Arndel demasiado tiempo. Es hora de retirarnos. —La duquesa hizo un gesto para que Victoria la siguiera y a regañadientes Alice se volvió hacia Lord Arndel. —Gracias por mostrarnos su hogar hoy. Sé que fue una visita

improvisada, así que espero que no esté demasiado enfadado con nosotras.

—Para nada. —Sonrió y continuó: —Ahora, si me siguen, las acompaño fuera.

Caminaron en silencio hacia el vestíbulo y, de nuevo, Alice no pudo evitar apreciar lo bien que estaba de atrás. Era una bendición que la temporada estuviera a punto de comenzar. Si sus reacciones hacia Arndel eran algún indicio, estaba por encontrar un compañero de vida.

Su hermana sonrió y Alice se dio cuenta de que había notado cómo se había fijado en las regiones inferiores del caballero. —Compórtate Alice, o mamá se dará cuenta y nos regañará a ambas.

Alice le hizo señas para que se callara, incapaz de evitar que la sonrisa se formara en sus labios. —Cállate o los dos te oirán.

Su hermana solo sonrió y, afortunadamente, la puerta principal apareció ante sus ojos. La libertad la alejó de aquel perfecto trasero. Un día el hombre la atraparía husmeando y entonces tendría razones para sonrojarse.

…

Al día siguiente, Alice se sumergió en sus rondas en Ashford. Un trabajo que extrañaría si era real lo que había dicho a su madre: que se casaría al final de esta temporada. Pero entonces, dondequiera que se encontrara la finca de su marido seguramente habría gente necesitada, por lo que no tendría que renunciar a sus actividades caritativas.

Caminó por un callejón entre casas muy humildes, angustiada por su aspecto desgastado. Las paredes de madera deterioradas, el yeso y las ventanas rotas y las partes que faltaban de sus techos permitían que los elementos penetraran en las cabañas y dejaban a quienes estaban adentro, entre el frío y la miseria.

Incluso desde el exterior, Alice podía ver que las paredes tenían moho y el área no era apta para vivir, mucho menos para criar a una familia. La basura se amontonaba en algunas partes de la carretera,

en zonas tan altas como las ventanas de la planta baja. Las calles y senderos bordeados de tierra serían una pista fangosa en invierno y nada de eso era aceptable.

Alice saludó a Benny, el chico que ahora trabajaba en la finca de Lord Arndel. Cada semana desde que había asumido ese papel por su madre, el niño la había esperado en la calle para verla antes de su trabajo. Era el hombrecito más dulce y ella estaba más que emocionada de que hubiera encontrado un trabajo que ayudara a aportar fondos a la casa.

Tony, su mozo de caballos, se quedó a pocos metros mientras llamaba a la puerta de la señora Davy. Y, dentro de los dos minutos habituales, se abrió y la mariquita anterior y convertida, como diría su madre, la recibió adentro.

Se quedó allí durante las próximas horas. Alice repartió paquetes de alimentos, atendió lo mejor que pudo sus preocupaciones y ayudó con tareas que algunos de los inquilinos ya no podrían manejar. Su asistencia a los hogares era de corta duración, pero era mejor que nada en absoluto. Y, aunque a veces las visitas eran tristes y perturbadoras, Alice siempre regresaba a casa sintiendo como si hubiera logrado algo de importancia. No solo otro día sentada en casa cosiendo o aprendiendo a pintar. Qué aburrimiento.

Finalmente, la familia que siempre dejaba para el final, ya que le daba la oportunidad de quedarse y charlar. Después de la inesperada muerte del marido de Bess el año anterior, la familia había caído en tiempos difíciles, pero, con el apoyo de Alice, la familia de tres había sobrevivido y su futuro se veía positivo una vez más.

—Lady Alice, estamos muy contentos de que haya venido. Pensé que nunca llegaría aquí, ya que tardó más que la semana pasada.

Alice tomó la mano de Benny, dejándolo llevarla adentro. —Perdón por llegar tarde. Hoy el día está más ocupado de lo normal. Y no lo he olvidado, porque tengo un regalo para ti. No todos los días es tu cumpleaños. —Sonrió y observó cómo los ojos de Benny se llenaban de emoción.

—Mañana cumplo nueve años, mi lady. Y pronto tendré la edad suficiente para empezar mis cortejos. ¿Me vas a esperar?

Alice se frotó el pelo; nunca había conocido a nadie tan dulce y honesto como este pequeño. —Para cuando seas mayor como para casarte, querido, yo ya voy a ser vieja. Demasiado vieja para ti, —dijo, sonriendo a Bess y tomando asiento en la mesa de la cocina.

Alice pasó el cesto de la comida a Rose, la hija mayor de Bess. La joven sonrió de alegría al ver el pequeño pastel que Alice había traído para la familia. —Hice que Cook horneara una torta para el cumpleaños de Benny. Espero que no se moleste.

—Oh, Lady Alice, usted es tan amable. No sé qué haríamos sin usted, —dijo Bess, con los ojos llenos de lágrimas. Alice se apretó un poco la mano.

—No más Lady Alice cuando estamos solas. Alice está bien.

Bess asintió con la cabeza, sonrojándose un poco ante su amabilidad. Benny chilló de alegría al ver la torta de vainilla con glaseado de chocolate.

—Como no te veré mañana, Benny, espero que tengas un cumpleaños muy feliz y disfrutes mucho de tu día.

—Por supuesto que lo haré, señorita. ¿Y sabes qué? Puedo ayudar a ensillar el caballo de Lord Arndel y sacarlo a dar un paseo mañana. Nunca deja que nadie monte en el semental... y es una belleza, señorita. Creo que competiría con cualquier ganado del duque, sin duda.

Alice se sobresaltó, recordó de nuevo al semental del que todos, incluida su hermana, hablaban efusivamente. —No he visto ese caballo. ¿No te refieres al caballo castrado marrón que monta todo el tiempo?

Benny negó con la cabeza y frunció el ceño. —No, tiene al semental en el establo la mayor parte del tiempo. Debería ver a esa bestia. Es muy fuerte. En la oscuridad tiene un aspecto monstruoso y puede tener mal genio.

Alice le agradeció a Bess, mientras colocaba una taza de té humeante y algunas galletas frente a ella.

—Bueno, ten cuidado, muchacho, —dijo Bess. —No hagas nada con lo que no te sientas cómodo. No pondré en peligro tu seguridad, sin importar el costo económico para la familia.

—Estoy de acuerdo, —afirmó Alice. —Si te sientes incómodo por algo que te pidan que hagas, me lo dices y me ocuparé de que no vuelva a suceder.

—Es muy amable de su parte. —Bess sonrió y agregó: —Usted es un ángel para nosotros.

Alice dejó a un lado el cumplido. No era un ángel y dudaba de que, si Benny tuviera un problema mientras trabajaba para Lord Arndel, el vizconde estuviera complacido si metía la nariz en sus asuntos. Probablemente la enviaría a meterse en sus asuntos.

—Lord Arndel nunca me pondría en peligro, señorita. Te lo aseguro. Amo trabajar ahí. Incluso Rose ha comenzado a trabajar allí como sirvienta.

—Excelente. —Alice tomó un sorbo de té, muy agradecida de que la familia estuviera feliz y cómoda, bueno, tan cómoda como podrían estar viviendo en una casa tan humilde.

—El señor nos dijo que conmigo trabajando en la cocina, Benny a tiempo completo en el establo y Rose ahora como sirvienta, podríamos mudarnos a la pequeña cabaña al este de su finca. Es una caminata rápida hasta la casa principal y haría que el viaje de una hora que debemos hacer cada día desde aquí sea mucho más fácil para todos nosotros. Y debo decir que no me entristecerá dejar esta casa, no solo por los recuerdos que siempre están tan frescos en mi mente, sino también por el estado del lugar. Toda esta humedad no puede ser buena para la salud de mis niños.

—Entonces, ¿se van?

Alice miró alrededor de la pequeña habitación. A la estufa a leña le faltaban ladrillos y el aire tenía un olor característico a humo, como si no fluye como debería. En cuanto a las mesas y las sillas, no eran más que cajas desechadas de las tiendas. Alice no podía estar más de acuerdo en que la cabaña era exactamente lo que la familia necesitaba y, sobre todo, merecía.

—¿No está molesta por nuestra decisión? —preguntó Bess, con preocupación hormigueando en su voz.

—Solo me da pena que nos vamos a ver menos, pero estoy más que feliz de saber que estarán tan cerca del trabajo y sé que la casa

a la que van a ir es sólida y hermosa por dentro. Serán muy felices allí, estoy segura.

Bess suspiró aliviada. —Usted es la vecina de Lord Arndel. Estoy segura de que nos vamos a ver todo el tiempo que pueda dedicarnos. Y, por supuesto, siempre es bienvenida.

Alice tomó la mano de Bess. —Es que tengo una información interesante que deseaba compartir con todos ustedes.

—¿Qué sucede, señorita? —preguntó Benny, acercando un taburete a la mesa y mirándola expectante.

—Bueno, voy a comprar estas diez cabañas a lo largo de esta carretera y arreglarlas para mis inquilinos. El alquiler no va a cambiar. Estas casas son las más abandonadas de la ciudad y me gustaría cambiar eso.

—Oh, mi lady, —reaccionó Bess, con los ojos llenos de lágrimas. Alice la miró mientras buscaba su pañuelo y se secaba los ojos. —Me atengo a mis palabras anteriores. Usted es una verdadera bendición para esta ciudad, —Bess resopló. —No puedo decir que no esté un poco celosa de que otra familia se mude aquí y viva con tanta comodidad, porque estoy segura de que lo que sea que haga en las cabañas será lo mejor para los que viven aquí.

—Espero que sí.

Y Alice en serio esperaba que ese fuera el caso. Al haber nacido sin preocupaciones en el mundo, sin pasar nunca hambre o frío, no podía permitir que otra persona sufriera tal destino, si tenía los medios para cambiarlo. Por supuesto, Ashford era solo una ciudad pequeña y había muchos hogares en todo el país que sufrían la misma suerte, pero había que empezar por algún lado. Y era mejor hacer algo, aunque fuera pequeño, que nada en absoluto.

Rose, la hija de Bess, empezó a cortar verduras para la cena. —Ya me quedé mucho más tarde de lo debido, así que me voy a ir. Pero, por favor, avísenme cuando estén haciendo el movimiento y haré que envíen el carruaje para ayudar.

—Oh, no podemos aceptar eso. Es demasiado, Lady Alice.

—No, no lo es, —respondió Alice, tomando los brazos de Bess y caminando hacia la puerta. —Siempre los voy a cuidar. Y recuerda, soy Alice para ustedes.

Bess sonrió y movió la cabeza. —Bueno, en ese caso, estaríamos encantados de pedir prestado el carruaje dentro de dos días, si no es molestia.

—No es ninguna molestia. Y los voy a visitar una vez que estén instalados en la finca de Lord Arndel.

Alice se despidió y caminó hacia Tony, que estaba apoyado en una de las ventanas de la casa abandonada de la terraza. El aire se había enfriado con el cielo del atardecer posándose sobre la ciudad.

—¿Está lista para regresar a Dunsleigh, mi lady?

Alice asintió. —Sí, gracias, Tony.

Subiendo al carruaje, miró hacia la calle y juró que no habría más inviernos fríos para sus inquilinos. Una vez que el título estuviera a su nombre, el sufrimiento causado por el antiguo dueño, un hombre que prefería la vida en la ciudad y los prostíbulos que estaban por allí, no sería más que un mal recuerdo.

¿Qué sentido tenía nacer una Worthingham si no se sacaba provecho de eso?

Sentía muchas ansias por empezar.

CAPÍTULO

CINCO

—Ni lo sueñes, —sentenció Alice y se sentó hacia adelante en su silla, frunciendo el ceño ante su hermano. Este era un argumento que iba a ganar contra el duque. —Lo que haga con mi herencia depende de mí, Josh. Ya hablé con mamá y está de acuerdo. De hecho, me dijo que pagara la cantidad que el Sr. Otis quiera para terminar esto pronto. Él no va a comprometer el precio y yo no voy a comprometer mis planes.

—¡Te está robando descaradamente! O, —continuó, moviendo el dedo, —tal vez sea el bandido de Surrey con el que todos quieren hacer justicia.

Alice luchó contra el impulso de poner los ojos en blanco, pero perdió la batalla. —Ay, por el amor de Dios, está en la ciudad donde ya eres dueño de la mitad de los edificios. ¿Qué importa para qué compro las cabañas de Pitt Street? Al Sr. Otis no le importan sus inquilinos, nunca se ha preocupado, y si te tomaras el tiempo de observar el estado de los edificios, te darías cuenta. Me niego a ver sufrir a gente desafortunada durante más inviernos. Llegó el momento de realizar las reparaciones y eso es exactamente lo que voy a hacer. Pero me gustaría tener tu aprobación. Él quiere un precio y eso es lo que pagaré. Ya contraté a los hombres para la restauración; solo resta firmar el contrato. Aceptaste liberar mi herencia para comprar los edificios. —Luego se sentó y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Cuando mamá te permitió asumir el rol de visitar a los pobres, era solo cuestión de tiempo antes de que te diera aún más ideas para… bueno, para tener más ideas.

—Eres tan divertido, Josh. Quizás deberías actuar en el teatro.

Lo fulminó con la mirada y un tic apareció en su mejilla. —Estás a punto de embarcarte en una temporada social, en la que debo añadir que le prometiste a mamá que buscarías marido... en serio, este año. Si te permito comprar las propiedades por esa cantidad absurda, ¿cómo encontrarás el tiempo para hacer todo este trabajo, para supervisar lo que hay que hacer y al mismo tiempo concentrarte en tu próxima temporada?

—No seas idiota, Josh. No sabía que no tenías corazón latiendo en ese pecho diminuto; si fueras un hombre, nunca dirías eso.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera?

—Muy fácil. Soy mayor que tú, por si no lo recuerdas, y puedes ser el duque, pero no controlas mi vida. No puedes quitarme lo que papá me dejó, o la casa que poseo en el norte de Inglaterra, así que puedes quejarte todo lo que quieras sobre lo que voy a pagar por esas cabañas, pero no cambiará nada. Lo voy a hacer igual y vas a firmar ese papel que me permite comprarlas a la cantidad acordada.

Él suspiró y pasó una mano a través de su cabello; un movimiento que solo hacía cuando estaba furioso. —Oh, ¿en serio? —dijo, con la frente en alto. —¿Por qué lo haría?

—Porque soy tu hermana y me amas.

Josh levantó las manos, inclinándose hacia atrás en su silla. —Me rindo cuando se trata de ti. Es así cuando Alice Worthingham está involucrada.

—Ay, por favor, para con el drama. No hay nada de malo en que ayude a los pobres y tampoco nadie en la sociedad vería nada malo. Lo más probable es que me elogien por ello. —Le dedicó su sonrisa más dulce, pero solo logró un ceño fruncido como respuesta. —¿Así que me acompañarás a Londres el viernes para que pueda firmar los papeles y proceder con la entrega de los títulos?

—Voy a estar de acuerdo con la nueva cantidad, pero mamá puede ir contigo. No había planeado viajar a la ciudad hasta que comenzara la temporada.

—Mamá se niega a ir, a menos que estés con nosotras, pero también me dijo que, si vas, entonces ella no necesita asistir en esta ocasión. Tiene miedo de que el bandido de Surrey vuelva a atacar. Solo nos vamos a ir una noche y luego podrás regresar a Dunsleigh y enterrarte en todo este trabajo inmobiliario que tanto amas.

—Estás poniendo a prueba mi paciencia. —Su hermano se puso de pie y se sirvió un vaso de coñac. —Estate preparada al amanecer. Puedo ir y venir en el día.

—No tengo ningún problema con eso, pero haré que mi sirvienta empaque una pequeña valija en caso de que cambies de opinión.

Su hermano se encogió de hombros. —Has lo que quieras. —Se sentó de nuevo y la estudió un momento. —Desde que eras pequeña recuerdo que siempre ayudabas a la gente y a los animales. Incluso sentías la necesidad de ayudar a la hormiga que se interponía en el camino de tu pie resbaladizo. ¡¿Por qué?!

—Porque puedo. Porque tenemos una vida llena de privilegios con los que algunas personas solo pueden soñar. ¿Cómo negarme a tratar de ayudar cuando puedo? ¿Cómo puedo pasar por mi vida y pisotear a todos los que están debajo de mí, sin sentir culpa? Así como no pedí nacer hija de un duque, tampoco una hormiga nació solo para ser aplastada por mi pie. Estas personas están realmente necesitadas y yo me preocupo por todos y cada uno de ellos. Son buenas personas, Josh. No debes juzgarlos con tanta dureza.

—No se puede salvar a todos, hermana.

— Lo sé. —Alice miró por la ventana hacia el jardín, que estaba más cuidado que sus uñas. —Estamos bendecidos. Tenemos todo lo que podríamos desear. Necesitamos madera, nuestro jardinero la corta por nosotros. Tocamos una campana y mágicamente llega un sirviente para cumplir nuestras órdenes. Y, sin embargo, ni a cinco millas de distancia, la gente se acurruca bajo mantas infestadas de piojos para mantenerse caliente en invierno. Tienen que buscar leña en las tierras que los rodean, solo para volver a casa y cocinar nada más que alimentos con mucho líquido que ni vale la pena comer en primer lugar.

Alice respiró profundo. Lo que estaba a punto de hacer estaba bien. Puede que no sea lo que Josh quería que pagara para lograr

sus planes, pero ¿qué importaba eso cuando la gente estaba necesitada?

—Quiero ayudar a esta gente. Voy a reconstruir esas cabañas y renovarlas. Y me voy a asegurar de que, durante los meses de verano, la madera se recoja de nuestras tierras y se deposite en un edificio que construí al final del camino para que todos puedan usarlo. Y luego, si me queda algo de dinero, voy a arreglar el camino.

—Ya has pensado en todo, al parecer. Y, dime por favor, ¿si tu singular intento te hace pobre? Soltera y pobre. Entonces, ¿qué? Solo tendrás tu dote si te casas, y ¿en serio quieres ser mantenida por tu esposo por el resto de tu vida? —Josh levantó una ceja puntiaguda. —No puedo ver cómo esta situación te resultará a gusto.

Alice se puso de pie, caminó hacia el lado del escritorio y, agachándose, besó a Josh en la mejilla. —Nunca voy a ser mantenida por mi marido, tonto. Porque tengo un hermano que es el Duque de Penworth. Un hermano que salvé de un árbol hace muchos años. Mamá todavía no sabe nada de eso. Si alguna vez necesito más dinero, sé quién me va a salvar. Así como yo lo salvé.

Josh levantó la vista y una sonrisa se dibujó en el borde de sus labios. —¿Mamá sabe quién me metió en ese árbol en primer lugar?

Alice sonrió y caminó hacia la puerta. —Bueno, no deberías haberme seguido. —Hizo una pausa y continuó: —¿Aprobarás la cantidad? No importa que tengamos opiniones diferentes sobre el asunto, me encantaría tener tu apoyo en esto.

Él suspiró. —Supongo que un viaje a Londres me daría la oportunidad de ir a mi club, —reflexionó. —Así que voy a dejar a un lado mis pensamientos sobre el precio y a apoyar el plan. Para que la construcción comience y termine más rápido, le voy a escribir a nuestros abogados hoy para asegurarme de que todo esté listo para la transferencia el viernes. No quiero escuchar excusas sobre por qué tienes que dejar de asistir a la temporada social debido a una gotera en el techo o una madera rota.

Alice sonrió aliviada. —Gracias, hermano. No voy a olvidar tu bondad y, por tu comportamiento caritativo, te voy a presentar a

todas mis amigas este año. Tal vez si ambos tenemos una temporada exitosa, podríamos tener una boda doble.

—Te recomiendo que te vayas antes de que cambie de opinión.

Ella sonrió y se fue, no sin antes escuchar la risa resonante del duque.

…

Alice dejó que Juno tuviera rienda suelta y lo instó al galope. Sonrió al ver cómo la yegua, en su primera sed de vida desde que dio a luz a su potro el año pasado, despegó a una velocidad desorbitante. Miró hacia atrás y vio que Victoria subía rápido cabalgando y Josh llegaba un segundo después. La decisión de su hermana de ganar la carrera improvisada era fácil de leer en su rostro. Alice se inclinó sobre el cuello de Juno, pero no sirvió de nada; no pudo superar el trote de Victoria.

El viento azotaba su sombrero, la velocidad a la que viajaban hacía que sus ojos se llenaran de lágrimas y su visión se desdibujara. Alice levantó la vista y, demasiado pronto, el bosque que rodeaba la casa de Lord Arndel se hizo cada vez más alto. Su caballo fue bajando la velocidad.

—Juno parece muy complacido de estar fuera otra vez, —comentó Victoria, esperando a que ella y Josh la alcanzaran.

Alice le dio unas palmaditas en el cuello a la yegua y la dejó andar a paso lento para que recuperara el aliento. —Así es, ¿no? —Se acercó y sacó una hoja de un árbol. —Esta es la primera vez que la monto sin su potro. Parece que lo está manejando bien.

—Ella te ama y confía en ti... por qué no querría salir con su humano favorito.

Alice sonrió: sabía que el sentimiento era mutuo. A todas las hermanas se les había dado caballos en su presentación en sociedad y todas llevaban el nombre de dioses mitológicos. Era una pequeña broma entre ellas, pero su hermano, que no quería seguir el juego, nunca lo entendió.

—¿Tu negocio en Londres el viernes resultó como estaba previsto? Mamá dijo que pensaba que sí.

—Nos fue muy bien y, aunque terminamos quedándonos la noche en Londres, aproveché la oportunidad para que Josh asistiera a una reunión con un arquitecto que elaborará nuevos planos para las casas para hacerlas más eficientes para las familias. El último diseño no estaba del todo correcto. Es un hombre brillante, y joven, pero con demasiadas ideas.

Victoria le lanzó una mirada curiosa. —Qué bueno. De alguna manera, creo que comprar y renovar esas casas será todo lo que nuestro hermano pueda manejar este año.

—Estoy de acuerdo —murmuró Josh, con sarcasmo.

Alice frunció el ceño. —¿Qué quieres decir? —Sus hermanos se rieron y al fin Alice entendió. —No seas absurda. No estoy mirando al arquitecto de esa manera, por más guapo o inteligente que sea.

— Me alegra oírlo, —respondió Josh y ajustó su silla. —Voy a ir por otro trote. Las veo en *Kester House*, donde vamos a preguntar acerca de esa famosa bestia; un caballo que Victoria se niega a dejar ir.

—Haces que suene como si estuviera obsesionada; pero no lo estoy.

Alice sonrió, viendo cómo Josh se alejaba. Caminaron en silencio por un momento antes de que dijera: —Quiero tu opinión sobre algo que me he estado preguntando.

—¿Sobre qué? —Victoria se agachó mientras pasaban bajo una rama colgante baja.

—Tengo curiosidad sobre lo que piensas de Lord Arndel. Me di cuenta la semana pasada que parecías muy feliz al hablar con él, y él también contigo.

Su hermana sonrió. —Es guapo, por supuesto, pero aparte de eso, no se sabe mucho de él. —Victoria se encogió de hombros. —Es difícil formar una opinión de un hombre que se esconde lejos de la sociedad.

Alice asintió. Era extraño que Lord Arndel, luego de convertirse en vizconde, se mantuviera tan alejado. Solo lo había visto en unos pocos bailes en Londres a principios de la temporada pasada y luego

había desaparecido. Siempre lo había imagino disfrutando en otro lugar de la ciudad, como lo había hecho su primo, antes de su muerte prematura, pero tal vez se había equivocado. Si buscaba casarse y formar una familia, mantenerse fuera de la esfera en la que debías circular para encontrar una pareja no era lo más lógico.

—Es un poco reservado, ¿no crees?

Victoria se encogió de hombros de nuevo. —Fue amable en la ciudad el año pasado, hasta tu altercado con él, y luego no lo vimos más. Pero entiendo que está tratando de hacer las paces luego de ese error y que lamenta sus palabras hirientes.

Alice aceptaba esa posibilidad, porque Arndel se había disculpado por su insulto de la temporada pasada, a pesar de que ella todavía no lo había perdonado por completo.

—Escuché a Josh mencionar a su hombre de negocios que Lord Arndel nunca tuvo nada que ver con su familia antes de tomar el título de vizconde. Lo cual es extraño, ¿no te parece? Cabría pensar que se llevaban bien, teniendo en cuenta que era el siguiente en la fila.

—No sé mucho sobre la familia como para entender cómo interactúan entre sí. Pueden ser simplemente una familia que no es cercana, a diferencia de la nuestra. —Alice sonrió. —Supongo que puede ser así. Y, en cualquier caso, parece decidido a ser más parte de la comunidad, lo cual me parece bárbaro. Hay muchas mujeres adecuadas en nuestro grupo a quienes no les molestaría ser su esposa. —Victoria le lanzó una mirada inquisitiva. —¿No estás de acuerdo, hermana?

La pregunta sacudió a Alice más de lo que debería y frunció los labios pensativa. Que Arndel podría casarse con alguien a quien conocía bien nunca había entrado en su mente. Por supuesto, había pensado en que se casaría, pero la persona siempre había estado sin rostro, una mujer de la ciudad que ella no conocía. La idea de que una de sus amigas podría convertirse en su esposa, acercarse a él en cualquier momento y robarle un beso, ir a la cama con él cada noche... Tragó saliva. Era inquietante.

No podía imaginárselo. Se aclaró la garganta antes de responder. —Claro que sí.

Victoria hizo que Pan se detuviera y Alice también se detuvo en el borde del bosque y miró a través del césped poco cuidado de *Kester House*. —Me he dado cuenta de que te mira mucho, Alice.

La boca de Alice se abrió de golpe y la cerró con un chasquido; odiaba el hecho de que su estómago se revolviera ante esa idea. —Si lo hace, es solo para encontrar fallas, estoy segura, —contestó sonriendo y preguntándose si el calor en sus mejillas era realmente visible. —No deberías decir esas tonterías.

—No es ninguna tontería, te lo aseguro. Lo he visto echarte miradas furtivas cuando cree que nadie está mirando. Cada vez que lo hace, parece que lo han privado de algo o que anhela el objeto mismo de su deseo. —Victoria sonrió. —De hecho, sus acciones me recuerdan cómo solías actuar con él el año pasado antes de que *actuara* como un idiota.

—No hables así. —Miró hacia *Kester House*, estudiando una casa que parecía más majestuosa de lo que había pensado. —Y, por favor, no me recuerdes lo tonta que fui la temporada pasada. Prácticamente me humillé a sus pies antes de escuchar lo que pensaba de mí.

—No quiso decir eso y ya te pidió disculpas. Deberías perdonarlo. —Victoria hizo una pausa. —Y si sigues frunciendo el ceño así te saldrán arrugas.

Alice añadió: —Te equivocas con Lord Arndel. Si bien creo que puede estar arrepentido, no creo que sea yo quien le interese, más allá de esas miradas que nombras.

—Mmm, te aseguro que te está mirando. El otro día, cuando inspeccionabas su salón de baile, me sorprende que no sintieras el ardor de su mirada. Le gustas, más de lo que crees, y creo que, si le dieras a entender que sus sentimientos pueden ser correspondidos, actuaría sobre la base de esas emociones.

¿Actuar sobre sus emociones? ¿Qué significaba eso? Y si significaba lo que Alice esperaba, eso explicaba por qué un aleteo nervioso se apoderaba de su cuerpo cuando él estaba cerca. ¿Le gustaba más que como un buen vecino? ¿Todavía lo admiraba, como lo había hecho al comienzo de la temporada pasada? ¿Quería admirarlo?

Victoria sonrió entre dientes. —Vamos, no podemos perder el tiempo aquí en los árboles todo el día; Josh nos espera.

Alice permitió que Victoria galopara adelante mientras la seguía. Después de las palabras de su hermana, tuvo el absurdo deseo de sonreír como una debutante en su primer baile.

Con un respiro profundo, luchó por recomponerse y no llegar a su casa llena de manchas de vergüenza y con un tartamudeo nervioso. Era hija de un duque, más que capaz de conversar con un vizconde.

Sonrió. La alegraba pensar que le podía gustar a Arndel más que como amiga. Eso haría que la vida en Dunsleigh fuera más interesante y, en cuanto a la próxima temporada, le daría algo que esperar, a pesar de que él había dicho que no asistiría. Quizás Victoria tenía razón y el perdón era lo mejor; quizás lo que sucedería después de eso también podría ser muy agradable.

CAPÍTULO

SEIS

Alice saltó de su caballo y le entregó las riendas a un mozo que la esperaba. Victoria hizo lo mismo y casi enseguida vieron a Josh galopando hacia ellas desde el oeste de la finca. Se detuvo y las llenó de tierra.

—En serio, Josh, ¿era necesaria tu entrada dramática? —Su hermano sonrió y se alejó, acercándose a ellas. —¿Vamos a fijarnos si Lord Arndel está en casa? Me parece q tenemos un semental que ver.

—Vamos ya. —Victoria se frotó las manos con emoción y comenzó a caminar.

Alice vio a Benny que venía del costado de la casa y lo saludó. Él sonrió y vino corriendo.

—Lady Alice, ha vuelto. Mamá quería que te diera las gracias la próxima vez que te viera. Nos mudamos y ahora tengo mi propia habitación.

—Eso es maravilloso, Benny. Me alegro de que ya se establecieron. Dile a tu mamá que iré a visitarlos muy pronto.

—Sí, lo haré, mi lady. —Se dirigió hacia los establos, pero se detuvo, volviéndose para mirarla. —Hoy te ves muy bonita, señorita.

Alice sonrió, pensando que Benny sería uno de los favoritos entre las damas cuando cumpliera la mayoría de edad.

—Gracias. Qué amable.

Asintió con la cabeza, aparentemente complacido consigo mismo. —Bueno, es cierto. Lo eres.

—Estamos aquí para ver el famoso semental del que me hablaste.

—Oh, sí, señorita, es el mejor caballo que jamás haya visto. Habría pocos, me imagino, que no lo considerarían la mejor de las bestias.

Alice estaba más intrigada cada segundo. —Me imagino que, si piensas así, entonces seguramente lo sea.

La cara de Benny se volvió pensativa. —Así es, mi lady. ¿Quieren venir y echar un vistazo a mi lugar de trabajo y donde está el caballo? Tengo los establos limpios para los caballos. Estarás orgullosa de mí.

Alice se frotó el pelo. —Ya estoy orgullosa de ti, desde el día en que naciste. Y estoy segura de que mantendrás el espléndido trabajo; un día valdrá la pena. Se los prometo.

—Ven a ver los establos, mi lady.

Alice inclinó la cabeza. —Llegaremos tan pronto como hayamos saludado a Lord Arndel.

—Gracias, señorita.

Alice siguió a sus hermanos hacia la puerta, sonriendo. El criado estaba esperando; los llevó hacia adentro y cerca del vestíbulo.

Conversó con Victoria mientras lo esperaban. Josh caminaba delante de las ventanas delanteras y después de algún tiempo sin señales suyas, Alice encontró una silla y se sentó.

Se dio vuelta por el sonido de pezuñas en el suelo y miró por la ventana. Quedó boquiabierta al ver a Lord Arndel que pasaba al galope frente a la casa; el semental negro sobre el que estaba sentado echaba espuma por la boca, jadeando por el esfuerzo de una larga carrera.

—Ese debe ser el caballo del que Benny estuvo hablando. —Victoria suspiró. —Bueno, el niño no estaba exagerando. Ese purasangre es magnífico.

Alice había pensado que los elogios de Benny eran demasiado entusiastas, pero no era el caso: el caballo era admirable, muy parecido al hombre que estaba sentado sobre él.

Se sobresaltó y se sacudió el pensamiento. No quería convertirse en una tonta enamorada de este hombre que acababa de pasar

junto a ella como Adonis ante Afrodita.

Al rato, los pasos resonaron en lo profundo de la casa y Alice se acomodó las faldas de montar sobre sus piernas. Con el fin de parecer ocupada, se quitó los guantes y jugueteó con el sombrero. Lo último que necesitaba era que Arndel pensara que lo habían estado esperando con ansias.

Ella no tenía por qué molestarse. Lord Arndel, tan perdido en sus pensamientos, pasó a grandes zancadas junto a ellos, en dirección hacia la biblioteca vacía y Josh se aclaró la garganta para llamar su atención.

—¿Lord Arndel? —dijo su hermano, con la diversión escrita en sus rasgos porque Lord Arndel no había notado su presencia.

—¿Su Excelencia? —Patinó hasta detenerse y se volvió para mirarlos con ojos sorprendidos.

—Espero que no le importe, pero Lady Victoria deseaba ver su excelente caballo, en el que acaba de pasar, y le dije que la acompañaría.

Miró alrededor del vestíbulo, claramente sorprendido.

—Ah, por supuesto que son bienvenidos aquí. Cuando lo deseen.

—Quizás deberíamos venir en otro momento, —respondió el duque, mirando el atuendo menos que inmaculado de Lord Arndel.

Se puso de pie con las manos en las caderas. Qué alto parecía cuando se paraba así. No solo eso, sino que se veía un poco desaliñado después de su paseo y eso le daba un aire de peligro que, Alice tuvo que admitir, le gustaba.

—¿No recibió nuestra nota sobre la visita que le haríamos? Podemos volver en otro momento, si es más adecuado.

Alice esperaba que no los echara. Quería reunirse con él, volver a hablar, como habían hecho el otro día cuando vino con su madre.

—No. —Relajó su postura y les indicó que se dirigieran a la puerta principal. —Vengan, los llevaré a los establos directamente y podrán ver mis caballos.

—¿Tengo entendido que solías criarlos? —preguntó su hermano. Alice se sorprendió por la información, sin saber que Lord Arndel lo había hecho. ¿Qué más no sabía sobre este hombre?

—Lo hice, sí, y es algo que deseo continuar, una vez que la propiedad vuelva a su antigua gloria.

Victoria se adelantó con Josh y él terminó al lado de Alice. La sonrisa que se había formado en sus labios no se disiparía, sin importar cuánto trataba Alice de abstenerse de mostrar lo que estar al lado de este hombre le hacía sentir.

—Deberíamos organizar una carrera, —propuso Victoria. —Solo una amistosa entre nuestros conocidos. Dunsleigh tiene un campo largo y nivelado que sería perfecto para tal evento.

Alice evaluó a Lord Arndel y se alegró de ver que parecía interesado en la idea. —Los pocos caballos que me quedan en el establo agradecerían una carrera. Si puede organizar un día así, Su Excelencia, me complacerá que mi ganado participe.

—¿Fueron sus caballos criados para carreras? —preguntó Alice mientras continuaron hacia el costado de la casa. Respiró hondo, disfrutando su aroma, como a aire fresco de campo mezclado con limones. También había notado que su corbata estaba floja, dejando ver un hermoso cuello bronceado que hacía que su respiración fuera errática. —Vi su caballo cuando pasó. Es un animal hermoso. —Le echó un vistazo. Él no la miró a los ojos, solo jugueteó con sus guantes. ¿Estaba tan nervioso como ella por estar tan cerca de nuevo?

—No lo monto a menudo; no lo suficiente como a él le gustaría. —Tomó el pequeño cuaderno que ella sostenía con fuerza en sus manos y lo abrió. —¿Qué es esto que trae?

Alice se lo arrebató, casi sin creer que hubiera hecho tal cosa. —Sabe que debe esperar a que una dama le entregue las notas que pueda tener en la mano. Podría tener una historia de amor o una misiva privada para alguien.

—La carta de un amante... —Él sonrió y ella se dejó llevar por su hechizo. —¿Para mí? Tomó el cuaderno de vuelta, manteniéndolo fuera de su alcance. —Entonces, por favor, déjeme leer, porque estoy más que interesado, —dijo arrastrando las palabras en un tono que era profundo y lleno de significado, pero solo para que ella lo escuchara. Él lo hojeó rápidamente y sin importar cuánto ella trató de agarrar su brazo, no lo logró.

Él suspiró dramáticamente. —No puedo decirte lo decepcionado que estoy de que esté en blanco. Pensé que había escrito un tomo sobre lo que siente por mí.

—No le gustaría saberlo. Confíe en mí —susurró ella, tomando el cuaderno y dedicándole una mirada.

Él soltó una carcajada. El sonido fue despreocupado y verdadero, no falso y practicado como lo había escuchado en la ciudad de tantos caballeros.

—Quizás lo haga.

El calor floreció en sus mejillas y se aseguró de que sus hermanos no se dieran cuenta de sus payasadas detrás de ellos. Por fortuna, no lo hicieron.

—Créeme, no lo haría, —bromeó con un tono de tranquilidad y seguridad que estaba lejos de sentir.

—Entonces, ¿para qué trajo su cuaderno, si puedo preguntar?

—Tenía la esperanza de poder escribir la receta del pastel seco que su cocinero solía hacer para los entretenimientos del difunto vizconde.

Se inclinó hacia ella, con un gesto irónico en los labios. Ella debería alejarlo, hacerle saber en términos inequívocos que estaba siendo un poco atrevido. Tenerlo tan cerca de su mejilla, pero con una ligera inclinación hacia afuera, no hizo nada para ayudar a que su situación permaneciera indiferente. Desde aquí podía ver sus largas y oscuras pestañas que le recorrían las mejillas como un abanico. A decir verdad, tenía rasgos y piel encantadores. Alice dudaba que hubiera mucho que criticar.

Se mordió el labio inferior y miró hacia arriba, captando su fijación por él.

—Creo que puedo arreglar que se reúna con mi cocinero. —La estudió por un momento, no tratando de retroceder y darles espacio, sino tentándola a cerrar la brecha entre ellos y ver adónde conduciría. Alice tragó saliva; nunca antes había estado en una situación tan íntima con un hombre, pero le gustaba de todos modos. Le gustaba mucho.

En algún momento, dejaron de caminar. Un anhelo inquieto la recorría por saber cómo se sentirían sus labios. ¿Eran tan suaves

como los imaginaba, besaba bien, querría besarla? —Se lo agradezco, mi lord. Eso sería de lo más útil. —Sus palabras salieron como un susurro y su atención se dirigió a los labios.

—Cualquier cosa para complacerla, Lady Alice.

Su hermano los apresuró y Alice dio un salto hacia atrás, con el corazón martilleando en su pecho.

Entonces se adelantó. ¿En qué había estado pensando hace solo un momento? ¡Y delante de su hermano nada menos! Volvió a mirar a Lord Arndel y leyó el ardiente deseo en sus ojos.

Lentamente la alcanzó, con un paso lento y depredador.

Oh Dios…

—Tengo entendido que tiene dos hermanas que están casadas, ¿no es así? Espero que se hayan asentado bien en sus nuevas vidas.

—Sí, muy bien, gracias, —respondió ella. —Elizabeth, o Beth como le solemos decir, se casó con Lord Muir, un conde de Escocia. Viven en las Tierras Altas, en un castillo, nada menos. Es bastante hermoso allí y no muy lejos de Avonmore, la finca escocesa de nuestra familia. Aunque eso quedó en manos de Isolde después de la muerte de nuestro padre.

—Entonces, le gusta Escocia y ha pasado algún tiempo allí. —La estudió y ella suspiró.

"Gustar" no era una palabra lo suficientemente fuerte como para expresar cuánto adoraba al vecino del norte de Inglaterra.

—Así es. Demasiado. Es un lugar magnífico que deseo explorar más. Hay tanta historia allí y no siempre la mejor, considerando el pasado de Inglaterra y Escocia, pero por suerte los tiempos han cambiado desde entonces.

—Yo nunca estuve allí, pero me gustaría ir. Quizás, cuando me case, a mi novia le gustará viajar allí, en lugar de en el continente. —Su mirada se volvió primitiva y Alice no parecía poder apartar los ojos de él. ¿Le estaba insinuando lo que deseaba? Sacar el tema del matrimonio ante una mujer soltera no era lo que un hombre bien educado debería hacer, pero eso no parecía importarle.

Ella se aclaró la garganta. —Mi otra hermana, Lady Isolde, la segunda mayor de la familia, se casó hace poco con el duque de Moore.

—Otro duque. Y aquí estoy yo, un mero vizconde.

Alice sonrió. —Un vizconde nunca puede calificarse como *mero*, y usted, Lord Arndel, no es para nada mediocre, si a eso se refería.

Dejó de hablar en el mismo momento en que las palabras salieron de su boca. *¿Ahora estoy coqueteando? ¿Qué seguiría?* Le lanzó una mirada horrorizada, aliviada de ver nada más que afecto genuino en sus orbes azules. Aun así, Alice realmente debería aprender a controlar su lengua.

—Me gusta que piense así.

Su escrutinio era desconcertante, por así decirlo, pero no podía apartar la vista de él.

—Dígame lo que hace con su tiempo. Tengo un presentimiento de que le gusta mantenerse ocupada. —Sonrió y sus pies se sentían como si estuvieran en terreno inestable.

Si pensaba que era una niña mimada que solo bordaba almohadones y cantaba en los jardines todo el día, se equivocaba bastante. —Me mantengo bastante ocupada. Hay muchas cosas que me mantienen ocupada la mayoría de los días.

—¿Como qué? —sonrió, mientras la ayudaba a pasar por encima de un pequeño charco.

—Bueno, hace poco compré las cabañas en Pitt Street en Ashford. Estoy a punto de comenzar las renovaciones.

Él se alejó y lanzó varias preguntas: —¿En serio? ¿Y tu hermano permitió tal cosa?

Alice rodó los ojos. —Por supuesto. Aunque quizá no hayamos estado de acuerdo sobre el precio, al principio, pero le hice ver el lado sensato de mi proyecto. Realmente es una gran idea y no puedo esperar para empezar.

—¿Usted va a supervisar la construcción? —preguntó, sonando conmocionado.

— Por supuesto. ¿De qué otra manera me voy a asegurar de que se alcance el mejor resultado? Todo el condado va a hablar de las cabañas en Ashford y todos los que viven en la comunidad quedarán verdes de envidia. Para cuando termine la construcción, todos desearán vivir allí. Se encontró con la mirada de Arndel. Claramente, estaba un poco sorprendido.

—Puedo ver que está aturdido.

Sonrió, un poco asombrado. —Así es. Nunca había oído hablar de una mujer haciendo tal cosa y menos a la hija de un duque.

Ella se encogió de hombros. —Tenemos que hacer todo lo que podamos. Soy capaz de ayudar, lo deseo, y así lo voy a hacer. Es tan fácil como eso.

Estaba vez, él no sonrió, solo la miró un momento. —Qué mujer tan extraordinaria es usted, como para hacer eso por los menos afortunados.

Nunca en su vida Alice había recibido un cumplido tan sincero y, que viniera de Lord Arndel, solo la dejaba más desconcertada. —Gracias —dijo, sin saber qué más decir.

Llegaron a los establos y un caballero mayor con el pelo canoso y gafas los saludó.

—Bill, por favor, saca a Bandido. Lady Victoria desea verlo.

El hombre se quitó el sombrero, inclinándose un poco.

—Por supuesto, mi lord.

A los pocos minutos, la belleza que habían visto justo después de su llegada salió de un establo que estaba alejado de los otros caballos. Victoria quedó *sorprendida* con el animal y, sin dudarlo, se acercó a él, dejando que el caballo oliera su mano antes de acariciarle la nariz.

—Oh, es hermoso. Qué suerte tiene de tener un animal así. Debo admitir que estoy muy celosa de usted, Señor Arndel.

El duque, también, subió al caballo y le dio unas palmaditas en el cuello. —¿Usted cuida del caballo?

Él permaneció con ella, lo que le agradó más de lo que le gustaba admitir. —No. Aunque voy a hacer que tenga crías si puedo. A Bandido lo dejaron aquí en la finca después del fallecimiento del difunto vizconde. Supongo que incluso Robert sabía cuándo poner límites en la venta de un espécimen tan fino.

—Eso me alegra —dijo su hermano, corriendo una mano sobre la espalda del semental.

Victoria volvió y se unió a ellos. —Asumo que porque es un semental lo mantiene en un establo separado de los otros caballos.

—Sí, puede ser, digamos, un poco… temperamental a veces.

Benny, viéndolos examinar a Bandido, corrió hacia allí e hizo una reverencia. Alice sonrió entre dientes, amando el hecho que el pequeño muchacho tenía esa forma de ser. —Lady Alice, ¿quiere que traiga a Juno para usted? Y Lady Victoria, —agregó Benny, antes de ver al duque. —Oh, ¿y su Excelencia? Nadie me avisó que usted estaba aquí. Lamento no tener los caballos listos para ustedes todavía.

Alice alejó su preocupación. —No te preocupes por eso. Tal vez mientras los otros están mirando a Bandido, puedes mostrarme dónde trabajas.

—¿En serio, mi lady? Me encantaría, si el señor me lo permite.

Alice miró a Lord Arndel y se sintió aliviada al ver solo alegría ante la petición. —Puedes mostrarle a Lady Alice dónde trabajas, Benny.

Se dirigieron a donde estaba el otro bloque de establos. Estaba a tope de caballos; otros dos muchachos caminaban de un establo al otro, ocupados con sus tareas.

Benny le contó sobre cada caballo, su edad y altura mientras se hacían camino a través del edificio. Los establos estaban limpios y bien mantenidos y Benny le explicó cómo ciertos establos eran exclusivos para los caballos del señor y otros para los de los huéspedes.

—Ya que estoy aquí, ¿puedo también ayudarte a ensillar a Juno?

—Oh, no, mi lady. No puedes hacer eso. No tardaré mucho, si puedes esperar un ratito...

—Está muy bien, Benny. Mi hermana, debo pensar, estará con Bandido por un tiempo todavía. —Caminó más lejos en el bloque de establos, dándole la bienvenida a los caballos que se inclinaban sobre sus puertas y relinchaban ya que no la conocían.

A diferencia de los céspedes y los jardines que rodeaban la finca, los establos eran totalmente lo contrario en aspecto: limpios, con aroma fresco a heno y caballos que brillaban de tanta preparación. Lord Arndel por supuesto que quería mucho a sus animales.

—Lord Arndel tenía estos caballos antes de venir a *Kester House*, o al menos eso me dijo Bill. Solía criarlos. Y llegó a vender algunos en Tattersalls también.

Otro dato del cual Alicia acababa de enterarse, gracias a su hermano. El hecho de que creyera que su pasado no valía la pena discutir, o discutir con ella, la hacía dudar. ¿Estaba avergonzado? ¿No le agradaba la gente tanto como para dejar que lo conocieran un poco mejor?

—Pareces tener muchos caballos aquí. ¿Dónde es que colocaste a Juno?

Benny se acercó a otro establo no demasiado lejos y abrió la puerta. Juno relinchó y se acercó. Alice le dio unas palmaditas en el cuello.

—Tienes un caballo hermoso, mi lady. Es similar en tamaño a Bandido. —Benny lo ensilló y ajustó bien la cincha. Alice sonrió ante la rapidez y la eficacia con la que el chico hacía su trabajo y se alegró de que tuviera tanta confianza en sí mismo.

—Supongo que tiene una altura similar.

Benny se apoyó en la pared como si fuera un experto en su trabajo. —¿Qué te pareció el caballo? ¿No es tan oscuro como la noche y tan alto como el cielo?

Ella sonrió ante la imaginación descarriada del niño.

—Creo que Bandido engendrará unos potrillos muy hermosos. —Alice hizo un gesto hacia un establo que estaba más adelante. —Veo que tienes un pequeño pony. ¿Usas al pequeño para aprender a montar?

Benny se echó a reír, dejando a Juno por un momento y pasando al caballo de su hermano para ensillarlo. — No, mi lady. Ese es Bigotes. Es el caballo de Amelia, la hija del señor. A menudo lo monta por el patio, aunque no se le permite ir más rápido que un trote. Yo sí puedo galopar, ya que soy dos años mayor que ella.

Alice se sorprendió al escuchar las palabras de Benny y lo miró. —¿Lord Arndel tiene una hija? ¿Cómo no sabía eso? —preguntó y cerró la boca de golpe, segura de que estaba boquiabierta como un pez. Y entonces se le ocurrió una idea más espantosa. ¿Estuvo casado?

Oh, no...

—Sí, mi lady. Ella solo tiene siete años.

Alice se dejó caer contra la pared del establo, completamente sorprendida por la noticia. ¿Lord Arndel era padre? ¿Significaba eso que estaba casado? Pero eso no tenía ningún sentido. Si lo estuviera, nunca coquetearía con ella. ¿Verdad?

—No sabía que estaba casado. —¿Qué había pasado con ella? Hizo una pausa: no sabía cómo debía formular su siguiente pregunta, pero deseaba saber la verdad de la situación. —¿Sabes lo que le pasó a ella?

La tristeza reemplazó al calor en el rostro de Benny y suspiró. —Accidente de carruaje por lo que supe. Lady Arndel, que Dios descanse su alma, salió despedida del carruaje y rodó colina abajo. Lord Arndel evitó la caída de su hija y salió relativamente ileso, pero Amelia se quebró la pierna. Se cree que el conductor perdió el control de los caballos y tomó una curva muy peligrosa en la carretera. Yo habría despedido al conductor si hubiera estado a cargo.

Qué devastador. Alice no podía imaginarse crecer sin una madre. La suya era la mujer más cariñosa y amable que había conocido... y pensar en la posibilidad de nunca haberla conocido era inimaginable. El pobre Lord Arndel también, perdiendo a la mujer que amaba a tan temprana edad.

—Qué terrible para todos ellos. Lo siento mucho por Lord Arndel y la pequeña Amelia.

Benny asintió. —Sí, Cook dice que fue más difícil para él. Antes de asumir el vizcondado, Cook trabajó para él en Northumberland. Tenía una casa modesta, nada como esta gran propiedad y estaba muy enamorado. —El niño arrugó la nariz como si hubiera dicho algo desagradable.

Alice trató de digerir todo lo que había escuchado y apenas podía creerlo. Arndel no le había dicho una palabra a nadie, porque estaba segura de que su mamá no sabía nada de esto. La hizo preguntarse por qué lo mantenía todo en secreto. ¿Seguía de luto por su esposa? ¿Habían sido un matrimonio por amor, uno del que nunca se recuperaría? Alice no podía imaginarse entregando su corazón a alguien, solo para perderlo en circunstancias tan trágicas. —Lord

Arndel todavía debe extrañarla mucho; por eso no se ha vuelto a casar.

Fue terrible de su parte interrogar al pequeño Benny, pero como necesitaba saber la verdad, no pudo evitarlo.

—Se conocían desde que eran niños, por lo que escuché decir a Cook.

Benny terminó de ensillar los otros dos caballos y, con su ayuda, sacaron a los animales al patio. Charló sobre su mamá y su hermana y Alice asentía, complacida de saber que las luchas en su vida hogareña, que solo unos meses atrás habían sido difíciles, finalmente habían llegado a su fin. La alegró saber que había sido parte de ese cambio. Con su intervención y los empleos que consiguió para Bess y sus hijos, les había dado esperanza, algo que no tenían desde hacía mucho tiempo.

—Lord Arndel es el amo más agradable que he tenido. A menudo viene aquí y me enseña todo lo que sabe sobre caballos y su cuidado. Estoy aprendiendo mucho y voy a ser el mejor mozo de caballos del mundo.

Alice alborotó el cabello de Benny. — Genial. Entonces puedo contratarte también.

—¿En serio, señorita? Pero... —dudó. —Si tuviera que trabajar para ti, ¿quién trabajaría para lord Arndel? Me sentiría culpable si lo dejara sin un mozo de caballos después de todo lo que ha hecho por mí.

Alice se apiadó del muchacho para que no tuviera pesadillas. — Por supuesto, es tu elección y aún tienes mucho más que aprender, así que no te preocupes por tu futuro ahora. Solo recuerda que puedes acudir a mí cuando sientas la necesidad de hacerlo. Mi hogar siempre está abierto para ti, no importa dónde esté. Ahora, —agregó Alice, —corre y dile a Su Excelencia que su caballo está listo.

El duque y Victoria se despidieron del caballo e, incluso desde donde estaba Alice, pudo ver que Victoria no deseaba alejarse del magnífico semental. Ella sonrió, admirando un poco más a su hermana.

—¿Estamos listos entonces? —preguntó el duque y volviéndose hacia lord Arndel le estrechó la mano.

— Creo que sí, — respondió y sonrió ante el silencioso gemido de decepción de Benny. —Te veré de nuevo pronto, Benny. No olvides que voy a llamar a tu mamá en unos días.

Lord Arndel la miró con curiosidad y Alice supo lo que estaba pensando. ¿Qué hacía la hermana de un duque visitando a una doncella de cocina? Decidió no aclarar la situación. Después de todos los secretos que le había estado ocultando, podría confundirse con eso durante unos días más.

Benny sonrió, pero no respondió, simplemente sostuvo el caballo de Josh mientras su hermano montaba.

Alice llevó a Juno al bloque de montaje y, con la ayuda de Benny, se subió y se acomodó en los estribos.

—Le ruego que me disculpe, mi lady, pero ¿no estás montando a horcajadas? ¿No te meterás en problemas montando de esa manera?

Alice sonrió, decidiendo que probablemente era mejor no decirle a Benny que siempre montaba así y usaba pantalones debajo del vestido para hacer el viaje más cómodo. Nunca le habían gustado las sillas laterales ni sus restricciones. Y aquí en el campo, nadie prestaba atención a lo que hacían, siempre y cuando no lo hicieran en la ciudad.

—Está bien, te lo aseguro.

Alice se volvió hacia Lord Arndel, que se acercó a ella.

—¿No ha recibido la lista de ingredientes para hacer el pastel que quería?

Alice le restó importancia. —No es urgente, pero si pudiera pedirle a su cocinero que redacte la receta y la envíe a Dunsleigh, se lo agradecería mucho.

Elevó la ceja y sonrió. —Hasta que nos volvamos a ver entonces, mi lady.

Lo analizó por un momento. Había estado casado y enamorado, según había escuchado. ¿Cómo habría sido como marido? Apasionado, cariñoso, dulce y engatusador… Victoria pasó al trote, despidiéndose de él. Arndel dio un paso atrás e hizo una reverencia. —Buen viaje.

—Que tenga un buen día, mi lord.

Alice siguió a Josh desde el patio, antes de alejarse de la finca al trote.

…

Callum se quedó de pie junto a la ventana de su biblioteca y observó mientras Lady Alice cruzaba a medio galope el campo abierto, pero se detuvo ante el bosque que rodeaba sus tierras y le dedicó a *Kester House* una última mirada.

¿En qué estaba pensando? Después de ver a Bandido, ¿sospechaba de él? Apretó los dientes, nada complacido; sabía que ese hermoso rostro escondía una mente inteligente.

Se escucharon pasos en lo profundo de la casa, antes de que un ligero golpe sonara en la puerta de la biblioteca.

—Adelante— gritó, mirando cómo su jefe de cuadras, Bill, entraba arrastrando los pies.

—Cuando Lady Alice visitó el otro bloque de establos, ¿sabe sobre qué hablaron con Benny?

Los ojos de su mozo de cuadras se agrandaron ante la pregunta y se quedó inmóvil y algo nervioso. —Cosas inconsecuentes, mi lord. Lady Alice preguntó por Bigotes y Benny explicó que era de la señorita Amelia. Además de Benny explicando sus tareas diarias, no se dijo mucho.

Callum maldijo. Así que ahora Alice sabía de su familia y él no fue quien se lo contó.

Suspiró y se pasó una mano por la mandíbula. No es que estuviera enojado con Benny, sino con él mismo. Debería haberle dicho a Alice hace mucho tiempo que estuvo casado. En el momento en que se conocieron en la ciudad la temporada pasada, debería haberle explicado que había amado y perdido a su esposa. Maldita sea.

—¿Le dijo algo sobre Bandido a Benny? ¿Escuchó algo? —Callum escuchó con la inquietud de que Lady Alice hubiera reconocido el caballo en el que había estado corriendo por el condado, como el bandido de Surrey. El día que le había robado a la duquesa, Alice

había visto su caballo, pero desde hacía algunos meses, su única esperanza era que se hubiera olvidado de las marcas de Bandido.

—Nada, mi lord. Solo que el caballo era una belleza y que le deseaba lo mejor a Benny; le dijo al muchacho que continuara con su buen trabajo. —Su mozo de cuadra hizo una pausa. —Pido disculpas si algo que el joven ha dicho o hecho le ha causado dolor, mi lord. Pero estoy seguro de que Lady Alice no irá por el distrito a contarle a la gente sobre su caballo o su valor. El bandido de Surrey nunca podría salirse con la suya robando el animal de un caballero sin renunciar a su identidad.

Callum hizo a un lado las preocupaciones del hombre, odiando que su personal, si supieran la verdad sobre él, no se preocuparan un ápice por sus sentimientos y simplemente renunciaran y nunca regresaran.

Respiró para calmarse; primera vez desde que Alice había llegado. Ella tenía cierta habilidad para desconcertarlo a cada paso. Incluso la temporada pasada, cuando lo había seguido, bromeando y burlándose para que bailara con ella, siempre ha estado atento a lo que diría o haría a continuación. No es que no hubiera disfrutado de sus interacciones. Lo había hecho; y mucho. Por primera vez desde que perdió a su esposa, María, había visto en Alice a alguien que lo haría reír, mientras también calentaría su cama.

Probablemente era por eso que había mantenido en secreto su viudez y su hija; no quería que nadie lo quisiera y lo cuidara por lástima, sino por quién era por dentro.

Por qué había tenido que ir y arruinarlo era algo que nunca se perdonaría, y a veces se preguntaba si Alice también lo haría. Incluso ahora, se protegía de él; protegía su corazón del enamoramiento.

Suspiró. —Coloque a Bandido en su establo y manténgalo fuera de la vista de cualquier invitado que pueda llegar. Es demasiado valioso para perderlo con un salteador de caminos.

—Con el debido respeto, estoy seguro de que, si hay algún bastardo ladrón, le ruego que me disculpe, mi lord, ya nos habríamos enterado.

La culpa pinchó su alma: él era el maldito bastardo ladrón que vagaba por las tierras.

—Claro que sí. —Regresó a su escritorio y se sentó. —No hay duda de que el bandido de Surrey se ha ido con todas sus joyas.

Su mozo de cuadra asintió, frunciendo el ceño. —Solo debo decirle una cosa más, mi lord.

—Sí, —asintió, mirando al hombre.

—Bandido estaba de buen humor cuando la yegua de Lady Alice, Juno, se fue. Parece que a su semental le gustó la yegua.

Callum sonrió. Podía simpatizar con su caballo al menos en ese aspecto, porque tenía predilección por su jinete. —Y... ¿esto es relevante porque...?

—Su caballo está pateando las paredes del establo y tratando de morder a cualquiera que intente pasar demasiado cerca. ¿Querría que lo dejara salir al prado trasero durante un día o dos? Nadie pasa nunca por ese lado del río y está lo suficientemente aislado con los bosques circundantes. Creo que, si lo volvemos al establo, es posible que se haga daño a sí mismo.

—Puede liberarlo o, como sabemos muy bien, estará de un humor terrible. —Callum frunció los labios. Con el baile que se avecinaba, las constantes llamadas de los Worthingham y sus caballos, probablemente era hora de que se fuera a la ciudad y se deshiciera del broche. El último artículo que había adquirido había estado el tiempo suficiente en su caja fuerte y si Lady Alice se diera cuenta de quién era en realidad su caballo y dónde lo había visto antes, no habría nada que le impidiera ir al magistrado local y encerrarlo en Newgate. O peor aún, ahorcarlo.

Aunque los malditos prestamistas no habían pedido la joya, necesitaba deshacerse de todo: de la joya y de los prestamistas de una vez por todas. Ya no podía esperar más. Si Lady Alice recordaba dónde había visto antes a Bandido, al menos no se encontrarían pruebas en la finca. Y no había prueba de que su caballo fuera el mismo que usaba el bandido de Surrey. Sería su palabra contra la de él.

—Dentro de dos días, prepara el carruaje para ir a Londres.

—Correcto, mi lord.

Arndel vio cómo su mozo de cuadra daba la vuelta y se marchaba. Miró por la ventana hacia donde había visto a Lady Alice por última vez, montada a horcajadas, salvaje e indómita, como de costumbre. ¿Sería también así al calentar la cama de su marido?

Extendiendo la mano, agarró un pergamino y garabateó una nota para los prestamistas de que estaría allí en tres días para hacer la transacción. Cerró la nota sin el sello de su familia, aliviado, hasta cierto punto, de que todo esto terminaría en tan solo unos días. En tres días la propiedad estaría libre de deudas, sin pagarés que amenazaran a su hija y su propia vida. Lo tenían amenazado con hacer pública la deuda.

Sentía que la libertad se acercaba; un nuevo comienzo con un futuro que planificar. Uno que, con suerte, incluía a la deliciosa Lady Alice Worthingham y sus encantos naturales.

CAPÍTULO

SIETE

Alice se sentó contra la cabecera, mirando distraída el lugar oscuro. Las imágenes del caballo de Lord Arndel se aclaraban en su mente. Un pensamiento inquietante que no se desvanecería, por mucho que tratara de no creer lo que su memoria le había revelado. El caballo era magnífico, sin duda, un caballo memorable.

Pero... ¿Había visto a Bandido antes?

Se acercó, tomó su vaso de agua y lo tomó rápido. Necesitaba más deliberación antes de poder hacer algún tipo de reclamo. O decirle que creía que su caballo había sido utilizado por el bandido de Surrey en su nefasto plan de robo.

Se quitó las mantas de encima, tomó la vela, caminó hasta donde guardaba el pedernal y volvió a encenderla. Caminó por la habitación, encendiendo todas las velas que pudo encontrar; necesitaba poder ver, deshacerse de la oscuridad que atormentaba sus sueños.

Lord Arndel había llamado a su caballo Bandido. Qué raro nombrarlo por el mismo oficio que realizaba. Debía pensar que todos eran unos tontos; eso explicaría por qué nadie lo ha visto en la bestia negra, porque si lo hicieran, seguramente algunos sospecharían. Tal como lo hacía ella ahora.

Maldito.

La puerta se abrió y se sobresaltó, antes de reconocer a su hermana Victoria que se asomaba por el umbral. —Te escuché

caminar. ¿Estás bien?

Alice asintió. —Cierra la puerta, —susurró, —y entra. Tenemos que hablar...

Su hermana parecía ansiosa y, volviendo a su cama, le hizo un gesto para que se sentara al lado. —Tuve un pensamiento terrible. No doy crédito de lo que puede estar pasando.

— Oh, no. ¿Quieres hablar de ello?

—Lo que estoy a punto de revelarte no puede salir de acá. Debes prometerme eso. Júralo por tu vida.

Los ojos de Victoria se agrandaron. —Por supuesto, —aceptó, apoyando la mano en su pecho. —Lo juro.

Alice la estudió un momento y, segura de que estaba siendo sincera, respiró hondo para calmarse y dijo: —Creo que sé quién es el bandido de Surrey.

Victoria la miró un momento antes de que la pregunta de su hermana saliera chirriando de ella. —¡¿De veras?!

Alice la hizo callar. —Tranquila, o despertarás a mamá y querrá saber por qué estamos teniendo un encuentro en medio de la noche.

—Entonces, dímelo rápido. Debo saber todo lo que sospechas.

—No sé si te lo dije alguna vez, pero el día en que el bandido de Surrey nos robó a mamá y a mí, vi su caballo. Un hermoso y excelente pura sangre y, en ese momento, me pareció extraño que un hombre de tan mala reputación tuviera tal posesión. Admito que me olvidé de eso y me quedé con la idea de que el caballo era robado. Pero ahora, estoy segura de que el caballo es propiedad de alguien muy cercano a nosotros.

Victoria frunció el ceño y se inclinó hacia adelante.

—Cuéntame más; rápido. ¿De quién sospechas?

Alice supo desde el momento en que empezó a decir algo, que no podría retractarse. Pero estaba segura de esto. Era el salteador de caminos que había estado aterrorizando esta parte de Inglaterra. Tenía que ser. —Lord Arndel.

—No seas absurda. —Victoria se sentó hacia atrás, mirándola como si hubiera perdido la cabeza, lo que Alice muy bien podría haber hecho, porque lo que estaba pensando seguramente era una locura.

—No lo soy. Después de verlo cabalgar de regreso a *Kester House* el otro día y luego ver al caballo de cerca, supe que había algo en el animal que reconocía pero que no me daba cuenta. Esta noche, de alguna manera, quedó todo claro. Sé dónde he visto ese caballo antes y, por más absurda que sea la declaración, es verdad.

—¿Así que no lo has confrontado por esto? ¿Qué crees que tendrá para decir? —Victoria resopló, muy sorprendida. Alice juntó las manos de su hermana, que seguía retorciéndolas en su regazo.

—No lo he confrontado, no. Cuando estuvimos en su finca, el caballo nunca despertó un recuerdo. Como tú, solo me fijé en su buen porte y me pregunté, también, por sus finas líneas. En cuanto a lo que me dirá, bueno, eso es una incógnita. Podría negarlo, por supuesto, decir que le robaron el caballo, pero...

—Pero, ¿qué? Dime lo que piensas. Veo que has pensado en algo.

Alice no estaba segura de cómo iba a decir lo que debía; sin embargo, tenía que hacerlo. —Nunca le dije esto a nadie y por favor no pienses menos de mí después de que te cuente mi secreto más vergonzoso.

Fue el turno de Victoria de tomar sus manos. Alice agradeció el apoyo. —Nunca pensaría mal de ti. Nunca.

Alice esperaba que eso fuera cierto. —El día en que el bandido nos robó a mamá y a mí, me apartó un poco del carruaje, se acercó demasiado como para considerarlo apropiado y me pidió un beso. Le ofrecí un intercambio por un beso y él pareció estar de acuerdo.

—¡Besaste al bandido!

—Victoria, tranquila, vas a despertar a toda la casa. —Alice trató de escuchar por si había pasos, pero como no escuchó ninguno, continuó. —Nunca lo besé y no tenía intención de hacerlo. Solo le permití creer que lo haría, pero esa no es la parte vergonzosa. La parte vergonzosa fue que *quería* que me besara. Caí en sus orbes azul oscuro y supe que, si me besaba, todo desaparecería. O caería en su lugar. Sentí mariposas en la panza detrás de ese carruaje, Victoria. Quería tocar a ese bandido, desabrochar su camisa y tenerlo contra mí... y ahora sé por qué.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque tengo la misma reacción con Lord Arndel. Siempre la tuve. Y nunca con nadie más. Entonces, si él niega la afirmación, voy a saber que está mintiendo. Confío en mis sentidos en esto. Es el bandido y sé que quería besarme tanto como yo quería besarlo a él.

—¡Oh, Dios! Esto es un escándalo. Lord Arndel, nuestro vecino y amigo, ¿es el bandido de Surrey? —Victoria movió la cabeza a un lado y a otro. —No puede ser cierto.

Alice asintió. —Es cierto, querida.

Pero ahora, ¿qué iban a hacer al respecto? Esa era la pregunta más importante de todas. Alice se bajó de la cama y caminó junto a ella, pensando en ese día y en cómo sus palabras susurradas, sus ojos suplicantes, habían tratado de seducirla en la parte trasera del carruaje. Miró el retrato con un paisaje sobre la estufa a leña. Qué juego tan perverso estaba jugando.

—¿Qué vas a hacer con esta información?

—No lo sé. —Alice suspiró; odiaba el hecho de que él la hubiera puesto en esa posición, aunque no lo supiera. Maldito sea él y sus trucos de ladrón. —Robó a tantas familias, a tanta gente a la que llamamos amigos. Esas acciones no son aceptables. ¿Qué crees que debemos hacer?

Victoria frunció los labios pensativa. —Debemos ir al magistrado local y decirle lo que sabemos y sospechamos. Pueden hacer la investigación apropiada y, si se demuestra que es el ladrón, bueno, lo tratarán como se espera.

Alice se encogió de hombros. ¿Lord Arndel en prisión, posiblemente ahorcado por su crimen? No soportaba pensar en eso. No estaba de acuerdo con ese castigo, sin importar la posición social de una persona. A menudo, la gente estaba desesperada. Era muy posible que Arndel estuviera más desesperado de lo que pensaban.

—Tiene una hija, Victoria. No creo que debamos involucrar al magistrado todavía.

—Esto es demasiado. —Victoria se acercó y tiró de ella para que se sentara frente al fuego. Su hermana tomó dos troncos de madera y los colocó sobre las brasas humeantes. —¿Cómo sabes eso? Nunca ha dicho una palabra sobre una hija.

—Estuvo casado y fue padre de una niña, su nombre es Amelia.

—Oh, qué dulce. Me gusta el nombre Amelia.

Alice rodó los ojos. —Victoria, concéntrate en el problema que tenemos entre manos, pero estoy de acuerdo, Amelia es un nombre encantador. Su esposa murió después de un accidente en el carruaje que los involucró a todos. ¡Su pequeña se rompió la pierna! Que tenga una hija complica un poco esta situación. Sabemos que su familia no lo aprueba y hubiera querido que alguien más heredara la propiedad y el título, así que imagínate a la pobre Amelia en manos de ellos. Dudo mucho que fueran amables con ella.

—Eso es verdad. —Victoria se mordió el labio, un rasgo que tenía cuando intentaba resolver un problema. —Quizás deberíamos confrontarlo. Darle la oportunidad de explicar sus acciones.

—Estoy de acuerdo. Creo que así es como deberíamos proceder ahora. ¿Quizás pasado mañana? Me reuniré con Josh en Ashford en la mañana para revisar las cabañas y los planos antes de que comience la construcción.

Victoria se puso de pie y se colocó el chal sobre los hombros. —Hablaremos más sobre el tema mañana cuando regrese, pero creo que ambas deberíamos descansar un poco. No hay nada que hacer al respecto ahora y parece que el bandido de Surrey ha dejado de robar últimamente, de todos modos, así que tal vez lo haya dejado por completo.

Alice deseaba eso, aunque podía ser que la razón detrás de la desaparición del demonio era que estaban más involucrados con su vida y no podía escabullirse y robar tan fácilmente…

—Nos vemos mañana. Gracias por esta noche. Necesitaba a alguien con quien hablar y sacarme todo esto del pecho. Voy a dormir mejor gracias a eso, estoy segura.

Su hermana se inclinó y la besó en la frente. —Yo también estoy segura. Buenas noches, querida.

Alice le dio las buenas noches y la miró mientras se iba. Se dejó caer en su silla y vio el fuego encendido parpadear y rozar la madera nueva en su parte superior. En qué situación se encontraría Lord Arndel. Incluso si pudiera encontrar una excusa significativa de por qué había realizado acciones tan deshonestas, eso no significaba

que Alice le permitiría librarse de ello con tanta facilidad. Puede que no se enfrente a la soga del verdugo, pero sin duda enfrentaría su castigo y después de robar el precioso broche de esmeraldas de su mamá, su castigo sería sin duda peor que cualquier cosa que las autoridades pudieran imponerle.

…

Ashford estaba lleno de actividad, todas y cada una de las personas ocupadas con sus negocios. Alice cabalgó por la calle principal donde las casas y las tiendas se entrelazaban; algunos lugareños miraron en su dirección y asintieron con la cabeza en señal de bienvenida. Les devolvió la sonrisa y habló con aquellos que gritaron un saludo o un comentario. Cómo amaba esta ciudad y deseaba lo mejor para la gente que vivía aquí.

Su padre, que creía mucho en ayudar a los menos afortunados, estaría feliz de saber en lo que estaba a punto de embarcarse con su pequeña hilera de casas.

Continuó por las estrechas calles hacia la posada local, donde sus abogados de la ciudad habían enviado los diseños del edificio y donde su hermano los estaba recogiendo.

Su mozo de caballos la siguió de cerca mientras llegaba a la posada, pero ella usó los postes de enganche fuera de la carnicería local. Algo le decía que, si su mamá se enteraba de que ató a Juno frente a la posada, la idea no sería vista de forma favorable. Incluso Alice tuvo que trazar un límite por lo escandaloso que sería.

Mirando al otro lado del camino de grava, desmontó. El caballo de su hermano dormitaba al sol, con la cabeza gacha mientras esperaba que Josh volviera por él.

Y, afortunadamente, a los pocos minutos, su hermano salió por la puerta principal de la posada, con un recipiente tubular en la mano mientras cruzaba la calle llena de tierra. —Ahí estás. Me preocupaba que lo hubieras olvidado. —Su hermano se detuvo ante ella, sonriendo.

—Tengo chismes. —Alice le dio a su hermano un rápido beso en la mejilla y lo tomó del brazo. —Lo siento, llegué tarde, pero era un día tan hermoso que pensé en tomar la ruta más larga hacia el pueblo y disfrutar un poco del condado. Estaremos en Londres muy pronto y extrañaré todo este hermoso verde.

Josh asintió. —Estoy de acuerdo. Y me gusta ir a la ciudad, pero incluso yo debo admitir que esta temporada no tengo tantas ganas como de costumbre.

—¿Por qué? —Alice lo estudió.

—Siento que esta temporada Victoria y tú se van a casar y yo seré el único Worthingham que quede en Dunsleigh. Como soy el más joven de la familia, a pesar de que soy duque, las voy a echar de menos.

Alice lo abrazó, sus ojos ardían ante las palabras de su hermano. Y quizás tenía razón, todos se casarían, si no este año, en un futuro no muy lejano y la vida que habían vivido de niños dejaría de existir. Pero entonces, uno debe crecer, aunque no lo desee. —También te vamos a extrañar, pero te prometo que, si nos casamos y nos mudamos, te visitaremos a menudo. Así que no te librarás de nosotros tan fácilmente.

Josh sonrió. —Me alegro.

Alice suspiró, mirando al pueblo que conocía tan bien como a ella misma. —Ahora, ¿qué es ese chisme que tienes? Veo, por el paquete que tienes en la mano, que tienes los diseños de las viviendas. Entonces, ¿cuál es la noticia?

—Me encontré con tu pequeño amigo Benny hoy. Estaba esperando fuera de la posada.

—¿Estaba con Lord Arndel?

Su hermano arqueó una ceja con curiosidad. —Oh, ¿qué es esto? ¿Lady Alice está interesada en el paradero de un caballero?

Alice maldijo su estupidez por sonar tan ansiosa por saber si Arndel estaba en la ciudad. Ahora que sospechaba que él era el bandido de Surrey, el ansioso latido de su corazón en el pecho realmente debía detenerse. Era un criminal, un ladrón y uno que había intentado besarla mientras la robaba al mismo tiempo.

—No seas absurdo, —respondió, sintiendo su desdén por una pregunta tan estúpida, aunque no era tan tonta en absoluto. —Solo estaba preocupada por el bienestar de Benny. Es tan joven que no debería estar solo. —No se molestó en mencionar que el chico solía vivir en esta misma ciudad y que había corrido a menudo solo o con sus amigos.

—Estamos hablando de Benny, el hijo más joven de tu amiga Bess, quien, debo agregar, es más inteligente que tú. —Josh sonrió, sacudiendo la cabeza mientras continuaban su camino hacia donde estaban ubicadas las cabañas.

—Aun así. —Hizo una pausa; no quería parecer demasiado ansiosa por escuchar las noticias que Benny le había dado. —¿Cuál es la noticia? Ibas a decirme algo.

—Ah, sí, bueno, aparentemente Lord Arndel va a viajar a Londres. Su casa está alborotada ya que ayer decidió irse.

Alice frunció el ceño. —¿Benny mencionó por qué tuvo que viajar a Londres? Se va a la ciudad solo unas semanas antes del baile. Me pregunto por qué.

Josh se encogió de hombros. —Los caballeros, querida, viajan a menudo a la ciudad, con poca o ninguna excusa más que escapar. Sugeriría que simplemente está haciendo eso.

—Y supongo que Benny se irá con él.

—Pues sí. —Josh la ayudó a superar un pequeño bache en el camino. —Está muy emocionado por eso. Verá Londres por primera vez, aunque solo sea por una noche.

—Mmm, solo una noche. —Alice se detuvo. —¿No te parece extraño que solo vaya por una noche? —Se mordió el labio. —Me pregunto de qué se trata el viaje.

—Olvidas, hermana, que nosotros también viajamos solo por una noche. Ahora vamos, los constructores nos están esperando, —dijo, tirando de ella.

La mente de Alice zumbaba con pensamientos sobre ese viaje. ¿Estaba tramando algo? ¿Su viaje estaba relacionado con ser el bandido de Surrey? Cuando regresara a casa, consultaría con Victoria sobre lo que pensaba del viaje espontáneo de Arndel a la ciudad. Era una coincidencia que, después de que hubiera visto a su

caballo Bandido, ahora se dirigiera a Londres. No sabía que ella sospechaba de él, pero tal vez era más inteligente de lo que creía.

Y Lord Arndel tenía que ser inteligente, porque había estado robando durante un tiempo y las autoridades ni siquiera estaban cerca de saber quién lo estaba haciendo. Ahora que lo pienso, cada vez que veía el dibujo del ladrón clavado en árboles y edificios comerciales, ninguno de ellos se parecía siquiera a Arndel.

Pasaron por otra posada y Alice se acercó a ella al ver una imagen, gastada y rota, pero aún clavada en la pared exterior. Negó con la cabeza; la imagen no le hacía justicia al bandido de Surrey y, con esas imágenes, no era de extrañar que no lo hubieran atrapado. Todos menos uno de los rasgos era incorrecto: los ojos (que, al menos, alguien había dibujado correctamente) y grababan en piedra lo que Alice sospechaba. Con esos ojos mirándola, sin lugar a dudas, tenía razón al suponer que Lord Arndel era el salteador de caminos.

—Alice, ven. Sino vamos a llegar tarde. —Su hermano le hizo un gesto para que se uniera a él y, sin dudarlo, sacó la imagen de la posada y se acercó.

—¿Qué haces con eso?

Ella se encogió de hombros. —Victoria quería ver cómo se veía y esto se lo explicará. Y le daría algo con lo que confrontarlo cuando se reuniera con él de nuevo, si decidía hacer tal cosa, claro. Los nervios se agitaron en su estómago ante la idea de tal conversación y su reacción al ser acusado de ser el bandido. Aunque Alice no sabía cómo podía reaccionar, algo le decía que no sería agradable.

—Pareces pensativa. ¿Te preocupan las cabañas? —Su hermano la estudió un momento. —Es un poco tarde para salir de la aventura ahora.

Alice le sonrió, aunque solo fuera para ocultar lo que realmente la estaba molestando. Josh no necesitaba saber lo que sospechaba, porque, si lo sabía, si alguien lo averiguaba, Alice odiaba pensar en lo que sucedería. —Para nada. Todo va bien. Simplemente me preocupa saber si los arquitectos han logrado todo lo que deseaba.

Josh le dio unas palmaditas en la mano. —Estoy seguro de que han hecho exactamente lo que les ordenaste. No se atreverían a molestar a un diamante como tú.

—Bueno, ¿no somos hoy el epítome de la hilaridad?

—Lo intento, —respondió su hermano, sonriendo mientras llegaban a la primera casa de campo en Pitt Street. —Y aquí estamos.

Un carruaje negro brillante se paró frente a la primera casa, la pareja de gris a juego esperando en silencio. En el costado de la puerta había letras doradas en relieve que decían: Brown and Co. - Maestros Constructores.

Durante el resto de la tarde, con la guía de los dos maestros constructores de Londres, discutieron los planos de las viviendas y cómo hacer el mejor uso del espacio disponible. Acordaron que todas las casas tendrían el mismo diseño básico con características idénticas como estufas y muebles empotrados, cuando fuera posible. Utilizarían la estufa a leña central para calentar las habitaciones de arriba durante el invierno y garantizarían que los padres de la casa durmieran separados de sus hijos. Todas las camas estarían empotradas, una sugerencia del Sr. Brown que Alice no pudo evitar pensar que era una idea maravillosa.

Hubo otras reparaciones como puertas y ventanas nuevas, para evitar que el clima afectara a quienes vivían allí. Las casas serían reparadas y renovadas a un nivel adecuado, o al menos al nivel que Alice consideraba apropiado.

—Esto te va a costar una gran parte de tu herencia, —comentó Josh, tomándola del brazo mientras se despedían. —¿Estás segura?

Enrolló los planos.

La emoción la invadió y no podía esperar para comenzar.

—Soy muy consciente de cuánto costará. ¿No es maravilloso?

Su hermano movió la cabeza y lanzó un suspiro de resignación. Salieron a la calle y emprendieron el regreso hacia la calle principal de la ciudad. —Estas casas van a ser maravillosas, Alice. Por si no lo he dicho antes: estoy orgulloso de ti y sé que papá también estaría orgulloso.

Los ojos de Alice ardieron con las palabras de su hermano. —Gracias, Josh. Y gracias por ayudarme con todo, aunque sé que tenías tus reservas al respecto. Sé que va a ser grandioso.

—Me has inspirado a hacer más y creo que también puedo buscar una tarea en la que pueda ayudar a los necesitados.

Al doblar una esquina, Juno miró hacia arriba y relinchó a Alice en señal de bienvenida. —Creo que es la mejor idea y, si necesitas ayuda, ya sabes a quién pedirla.

CAPÍTULO

OCHO

Alice se acurrucó junto al arbusto de moras, con la cabeza baja. Dejó de lado la idea absurda de lo tonta que se vería si la atraparan en esta situación: la hija de un duque actuando como una espía en el gobierno británico.

Pero dudaba que ni siquiera un espía corriera tan por el suelo como ella.

Victoria se deslizó a su lado. También vestía pantalones de varón y una camisa que había superado su uso público. Se había recogido el cabello con cintas simples y ninguna se parecía a quien debía. Solo pensar en lo que su mamá les haría si alguna vez se enterara de esta escapada le provocaba un nudo en el estómago. La duquesa, un alma en general tranquila, no aceptaría esto en absoluto.

Se quedaron allí un rato, mirando a los trabajadores de *Kester House*. Un jardinero cavó y rastrilló un gran cantero que estaba a la altura de la cintura con malas hierbas; su camisa manchada de sudor evidenciaba su arduo trabajo.

Durante los últimos minutos, Benny había ido y venido de los establos varias veces, ocupado con sus quehaceres, mientras que otros hombres habían sacado un carruaje de un cobertizo cercano y habían engrasado las correas de cuero y pulido el carruaje hasta brillar.

—Bueno, ¿qué puedes ver? —preguntó Victoria, bien escondida.

—Nada aún. Solo unos pocos trabajadores que se ocupan de sus asuntos, pero creo que Lord Arndel va a viajar mañana a Londres.

—¿Cómo sabes eso? —Victoria levantó la cabeza para mirar y frunció el ceño.

—Porque el carruaje está fuera y nunca recorre el condado en él. Siempre lo hace a caballo.

Hablando de eso, Alice no había visto a Bandido. Todas las puertas de los establos que conducían a los corrales individuales estaban abiertas, pero no había señales del semental.

—Creo que hizo algo con el caballo que usó para robarnos, pero puedo estar equivocada. Deberíamos mirar los otros campos para ver si lo tiene escondido.

Alice observó en silencio por un momento a su hermana Victoria jadeando y escondiéndose cuando una criada en el primer piso colgó una alfombrita desgastada en una ventana y comenzó a golpearla con un bastón.

—Baja la cabeza o te verá, —susurró Victoria, preocupada de que las escucharan, a pesar de que estaban bastante lejos de la casa.

—Estamos demasiado lejos para que alguien nos vea o escuche aquí.

Alice se mordió el labio, preguntándose si debería confrontar a Lord Arndel antes de su viaje a Londres o después. El peso de saber que era el Bandido de Surrey se sentía mucho en su mente, así que probablemente sería mejor que hablara con él antes.

—Deberíamos decirle a Josh. Sé que no lo deseas, pero creo que sería lo mejor. No sabemos cómo reaccionará Lord Arndel y aunque hasta ahora el Bandido de Surrey nunca ha sido violento, no estoy segura de que debamos correr el riesgo y averiguar si puede quebrarse.

Alice suspiró; sabía que su hermana tenía razón. Pero entonces se le ocurrió una idea, inapropiada pero que las mantendría libres de censura debido a la naturaleza del plan.

—¿A qué se debe esa sonrisita? —Victoria le apretó el brazo. —Por favor, recuerda que el apellido Worthingham solo te protegerá hasta aquí, hermana, y por la mirada intrigante en tu cara, tengo la sensación de que sea lo que sea, no me va a gustar.

Alice le lanzó la mirada más inocente que pudo lograr. —No te preocupes, porque lo que tengo planeado solo quedará entre Lord Arndel, tú y yo. Y ningún escándalo va a oscurecer nuestra puerta por esto.

Mirando hacia la finca, se quedó inmóvil espiándolo. Su atención fija en las piernas fuertes y hombros anchos que estaban en exhibición mientras recorría el camino con determinación.

—¿Qué pasa? —preguntó Victoria.

—Deja de hacerte la tonta y mira por ti misma.

—Solo dime, —suplicó.

Alice suspiró. —El Señor Arndel entró en el establo.

Su hermana puso los ojos en blanco. —No veo cómo el hecho de que el caballero entre en un establo demuestra algo.

Alice le respondió: —Por supuesto que no prueba nada, pero no estamos aquí hoy para probar nada absoluto. Solo estamos observando el funcionamiento de una finca. Desde la distancia. Sin que nos vean.

Y si Alice lo encontraba culpable del crimen, pagaría caro por ello.

Juntando coraje, Victoria miró. —Debemos irnos, antes de que alguien nos vea y tengamos que explicar nuestra presencia.

—No tenemos que explicar nada a nadie. *Arndel ha jugado según esas reglas sin cuestionárselo, así que ¿por qué deberíamos hacerlo nosotras?*

—¿Qué planeas hacer al respecto, hermana, si no se lo vas a decir a Josh o a las autoridades?

Él salió del establo en su habitual caballo marrón y la ira reverberó a través de ella porque había tenido la audacia de robarles, a sus supuestos amigos, almorzar con ellos y hablar sobre el robo, mientras que todo el tiempo era el maldito que había orquestado todo el asunto.

¿Cómo se atreve...?

La venganza brilló en su mente. —Vámonos y te diré todo cuando estemos encerradas a salvo en mi habitación.

…

—Esto es lo más absurdo y peligroso que me has hecho hacer.

Alice miró a su hermana y, detrás del pañuelo marrón que cubría todo menos sus ojos, un brillo de lágrimas amenazaba con derrocar.

—No te atrevas a enfadarte. Nada malo va a suceder y simplemente estamos recuperando lo que es nuestro.

—No puedes estar segura de que él es el bandido y ya vas a hacerle frente. Esto es una locura, Alice.

—Oh, estoy segura de que él es el ladrón, porque ningún otro caballero tiene ojos como los suyos. Tan oscuros como los océanos más profundos y tan tormentosos como los de alta mar. Que la habían mirado con tal deseo que se había sentido como el dulce más delicioso.

—Sabemos que no ha viajado a la ciudad desde hace bastante tiempo, así que debe haber una razón detrás de esta salida apresurada.

Victoria la miró a los ojos. —Podría estar comprando un traje para el baile.

—Es demasiada coincidencia. Sabe que vi el caballo y se va a Londres para que no lo atrapen con todo. Cree que voy a ir a las autoridades y se está protegiendo librándose de las joyas.

—¿Y si no lo es, Alice? ¿Qué pasa si no tiene nada que ver en eso?

Alice se encogió de hombros. —Nos preocuparemos por eso solo si se produce de esa manera. Pero eso no va a pasar. Créeme. Sé hasta el fondo de mi alma que está tramando algo.

Lord Arndel era el Bandido de Surrey y Alice lo iba a probar.

—Podría dispararnos.

Alice no estaba en desacuerdo con la declaración de su hermana, porque Lord Arndel muy bien podía dispararle a ambas, o su conductor podía hacerlo... pero nada estaba sucediendo.

—Me gustaría que nunca me hubieras convencido de hacer esto.

El agarre de Victoria en sus riendas fue brutal y el paseo en su caballo solo mostraba las emociones de su jinete.

—Relájate, estás poniendo nervioso a tu caballo y no necesito que huya. Te necesito aquí, ayudándome.

Victoria la miró. —Gracias por la preocupación.

Alice volvió su atención a la carretera.

—Dijiste que me ayudarías. No entiendo por qué actúas como princesa. Nunca has tenido miedo de hacer lo que sabes que es correcto. Y esto es lo correcto; no importa lo nerviosa que te haga sentir.

—Hay una diferencia entre decir tu opinión y robar a alguien a punta de pistola en la carretera.

Alice la ignoró. Lord Arndel necesitaba sentir lo que era que te robaran, que su opinión y sentimientos fueran pisoteados e ignorados.

—Puede que no tenga nada en su carruaje además de sí mismo y entonces, ¿qué vas a hacer?

—Nos iremos a casa.

Victoria respiró profundo. —Te vas a ver como una tonta y, por cierto, esos trajes no son muy adecuados. Él verá a través de mi pañuelo y tu máscara. Esta escapada tuya, que realmente no creo que hayas pensado lo suficiente, podría arruinarnos.

—No lo hará y verás que tengo razón y estás equivocada. Entonces, mi hermana pequeña más querida, podrás disculparte.

—No voy a hacer tal cosa. Esto podría matarme y me niego a actuar contrario a cualquiera que pueda ponerme en peligro.

El sonido de un carruaje que se acercaba retumbó por la calle y Alice sonrió un poco para calmar el rostro de su hermana. Ajustó su asiento, asegurándose de que el pedernal que estaba en su regazo estaba listo.

—Va a Londres a vender las joyas. Estoy segura. Ahora, —dijo, mientras Juno caminaba a un lado de la carretera y detrás de ellas, —vamos. Tenemos que sorprenderlo.

Victoria murmuró algo sobre desear no haberla tenido como hermana y Alice sonrió. Cabalgando a su lado, ambas se sentaron a la espera. Alice se rascó el cuero cabelludo; la peluca de pelo corto de hombre que tenía encima de su cabeza le picaba mucho.

—No nos pasará nada, querida. Te lo prometo, aunque no puedo garantizar lo mismo para él. Eso no lo podía prometer.

…

Callum frunció el ceño, mirando por la ventana del carruaje el follaje que pasaba; su mente era un torbellino de pensamientos culpables. Bajo el asiento frente a él, en una pequeña bolsa, estaba la joya que había robado a la Duquesa de Penworth. Para esta noche, estaría en manos del prestamista cerca de los muelles del extremo este de Londres.

El carruaje se tambaleó hacia un lado al doblar en una esquina y gritó cuando un disparo sonó fuerte en el aire. Se quedó quieto, tratando de ver lo que había adelante del vehículo. Cuando el conductor se detuvo, el miedo se apoderó de él.

—Qué demonios. —Apretó el mango de cuero por encima de la ventana para evitar volar hacia adelante. Miró por la ventana y maldijo el polvo que le impedía ver. —¿Qué es lo que pasa ahí?

No hubo respuesta, entonces Callum abrió la puerta y salió. Era una acción en la que debería haber pensado más, antes de apresurarse a investigar. El frío cañón de una pistola de chispa le presionó la sien y se quedó quieto.

—Vamos para allí, —dijo una voz femenina, con un tono humorístico en sus palabras. —Y creo que sería mejor que cooperaras con nosotros, no sea que tenga la necesidad de dispararte.

—¿Tiene intenciones de dispararme?

No sabía por qué hacía esa pregunta, pero había algo familiar y reconfortante en la voz que le daba valor para presionar un poco su suerte.

—Oh, claro que sí, Lord Arndel. De hecho, en este momento, no creo que haya otra persona en todo este condado a la que me guste más dispararle.

Logró reconocer la voz y entender cómo se desarrollaría este juego. —Me está lastimando. —Hizo una pausa, preguntándose si

podría intentar agarrar su arma y controlar la situación. Pero desacreditó el pensamiento al instante. No podía hacerle eso a Alice, simplemente dejaría que se divirtiera y luego vería qué venía después. —¿Cómo me voy a recuperar?

—Si su mano se contrae de nuevo, mi señor, encontrará mi bala en sus regiones inferiores, por lo que sería mejor escuchar a la mujer que tiene una pistola en su cabeza.

Callum miró hacia la otra voz. Lady Victoria estaba sentada encima de un gran caballo castaño, con el cabello recogido y un pañuelo cubriendo su boca.

Callum saltó cuando escuchó un disparo, pero tan rápido como pudo respirar, Lady Victoria sacó una segunda pistola de su alforja y apuntó hacia el conductor. Su sirviente sostenía la pistola a un lado; el rostro austero y conmocionado del hombre le dejaba muy claro que había tratado de tomar el control y había fallado.

—Baja el arma, John, —ordenó Callum, mirando cómo su conductor la arrojaba al costado del carruaje.

—¿Qué quieren? —preguntó, sabiendo demasiado bien lo que buscaban las mujeres Worthingham. Vio cómo Alice alzaba la ceja y sonreía.

—*Shhhh*, mi lord. La impaciencia no es algo que me tome a la ligera, ni creo que deba apresurar a los que están reteniendo su carruaje.

—¿Qué sugiere entonces? Nos ha detenido y tengo curiosidad por saber por qué.

Alice le quitó el arma de la sien y, manteniendo su atención fija en él, caminó hasta pararse enfrente. —Tenemos curiosidad, por supuesto, de lo que nos va a otorgar nuestro pequeño robo hoy. Díganos, querido señor, ¿qué tesoros guarda su carruaje?

El conductor le lanzó a Callum una mirada curiosa y él apretó los dientes. Lo último que necesitaba era que sus sirvientes supieran lo que había estado haciendo en su propio condado. No es que alguna vez les robara a los pobres, pero, aun así, ellos tenían moral y no considerarían su robo como un comportamiento respetable.

—Deja ir a John y discutiremos esto más a fondo.

Alice inclinó la cabeza hacia un lado, pensando en su solicitud. —Muy bien, John —dijo, gritándole al conductor, pero sin desviar su atención de Callum. —Puede irse. Ahora.

Su conductor miró a Callum en busca de confirmación y él asintió. En cuestión de minutos estaba sin ayuda y solo con las dos chicas.

—Ahora, Lord Arndel, no me haga hacer mi pregunta dos veces.

—Está en el carruaje, debajo del asiento más cercano al conductor.

Alice sonrió, con sus labios de un rojo intenso y tan deliciosos como siempre. Con la máscara sobre sus ojos, se volvió más consciente de lo hermosos que eran los otros rasgos de su rostro. Un impulso abrumador de tocarla, tirar de ella con fuerza contra él y besarla, lo consumió y apretó los puños a los costados, para evitarlo.

—Me alegra que haya decidido cooperar. Odio los conflictos. —Hizo un gesto con su arma hacia Victoria. —Ahora párese allí para que pueda seguir con el negocio en cuestión.

Callum hizo lo que le ordenó y se volvió para mirar mientras ella subía al carruaje; sus pantalones ajustados, una prenda de vestir que nunca pensó ver en Lady Alice Worthingham, le llamaron la atención, por no mencionar su trasero perfecto. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando ella desapareció de su vista.

—Sugeriría que su atención se desvíe a algo que no sea el trasero de mi camarada, mi lord.

Callum miró a Victoria y sonrió... le gustó cómo los ojos de la hermana de Alice se entrecerraron más y apuntó con el arma un poco más abajo. —Le pido disculpas, —dijo, sin disculparse en absoluto. De hecho, era una prenda de vestir con la que esperaba volver a verla, aunque solo fuera para despojarla de ella y disfrutar de los placeres que había debajo.

Alice murmuró algo en su carruaje y luego saltó, riendo, con un tono burlón. Metió la mano en la bolsa que contenía la joya que había robado y él se encogió de hombros ante el disgusto que lo dominó. —¿Le gusta lo que está viendo? —Su tono era mordaz, pero más para sí mismo que para Alice o su hermana. Que se hubiera

visto obligado a entrar en esta vida no era excusa. Sus acciones como el bandido de Surrey eran reprensibles.

Ella asintió con la cabeza. —Sí, y me gusta esta pieza más que nada. —Alice sacó el broche de esmeralda que era de la duquesa y él se encogió de hombros de nuevo. —Creo que me quedaré con esta pieza.

—Ese broche pertenece a la duquesa de Penworth. Quizás debería devolvérselo, —dijo Callum.

Los ojos de Alice no mostraban alegría. —No tenga la impresión, Lord Arndel, de que solo porque le estamos robando, nos quedaremos con estos bienes. Al contrario. Haremos lo correcto y nos aseguraremos de que lo que tomamos se devuelva a los propietarios legítimos.

—Qué cristiano de su parte, —respondió, arrastrando las palabras, odiando que ella tuviera razón, sin importar cuánto su robo le hiciera la vida un infierno. El prestamista no estaría feliz de perderse el broche de esmeraldas. Simplemente tendría que encontrar una forma alternativa de recaudar fondos por el valor del broche. Y de una manera que no llamara la atención en todo el condado. Siempre contaba con algunas yeguas y hasta Bandido podía venderse. Debía pensar en algo.

Alice le arrojó la bolsa a su hermana y Victoria la atrapó con una mano. Callum negó con la cabeza; nunca había conocido a mujeres de tal rango que fueran tan capaces. —¿Qué piensan hacer conmigo ahora?

Alice colocó su arma en el soporte de su silla y se acercó a él, sonriendo. —Oh, ¿qué haremos con usted ahora? Habló casi en un susurro y no sin un poco de coqueteo.

Callum no podía apartar los ojos de ella y tragó saliva. —¿Qué harán conmigo? —preguntó de forma que solo Alice lo escuchara.

Sus orbes azules se oscurecieron de deseo, pero no se distrajo. —¿Qué le gustaría que hiciera, mi lord? Puedo ser una ladrona, pero no se deje engañar, incluso yo tengo moral.

—Soy muy consciente de ello. Créame. Ella sonrió ante sus palabras y sus labios se crisparon. Que pudieran encontrar el humor en esta situación, y tomarlo a la ligera, decía mucho sobre su

personaje y le gustaba más por eso. Tal vez si ella supiera la verdad, podría perdonarlo.

—Quizás, —dijo ella, deslizando un dedo por su pecho y haciendo que su corazón latiera salvajemente, —voy a ir con mi familia y les voy a contar lo que sé sobre el misterioso vizconde Arndel de Kester House.

Callum le negó una respuesta, sin estar seguro de si provocarla sería prudente.

Ella tomó su mano y tiró de él hacia la parte trasera del carruaje. Era una extraña reminiscencia de lo que él le había hecho unas semanas antes. El fuego se encendió en su sangre, caliente y pesado.

—¿Quiere que se lo diga a las autoridades y que toda la fuerza de la ley caiga sobre su cabeza?

—No. —Callum se cruzó de brazos y se apoyó en el carruaje. —Solo quiero que *usted* me castigue. —Las palabras salieron de su boca y en el momento en que las dijo quiso borrarlas. Actuaba como un canalla y justo con ella. Por el brillo de sus ojos, ella comprendió lo que quería decir.

Maldita sea, le gustaba esa mirada. Mucho.

—Dime si me necesitas, —gritó Victoria desde el frente.

—Todo está bien, —respondió Alice y lo siguió analizando con detenimiento hasta bajar por sus muñecas. —Qué bonitos gemelos tiene, mi lord. ¿Son de oro?

Callum los miró. — Sí.

Ella sonrió. —Puede que esté dispuesto a hacer un trato con usted, mi lord.

—Un trato. —Luchó por no sonreír, esperando que esta conversación fuera a donde él pensaba. —¿Qué tipo de trato?

—Creo que debería entregar sus gemelos de oro y, a cambio, puedo endulzar el dolor de perder una joya tan valiosa.

—¿Cómo lo haría? —le preguntó.

—Con un beso.

Sin dudarlo, Callum desató los pequeños alfileres que le sujetaban las mangas de la camisa y se las metió en la palma de la mano. En silencio, ella lo miró, pero pudo ver que su mente estaba

zumbando al pensar en lo que había sugerido. Pero entonces, cuando se pincha a un león, ¿qué se espera? No valdría la pena tener gemelos, incluso si estuvieran hechos de los mejores diamantes o del oro más puro, si se ofrecía un beso de Alice. —Soy todo suyo, —dijo, sin moverse, pero esperando a que ella iniciara el beso.

Sus dedos se cerraron en puños alrededor de sus gemelos y los colocó en su bolsillo. —Como un caballero que es, no pensé que estaría de acuerdo.

Él sonrió, sacudiendo la cabeza. —Puede que haya nacido caballero, pero no fui criado como tal. Y no debería ofrecer tal tentación, si no quisiera que lo probara. —Un ligero rubor se elevó en sus mejillas y una punzada de lástima se apoderó de ella. —Pero claro, como un caballero, ahora, si no desea besarme, no la obligaré.

Sus hombros se tensaron y su barbilla se levantó. La anticipación palpitaba a través de él. *La tengo ahora...*

—No me retracto de mi palabra, mi lord.

—Muy bien entonces.

Él movió las cejas y ella entrecerró los ojos.

—Habiendo dicho eso, Lord Arndel, no ponga a prueba su suerte.

Reprimió otra risa y aceptó. —Muy bien. Esperaré paciente.

Cuando ella no se movió, él dijo: —Cuando esté lista, por supuesto, yo también lo voy a estar.

Con un bufido, Alice dio un paso adelante, apretó su mandíbula y lo besó. Lo primero que Callum se dio cuenta fue que Alice era bastante alta para ser mujer y no requirió mucho esfuerzo inclinarse y profundizar el abrazo.

Estaba tan rígida como una tabla en sus brazos antes de que él envolviera su brazo alrededor de su cintura y la empujara contra él. En su jadeo, la besó con fuerza, tal como lo había anhelado durante muchas semanas.

Con cada deslizamiento del beso, el leve roce de su lengua contra la de ella, ella se relajaba, se volvía más dócil en sus brazos y le daba lo que había soñado. Y sus besos eran como los de sus sueños: dulces, exploradores, sin instrucción. Nunca había estado

tan intoxicado por un abrazo como lo estaba ahora en los brazos de Alice.

El suave suspiro que soltó mientras se hundía en el beso hizo que su juicio se disparara. Por un momento, Callum luchó por el control, pero cuando su lengua tocó ligeramente la de él, todo desapareció.

Con su mano libre, le agarró la nuca, sintiendo la dura y falsa peluca que llevaba. Quería arrancarla de su cuero cabelludo. Quería pasar sus manos a través de sus hermosos mechones y sostenerla así, para siempre. Besarla sin sentido durante el tiempo que ella se lo permitiera.

Ella se apartó y se alejó de sus brazos por completo. Callum la dejó ir con pesar y se consoló con el hecho de que sus ojos lucían cargados de deseo y, si no se equivocaba, un poco de asombro.

—No debería haber hecho eso.

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros, la acción de alguna manera liberó sus músculos tensos. —No está preocupada por su reputación, ¿verdad? Pensé que era una salteadora de caminos y nada más.

—Lo soy, pero también soy una mujer que no debería haber hecho *eso*.

—¿Usted es una mujer de rango? —Callum vio cómo sus ojos se oscurecieron en advertencia. Y sonrió. —Me gustaría que regresara aquí y lo haga de nuevo.

Su boca se abrió con un grito ahogado y él se acercó, le apretó la cara y la besó con fuerza, rapidez y profundidad, antes de retroceder e inclinarse. —Espero que nos volvamos a ver pronto.

Alice asintió y se acercó a su caballo aturdida, montó rápidamente y se unió a su hermana. —Estoy segura de que lo haremos, Lord Arndel, y antes de lo que le gustaría, si continúa con este tipo de estilo de vida. ¿Quedó claro?

—Sí, por supuesto, —respondió, mirando cómo las mujeres giraban y galopaban por la carretera antes de girar hacia los árboles. Callum maldijo, pasando una mano por su cabello.

A pesar de todas sus burlas de la pequeña descarada, ella todavía se habría escapado con su joya y ahora tendría que enviar un mensaje a Londres y notificar a aquellos a quienes su primo

fallecido les debía dinero, que la deuda no se pagaría. No con las joyas que se habían requerido, al menos.

Maldita sea.

La idea le produjo inquietud y se preguntó qué más de la propiedad y la finca podía vender que lo sacara de ese apuro. Todo lo que le vino a la mente fueron los caballos. Era todo lo que le quedaba. Lo demás ya se había vendido. El programa de cría que esperaba reavivar para generar ingresos adicionales para la finca ya no sería posible. Toda la situación en la que había permitido que los prestamistas lo metieran era una desgracia. *Él* era un desastre.

Subió a la caja de su carruaje, tomó las riendas y dio la vuelta al vehículo, dirigiéndose de regreso a *Kester House*.

El sonido de los caballos que se acercaban llegó a sus oídos y miró hacia arriba para ver al conductor de su carruaje junto con otros hombres de la finca que corrían hacia ellos. Se detuvieron en una nube de polvo, buscando a los dos ladrones que habían estado allí.

—¿Está bien, mi lord? Vinimos tan pronto como pude reunir a algunos hombres.

Callum tiró de los caballos y apartó su preocupación con un gesto. —Me han robado, pero nada más.

Aparte de un beso que ocupará mi mente durante muchos años...

—¿Vamos a continuar hacia Londres? —preguntó su conductor, frunciendo el ceño.

—No. Cuando regresemos a *Kester House*, puede guardar el carruaje. Ya no es necesario.

—Correcto, mi lord.

—Ustedes pueden ir adelante. No me voy a quedar atrás.

Asintieron y se alejaron, mirando hacia el bosque a medida que avanzaban, sin duda buscando a las Worthingham.

Sacudió las cintas y los caballos siguieron su camino. No se concentró en nada en absoluto, simplemente pensó en los acontecimientos recientes, preguntándose cuándo volvería a ver a Lady Alice. Porque estaba seguro de que la pequeña descarada era ella.

Pero, ¿qué haría con el broche y cómo le explicaría a su madre cómo la joya volvió a sus manos? Y lo que es peor: ¿cómo iba a asegurar su futuro sin la joya que tanto deseaban los prestamistas? Bajo ninguna circunstancia volvería a quitárselo a la familia de Alice, entonces, ¿qué apaciguaría al prestamista?

Por encima de todo, Amelia era su principal preocupación. Su seguridad era primordial y, para mantenerla así, les diría a los pocos hombres que trabajaban para él que permanecieran en guardia y armados, incluso si tenía que informarles sobre la deuda de su primo. Les explicaría que los hombres de mala reputación le deseaban hacer daño a él y a su hija si no pagaba lo que se debía... y pronto. Después de todo lo que Amelia había enfrentado al perder a su mamá, se merecía un futuro libre de problemas o escándalos. Quería que su hogar fuera algo de lo que pudiera estar orgullosa; no fundado en un padre que hizo lo que le ordenaron esos hombres que no merecían respeto. Si el dinero de los caballos era suficiente para el prestamista, entonces Callum tendría que aprender a ser paciente, trabajar la propiedad con lo que tenía y cultivarla a partir de ahí. Con el tiempo, tal vez podría comprar más caballos y criarlos.

Haría que su hija se sintiera orgullosa, aunque fuera lo último que hiciera.

CAPÍTULO
NUEVE

La duquesa se emocionó y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—¿Dónde lo encontraste? —Su madre extendió la mano; su rostro era una mezcla de incredulidad y felicidad. —Déjame verlo.

Alice colocó el pequeño broche en la palma de su mano y sonrió ante el amor con el que su madre lo miraba.

—No puedo creer que lo tengo de vuelta.

—Estábamos cabalgando a casa desde Ashford y por extraño que sea, Victoria y yo notamos algo que brillaba en el camino. Nos detuvimos a ver lo que era y quedamos estupefactas al ver la joya. Nos vinimos para casa tan pronto como pudimos, para contarles de nuestro hallazgo.

Alice se encontró con la mirada de Victoria y sonrió. De camino a casa, después de haberse cambiado en el pabellón de caza a pocos kilómetros de la finca, habían acordado una historia sobre cómo y cuándo habían encontrado el broche. Y ella les creyó, de tan feliz que estaba.

Su madre ajustó el broche en su vestido y lo miró con amor. —Estoy muy contenta de tenerlo de vuelta. Gracias, hijas. Me hicieron muy feliz.

Alice se sentó, sirviéndose una taza de té. —Fue un hallazgo afortunado, mamá, y nada más.

—Aun así, —respondió la duquesa, —estoy pensando en compensarlas por su comportamiento de hoy. Mañana viajaremos a

Ashford y les voy a comprar lo que quieran. Victoria, sé que admirabas ese chal rosa en la tienda de La Mariette.

—Gracias, madre. Me encantaría. —Victoria se sentó también, admirando el broche tanto como su madre.

Alice se acomodó de nuevo en la silla y le contestó: —Si no te importa, madre, me gustaría que mi regalo esperara hasta que lleguemos a la ciudad. No he encontrado nada en Ashford que necesite.

Su madre levantó la ceja con sorpresa. —¿En verdad, hija? ¿Estás segura de que no hay nada que te gustaría que te comprara o te ayudara?

Alice notó su tono divertido y se preguntó a qué se debía. ¿Se estaba burlando de ella de alguna manera? —No lo creo.

Frunció el ceño, preguntándose qué se estaba perdiendo en la conversación.

Su madre sonrió. —Solo quise decir que si deseabas ayuda con las casas que estás renovando, estoy dispuesta a donar. Solo dime lo que te gustaría que hiciera.

—¿En verdad, madre? —Alice se inclinó hacia adelante, emocionada al pensar en lo que podría hacer para mejorar las casas. —Bueno, *hay* algo que creo que las cabañas necesitarán, pero aún no lo he investigado mucho, ya que estamos un poco lejos de estar en esa etapa de la construcción.

—Dime y veré qué puedo hacer.

La generosidad de su madre fue más de lo que pensaba que se merecía al devolver un broche, pero parecía que, cuando uno hacía una buena acción, a veces pasaban cosas buenas a cambio. —Como saben, las familias que viven allí tienen muy poco y estoy pidiendo a los constructores que hagan todas las camas en las cabañas como un elemento fijo en las habitaciones, pero no tengo ropa de cama. Acolchados de paja o plumas. Y por mucho que me encantaría que durmieran sobre plumas, sé que es una extravagancia, pero ¿me ayudarías a equipar las cabañas con ropa de cama? Ese sería el mejor regalo del mundo y no voy a volver a pedir un ropero nuevo a menos que sea mi esposo quien lo compre.

—Por mucho que me emocione que sigas hablando de matrimonio, va a ser un placer preparar la ropa de cama para tus inquilinos. Encontrar este broche es algo por lo que nunca podría agradecerles lo suficiente. Por lo tanto, va a ser un honor ayudarlas.

Alice se puso de pie y abrazó a su madre. —¡Muchísimas gracias! Esto supera todas mis expectativas.

Su mamá sonrió. —Entonces somos dos, querida. —Hizo una pausa y continuó: —Pero hablando de tus renovaciones, se comenta en la ciudad que tomaste el control de los constructores, que eres bastante directa y exigente cuando se trata del inicio de la obra y demás. No puedo evitar pensar, no importa cuán fantástica sea tu idea de ayudar a los necesitados, que tu hermano estaría mucho más capacitado para hacer ese trabajo de hombres.

—No estoy de acuerdo, mamá. Y lamento que estés preocupada por lo que dice la gente, pero yo no. Voy a ayudar a la gente de Ashford y esos viejos chapados a la antigua que se pudran.

—Puede que seas la hija de un duque, pero alguien mencionó que tu vestido estaba cubierto de polvo y tu cabello estaba gris con telarañas.

Alice se encogió de hombros y tomó otro sorbo de té. —La gente del pueblo debería estar agradecida de que las hijas de sus patrocinadores no sean frívolas ni de corazón frío, sino que deseen hacer del mundo un lugar mejor y ayudar a los menos afortunados.

Su madre lanzó un suspiro de resignación y Alice sonrió: había ganado la discusión.

—Muy bien, pero trata de no hacer tanto espectáculo. Vas a viajar a Londres pronto para la temporada. Y creo que esos caballeros admiradores apreciarán mejor las manos suaves que las callosas.

Victoria sonrió entre dientes.

—Hablando de mis cabañas, tengo otra reunión en Ashford mañana con Josh y el carpintero, así que creo que me iré a mi habitación y pediré que me envíen la cena esta noche. Si no les importa. Me siento un poco cansada después de la aventura de hoy.

—¿Estás bien, querida? —preguntó su madre, con preocupación hormigueando en su voz.

—Estoy muy bien. Solo quiero relajarme y descansar en mi habitación. —Alice ignoró la mirada preocupada de su hermana y se puso de pie. —Buenas noches.

—Voy contigo. Yo también me siento un poco cansada.

—¿Vendrás a cenar, Victoria? ¿O debo avisar a los criados que solo vamos a ser Josh y yo?

—Voy a bajar a cenar, mamá, solo voy a descansar un poco antes. —Victoria se inclinó y besó la mejilla de su madre y, agarrando el brazo de Alice, la sacó de la habitación.

Tan pronto como sus pies tocaron las baldosas del vestíbulo, Victoria se volvió hacia ella. —¿Dijiste que una vez que regresáramos a casa y mamá aceptara nuestra historia, me contarías lo que pasó con Lord Arndel? Fuiste detrás del carruaje y luego estuviste muy callada. Exijo saber a qué estás jugando.

Alice intentó alejarse, pero su hermana le apretó el brazo con fuerza. — ¿Qué estás haciendo, V?

—¿Qué pasó, Alice?

—No ocurrió nada.

La mentira, una traición a su hermana, amenazaba con liberar cada palabra, cada pensamiento y acción que había hecho detrás de ese carruaje. Confesar cuánto había disfrutado cada momento. Cuánto anhelaba experimentar otro beso así.

—Te ruborizas más que las rosas favoritas de mamá. —Victoria le lanzó una mirada evaluadora antes de empujarla hacia la escalera. —Lo besaste, ¿no?

La vergüenza, mezclada con la emoción, recorrió a Alice y el calor inundó su rostro. —No pensé que mi provocación conduciría a eso.

Pero, en verdad, Alice había buscado ese beso. Durante semanas había querido ver cómo sería besar a un hombre, y no a cualquier hombre, sino a Lord Arndel. La idea de sus labios contra los de ella; su mandíbula ligeramente fuerte dejaba en claro que el hombre que tenía delante era un caballero viril y adecuado. No es que le iba a permitir cortejarla; era un mentiroso, un ladrón y el bandido de Surrey, cosa que no podía olvidar. Pero... tal vez, si se redimía de alguna manera.

—Bueno, puedo ver que lo hiciste. ¿Cómo pudiste? Nos robó.

—Sé que así fue. No lo olvidé y tengo la intención de hacerle pagar por sus crímenes. Pero un beso no equivale a matrimonio. Simplemente jugué con él, eso es todo. No hay necesidad de buscarle la vuelta.

Victoria soltó un grito ahogado. —¿Buscarle la vuelta? En serio, Alice. Sé que siempre has sido la más salvaje de todos nosotros; incluso Josh no es tan malvado como tú puedes ser, pero no puedes besar a caballeros al costado de la carretera. Menos a Lord Arndel. Si mamá alguna vez se entera de lo que hiciste y te casas con él, seguro eso la matará.

—Como dije, no tengo la intención de casarme con él. Deja de preocuparte.

Continuaron subiendo las escaleras, la línea entre las cejas de Victoria se hizo más profunda con cada paso. —No va a volver a ocurrir. Te lo prometo.

Su hermana asintió con la cabeza, pero no pareció que sus palabras la consolaran. —Ahora que ya te regañé, espero que cumplas tu palabra. —Victoria se mordió el labio, un ligero rubor marcó sus mejillas. —¿Me vas a decir cómo fue el beso?

Alice sonrió y la abrazó. —Todo lo que esperaba. Me besó con tanta pasión que pensé que mi estómago, que estaba lleno de mariposas, se iría flotando.

—Wow, —dijo Victoria, soñadora. —He oído que los hombres pueden besar con bastante entusiasmo. ¿Fue así?

Alice pensó en el brazo fuerte que había envuelto alrededor de su cintura mientras el otro sostenía su cabeza con firmeza contra la de él. El aliento se había mezclado con cada golpe y deslizamiento de sus bocas; acompañado de un delicioso latido de su corazón que quería sentir de nuevo, aunque solo fuera una vez más. No era de extrañar que sus hermanas mayores, que ahora estaban casadas, siempre parecían desaparecer de los bailes y fiestas en los momentos más extraños. Porque, si lo que estaban haciendo con sus caballeros era algo parecido a lo que ella había hecho con Lord Arndel… eso explicaba algunas cosas sobre las que se había estado preguntando.

—Sí, creo que lo hizo, pero... —empezó a decir Alice, sonriendo. —No tengo nada con qué comparar el beso, porque fue el primero, así que tal vez simplemente se estaba divirtiendo conmigo.

Victoria sonrió divertida. —He visto la forma en que Lord Arndel te mira y, créeme, incluso si no sé mucho sobre el sexo opuesto, no parece que sea solo un juego por aburrimiento. Y es por eso que siento que debo advertirte que no juegues con un caballero así, porque después de lo que ha hecho, *no* puedes casarte con él.

—Ya lo sé. —Alice se detuvo frente a la puerta de la habitación; sabía muy bien lo que quería decir su hermana. —Te veo en el desayuno.

Victoria sonrió. —Buenas noches, Alice. Espero que te sientas con más energía por la mañana.

—Estoy segura de que así será.

Alice entró en la habitación y llamó a su doncella, decidiendo que necesitaba un baño. Tal vez eso limpiaría las pruebas del día y, como dijo su hermana, al día siguiente, todo sería mejor y la vida parecería menos problemática.

No es que pudiera garantizarle lo mismo a Lord Arndel. Tendría que pensar en su castigo. No le gustaba ser juez y jurado de un conocido, pero como era el único padre de una niña, se debían hacer excepciones.

Cuando apareció su doncella, Alice ordenó un baño, se sentó en el escritorio y sacó un trozo de pergamino. Garabateó una breve nota para Lord Arndel, notificándole su intención de visitarlo en dos días y que esperaba que estuviera en casa. No firmó la nota, pero no tenía ninguna duda de que sabría quién era el remitente. No necesitaba que su madre averiguara a quién se estaba escapando para visitar siendo soltera.

Selló la nota y la dejó en la pequeña bandeja de plata de su escritorio. Por la ventana, miró hacia donde estaba *Kester House* y se preguntó qué estaría haciendo en ese momento y en qué estaría pensando.

Después de la aventura de hoy, algo le decía que esta noche le resultaría difícil dormir a Lord Arndel y, a pesar de todo lo que sabía sobre él, la idea no la llenaba de placer, sino de tristeza.

CAPÍTULO

DIEZ

Dos días después, Alice se encontró sentada en la biblioteca de Lord Arndel, que llegaba tarde para su reunión. Dio unos golpecitos con el pie en el suelo de parqué y miró por la ventana mientras el jardinero cruzaba el césped con una carretilla llena de maleza.

Al menos, el jardín se veía mucho mejor que antes.

La puerta se abrió y se cerró, el ruido de la cerradura retumbó fuerte en la silenciosa habitación. Alice no se molestó en darse vuelta y saludarlo. Había llegado tarde y la verdad de por qué estaba aquí hoy era evidente: tenían mucho que discutir.

Lord Arndel pasó junto a ella y, para su consternación, los pantalones de ante gris parecían gastados y un poco andrajosos. ¿Qué tan graves eran sus problemas financieros? Él tampoco la saludó y su estómago se retorció por los nervios. A pesar de todo su aplomo, entendía la gravedad de la conversación que iban a tener.

Él se sentó y, en apariencia desganado, la miró. No había dormido, según las sombras oscuras bajo sus ojos, ni parecía complacido de verla. Lo cual, supuso, era comprensible.

—Pido disculpas por mi tardanza y falta de vestimenta formal. No la esperaba hasta esta tarde.

Alice miró hacia otro lado, mientras él trataba de enderezar su corbata e, incapaz de hacerlo sin un espejo, la dejó suelta alrededor de su cuello; los botones superiores de la camisa estaban abiertos y le permitían ver su atractivo cuello. ¿Había estado durmiendo? La

idea de él aburrido en su cama, a medio vestir o tal vez incluso desnudo, no sería de utilidad y la hizo a un lado.

—Debo disculparme por venir tan temprano. Tengo una cita que no quiero perderme en Ashford. Espero que no le moleste. Quizás debería volver en otro momento, cuando haya tenido tiempo de vestirse de forma apropiada.

Alice levantó la ceja y entrecerró la mirada cuando él sonrió entre dientes, con un sonido profundo y extrañamente seductor. La intención era que sus comentarios fueran cortantes, transmitir cualquier cosa menos ese anhelo que se había apoderado de su cuerpo: solo deseaba que la tomara en sus brazos y la besara sin sentido. Como lo había hecho hacía unos días. ¿Qué haría si ella se levantaba y se sentaba en su regazo? ¿Su reacción sería de horror o de esperanza?

—*Mmmm*, mi lady. Está muy amable esta mañana.

Ella suspiró. —Creo que sabe, y no pretendamos lo contrario, por qué estoy aquí hoy.

— No tengo ni idea.

La miró sin un atisbo de emoción y Alice no podía creer el coraje del hombre. Quería que ella lo dijera, que mencionara lo que obviamente él no haría. Qué canalla.

—¿Cuántos años tiene, Lord Arndel?

Él frunció el ceño ante el cambio de tema. —Veintinueve años, pero no veo cómo esto tiene algo que ver con nuestra charla.

—Simplemente me pregunto si la falta de memoria se debe a su edad avanzada, ya que parece que tiene casi treinta años, por lo que lo podría perdonar por la incapacidad de recordar el porqué de mi visita.

Él sonrió y su estómago se tensó. Alice ajustó su asiento y luchó por lograr alguna forma de decoro. Había algo mal en ella para estar de tan mal humor. No se debía a Lord Arndel y su habilidad para ponerla nerviosa sin siquiera decir una palabra. Maldijo.

—Desea hablar sobre el baile que está organizando en mi honor.

Alice apretó los dientes; odiaba el hecho de que la estaba provocando, burlándose de ella hasta el punto en que perdería los estribos y diría o haría algo de lo que se podría arrepentir. Se mordió

el labio inferior y con un poco de satisfacción observó cómo su atención se fijaba en la boca.

—No es sobre el baile. Aunque esa sería una conversación mucho más agradable. Por desgracia, debido a sus acciones durante los últimos meses, el baile y su organización tendrán que esperar.

No respondió nada, solo la miró con expresión estoica.

—Adelante, entonces. Espero con gran interés.

—Me deja con pocas opciones, así que voy a ser franca. ¿Cuánto tiempo hace que es el bandido de Surrey?

—Hace un tiempo.

Por un momento, Alice no dijo ni una palabra; no esperaba que fuera tan honesto. —¿Esa es toda la respuesta que voy a recibir de usted, mi lord? *Hace un tiempo.* ¿No se avergüenza de sus acciones? Hubiera pensado que me pediría disculpas, ya que le robó a mi familia. Pero parece que cree que este tipo de comportamiento es aceptable.

—¿Decir 'lo siento' haría perdonable lo que hice?

Sus ojos ya no estaban llenos de alegría.

—No.

—Bueno, entonces, —dijo, recostándose en la silla. —Es una palabra en vano que no necesito decir.

Ella se quedó boquiabierta. Qué increíble. —¿Usted se escucha a sí mismo? Suena, y perdone mi lenguaje, como un idiota. Debería pedir perdón a todos. Tiene un hogar, una tierra y una hija, aunque la mantiene alejada de todos por razones que solo usted mismo conoce. Y, sin embargo, arriesgaría todo eso para llenarse los bolsillos de oro.

—No tiene idea de por qué robé y sí, estuvo mal, pero la gente haría lo que fuera necesario para que quienes los rodean vivan una vida normal y saludable sin peligro ni amenazas. Y lo haría todo de nuevo si mis seres queridos fueran amenazados.

—¿Fueron amenazados? —preguntó, cuestionándose la elección de sus palabras.

Él se frotó la mandíbula y miró hacia las ventanas por un momento.

—Olvida que usted también me robó, Lady Alice. Dos errores no conducen a un acierto. —La risa sonó burlona.

—Responda la pregunta, maldita sea. ¿Los están amenazando? ¿Hay algo más sobre este robo que no me esté contando?

Esa posibilidad no había entrado en la mente de Alice y, pensándolo bien, incluso ella consideraría tales crímenes, si su familia estuviera en peligro. Por supuesto, esos pensamientos estaban mal y en la iglesia el próximo domingo tendría que pedir perdón por ellos, pero eso no cambiaba el hecho de que aún haría lo que fuera necesario para sobrevivir.

—Cuide el lenguaje, mi lady.

Arndel se puso de pie y rodeó el escritorio, apoyándose en él. Alice se reclinó en su silla, no le gustaba que estar tan cerca despertara todo tipo de sentimientos absurdos en su cuerpo. No era ella misma cuando estaba cerca de él y, por mucho que lo intentó, no pudo conseguir que su corazón se comportara.

—Su boca es bastante sucia cuando se irrita.

Alice se puso de pie, acercándose para estar casi a la altura de sus ojos. —Tiene que ser una broma, viniendo de usted que, según recuerdo, disfrutó mi boca.

De dónde venían las palabras, o el coraje de decirlas, Alice no tenía idea, pero las había dicho. Y el acalorado giro de su comportamiento dejó sus rodillas débiles y su estómago retorciéndose de deseo.

Él extendió la mano y le puso un dedo en los labios... su respiración se aceleró. —Me pregunto qué más podría hacer su boca si recibiera tutorías.

Alice frunció el ceño, sin comprender el significado de sus palabras. Debía alejarse, realmente debía hacerlo. —¿Y será usted quien me enseñe? —Él deslizó el dedo por sus labios y una sensación rara se instaló entre sus muslos. —Después del beso del otro día, encuentro que su técnica necesita mejoras, mi lord.

Él sonrió. ¡Sonrió! Y Alice sintió la urgencia de que esa piel suave llegara a sus labios. Lord Arndel en serio estaba actuando como un pícaro.

—No lo creo ni por un momento. Y por mucho que lo niegue, sé que le gustó mi beso. Admítalo.

El calor inundó su rostro. — No fue así, para nada. En todo caso, solo demostró que usted, mi señor, es un libertino y un ladrón con quien, después de este baile, no tendré nada que ver.

—Bueno, —dijo, poniéndose de pie y empujándola hacia atrás por sus hombros antes de caminar hacia el otro lado del escritorio y tomar asiento. —¿Cómo me voy a recuperar de este golpe bajo?

Alice se acercó al escritorio y se inclinó sobre él. —Esta conversación no ha terminado, señor. Debe pagar por lo que hizo y estoy aquí para asegurarme de que así sea.

—¿Y qué sugiere la honorable Lady Alice Worthingham? Por favor, no diga que desea otro beso, porque el primero fue suficiente tortura.

Alice apartó el destello de dolor que le causaron sus palabras. Tenía que estar mintiendo, porque si recordaba su abrazo, había sido cualquier cosa menos tortura y pareció disfrutarlo.

—Como usted sabe, — empezó a decir, paseando frente al escritorio. —Tengo una hilera de cabañas que están a punto de ser renovadas. Necesito un hombre en el lugar que controle todo lo que deseo que se haga. Mi mamá expresó su preocupación por que lo haga yo misma y, como la amo tanto, prometí ser un poco menos...

—¿Metida?

Lo miró fijo. —No. Inadecuada, aun cuando no creo que hacer algo para ayudar a otros se podría juzgar así.

Él se encogió de hombros. —Nunca lo pensé, ni lo voy a pensar. Y no voy a entrar en sus planes, así que sería mejor que usted encuentre a otro caballero para hacer sus tareas.

— Eso no pasará. Por dos razones, —comenzó a decir, mostrando dos dedos. —Primero, porque usted no tiene ninguna opción. En segundo lugar, voy a endulzar el trato para usted, aunque no merece esa excepción.

Él levantó la ceja. —¿Cómo?

—Bueno, me alegra que me pregunte. —Él puso los ojos en blanco y ella volvió a sentarse. El crimen que cometió, si se lo contara a mi hermano, lo llevaría a la cárcel o la soga. Por Amelia, y

solo por ella, Victoria y yo hemos acordado no decir lo que sabemos. Nunca vamos a romper esa promesa de silencio, lo puedo prometer por mi vida, pero eso por supuesto que tiene un precio.

Alice pudo ver cómo se le flexionaba el músculo de la sien antes de que dijera: —Y esa tarifa es para ayudarla con la reconstrucción de su cabaña.

—Sí. —Le sonrió y él la miró. —Pero eso no es todo. Ya que la única joya en la bolsa era el broche de nuestra madre, Victoria y yo calculamos un valor aproximado de £ 1200. ¿Eso es correcto?

…

Callum dejó de rechinar los dientes. Lady Alice Worthingham era inteligente, pero incluso esto iba más allá de lo que alguna vez pensó que era capaz de hacer... la había tenido en alta estima. Hasta que se le ocurrió la idea absurda que estaba diciendo en ese momento. —Parece correcto.

—Bueno, no quiero sonar grosera, pero... —empezó a decir, pero se detuvo. La franqueza, o la rudeza, era su segunda naturaleza.

—¿Qué? —preguntó ella, mirándolo como un niño inocente y no como el diablo que obviamente era.

Él hizo a un lado su preocupación con un gesto. Algo le decía que fuera lo que fuera que Lady Alice tenía que decir, necesitaría ingenio. —Nada, por favor continúe.

—Lo que iba a decir es que su casa parece estar en mal estado. Está vendiendo tierras y robando artículos a terratenientes adinerados. Perdóneme, pero percibo algo raro.

—Mi situación financiera no es de su incumbencia, Lady Alice. —Le lanzó una mirada silenciosa, que por supuesto, ella ignoró.

—Encuentro que hablar con franqueza y directo es lo mejor y, Lord Arndel, por el estado de su biblioteca, cualquiera puede asumir lo que acabo de decir. Pero es aquí donde creo que puedo ayudar.

—No puede salvar a todos, mi lady. Ahora —dijo poniéndose de pie; quería que la pequeña descarada saliera de su casa. Ya había tenido suficiente de que le dijeran lo que ya sabía: que era rico en

activos pero que estaba arruinado. Ni siquiera pudo mantener a su hija a salvo de los prestamistas empeñados en reclamar su dinero. —Creo que es mejor que regrese a Dunsleigh.

—No lo voy a hacer, —dijo, sin moverse. —Le ofreceré un acuerdo y creo que debería aceptar. Sé que no lo verá de forma favorable, pero repito: si se niega, voy a tener que pensar de nuevo si voy a mantener su secreto a salvo. Mi solución va a ayudarlo a usted y a su hija, que es mi mayor preocupación en todo este asunto.

Con cada palabra que salía de su boca, sin importar lo exquisitas que sonaran, justo en este momento si no fuera un caballero, echaría a Lady Alicia Worthingham de una patada en su trasero perfecto. Si tan solo la solución que estaba seguro que iba a pronunciar fuera tan fácil.

—Por lo tanto, me ofrezco a pagarle cada semana hasta llegar al mismo valor de la cantidad robada. Lamento que el dinero lo haya hecho actuar de esa manera, pero creo que debería tragarse el orgullo, si no fuera por usted mismo, al menos por Amelia. Nadie necesita saber de nuestro acuerdo. Será entre usted y yo.

Usted y yo. Las palabras lo sacaron de la neblina roja en que estaba empezando a verla. Aunque estaba tratando de ayudar, pensar en caridad, cuando él había crecido con nada más que bienes de segunda mano y, a veces, las sobras de un compañero, hacía que afianzara sus puños en los costados. Había prometido encontrar una manera de avanzar con esta finca en la atroz condición en que se la habían dejado, pero estaría condenado si aceptaba la ayuda de una señorita que interfería y que tenía mucha autoestima. A su vez, su oferta no ayudaba en lo más mínimo. Los prestamistas querían el broche de la duquesa de Penworth, la última joya en una larga fila de hermosos objetos que habían pagado la deuda de su primo.

—Perdóneme por ser contundente y tal vez un poco grosero, pero váyase. Ahora.

Ella jadeó y, por un momento, él se arrepintió de haberle hablado así; no le gustaba sentir el dolor que parpadeaba a través de sus ojos. Pero necesitaba irse. De inmediato. Antes de recogerla y

llevarla hacia afuera; hacia un rosal con espinas o un gran pedazo de estiércol.

Recogió sus guantes, tirando de ellos vigorosamente mientras lo miraba. Él quedó maravillado por su coraje. Incluso en su peor momento, siempre salía con la cabeza en alto. Callum no pudo evitar adorarla más por ello. —Piense en mi oferta. *Todo* lo que le ofrezco. —Caminó hacia la puerta y se detuvo. —El trabajo en Ashford comienza mañana. Voy a estar allí a partir de las nueve.

Callum levantó la mano; no quería oír ni una palabra más. Ningún caballero debe maldecir delante de una mujer, pero eso era todo lo que quería hacer; no es que estuviera actuando como tal. —Que tenga un buen día, Lady Alice.

Ella hizo una reverencia. —Que tenga un buen día, mi lord.

—¿Papi?

Alice se detuvo en el umbral y miró hacia donde estaba su hija: en la parte superior de las escaleras.

Callum suspiró, haciéndole un gesto a su hija para que bajara. —Amelia, ella es Lady Alice Worthingham, la hermana del duque de Penworth. Lady Alice, esta es mi hija, la señorita Amelia Arndel.

Alice se sumergió en una reverencia y así, también, lo hizo Amelia. Callum sonrió; sabía que había estado practicando para esas situaciones durante meses. Le guiñó un ojo a su hija.

—Es un placer conocerla, señorita Amelia. Me han hablado tanto de usted.

Callum frunció el ceño; sabía que Alice estaba mintiendo para salvarlo de no decirle a nadie de la existencia de su hija. Por qué no lo había hecho; dudaba si iban a entenderlo. No era como si se avergonzara de ella. Amaba a Amelia más que a la vida misma, pero tal vez la había querido mantener a salvo de personas que la veían de manera diferente por no haber nacido entre iguales.

—¿De verdad? —Amelia apretó la mano de Callum. —Papá, ¿le contaste sobre mí? Qué emocionante.

Alice sonrió. —Sí, lo hizo y me dijo que te está yendo muy bien en tus estudios.

Algo en el pecho de Callum golpeó fuerte en lo amable que Alice estaba siendo hacia su hija. Qué gran mentiroso era. Y qué idiota

había sido.

—Así es, mi lady. Estoy estudiando muy duro y aprendiendo todas mis letras y ahora puedo contar hasta cien.

—Qué bien. Qué orgulloso debe estar tu padre.

Callum tragó saliva para alivianar el bulto en su garganta y asintió con la cabeza. —Siempre estoy orgulloso de mi pequeña, no importa lo que haga.

Amelia le sonrió y Callum la levantó. Alice los miró un momento, antes de volverse hacia la puerta.

—Ay, tengo que irme, pero gracias por atenderme hoy, mi lord. ¿Y Amelia?

—Sí —dijo la niña, con los ojos brillantes y expectantes.

—Creo que vamos a ser grandes amigas, así que ¿te importaría llamarme Alice? Los títulos son tan cansadores a veces, ¿no estás de acuerdo?

—Me encantaría llamarte Alice. Muchas gracias.

Alice sonrió. —Voy a venir de nuevo, Amelia, y vamos a tomar el té. Todas las jovencitas necesitan aprender tal etiqueta si van a organizar tardes en la ciudad cuando sean mayores.

Amelia se volvió hacia Callum. —¿Puede Alice enseñarme, papá? Por favor, di que sí....

—Por supuesto —dijo asintiendo con la cabeza hacia la mujer que se impregnaba bajo su piel cada día más. Aunque fuera una entrometida a veces, Alice era muy bondadosa. —Gracias por la oferta.

—No hay problema. Amelia y yo la vamos a pasar muy bien. Estoy segura.

El criado abrió la puerta y Alice se volvió para salir.

—Piense en mi oferta, Lord Arndel.

La miró fijo mientras su figura se alejaba. —Que tenga un buen día, mi lady, y gracias de nuevo por venir.

Ella agitó una mano sobre la cabeza, pero no respondió.

Incapaz de controlar su ira, Callum cerró la puerta principal antes de que ella alcanzara el segundo escalón. Regresó a la biblioteca; sus pasos retumbaban como el tambor de una marcha de guerra antes de la batalla. Varios sirvientes se detuvieron para ver qué

pasaba, pero, al recibir una mirada fría, pronto regresaron a su trabajo.

Dejó a Amelia en la silla frente a su escritorio, antes de servirse un trago. Hizo girar el líquido dorado en el vaso de cristal y se lo tomó sin rodeos. ¿Cómo se atrevía a esperar que siguiera sus reglas? Nunca, bajo ninguna circunstancia, lo iban a volver a chantajear. Prefería caminar desnudo por la calle principal de Mayfair antes de hacer lo que le pedía.

—Papá, Lady Alice tenía el vestido más hermoso que he visto en mi vida. ¿Lo viste?

Arndel levantó la mirada; se había olvidado de que su hija estaba en la habitación. Sonrió y, levantándola, se sentó con ella en su regazo.

—Debo admitir que no me fijé en su vestido.

Mentiroso... había notado su atuendo; incluso el delicado pañuelo que se apoyaba sobre su pecho e intentaba ocultar las delicias escondidas debajo. Le apretó suavemente la nariz cuando le lanzó una mirada incrédula.

—Espero que vuelva a venir. Me encantaría tomar el té con una verdadera dama. Tiene un pelo precioso.

Amelia suspiró y Callum sonrió. Alice tenía hermosos mechones largos y deseaba haber logrado sentirlos el día que se besaron. No es que eso volvería a suceder. Era una pena, porque sin importar las mentiras que le hubiera dicho, los labios inexpertos de Lady Alice eran encantadores. Ya había perdido la cuenta de todas las mentiras.

Su hija lo miró, frunciendo el ceño confundida. —¿Todos los caballeros dan portazos después de que sus invitados se van? Mi niñera dice que los caballeros siempre deben abrir las puertas a las damas y hacer una reverencia de despedida, o tal vez incluso besarles la mano, siempre que la dama tenga puesto un guante.

La culpa lo invadió al pensar en su comportamiento grosero y poco caballero. El hecho de que su hija estuviera al tanto lo empeoraba aún más. Debería ser castigado. —Me disculpo por lo que viste, Amelia. No debería haber cerrado la puerta detrás de Lady Alice. Estaba enojado y molesto por algo que habíamos discutido antes, pero, aun así, eso no es excusa. Me voy a asegurar de

disculparme con ella la próxima vez que la vea. Arndel no podía creer sus propias actitudes. *¿En qué estaba pensando?* La mujer, molesta como estaba, tenía el futuro de su angelito en la palma de la mano. Sería prudente pensar en su oferta y encontrarse con ella en Ashford por la mañana, porque nunca podría soportar perder o dejar a su preciosa niña.

—Papá, ¿estás enojado conmigo?

—Por supuesto que no. ¿Qué te hace pensar algo así? —le preguntó, apartando un mechón de pelo de sus ojos y mirándola con ternura.

La manito de su hija se frotó contra su cara y trató de dibujar una sonrisa en sus labios. —Pareces enojado conmigo.

—Nunca me voy a enojar contigo, pequeña. Estaba pensando en mi horrible actitud. Prometo que nunca va a volver a suceder.

Y no volvería a suceder. Si había algo que Callum honraba, era su palabra a su hija.

—¿Me vas a permitir montar a Bigotes hoy? Mi niñera dijo que podía jugar durante una hora o dos.

Durante todos los años que le quedaban por vivir, Callum siempre se maravillaría de lo cambiantes que podían ser los niños y sus pensamientos. La abrazó por un momento, antes de balancearla en sus brazos y sobre sus hombros, provocando un chillido de emoción en ella.

—Bueno, será mejor que aprovechemos al máximo nuestro tiempo y vayamos a los establos de inmediato. Y, cuando volvamos, ¿te gustaría almorzar conmigo en el comedor? De lo contrario, voy a estar solo.

—Ah, sí, por favor, ¿puedo? Debería practicar, papá, ya que voy a ser una dama cuando sea mayor, igual que Lady Alice.

Callum caminó hacia la parte trasera de la casa, asegurándose de que su hija no se golpeara la cabeza con la puerta mientras se dirigían hacia el establo. Su futuro era primordial y, si por un tiempo tenía que complacer a la estimada hija de los Worthingham, así sería. Haría lo que ella indicara y se aseguraría de que la pequeña dama sobre sus hombros estuviera libre para siempre de escándalos. En cuanto a la deuda de su primo y la última joya que le quedaba,

bueno, solo podía esperar que la venta de sus caballos fuera suficiente para los prestamistas.

Trabajar para Alice durante algunas semanas no sería ninguna dificultad. Solo podía esperar poder resistir la compañía de la pequeña descarada sin estrangularla… o besarla.

CAPÍTULO

ONCE

El carruaje se detuvo frente a las cabañas en Ashford y Alice saltó, sin esperar a que su conductor abriera la puerta. Ya podía oír el martilleo de madera y clavos y mientras miraba los edificios, un carro lleno de madera retumbó por el camino y se detuvo ante las casas. El aire olía a pino y respiró hondo: le gustaba su aroma y todo lo que significaba para las casas. Techos, paredes y muebles nuevos. Maravilloso.

Observó a los pocos hombres que trabajaban. Se estaban colocando andamios a lo largo del frente de las viviendas y algunos hombres ya estaban trabajando en el techo: reemplazando el techo de paja con goteras por las nuevas tejas de pizarra que Alice había elegido.

Un hombre salió y habló con el conductor del carruaje. Alice tardó un momento en reconocerlo. Una alegría, como nunca la había sentido, la atravesó y no pudo detener la sonrisa que floreció en su rostro. Lord Arndel se dio vuelta y asintió en señal de bienvenida. Alice lo miró como una tonta enamorada. Vestía ropa de trabajo, que era el polo opuesto a lo que usaba normalmente; la vista la dejó sin palabras.

No había pensado que podría volverse más guapo de lo que ya era y, sin embargo, aquí estaba un hombre que llamaría la atención de cualquier joven. No es que ella lo mirara como a un marido. Después de su atroz comportamiento, tendría suerte si acababan siendo amigos.

¿A quién engaño? A ella le gustaba. Fuera el bandido de Surrey o no.

Se dirigió hacia allí y ella suspiró al ver sus pantalones color canela y sus botas negras hasta la rodilla que solo acentuaban su fina forma. Alice debería castigarse por ser tan grosera, pero no lo hizo. Su comportamiento no era el de una dama y debería avergonzarse de sí misma, pero no era el caso.

Se quitó el sombrero y se echó hacia atrás el cabello rebelde, que se erizó un poco debido a una capa de sudor que le cubría la frente. Sus rodillas la traicionaron y, por un momento, luchó por no desmayarse.

—Buenos días, Lady Alice. Espero que haya venido a trabajar duro.

El brillo de diversión en sus ojos la hizo sonreír.

—¿Cambió de opinión? No pensé que lo vería aquí hoy.

—Acepté un par de sus solicitudes, pero no todas, y discutiremos esos cambios un poco más tarde durante el almuerzo. Reservé el salón privado de la posada para nuestro uso.

Alice asintió, emocionada ante la idea de comer a solas con él. Bueno, aparte de la presencia de su doncella. —Lo espero con ansias.

Lo hizo pasar a la primera casa de campo, la antigua casa de Benny, y se dirigieron a donde se encontraba la cocina. Discutieron extensamente los cambios que se llevarían a cabo y, al revisar los planos, decidieron que la mesa también podría integrarse en el diseño de la casa para ahorrar más espacio y costos adicionales para las familias que llamarían hogar a estas cabañas.

Los constructores asintieron con la cabeza, pero continuaron trabajando, hablando de vez en cuando con Callum y escuchando sus instrucciones.

—Veo que le sienta bastante bien el puesto de capataz.

—Llegué temprano, antes que ellos. Supongo que asumieron que era a mí a quien debían escuchar cuando vieron a un señor vestido, listo para trabajar y dando órdenes antes de atar las herramientas a sus cinturones. Sonrió. —El plan parece haber funcionado.

Subieron las escaleras y llegaron al cuarto de los niños.

—Pensé que las camas estarían mejor al lado de la ventana, dos literas a cada lado para que tuvieran vista y luz solar.

—¿Literas? ¿Qué son?

Alice nunca había oído hablar de algo así, pero sonaban interesantes, y si el artículo era útil para la familia, estaba agradecida por cualquier sugerencia o consejo que Lord Arndel pudiera darle.

—Son camas que se apilan una encima de la otra. Las tuvimos de niños, debido a que nuestra casa era solo una pequeña cabaña, muy parecida a esta. Debíamos aprovechar el espacio.

La idea de que Arndel creciera en una cabaña parecía contradecir el lugar donde vivía y el título que reclamaba.

—¿Cómo es que creció en tales circunstancias? Ahora es vizconde, seguramente su educación tuvo que haber sido mejor que esto, —dijo Alice, señalando la habitación.

—Mi madre, que descanse en paz, se casó por amor; por ende, no se casó por dinero. Mi padre era el tercer hijo de un vicario que no podía permitirse enviar a nadie más que a su hijo mayor a la universidad. Tuvo que abrirse camino en el mundo por sí mismo. La familia de mamá la repudió y la dejó sin contactos ni fondos cuando se casó con él.

Alice tocó el brazo de Lord Arndel mientras él parecía lidiar con el hecho de decir esas cosas en voz alta. —Lo siento mucho por ella. Debe haber sido muy difícil y molesto perder a la familia solo por amar a alguien que no era digno para ellos.

—Aunque parezca mentira, mi madre lo soportó con mucha facilidad, ya que no creo que los Arndel fueran muy cariñosos para empezar, así que solo extrañaba las cosas buenas de la vida. Mi abuela, que aún vive, se niega a venir a *Kester House* ahora porque soy vizconde. Ojalá mamá estuviera viva para disfrutar de semejante drama. Le habría gustado tener ventaja sobre todos los snobs.

Alice esbozó una sonrisa. —Creo que me hubiera llevado bien con su madre, mi lord.

Él asintió con la cabeza y sus ojos brillaron con alegría.

—Usted me recuerda a ella con sus actitudes salvajes y su espontaneidad. Y. como mi madre, siempre está tratando de mejorar

la vida de los demás. Ella también lo hizo, aunque la mayor parte del tiempo fuimos nosotros quienes recibimos caridad y no al revés.

Se quedaron en silencio por un momento, antes de que Alice dijera: —¿Entonces estas camas, en realidad serían dos en el espacio total, pero cuatro camas en total?

—Así es, — le respondió. —Y podría hacer que las camas pudieran sostener otra encima, formando seis camas en total. Por supuesto, las camas más altas son para los niños mayores, con barandas de seguridad para evitar que se caigan.

Alice imaginó las camas en su mente y se maravilló del ingenioso uso del espacio. Eran geniales. —No puedo esperar a verlas... y sé que las familias que vendrán a estas cabañas van a estallar de emoción al ver lo que hemos hecho por ellos.

Sin pensarlo, Alice abrazó a Lord Arndel en agradecimiento, emocionada por las perspectivas futuras de estas casas y su ayuda para lograr esos sueños.

…

Callum se quedó inmóvil en el momento en que ella le rodeó el cuello con los brazos y el corazón le latió tanto que lo dejó sin aliento. Lo primero que notó fue su aroma (a rosas, rico y dulce) que lo embriagó y se reprendió a sí mismo por lo tonto que estaba siendo. A continuación, estaría escribiendo sonetos sobre la descarada.

Sus hermosos ojos azules se abrieron al darse cuenta de lo que estaba haciendo. —Lo siento, lord Arndel. No debería haber hecho eso.

Un ligero rubor se elevó en sus mejillas, pero en lugar de dejarla ir, la atrajo hacia él. Más sorprendente que su abrazo improvisado fue el hecho de que no se apartó. El impulso de besarla hasta someterla lo atravesó.

—Hay otras formas de agradecer a un caballero por sus ingeniosas ideas.

Callum esperaba que entendiera que su significado no era el que una mujer inocente concluiría.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado pensativa. —No volveré a besarlo, mi lord.

Callum soltó una carcajada y la dejó salir de sus brazos. Sacudió la cabeza, una vez más confundido por Lady Alice Worthingham. Era demasiado inteligente para él y, por lo tanto, absolutamente perfecta. —Piensa de forma escandalosa, —le dijo, burlándose de ella. —No me refería a eso en absoluto. Simplemente quise decir que podría haberme agradecido con palabras o haberme enviado una botella del mejor whisky escocés de su cuñado.

—¿De Henry? —le preguntó, lanzándole una sonrisa burlona. —Estoy segura de que lo haría, si se lo pido. Adora a Beth y haría cualquier cosa por complacer a sus hermanas.

Callum no pudo evitar pensar que no complacer a una dama Worthingham no valdría la pena. Y, si uno tuviera la suerte de ganarse su amor y afecto, le daría el mundo entero para asegurarse de que fueran felices para siempre. —Gracias, —dijo, deseando más de lo que debería que su agradecimiento hubiera sido un beso.

Su mamá, aunque era pobre, había sido rica en amor y apoyo de su padre y, a través del matrimonio, él había aprendido lo que se necesitaba para que una unión así durara y prosperara. Su primer matrimonio había estado lleno de amor y afecto, y siempre amaría a María y a la hermosa hija que le había regalado.

Pero todo llegaba a su fin y era hora de que siguiera adelante y se casara; encontrara una mujer que pudiera guiar a Amelia a través de su futuro en la *sociedad* como una mujer fuerte e independiente, como la que estaba frente a él.

—Voy a dejar que les explique a los trabajadores cómo hacer estas literas, ¿de acuerdo? —Alice sonrió, dirigiéndose hacia la puerta y cruzando el pequeño pasillo hacia la habitación de los padres. Callum la siguió. Faltaba el techo de esa habitación y podían ver el cielo azul claro.

—Así que aquí es donde dormirán los padres. Había pensado en colocar la cama aquí, —dijo, señalando un cuadrado en la pared opuesta, mirando hacia la ventana. —¿Qué le parece?

—Creo que estaría bien. La posición no obstaculiza la puerta y les da una hermosa vista del cielo al despertarse.

—También voy a colocar puertas en las habitaciones de arriba, para mayor privacidad.

Callum se aclaró la garganta. —Eso sería prudente. —Caminó más adentro de la habitación, evaluándola. —También se pueden construir algunos armarios para guardar cosas, si las familias que entran aquí no tienen muchos muebles. No sería un trabajo difícil, ni costoso.

Alice se apoyó contra el marco de la ventana y lo estudió un momento. —¿Se refiere a construir cajoneras?

—No, —sonrió entre dientes, —nada tan extravagante como eso, sino simplemente estanterías a lo largo de un lado de la habitación. Callum la observó mientras miraba a su alrededor y pensaba en la sugerencia antes de asentir.

—Creo que podría funcionar y, como capataz, también voy a dejar los detalles de esto en sus hábiles manos.

Las siguientes horas estuvieron llenas de conversaciones similares en todas las cabañas, ya que algunas estaban en peores condiciones que otras y necesitaban planes e ideas alternativos, aunque siempre se cumplieron los trazos originales del arquitecto; solo agregaron extras para hacer la vida más cómoda dentro de las viviendas.

Callum presentó a Alice a los trabajadores; había conocido a algunos de ellos cuando heredó por primera vez *Kester House* en un estado deteriorado. Algunos de los hombres que trabajaban para Lady Alice habían realizado los trabajos más urgentes en su casa, todo lo que podía pagar, antes de cargar con las deudas de su primo.

Alice parecía complacida con el progreso del primer día. Al mediodía los hombres ya estaban arreglando las vigas para asegurarse de que pudieran sostener las nuevas tejas de pizarra.

Salieron a la calle. Los lugareños estaban afuera de sus casas viendo las obras de construcción y algunos niños hacían preguntas a los hombres ocupados en los techos.

—Bueno, no sé usted, Lord Arndel, pero yo tengo hambre. ¿Almorzamos?

Callum extendió el brazo y Alice lo tomó. Estaba sorprendido de lo cómoda que parecía estar con él, considerando quién era y lo que había hecho. Había pensado que después de que descubriera la verdad terminaría entre los muros de Newgate o peor aún, desterrado al otro lado del mundo en las colonias penales de Nueva Gales del Sur.

La posada estaba llena de clientes, en su mayoría hombres de todo tipo que aprovechaban la oportunidad para incluir licor en su almuerzo. Al entrar, el camarero asintió con la cabeza en señal de bienvenida y se acercó, indicándoles el camino hacia el salón privado. Durante el tiempo que tardaron en caminar hasta el salón, el hombre no paró de expresar su gratitud porque Lady Alice Worthingham había elegido su establecimiento para cenar.

Alice le sonrió, amable. Callum le acercó una silla para ella y se sentó a su lado. Aunque había sillas en el otro lado de la mesa, quería aprovechar la ventana que se extendía a lo largo de la habitación y les daba una buena vista de la calle principal del pueblo.

Eso fue lo que Callum se dijo a sí mismo: que no tenía nada que ver con querer estar cerca de ella.

Y, sin embargo, cuando llegaron los postres, Callum tuvo que decretar que el almuerzo era una diversión y no una necesidad. Ver a Alice reír y disfrutar de su comida, lamiendo sus labios después de devorar una deliciosa tarta de fresa, era, en su opinión, demasiado bueno.

Una vez más, sus pequeños labios perfectos se deslizaron sobre la cuchara, lamiendo una gota de crema que estaba a un lado de su boca y Callum se acomodó en el asiento. Nunca volvería a comer con ella. Desvió la mirada de nuevo a su propia tarta y se exigió controlar su sensibilidad.

—¿Puedo hacerle una pregunta, mi lord?

Sus palabras lo sacaron de sus pensamientos inapropiados que involucraban su boca y asintió. —¿Qué es lo que quiere saber?

—Usted vivió en Northumberland antes que en Surrey. Perdón si estoy siendo demasiado atrevida, pero sonaba como si tuviera una vida cómoda allí. Y, sin embargo, ha mencionado que sus padres tuvieron dificultades económicas.

—Éramos pobres, eso era cierto, pero María, mi esposa, venía de una familia respetable. Había algo de nobleza en su ascendencia, pero lo principal era que su padre criaba purasangres para los ricos. Hermosos caballos que los ricachones de Londres se peleaban por comprar. Cuando comencé a cortejar a María y nos enamoramos, su padre me hizo socio igualitario en el negocio. Y durante los tres años que estuvimos casados, el negocio tuvo más éxito.

Ella lo miró un momento, con una pequeña línea de ceño fruncido en su frente. —La deuda de su primo seguramente no era una suma tan grande, que, con todos estos activos, podría haberla saldado. ¿Cómo es que le causó tantos problemas?

El recuerdo de lo que había hecho el padre de María lo dejó helado, sin mencionar cómo los prestamistas habían amenazado a su hija para obtener lo que querían de él. Se estremeció. —Luego de la muerte de María, su padre me culpó, me maldijo y trató de alejarme de Amelia. Nuestro acuerdo no era legalmente vinculante ya que nunca se firmaron documentos sobre la asociación. Me dejó sin un centavo y, cuando no permití que Amelia viviera con él, nos echó de la casa que nos había regalado a María y a mí. Me fui con los pocos caballos que había comprado con mis propios ingresos y me mudé a *Kester House* cuando la heredé. No fue un buen momento.

—¿Su suegro aún vive?

—No, —dijo, arrepintiéndose de haber hablado de esto durante el almuerzo. Nunca se perdonaría a sí mismo por no hacer las paces con un hombre que había sido abatido por el dolor. —Falleció el año pasado.

Ella le apretó el brazo y él asintió. —Lo siento mucho.

Él también y, sin embargo, había poco que pudiera hacer al respecto ahora; todo eso estaba en el pasado y ahora tenía que mirar hacia el futuro y encontrar una manera de salir de sus problemas actuales.

—¿Cómo es eso de que no cumpliría con todas mis demandas? ¿Le importaría explicar su decisión, mi lord? Estamos solos, como usted deseaba para discutir el asunto.

Callum miró hacia donde la criada estaba sentada frente a la ventana; ella también participó en el mismo almuerzo, con su atención fija en lo que pasaba afuera.

Incapaz de soportar un momento más el poquito de crema a un lado de su boca, le pasó una servilleta de lino. —Antes de comenzar, quiero que sepa que mi decisión es final y no negociable.

Y esperaba que ella tuviera suficiente sentido común como para entender por qué y no discutir. Después de la maravillosa mañana que habían tenido, no le gustaría que pelearan ahora.

—Continúe, —dijo, sirviendo una taza de té mientras colocaba otra tarta en su plato.

Él se aclaró la garganta. —Deseaba que la ayudara con las cabañas y, como puede ver, he aceptado hacer eso. Sin importar lo que piense, deseo hacer las paces con usted y su familia por lo que he hecho y ayudar a construir estas casas, dando los consejos que pueda.

—¿Está viendo esto como una forma de castigo? —Sus brillantes ojos azules se encontraron con los de él y leyó la preocupación en ellos.

—Al principio, pude haber pensado que esto era un castigo, aunque debo admitir que hoy no ha sido más que agradable, así que ya no lo pienso así.

Alice tomó un sorbo de té. —Estoy contenta de que esté tratando de corregir un error, aunque solo sea a través del trabajo manual. Es suficiente para mí y, por supuesto, Victoria está de acuerdo.

Ella se inclinó más cerca de él y el olor de las rosas inundó sus sentidos, haciéndole desear que se acercara aún más. —Usted necesita fondos, mi lord, y yo eliminé el activo que le habría dado lo que necesitaba, —susurró. —Por el trabajo honesto como el que comenzó hoy, como le comenté, estoy dispuesta a ofrecerle un salario en lugar de bienes.

—No puedo aceptar dinero por bienes que nunca tuve en primer lugar. Además, no quiero su dinero, aunque ofrecerlo es más de lo

que merezco.

Sus labios se tensaron y se acomodó en su asiento, mirándolo. —Así que parece que ha cambiado; que reconoce el error en sus acciones. —Hizo una pausa y continuó: —Dígame por qué robó, Lord Arndel.

Él suspiró, lleno de pesar. —No es ningún secreto que mi primo había acumulado deudas que yo no podía pagar. Las deudas estaban fuera de mi alcance, aunque vendiera lo que no estaba implicado. Me negué a perder la finca, pero cada momento parecía menos probable que pudiera mantenerla. —Hizo una pausa, sin saber cuánto debería contarle sobre sus problemas. —Voy a encontrar un camino a seguir y va a ser algo legal, lo prometo.

El camino a seguir incluiría insistir en que la última cantidad adeudada al prestamista sea en efectivo, no en un broche de esmeraldas. ¿Sería suficiente para los criminales que perseguían su sombra? No lo sabía, pero esperaba que sí. Tenía que ser antes de que los matones llegaran a su puerta y cumplieran las amenazas contra su hija.

Después de pensar en la propuesta de Alice, llegó a la conclusión de que no podía aceptar nada por el trabajo. Estaría mal, y si quería demostrar que no era el canalla que parecía, tenía que ceñirse a esta decisión.

…

Alice no dudaba de que Lord Arndel tenía orgullo, pero quizás en este caso, había demasiado en juego. —Si tiene deudas, ¿por qué no se casa con una heredera y la dote resuelve sus problemas económicos? —La doncella parecía un poco menos interesada en la calle y más en su conversación. —Puedes dar un paseo si quieres, Mary. Si me vienes a buscar en diez minutos, regresaremos a casa.

—Sí, mi lady, —respondió su doncella, haciendo una rápida reverencia y saliendo.

—No quiero que mi esposa piense que la única razón por la que me casé con ella fue para ganar su dinero. No puede decirme que, si

un caballero le ofrece matrimonio bajo ese disfraz y usted se da cuenta, estaría feliz.

—Por supuesto que no. —Alice odiaría que esa fuera su realidad, pero era bastante común en la *sociedad* para aquellos que tenían pocas opciones. —Sé que tengo suerte porque mi hermano es duque y tengo seguridad para siempre en mi posición, casada o no. Y sé que otros no son tan afortunados, pero aún tenemos esa opción, cuando la verdad está involucrada. —Entrecerró los ojos y Alice se preguntó en qué estaría pensando. Si tan solo pudiera ser tan atrevida como para preguntarle.

Él se aclaró la garganta y se dio vuelta para mirar hacia la calle. —Además, no deseo que se realice un baile en mi honor. Dadas las circunstancias que conoce, no me siento cómodo con tales elogios.

—Por supuesto que será el invitado de honor. No solo no hacerlo parecería extraño ahora que los invitados saben por qué somos los anfitriones del baile, sino que además usted se ha arrepentido. Y... justo en este momento está tratando de redimir sus acciones como el bandido de Surrey. —Él arqueó la ceja y ella frunció el ceño. —Su pasado como salteador de caminos fue algo momentáneo. Sus vecinos desean conocer al nuevo vizconde Arndel y no olvidemos que, si decide continuar con la empresa de cría de caballos, las conexiones que haga en el baile solo podrán ayudar, no obstaculizar.

—Después de todo lo que he hecho, ¿todavía recibiría con agrado mi compañía?

¿Era temor lo que se sentía en su voz? —Todos cometemos errores, mi lord. Y creo que todos tenemos derecho a una segunda oportunidad. Por supuesto que es bienvenido.

—Gracias, —dijo, colocando su mano sobre la de ella.

Alice se quedó inmóvil; no había esperado ese movimiento. Se apartó, sacando la servilleta de su regazo y colocándola sobre la mesa. —Puede decirme que me ocupe de mis asuntos, ya que ha sido más que honesto conmigo, pero ¿qué va a hacer con la deuda que le dejó su primo? ¿Cómo va a pagarla?

—No quiero que se preocupe por eso; solo le puedo decir que no me voy a casar con ninguna niña rica por eso.

Terminó la bebida y Alice observó cómo su garganta se movía mientras tragaba.

Se le secó la boca al ver la barba incipiente en su mandíbula. Sus dedos ansiaban tocarla. ¿Era dura y espinosa, o le haría cosquillas en los labios como la última vez que se besaron?

—Muy bien, —dijo, levantándose para distraerse.

Él siguió su ejemplo. —Hay una cosa que deseo saber, Lady Alice.

—Solo Alice estaría bien, mi lord. Creo que nos conocemos demasiado bien para tal formalidad.

Él sonrió y asintió. —Creo que puede tener razón.

Ella lo miró sonriendo. —¿Qué es lo que quiere saber antes de que ponga fin a este lindo día?

—¿Qué historia inventó para explicar la apariencia mágica de la joya de su madre?

Alice sonrió. —Le dijimos a mamá que encontramos su broche al costado de la carretera al regresar de Ashford.

—¿Y la duquesa les creyó?

Alice luchó por no poner los ojos en blanco ante una idea tan absurda. —Por supuesto que sí. Nuestra madre no tenía ninguna razón para no creer en nuestra historia.

—No lo dudo.

Salieron y Alice vio a su doncella caminando hacia la posada. —¿Va a estar presente en las cabañas la mayoría de los días, mi lord?

Arndel miró en dirección a los edificios, entrecerrando los ojos un poco por el sol que comenzaba a caer en el cielo del oeste. —Por supuesto que lo voy a hacer, como dije que lo haría. —Se acercó y Alice tuvo que mirarlo. —Y puedes llamarme Callum cuando estemos en privado.

—Que tengas un buen día, Callum.

Ella sonrió y se dirigió hacia el carruaje, escuchando los pasos de Mary siguiéndola de cerca. Pudo sentir el calor de la mirada de Callum hasta el momento en que subió a su vehículo. Disfrutaba mucho esa sensación.

CAPÍTULO

DOCE

Durante las siguientes semanas, Alice apenas tuvo tiempo para otra cosa que no fueran las cabañas y la preparación para el baile, que comenzaría en unas horas. Su madre las había llevado a ella y a Victoria a la ciudad para comprar vestidos nuevos para la temporada social, que también comenzaría en solo una semana.

Alice se cuestionaba si no había abarcado demasiado. Todo parecía estar sucediendo al mismo tiempo. Su doncella le tiró del pelo y jadeó.

—Lo siento, mi lady. No puedo conseguir que tu pelo quede como deseo.

Alice le pasó el broche con diamantes para colocarlo en su cabello. —Está perfecto así, Mary. No te preocupes más.

Solo un par de mechones de cabello caían sobre su hombro y sonrió, amando el peinado suave pero estructurado que había logrado.

—Ahora sí, mi lady, —dijo su criada, retrocediendo y sonriendo. —¿Estás contenta?

Alice analizó su cabello por un momento y pensó que era el mejor peinado que había hecho su doncella. —Te has superado a ti misma. Gracias, Mary. —Alice se puso de pie y se colocó los guantes de seda. —No es necesario que me esperes esta noche, puedo acostarme sola.

—Muchas gracias, mi lady.

Alice salió de la habitación y ya el sonido de las risas flotaba arriba. Se dirigió hacia las escaleras y pudo ver una cantidad de personas que llegaban; su mamá y su hermano los saludaban en el vestíbulo antes de que un criado los guiara hacia el salón de baile, que parecía casi lleno.

Emocionada ante la idea de bailar, reír y beber champán hasta altas horas de la madrugada, sonrió. Hacía tanto tiempo que no asistía a un baile, bueno, al menos desde la temporada pasada, pero una fiesta siempre venía bien, especialmente cuando se celebraba en casa, en su amado Dunsleigh.

Espiando a su hermana, Alice se dirigió hacia ella. —Te ves hermosa. ¿Esas son las perlas de mamá?

—Sí, —respondió Victoria, tocando su collar. —Me dejó tomarlo prestado por esta noche.

—Vas a llamar la atención, —bromeó Alice y Victoria levantó las cejas.

—Creo que no, pero, aunque lo haga, no me interesa. De hecho, tal vez me vaya temprano.

—¿Por qué? —Alice tomó una copa de champán de un criado que pasaba y sonrió en agradecimiento.

—Mi perra está por parir. Tal vez tenga cachorros y aquí estoy, en un baile donde nadie me llama la atención.

—¿Nadie? —le preguntó Alice mirando alrededor de la habitación. Lord Cavendish parecía interesado en Victoria, según sus miradas. Pobre hombre, su hermana no le prestaba atención mientras hablaba de sus perros.

—Me alegro de que la tormenta que pronosticaban no se haya desatado. Sin embargo, hace calor, probablemente demasiado para un baile. Tal vez tengamos que hacer que el personal abra algunas ventanas para permitir la entrada de aire.

—O podríamos salir afuera. —Alice le guiñó un ojo a Victoria y tomó un sorbo de champán. —¿Ya llegó Lord Arndel? No lo he visto.

—No sé cómo no lo viste. Está cerca de las puertas del comedor y te ha estado mirando desde que llegaste. Está muy guapo hoy; no importa que sea un criminal.

Alice la hizo callar. —Prometió nunca volver a actuar de esa manera. No deberías hablar así… y menos aquí.

Victoria suspiró. — Me disculpo. No estoy de humor para un baile. No quise criticarte.

—Disculpa aceptada. ¿Por qué no vas a hablar con mamá? Parece haber terminado de saludar a todos y, una vez que lo hayas hecho, puedes escabullirte. No pasará nada aquí esta noche que no hayas experimentado antes.

Los ojos de su hermana se iluminaron ante la idea. —¿Me crees capaz?

Alice se encogió de hombros. —¿Por qué no? Nadie lo va a notar.

Su hermana ni le deseó buenas noches, sino que caminó hacia su madre como una mujer con una misión determinada. Alice sonrió, moviendo la cabeza.

Disimuladamente, Alice miró hacia donde estaba Lord Arndel. ¿En serio la estaba mirando? Así era: en el momento en que lo miró a los ojos, Alice se dio cuenta de que su hermana tenía razón. El calor irradió de su mirada y el aire se agotó en sus pulmones.

Por supuesto, los hombres la habían mirado de esa manera antes, pero en general ella los ignoraba. No podía ignorar a Lord Arndel… Callum. La hacía anhelar cosas que no debería. Durante los últimos tres años, ver a sus dos hermanas casarse por amor la había hecho más decidida que nunca a encontrar el mismo tipo de unión. Amar y ser amada de una manera tan implacable e intensa sería maravilloso. Algo le decía a Alice que ser amada de esa manera por Callum lo sería aún más.

Se dibujó una pequeña sonrisa en sus labios y su corazón dio un vuelco. Analizó su atuendo para la noche: ese abrigo fino acentuaba su forma física. Durante las últimas dos semanas, habían estado en compañía del otro con bastante frecuencia, pero esta noche era diferente. Estar cerca de él de nuevo donde no había trabajo que hacer, no había decisiones que tomar, ni había que pedir suministros…eso cambiaba las cosas.

Y saber que en las próximas horas bailarían, disfrutarían de la compañía del otro simplemente porque podían y por ninguna otra razón, alborotaba su cuerpo. El calor se deslizó a través de su piel y

abrió el abanico, agitándolo ante su rostro. Él se apartó de la pared y caminó hacia ella. Esperaba que hiciera caso omiso del tono rosado que estalló en sus pómulos.

—Lady Alice, —saludó, poniéndose a su lado e inclinándose.

Alice hizo una reverencia, ignorando cómo el tono profundo de su voz hacía que sus entrañas se derritieran como hielo en un caluroso día de verano. Le sonrió. —Buenas noches, mi lord. Espero que se esté divirtiendo.

—Parece que eres muy talentosa, Alice, —dijo, acercándose para garantizar la privacidad. El aliento de sus palabras enviaba escalofríos a través de su piel.

—¿Cómo? —preguntó Alice mientras sentía el delicioso aroma a limones emanando de su piel. ¿Se había bañado antes de asistir al baile? En el momento en que pensó en tal cosa, la imagen de Callum en un baño, recostado, relajándose con espuma de jabón a su alrededor, la dejó sin palabras. Tragó saliva.

—Parece que no solo eres capaz de renovar cabañas, sino que también puedes organizar un baile sin ningún problema. Debes estar muy orgullosa. La habitación se ve espléndida.

Sonrió y el pequeño mundo seguro en el que vivía Alice, que mantenía a Lord Arndel a distancia, se hizo añicos a su alrededor. Por supuesto, lo había visto sonreír antes, incluso había escuchado una risa o dos, pero era una noche tranquila y auténtica. Él se veía más guapo y relajado de lo que ella quería admitir.

Con menos ingenio de lo que jamás se creyó capaz, miró fijo su boca que continuaba hablando de los invitados y lo complacientes que estaban siendo todos. Su voz era un zumbido seductor y sus labios se veían tan suaves que quería llevarlo afuera para poder sentirlos contra los suyos. Un agujerito se dibujó en su mejilla izquierda. Estaba perdida. Pero, peor aún, era el hecho de que no fue la única en darse cuenta.

Alice lanzaba miradas asesinas a quienes se atrevían a mirarlo. —Gracias por el cumplido. Me alegro de que el baile cuente con tu aprobación, ya que es en tu honor y para presentarte a la nobleza local.

La preocupación cruzó por su rostro.

—¿Qué pasa, Callum?

—No me siento cómodo con que el baile sea en mi honor, después de lo que hice. No está bien.

—Solo Victoria y yo sabemos de eso y tenemos la intención de que siga siendo así. Así que por esta noche debes hacer tu parte. El baile es en tu honor y así va a seguir siendo. Haz las paces con esto, mi lord, porque te voy a presentar a mucha gente y tendrás que mantenerte alerta.

Sus palabras provocaron una sonrisa. —¿Cómo?

Alice hizo un gesto hacia la habitación y todos los ojos que estaban sobre ellos. —Mira alrededor. Eres el caballero más popular de este lado de Londres. Espero que hayas traído tus zapatos de baile, porque esta noche te servirán de mucho.

—¿Y si solo quiero bailar contigo? Entonces, ¿qué?

Qué delicioso que fuera tan honesto con ella. —Solo puedo bailar contigo dos veces, más que eso y estaremos en boca de todo el condado.

Él le tomó la mano y la colocó sobre su brazo. —Eres la única mujer que quiero en mis brazos.

Se mordió el labio, mientras el placer la recorría. —Vamos, mi lord. Tienes invitados que conocer.

Él concedió y, durante la siguiente media hora, Alice lo llevó por la habitación y le presentó a una gran variedad de personas, todas de Surrey.

La orquesta puso en marcha los acordes de un minueto y Alice vio cómo su madre empezaba el baile, deseando a todos una agradable velada. Alice se volvió hacia el pequeño grupo con el que ella y Lord Arndel estaban, solo para verlo inclinarse ante la señorita Keyworth, la hija mayor del barón Lymington, y pedirle que bailara.

Por un momento, la traición la atravesó, antes de que sus modales pasaran a primer plano y la salvaran de causar un escándalo frunciendo el ceño, en especial cuando la sonriente señorita casi agitó sus pestañas hacia Callum y tomó su brazo con alegría.

Alice se apartó rápido del grupo y caminó hacia su madre, que se quedó mirando el baile junto a los músicos. La tomó del brazo y miró

a los bailarines, mientras que en realidad solo miraba a un grupo, que, en ese momento, se reían y charlaban de forma amigable.

Su madre la estudió un momento antes de decir: —¿Estás bien, querida? Pareces un poco de mal humor.

Alice negó con la cabeza, no le gustaba que su madre fuera tan perceptiva ni sentirse al borde de las lágrimas. Qué absurdo sentirse decepcionada por no estar bailando con el hombre más guapo de la sala. Quería sentir sus brazos alrededor de ella.

Los bailarines parecían flotar juntos y luego separarse. Alice luchó por no rechinar los dientes. La señorita Keyworth era demasiado baja para ser adecuada para Lord Arndel y, si este baile alguna vez terminaba, se aseguraría de decírselo.

No es que ella estuviera considerándolo como su esposo, no ahora que estaba al tanto de su pasado como el bandido de Surrey. Era la hija de un duque. No podía casarse con un hombre con un pasado tan turbio. Si el secreto alguna vez salía a la luz, su familia quedaría arruinada.

Un camarero que pasaba se detuvo ante ellos y Alice se sirvió otra copa de champán. —Estoy bien, mamá, quizás un poco cansada, si acaso. No te preocupes demasiado. Quizás deberíamos mezclarnos. Hay mucha gente aquí esta noche a la que no hemos visto hace tiempo.

—En un momento, querida, —respondió su mamá. —No estoy segura de si lo notaste, pero esta noche hay una oleada de buenos caballeros aquí. Muchos de los cuales están mirando en tu dirección; aunque no creo que te hayas tomado el tiempo de mirar, tan obsesionada con Lord Arndel.

Alice miró a su mamá a los ojos y leyó la alegría que brillaba dentro de ellos.

—Por supuesto, hay muchos caballeros mirando en nuestra dirección. ¿No estoy junto a la duquesa más bella de toda Inglaterra? —Alice sonrió por el color intenso que cubrió las mejillas de su mamá.

—Te burlas, pero hablo en serio. —La duquesa sonrió y señaló con la cabeza a un hombre en particular. —Ese es Sir Liam

Sledmere, un baronet. Creo que es el hombre más lindo de aquí. ¿Estás de acuerdo?

Alice se encogió de hombros.

—Tiene una pequeña propiedad aquí en Surrey, pero pasa mucho tiempo en York. Cómo me encantaría visitar esa parte del país, si tuviera familia allí, por supuesto.

Alice sonrió entre dientes. —York está muy lejos de Dunsleigh. Difícilmente te vería, si considerara una pareja así.

—Creo que deberías considerar cualquier oferta que haga que tu corazón no sea el tuyo. —Su madre le lanzó una mirada de complicidad. —Me parece que te va a invitar a bailar muy pronto y me encantaría verte bailar, tal como lo está haciendo tu hermana.

—Ah, ¿sí? —Alice miró a la pista; no esperaba que Victoria estuviera todavía en el baile o bailando. —Lord Cavendish es muy guapo y amable, según lo que he escuchado. Tiene tres hermanas.

—Sí y todas más jóvenes que él, con hermanastros del segundo matrimonio de su padre. —Su mamá hizo una pausa. —Victoria quería irse hace solo media hora. Estoy tan contenta de no permitir su partida, porque nos hubiéramos perdido lo hermosa que se ve bailando y divirtiéndose con algo más que caballos o perros. —Alice sonrió; sabía muy bien cuánto amaba Victoria a sus animales. —Lord Arndel también parece estar disfrutando.

Para su molestia, Alice miró hacia donde Callum bailaba con la señorita Keyworth. —Los presenté antes de que comenzara el baile. Parece bastante cautivada.

—Y él también, aunque tal vez deberías decirle a Lord Arndel que su mano debe estar en la cadera y no tan lejos de la cintura.

—No voy a hacer eso, —Alice jadeó. —No puedo decirle tal cosa. Incluso para mí, es demasiado.

—Eres su amiga, ¿no es así? Ustedes dos han pasado mucho tiempo juntos durante las últimas semanas. No creo que considere esos consejos como groseros o fuera de lugar. Es nuevo en la sociedad y deberíamos ayudar a aquellos que son capaces de hacer un paso en falso sin saberlo.

Alice admitió el punto, aunque con un poco de suerte se olvidaría de eso cuando volviera a ver a Lord Arndel.

—Voy a ver qué puedo hacer.

Su mamá le dio unas palmaditas en la mano. —Buena chica. Ahora, arregla tu vestido, querida, parece que Sir Liam se dirige en nuestra dirección.

—York está demasiado lejos, mamá. Estoy segura de que podré encontrar un marido al final de la temporada que esté más cerca del sur de Inglaterra.

No quería pensar en lo cerca que vivía Lord Arndel. Aunque no había querido estar demasiado cerca de su familia, había cambiado lo que pensaba sobre el tema. El hogar era hermoso y un refugio seguro para ella cuando quería. Surrey era muy bonita y todos la conocían aquí.

—Solo piensa, querida. Tenerte allí sería una bendición para cuando viaje al norte para visitar a Elizabeth en Escocia. Podríamos interrumpir nuestro viaje contigo en Yorkshire. Creo que él pasa la mejor mitad de seis meses al año en la finca. Hermosos jardines, me han dicho.

Alice estudió al baronet, junto a su hermano, dirigiéndose con determinación en su dirección. Los nervios le golpeaban las entrañas y luchó por no perder el equilibrio sobre su próximo encuentro.

Nunca antes había conocido a Sir Liam, aunque había escuchado muchos chismes sobre él. Su escandaloso estilo de vida en Londres siempre la había intrigado, pero pensar en sí misma como su esposa, en tener que vivir con un estilo de vida que no era el que deseaba, le facilitó la decisión.

Revisó su corbata antes de ponerse de pie frente a ellas y Alice sonrió: le gustaba el hecho de que estuviera ansioso. Quizás su estilo de vida había sido una exageración de la verdad. No sería la primera vez, pensó, haciendo una pequeña reverencia mientras él también lo hacía.

—Madre, Alice, puedo presentarles a Sir Liam Sledmere.

Su hermano llamó a un criado para que le trajera bebidas y Alice aprovechó la oportunidad para estudiarlo. Era guapo, sin duda, pero no tan moreno como Lord Arndel. Lord Sledmere tenía el cabello dorado y los ojos azules.

—Es un placer conocerlo, Sir Liam. ¿Tengo entendido que reside en Yorkshire? —preguntó la duquesa, dirigiendo a Alice una mirada mordaz.

—Sí, señora, en Holbrook Hall.

De nuevo jugueteó con su corbata y Alice se preguntó si tenía un tic nervioso. Su atención se apoderó del atuendo: el chaleco plateado bordado, que se adaptaba muy bien a su complexión, lo hacía parecer etéreo.

—Sir Liam es primo de Lord Arndel.

¿Un miembro de la familia de Callum estaba aquí? Alice se recompuso, no había esperado tal cosa. —Es el primer caballero que conocemos de su familia. Qué lindo que venga a celebrar su entrada en nuestra pequeña sociedad.

—Ah, sí, Lord Arndel. No somos tan cercanos, pero como también tengo una casa aquí en Surrey, deseaba asistir, aunque solo fuera para verla, Lady Alice.

Ella sonrió, aunque su respuesta fue extraña, como si quisiera que quienes lo rodeaban supieran que no era amigo de Lord Arndel y nunca lo sería. —Seguramente, supongo que estará feliz de que *Kester House* vuelva a estar en manos tan capaces.

—¿Que vuelva a estar? —preguntó Sir Liam.

Alice entrecerró los ojos; no le gustaba cómo eludía su declaración. —El anterior conde también era su primo, me imagino. Creo que sabe muy bien lo que sugiero sobre la gestión de la propiedad, o la falta de ella. —Los ojos de Sir Liam se entrecerraron y también los de Alice. —El difunto vizconde derribó la propiedad y casi perdió todo antes de que Lord Arndel la heredara y la salvara.

Sir Liam sonrió, pero incluso para Alice, sonó condescendiente. —Parece que tiene a Lord Arndel en gran estima. Es muy amable de su parte.

Decidió, en el acto, que no le gustaba el hombre. Y se encogió de hombros. —No me alejo de la verdad... lo que dije es verdad, ¿no es así? —Al ver que no respondió, sonrió para amortiguar su ataque. Qué hombre tan idiota. —¿Lord Arndel sabe que está aquí? Creo que le gustaría ver a su *primo*.

Ante la acentuación de su relación familiar, Sir Liam miró a los bailarines, esperando el momento antes de hablar.

—Estoy seguro de que lo veré pronto.

—Como caballero, no debería esperar menos.

—Alice, —su madre la reprendió, mirándola antes de dedicarle una sonrisa al baronet. Alice dejó de escuchar cuando la conversación se centró en los jardines y el buen clima cálido que estaban teniendo, aunque era terrible para algunas de las plantaciones más delicadas.

Miró hacia la pista de baile; los acordes de la canción disminuyeron hacia el final. Aunque eso no impidió que la pareja de baile de Lord Arndel lo mirara con una mirada que rayaba en la adoración. *Pequeña tonta. ¿Qué estaba intentando hacer? ¿Hacer que le propusiera matrimonio en su primera presentación?*

—¿Le importaría bailar, Lady Alice? Creo que lo siguiente es un cotillón.

Alice luchó por no poner los ojos en blanco. Pero tal vez por la pequeña contracción muscular en su sien no tuvo éxito. Lo más probable es que haya sido otro tic extraño que tuvo el hombre.

Ante la mirada aguda de su madre, respiró hondo y asintió.

—Gracias, mi lord, me gustaría mucho, —aceptó y le permitió llevarla a la pista.

El baile, como Alice esperaba, fue incómodo y largo, tan agotador, de hecho, que pensó seriamente en salir de la pista de baile. Sir Liam era un hombre grosero y aburrido, uno al que no necesitaba ver ni hablar nunca más. Que odiaba a su primo Lord Arndel era evidente con todas las púas que pudo levantar contra él.

Finalmente, pudo escapar, solo para ver a Lord Arndel bailando una vez más con la misma chica con la que había salido antes. ¿No conocía las reglas dentro de la *sociedad*? Tendría que recordarle que estaba mal visto salir demasiadas veces con la misma joven o se vería como una declaración de interés inminente, o incluso como un compromiso.

Alice no encontraba nada de eso divertido y, cuando llegó la hora de la cena, incluso ella ya había tenido suficiente de la noche. El baile no se parecía en nada a lo que esperaba. Su hermana había

escapado, su mamá estaba enfrascada en una conversación con las matronas que patrullaban los bordes exteriores de la habitación y ella estaba sola.

Se paró al lado del salón de baile con una copa de champán, su única compañía, mientras que ni las burbujas que flotaban a través del cristal eran suficientes para afectar su estado de ánimo. Se había agriado en el momento en que Lord Arndel acompañó a la señorita Chambers, la hija de un caballero, a cenar. ¿No quería pasar tiempo con ella?

Ni una sola vez lo había sorprendido mirando en su dirección para ver si estaba disfrutando de la noche, ni la había buscado para bailar. Muchos caballeros le habían pedido un baile durante toda la noche, pero el único hombre con el que quería bailar le había negado la oportunidad.

Aún no estaba todo dicho.

Alice entró en el comedor, colocó un pastel de cangrejo en su plato y fue a sentarse con un grupo de amigas. Su charla fue bastante amistosa, pero estaba llena de conversaciones sobre el apuesto Lord Arndel, que era exactamente lo que Alice quería evitar. Comió rápido y se escapó, atravesó el salón de baile y salió por una puerta al lado de la sala de juegos. El pasillo hacia la ventana estaba oscuro, con solo unas pocas velas encendidas.

Afuera, suspiró aliviada, ya que este lado de la terraza no se había abierto para el baile y permanecía en la oscuridad. La luna era un círculo perfecto en el cielo nocturno y la estudió un momento, antes de suspirar y caminar hacia un asiento de piedra ubicado dentro de un grupo de hiedra.

Captó un destello de movimiento a su lado y sofocó un chillido.

—Veo que estás libre.

La declaración, pronunciada con el profundo barítono que había anhelado escuchar toda la noche, hizo que se le encogiera el estómago, junto con la molestia porque la había ignorado.

Lord Arndel salió de la luz que venía más lejos de la terraza y caminó hacia ella. Alice permaneció sentada mientras él se sentaba a su lado.

—Estuve libre la mayor parte de la noche, si te hubieras molestado en mirar, aunque por todos los bailes en los que has participado, dudo que lo hayas hecho.

Él sonrió y ella ignoró sus sensaciones: no quería un recordatorio de por qué todas las mujeres en el salón de baile hablaban de él.

—No pensaba que eras tan celosa.

Alice jadeó. —No lo soy... y deberías disculparte por decir tal cosa. Solo me preocupa tu reputación. Pareces haber olvidado que salir más de dos veces con una señorita está mal visto. O que tu mano, al bailar, debe estar por encima de su cadera, no en su trasero.

Él se burló, apoyándose en la vid. —Mi reputación es bastante sólida, te lo aseguro, pero en cuanto a ti, aquí en la oscuridad con un caballero, soltero... bueno, no puedo decir lo mismo. Ahora, ¿quién está siendo escandaloso?

Alice apretó los dientes porque su comentario era cierto. Maldita sea. —Estoy a salvo contigo, porque nosotros, mi lord, no estamos involucrados románticamente, ni lo estaremos nunca.

Estaba a escasos centímetros de ella y Alice recordó la última vez que se habían sentado demasiado cerca el uno del otro. Su respiración se aceleró y se alejó arrastrando los pies.

—Mi primo, Sir Liam, no es un caballero que yo sugeriría como su futuro cónyuge.

—Eso, mi lord, no depende de usted, —le respondió, con una pequeña parte de ella deleitándose en el hecho de que sonaba tan celoso como ella. —Y, por favor, dígame, ¿a quién tiene en mente para el puesto, si no es él? Hasta que comience la temporada, no hay muchos para elegir aquí en Surrey.

—Es un idiota pomposo y no dejaré que te tenga.

Había una vehemencia en su declaración que hizo que su corazón galopara. — ¿No lo harás? Por favor, dime cómo vas a detenerme si mi cabeza se vuelve hacia el baronet.

Él la miró. —¿Así es?

Alice se estremeció por su mirada acalorada y negó con la cabeza. —No, pero un día un caballero va a aparecer y entonces ¿qué vas a hacer tú?

Miró hacia los jardines, con sus mejillas ardiendo porque él no paraba de mirarla. —No puedes evitar el amor y estoy decidida a encontrarlo, te guste el caballero o no.

CAPÍTULO
TRECE

Callum quedó cautivado por los labios de Lady Alice que brillaban a la luz de la luna con un tono rosado suave. —No depende de mí con quién te cases, mi lady. Espero que, quienquiera que sea, sea tan bueno y amable contigo como te mereces.

Él sonrió cuando, por primera vez desde que la vio salir de la casa, un dejo de sonrisa se esbozó en sus labios.

—No te preocupes por tu primo, mi lord. Llegué a la conclusión de que es un idiota, entre otras cosas, mucho antes de que lo dijeras. De hecho, casi siento pena de que seas pariente suyo.

—Mi primo va a heredar el título y la casa *Kester* en caso de que yo muera, y supongo que siendo el chico de cabello dorado al que adora la familia, parece pensar que debería haber heredado esta vez, en lugar de mí. Pero —se encogió de hombros— la ley es así y solo por el bien de mi hija, no cambiaría nuestra situación ahora, por nada.

Su hija tendría un futuro bueno y seguro, más que si se hubieran quedado en el norte. Aquí, en Surrey, con el apellido de su familia de respaldo, se elevaría en la sociedad donde su vida sería fácil y sin preocupaciones, como debería ser la de todos los niños.

—¿Y vas a acatar la ley y no volver a caer en su nefasto pasado, mi lord?

—Te lo he prometido, ¿no es así? ¿Por qué sigues mencionando el tema del bandido de Surrey se me escapa, a menos que lo

extrañes? O su beso, para ser exactos.

Él sonrió mientras ella le lanzaba una mirada furiosa, jugueteando con sus manos en su regazo. Oh, sí, estaba pensando exactamente lo que era él, en sus bocas fusionadas, junto con sus cuerpos. De sentir su sangre bombear por sus venas y recordarle cómo era amar a una mujer.

—Ese no es el caso.

—¿De verdad? —Se inclinó hacia ella, oliendo el suave aroma de rosas que emanaba de su cabello. —¿No extrañas ese beso que compartiste con un forajido? Él sin duda lo extrañaba. De hecho, desde ese día, no había parado de pensar en eso. Cada día que trabajaban juntos en las cabañas, cada vez que Alice hablaba con él, estaba a solas con él, se obsesionaba más con probarla de nuevo, en lo posible haciendo más que besarla, si ella lo permitía.

Callum se puso de pie y caminó hacia el camino; necesitaba espacio.

—El beso no fue satisfactorio. De hecho, el recuerdo casi se ha borrado de mi mente; fue tan olvidable.

—Eso nunca funcionará, —respondió él, volviendo a zancadas hacia ella; ya había escuchado suficiente su negación. Le tomó la mano y la acercó a él, provocando un jadeo de sorpresa en su deliciosa boca. Sus ojos se abrieron en estado de shock, antes de que el desafío iluminara sus orbes azules; era una batalla en la que estaba muy feliz de superarla. —¿Olvidables? No lo creo, —dijo, tomando sus labios en un beso abrasador.

Fue un error de juicio permitir que sus labios se encontraran, porque lo único que quería era más. Mucho más de lo que ella, la hija de un duque, podría darle.

Aunque no había permitido que lo colgaran por sus crímenes, algo le decía que no había perdonado ni olvidaría lo que había hecho. Y por mucho que le encantaría besarla y tenerla en sus brazos por el resto de su vida, tenía el presentimiento de que nunca se casaría con él, debido a sus propias acciones cometidas en tiempos desesperados.

El beso era como un castigo para ella por algo que él había hecho; la arrastraba a un mundo del que no sabía nada, pero que

quería mostrarle con desesperación. Si tan solo hubiera podido andar por un camino diferente, su futuro podría ser muy diferente. Pero no era así.

Alice se echó hacia atrás, mirándolo; su respiración tan entrecortada como la de él. —Debería darte una bofetada por besarme así.

Levantó la mano y le apretó la nuca, enviando un escalofrío de necesidad por su columna. Callum apretó los dientes para no empujarla contra la enredadera y mostrarle lo que hacían los forajidos con las damas virginales.

—¿Supongo que no vas a hacerlo? —Él sonrió cuando ella negó con la cabeza.

—No, no esta noche. Tal vez mañana.

Callum sonrió y pasó sus labios suavemente sobre los de ella, provocándola con la boca. Se preguntó si ella también tenía una necesidad que latía entre sus piernas, haciendo que su estómago se revolucionara.

—Me estás tomando el pelo, —dijo, tratando de profundizar el beso y fallando cuando él la alejó.

—Quiero mucho más que acercarme a ti, Alice. —Callum se sentó y la sentó en su regazo, colocando sus piernas a horcajadas sobre las de él. —Déjame darte placer, te lo ruego.

Su respiración se convirtió en jadeos y él contuvo un gemido. Maldita sea, quería verla volar hacia el placer, que sintiera lo que es estar con un hombre, antes de que todos los demás inútiles se inclinaran ante sus faldas esta temporada.

—No puedo, —le dijo, negando con la cabeza, pero sin moverse. —Puede que sea adelantada en algunas cosas, pero no en esto. No puedo arruinar mi futuro.

Callum le besó el cuello, deslizando su lengua por la parte superior de sus pechos que con cada respiración subían a su encuentro. Deslizó la mano por la cintura y sintió la suavidad de su pecho, sorprendido por el peso del mismo en su mano. Cerrando los ojos, se la imaginó desnuda; él sosteniendo el pecho y lamiendo su pezón con desenfrenado abandono. —No te voy a arruinar, te lo prometo. Solo te daré placer.

Se mordió el labio antes de asentir con la cabeza. Suspiró, aunque no habría ningún alivio para él. Su pene estaba rígido y listo para la acción. Apartó la mayor parte de su vestido de entre ellos y, agarrando su trasero, la levantó con fuerza contra él. Su núcleo caliente se acurrucó contra su pene y la guio cerca suyo.

Ella se mordió el labio, mirándolo con asombro y él tragó saliva; nunca había visto nada más hermoso.

—Créeme que lo que estoy a punto de hacer te dejará complacida, pero quiero más.

La acurrucó contra su piel. Oh, dulce misericordia de tener a su niña tan cerca, húmeda y lista. Era demasiada tentación.

—Callum, no podemos.

Alice se apartó y él la hizo callar, moviendo la cabeza.

—No te voy a quitar la virginidad, pero déjame darte placer de esta manera. Quiero mostrarte cómo pueden ser las cosas entre nosotros, si tan solo me dejas.

Ella se movió por su propia voluntad contra su sexo y él gimió.

—Confío en ti, —afirmó. —Oh, Dios, —jadeó mientras él aumentaba el deslizamiento y la presión de su movimiento. Alice pronto se movió por su propia voluntad. Y, dulce cielo, la lucha por no perderse antes de que ella lo hiciera era algo que no creía que conquistaría.

—Esto se siente tan bien; demasiado bueno para ser una picardía.

Callum gimió, tomando sus labios mientras ella se levantaba y caía sobre su regazo. La idea de que esta no era la idea más inteligente pasó por su mente. Tenerla en su regazo, mostrarle las artes del placer de esa manera abrió una compuerta de deseos y necesidades que podían ser incontrolables. Los podrían atrapar y su reputación quedaría arruinada en un instante. El duque lo mataría sin pensarlo dos veces… y con razón.

Pero la idea de que ella se casara con otro hizo a un lado la preocupación. Si tenerla esta vez la hacía detenerse y pensar en aceptar a otro hombre, esta deliciosa tortura, todo este dolor valdría la pena.

Ella se estremeció en sus brazos y supo que estaba cerca. Sus caricias se volvieron fuertes mientras tomaba lo que quería, se empujaba contra una liberación que nunca antes había experimentado.

—Oh, Callum, —suspiró contra sus labios. Guio sus caderas contra él, deseando poder hacer el amor y hacerla suya para siempre. Quería escucharla gritar su nombre y ver cómo sus ojos se cerraban de felicidad.

Incapaz de detenerse, bajó un lado de su corpiño y la besó hasta llegar al pezón. Le agarró el cabello, mientras él la seguía besando.

Ella gimió y fue el sonido más exquisito y erótico que jamás había escuchado. —Te deseo tanto, Alice.

Succionó con fuerza, empujando su pezón más cerca de la boca y ella lo apretó con más fuerza contra su cuerpo.

—¡Sí! Eso me encanta. Sigue haciéndolo.

Nada lo detendría. Besó un pecho sin restricciones, mientras acariciaba el otro. La sensación de su piel suave y dulce contra sus labios, de tenerla de esta manera incluso si lo dejaba con ganas de más, era la perfección.

Estaban muy cerca uno del otro. Callum le apretó el trasero y la empujó con fuerza contra su pene.

—Callum... —Su nombre, pronunciado como una súplica más que cualquier otra cosa, salió de sus labios cuando se desplomó en sus brazos. Pequeños y perfectos temblores la recorrieron y él ansiaba acabar, pero no aquí, ni de esta manera.

Apretó los dientes, acompañando su disfrute. Por un momento se sentaron allí, ambos respirando con dificultad y sin nada que separara sus cuerpos. Para controlar la necesidad que lo consumía, Callum respiró hondo y se prometió a sí mismo que la tendría algún día, no como una cita en un baile, sino como su esposa, caliente en su cama, cada noche de cada año que estuvieran juntos. Pero primero terminaría sus tratos con los prestamistas, dejaría descansar al bandido de Surrey y acudiría a ella como un hombre de poca riqueza, pero sin obstáculos para su felicidad, sin amenazas veladas que pudieran dañarla a ella o a Amelia.

—¿Eso fue olvidable? —le preguntó. Incapaz de negarse un último beso, bajó la cabeza y recorrió sus labios una vez más.

Alice negó con la cabeza, pasando las manos por sus mejillas. —Nunca me voy a olvidar de esta noche.

CAPÍTULO

CATORCE

Alice regresó al baile sintiendo como si estuviera flotando en las nubes. Su cuerpo se sentía pesado, lleno, somnoliento y, sin embargo, más despierto que nunca. Un escalofrío se apoderó de ella mientras entraba al comedor. Tomó una copa de champán y la bebió rápido antes de tomar otra. Su cuerpo todavía ronroneaba de placer... la idea de los labios de Callum contra su pecho, la aspereza de su mandíbula sin afeitar, la dejaba sin aliento.

La había marcado de muchas formas en las que, en el fondo de su alma, quería ser marcada una y otra vez.

Arndel entró al salón de baile por las puertas de la terraza, con el cabello en su lugar después de que lo hubiera despeinado. La inmovilizó con una mirada ardiente y embriagadora, antes de moverse entre la multitud y que lo perdiera de vista.

—Lord Arndel parece molesto. ¿Tuviste una pelea?

Alice trató de calmar los latidos de su corazón que no tenían nada que ver con que su madre se haya acercado y la haya sorprendido. —No creo que nada que yo haya hecho lo haya molestado.

En todo caso, lo había dejado en un estado de necesidad incómoda. Porque, al parecer por la dureza de su pene, él no había encontrado su propio placer, solo había satisfecho sus deseos. Y qué sensación maravillosa había experimentado esa noche. Después de desplomarse en los brazos de Callum, Alice pudo entender por qué sus hermanas habían estado tan ansiosas por casarse con sus

maridos. Sería realmente una tonta si permaneciera soltera durante todos sus días, sin haber experimentado nunca una sensación tan incandescente.

Su madre la empujó hacia un grupo de viejos compinches que estaban sentados mirando el baile, que había comenzado de nuevo después de la cena. Alice los veía como una manada de lobos que miraban a los corderos jugar.

—No, madre, Lord Arndel y yo no discutimos. —Miró alrededor de la habitación, pero no pudo verlo. Sí vio a Victoria, volver luego de revisar a su perra y a sus inminentes cachorros. —Veo que Victoria está bailando. No pensé que volvería al baile.

—Hice que un sirviente la fuera a buscar. Ustedes dos son mis últimas hijas solteras y estoy decidida a encontrarles pareja este año.

Alice no pensaba que su hermana encontraría el amor con su actual pareja de baile. De hecho, la mueca en su rostro, apenas controlada por la buena educación, decía mucho de lo que pensaba de su compañero.

—Ah, mira, Sir Liam está bailando con ella ahora. ¿No se la ve feliz, querida? Tal vez se case con el caballero. Parece más enamorado de ella que de ti.

Alice se atragantó un poco con su bebida. —Qué elogio, mamá, estoy segura de que estoy agradecida. No deseo perseguir a Sir Liam. Su carácter me recuerda a Lord Riddledale y mira lo loco que resultó estar ese hombre.

—Nadie puede ser tan malvado como Riddledale. —Su mamá la estudió un momento y frunció el ceño. —Te ves un poco sonrojada, querida. ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente bien.

Aunque su mente se negaba a cooperar y calmarse después de lo que Callum le había hecho hacía menos de media hora. Alice lo vio mientras la multitud se movía y se balanceaba por la habitación. Una horda de mujeres jóvenes lo seguía como un conjunto de patitos siguiendo a su mamá. Bebió un sorbo de champán, riendo y sonriendo ante sus bromas, pero incluso ella no podía dejar de notar que su atención seguía volviendo a ella. Esa mirada tan profunda la

hacía sentir que aún estaban cerca. Los nervios le recorrían la piel y deseaba volver a su lugar en el jardín para terminar lo que habían comenzado.

—Tu corpiño está todo torcido, —dijo su madre, dándole la espalda a la habitación y arreglando la prenda. —Y tu piel está un poco manchada por encima de tus senos. ¿Has vuelto a comer frutillas? Sabes que no reaccionan bien con tu cutis.

—Solo comí una. Cook las hizo lucir tan deliciosas espolvoreadas con azúcar que no me pude resistir. Lo siento.

Por fortuna, su madre aceptó la mentira. Su hermana terminó el baile y se alejó de Sir Liam sin una segunda mirada.

—Voy a conversar con Victoria. Nos vemos luego, madre.

Llegó a escuchar el "que se diviertan de su madre" mientras cruzaba la habitación. Poder sentir la mirada acalorada de Callum también aligeró sus pasos y dejó su cuerpo cantando con nueva sabiduría... ahora tenía que decidir qué hacer con esa nueva sensación.

Si usarla para bien o para mal...

...

Callum permitió que la charla de las jóvenes, hijas de sus vecinos, lo inundara. Era un alivio escuchar la charla sin sentido, ya que parecía disipar su necesidad de Alice Worthingham con bastante rapidez. La pequeña descarada ahora estaba hablando con su hermana; las miradas esporádicas en su dirección aumentaban su temperatura.

—Las hijas de Worthingham son hermosas, ¿no es así? Nunca me dijiste que tu vecino el duque tenía hermanas tan lindas. Debería visitar mi finca en Surrey con más frecuencia, aunque solo sea para disfrutar de su gloria.

Arndel dirigió a su primo una mirada letal. —Lástima que las damas parezcan menos que entusiasmadas con tu presencia, Liam. Espero que mi comentario no desinfle tu ego tan elevado. Deberíamos odiar verte triste. —El sarcasmo entrelazó las palabras

de Callum y se dio vuelta hacia el baile, esperando que su primo desapareciera.

—No te dejes engañar por los trucos de una mujer; a ambas les encantó la atención que les presté. —El patán se sacudió un trozo de pelusa inexistente de su traje. —¿Vas a abrir la casa de Londres esta temporada? La familia lo espera.

A Arndel no le importaba lo que la familia esperaba o deseaba. Nunca se habían ocupado de él ni de su familia, después de que su madre se casara por amor. En lo que a él respectaba, podían alquilar su propia casa en Londres y al diablo con sus deseos. —Debo admitir que me sorprende esa pregunta. No creo que presten atención a lo que haga con *Kester House* ni con la residencia de Londres. Y, si mal no recuerdo, la abuela dijo que yo era una plaga para el apellido; que deseaba poder borrarme. Si quisiera abrir la casa, no podría hacerlo. —Hizo una pausa a medio sorbo de su whisky. *Podría* alquilarla para la temporada social, aunque...

Liam sonrió y Callum sintió la necesidad de golpearlo. Si no fuera por el lugar donde se encontraban, sería exactamente como habría terminado ese maldito. —La abuela quería que preguntara y así lo hice. Puedo ver que todavía albergas malos sentimientos hacia todos ellos.

La ira a punto de estallar se convirtió en un temperamento ardiente y luchó por no golpearlo y ser condenado donde estaban. —*La abuela* dejó perfectamente claro, cuando acepté el título, lo que pensaban de mí y de mi familia. —Consiguió otro vaso de whisky de un criado que pasaba y se lo bebió de un trago. —¿Por qué estás aquí, Liam? No me importa tu presencia, ni a Lady Alice ni a Lady Victoria, que te tienen tan preocupado. ¿Por qué no vuelves a Yorkshire y te sigues esforzando para que la familia te chupe las medias? Estás perdiendo el tiempo aquí conmigo.

Liam arqueó los labios, riendo, y Callum rechinó los dientes. —Regresaré pronto. Quizás con la deliciosa Lady Alice de mi brazo. Es bonita, si me permites el atrevimiento. Victoria también es atractiva, pero hay algo de salvaje en Lady Alice que encuentro muy placentero. Creo que sería una compañera de cama para rivalizar con las mejores cortesanas de Londres.

—Cuida tu sanguinaria boca. No voy a permitir que hables de ninguna de las dos mujeres de una manera tan irrespetuosa. —Miró a su alrededor, agradecido de que nadie estuviera escuchando. Las dos damas eran las mejores mujeres; siempre se preocupaban por los menos afortunados que ellas. Maldita sea, le habían salvado el cuello de terminar en la soga del verdugo. No era su deber, pero lo habían hecho, aunque solo fuera por su hija.

—Jo. Jo. Jo —resonó la risa de Liam, levantando las manos en señal de rendición. —¿Por qué tan protector? —Lo estudió por un momento, antes de que su rostro se iluminara. —Mmm, parece que a mi primo mayor le gusta una de las chicas Worthingham. Oh, esto pondrá muy alegre a la abuela. De hecho, puede hacer que ella te vea mejor si te casas con una mujer de tan alto rango.

—No voy a hacer tal cosa y agradecería que no hablaras de mi vida, o de los que me rodean, a una familia que no me importa.

Y nunca le importará; no después de cómo habían alejado a su madre sin un centavo a su nombre. Una mujer sin familia no tuvo una vida fácil.

Liam sonrió. —Ríndete y dime qué está pasando entre tú y Lady Alice. Odiaría interferir en su compromiso, si es que lo hay.

Arndel apretó los puños a los costados. —Puedo asegurarte que no pasa ni pasará nunca nada entre Lady Alice Worthingham y yo.

No es que no deseara que pasara algo. Ya, menos de una hora desde que la había tenido en sus brazos, de nuevo deseaba abrazarla, ver sus ojos oscurecerse por la necesidad, susurrar el nombre en sus labios. Alice había perseguido sus sueños durante meses y ahora, después de lo que habían hecho esta noche, esos sueños serían pesadillas. Con cada momento de vigilia, calentaba su sangre de más maneras de las que creía posibles; y que la respetara y admirara hacía que la emoción fuera aún más feroz.

—De verdad, —respondió Liam, con incredulidad pintada en su tono. —Por las miradas apasionadas que percibo entre ustedes dos, algo hay. —Su primo se tocó el mentón. —Me pregunto si tiene algo que ver con el momento en que desapareciste durante la cena, junto con la deliciosa Lady Alice. Espero que se hayan portado bien. A la

familia le desagradaría mucho que tuvieras otro hijo fuera del matrimonio.

—Amelia no es una bastarda y si vuelves a decirlo, te voy a hacer sangrar la nariz aquí y ahora.

Liam se encogió de hombros. —¿Lady Alice sabe siquiera que eres padre y que estuviste casado antes? ¿Y que mataste a tu esposa?

Callum negó con la cabeza, incapaz de comprender lo vengativo que era su primo. —La muerte de María no fue culpa de nadie, ni mía ni de ella. ¿Cómo te atreves a insinuarme algo así, ni siquiera en la intimidad de mi casa sino en un baile que se celebra en mi honor? De todos modos —dijo, en tono burlón—, sé por qué estás siendo tan idiota aquí y no en *Kester House*. Eres un cobarde. Un hombre que prefiere esconderse detrás de las faldas de las mujeres presentes, con la esperanza de que no te golpee por tanta insolencia. No te dejes engañar, primo. Empújame lo suficiente y te golpearé sin importar dónde me encuentre.

—Como dije, solo tenía curiosidad por saber qué mentiras has difundido por todo el condado.

Callum tomó un respiro para calmarse, agradecido de que el bastardo que estaba a su lado no supiera sobre el bandido de Surrey y su vínculo con el criminal.

—Debo admitir que ahora estoy deseando que empiece la temporada social. Pensar que voy a poder cortejar a las mujeres Worthingham en Londres en solo unas pocas semanas hace que el largo viaje desde Yorkshire valga la pena.

—Estoy seguro de que verán la oportunidad de manera diferente.

—Sin embargo, ya les han pasado los años, ¿no estás de acuerdo? Tienen arrugas de sonrisa en el borde de ambos ojos, pero qué importa eso, cuando tienen asociada una dote tan grande.

—Ninguna mujer se casaría contigo jamás. Eres un tonto si piensas lo contrario. —Callum trató de respirar a través de la ira que se agitaba dentro de él. Su primo lo estaba provocando a propósito, lo había hecho desde que lo conocía.

Como ambos habían crecido en el norte, Callum había conocido a sus parientes que vivían en la gran casa a solo cinco millas de su

casa. Había ido allí de niño una vez, cuando la hermana de su madre se casó con el baronet Sledmere y nunca había olvidado la crueldad del baronet, ni el hijo desagradable de la primera esposa del hombre, que los había despreciado como mendigos en la calle. El dolor infligido a su querida mamá ese día hizo que Callum se diera cuenta de que nunca buscaría a la familia ni lucharía por su aceptación. Y cuando, como quiso el destino, heredó de forma inesperada la propiedad, tomó lo que era de ellos y nunca miró hacia atrás.

—Lo harían, si las encantara. No hay muchas que no lo harían. *Eres* un tonto si piensas lo contrario.

—¿Por qué estás aquí, Sledmere? Déjate de dar vueltas y dímelo, así puedo terminar esta conversación y alejarme de ti.

Su primo sonrió y Arndel quiso eliminar la sonrisa de su rostro.

—Escuché que los caballeros que conoces en Londres están impacientes.

Callum frunció el ceño. —¿Quiénes están impacientes?

El terror se acumuló en sus entrañas y tuvo el presentimiento de que lo que estaba a punto de escuchar no sería de su agrado. ¿Cómo lo supo?

—La deuda en la que nuestro difunto primo dejó la propiedad también es en parte mía. —Liam sonrió entre dientes. —Pobre Robert, en serio era un tonto, siempre ponía sus finanzas en un escalón mucho más alto del que debía. Se ofreció a pagar algunas de las deudas mías de los prestamistas del *East End*, para que se sumaran a las suyas. Pobre estúpido.

—Maldito bastardo. Dudo mucho que hayas tenido la decencia de pagar tu deuda antes de que él muriera. Sé que nunca he recibido ni un centavo tuyo en relación con el pago de lo que se debe, así que dime, ¿vas a soltar algo o me lo dejarás para que lo pague todo yo?

Sir Liam tomó un sorbo de vino, asintiendo con la cabeza a una debutante que pasaba, que se sonrojó ante la atención.

—Nuestro primo era un tonto y nunca tuve la intención de pagar la deuda. Me debía dinero y nunca me lo devolvió. Solo pensé que era un medio para empatar en el campo de juego.

—Te veo muy feliz de cargarme con tu deuda, junto con la suya.

—Heredaste la propiedad y lo que era de Robert ahora es tuyo, pero pensé que debería advertirte, ya que somos familia, después de todo, que los hombres esperan tu pago para fin de mes o pueden visitarte a ti y a tu preciosa hija en Surrey.

Una neblina roja cayó como una cortina ante Callum.

—Ya hablé con el caballero del que tan amablemente me adviertes y le informé, como te informo a ti, que tendrán su dinero, pero si ponen un pie en mi casa, no saldrán de ella, si comprendes lo que quiero decir.

Su primo hizo una reverencia. —Te comprendo muy bien.

—Asegúrate de hacerlo.

Callum se alejó, no fuera a hacer algo de lo que se arrepintiera. Se dirigió a la entrada principal de la casa, pidiendo que acercaran su carruaje cuando un criado salió a saludarlo. No se podía quedar y escuchar otra palabra de Liam; bajo ninguna circunstancia. Al día siguiente, se disculparía con Su Excelencia por irse temprano.

Observando que el carruaje se detuvo antes de las puertas, se subió y suspiró aliviado mientras se hundía en el cuero de los asientos. Una furia inquietante lo atravesó y la necesidad de golpear algo, o hacer algo con fuerza, lo consumió.

Pensó en las cabañas y le gritó al conductor que se dirigiera hacia Ashford. Había algunas tareas que podía terminar con la luz de una vela y ya era de madrugada. En cualquier caso, pronto sería de mañana.

Se inclinó hacia atrás sobre el asiento, respirando profundo; sabía que, si alguna vez se reencontraba con su primo de nuevo, sería demasiado pronto. La idea de que Liam era un poco responsable de la deuda con la que ahora cargaba lo dejó temblando de furia. ¿Cómo se atrevía a venir aquí y exigir a Callum pagar el dinero tan pronto como fuera posible? En especial, cuando ninguno de los problemas financieros que había heredado habían sido por su culpa.

No lo iba a soportar... moriría primero antes de que cualquiera de las chicas Worthingham se casara con alguien remotamente similar a los bastardos miembros de su familia. Después de cómo lo habían tratado, era lo menos que podía hacer.

CAPÍTULO
QUINCE

Alice se levantó temprano a la mañana siguiente, se le hacía difícil dormir luego de una noche tan movida. Sus sueños se habían llenado con el recuerdo de los labios de Callum contra los suyos. De cómo la había empujado con fuerza contra su cuerpo, haciéndola experimentar sensaciones inolvidables. Quería más.

Mucho más.

Maldijo y condujo a Juno hacia un galope más rápido, con la necesidad de librarse de la nostalgia que la bombardeaba en cada *pensamiento*. Los sentimientos que evocaba en ella no eran lo que quería. Toda su vida se había enorgullecido de ayudar a otros necesitados, de ser directa con cualquiera que conociera.

Querer a un hombre que le había robado a ella y a tantos otros; que había roto la confianza de sus compañeros, iba en contra de todo en lo que ella creía. Sus comentarios cortantes de la temporada pasada no fueron nada comparados con sus escapadas como el Bandido de Surrey. Podría perdonarlo por ser un idiota... ¿pero ser un salteador de caminos? ¿Un ladrón? No estaba tan segura.

El maldito Arndel y las emociones que solo él podía despertar. Le tomaría semanas superar lo que ese suceso tan escandaloso y tóxico le había generado. Que un hombre y una mujer, marido y mujer, pudieran amarse de tal manera, traer placer al otro haciendo esas cosas era algo de lo que no estaba enterada. Ahora que lo sabía, bueno, quería saber qué más podría enseñarle y mostrarle. Si tan solo su conciencia lo permitiera.

Frenó a Juno al ver las afueras de Ashford, un pueblo soñoliento todavía inactivo a esta hora. Los pájaros acababan de empezar a cantar cuando ella ya había ensillado su caballo, sin querer molestar al joven muchacho del establo que solo contaba con los sábados por la mañana para visitar a su familia.

Alice debatió si ir a ver las cabañas, una en particular que recién había recibido los juegos de cama. Su madre la había ayudado a escoger los más adecuados para las familias que habitarían esos hogares. Sería una tarea menos para hacer al otro día, si fuera ahora y terminara las habitaciones. Al ser sábado, no habría constructores, así que empujó su caballo hacia adelante y se lanzó hacia la ciudad. Al llegar a las primeras cabañas, se alegró de que nadie estuviera cerca para ver su atuendo: sus pantalones y su chaqueta de montar no eran muy apropiados para la hija de un duque, pero, en su estado de ánimo inquieto, no había visto la necesidad de complacer a los demás.

Cabalgando por la parte posterior de las casas, ató a Juno en el estrecho callejón y atravesó el portón de madera en el patio. Levantando un pequeño ladrillo junto a la puerta trasera, encontró la llave y entró en lo que sería la lavandería que estaría fuera de la cocina. Cerró la puerta detrás de ella y dejó la llave en la mesa de la cocina incorporada. Se dirigió hacia arriba y, al sentir el aroma de la madera recién cortada, los aceites y el polvo, sonrió. Era un olor al que se había acostumbrado y ahora representaba el cambio y el progreso, las dos cosas que más amaba en el mundo.

Al llegar al segundo piso, entró en lo que sería el dormitorio de los padres y se detuvo. Quedó boquiabierta pero enseguida intentó cerrarla.

Lord Arndel se puso de pie y se volvió hacia ella, también tenía la sorpresa escrita en sus rasgos.

Alice no sabía qué decir, pero sus ojos tenían voluntad propia. Centró la atención en su pecho, sin camisa, que brillaba con un poco de sudor en la pequeña habitación calurosa.

Nunca había visto a un hombre que no fuera su hermano vestido así y esa visión despertó cosas extrañas en sus entrañas, la dejó sin aire y la puso nerviosa.

—Lady Alice, —logró decir mientras parecía tener problemas para encontrar las palabras. — ¿Qué estás haciendo por aquí?

Alice se acercó a la cama y recogió los paquetes de papel apilados en el nuevo colchón lleno de paja. —Vine a montar la habitación, ya que esta cabaña está casi completa. Esta habitación estaba limpia la semana pasada y quería comprobar que había llegado todo lo que necesitaba para terminarla.

Miró los paquetes y luego a ella. —Vine aquí después del baile para terminar algunos pequeños trabajos que requerían mi atención. Esta habitación, de hecho, ya está lista.

—¿No has dormido? —le preguntó, cuestionándose si estaba tan inquieto como ella.

—Nunca lo intenté, porque sabía que no lo lograría.

Ella asintió; lo entendía muy bien. —¿Has terminado con tu trabajo? Puedo irme, si tienes otras cosas que hacer.

—No, no te vayas, —dijo, sosteniendo su mano para detenerla. —Ya terminé.

Alice asintió, sintiéndose incómoda después de lo que habían hecho anoche y ahora no estaba segura de en qué posición los dejaba o qué esperaba de ella de ahora en adelante... o si quería que esperara algo en absoluto. Era todo un lío.

Necesitaba algo que hacer, por lo que comenzó a desatar las cuerdas que sujetaban los paquetes de papel juntos.

—¿Quieres ayudarme con la ropa de cama? A menos que tengas otro lugar en el que se supone que debas estar.

—Puedo ayudarte —respondió, acercándose y recogiendo otro paquete para abrirlo. Alice sonrió y se dio cuenta de lo diferente que realizaron sus tareas: ella con cuidado, Lord Arndel con ninguno en absoluto.

La ropa de cama era de color oscuro, como había sugerido su madre para las familias trabajadoras. La tela blanca nunca sería de utilidad en esos hogares. Alice la estudió y le gustó el aspecto de la tela, a pesar de que no se parecía en nada a lo que tenían en casa.

Caminó hacia el otro lado de la cama y abrió la sábana inferior, observando cómo Callum luchaba para controlar su lado de la ropa

de cama. —Mételo debajo del colchón de paja, el peso de la cama lo mantendrá en su lugar.

Hizo lo que ella le indicó, caminando hacia la sábana superior y copiando su acción anterior de tirarla sobre la cama.

—No pensé que la hija de un duque sabría cómo hacer una cama.

Ella sonrió, arrojándole una sonrisa traviesa. —Te sorprendería saber todo lo que sé hacer, mi lord.

—Puedes decirme Callum, por favor. No hay nadie aquí.

Alice no necesitaba el recordatorio de lo muy *solos* que estaban. El aire brillaba entre ellos con un magnetismo contra el que Alice estaba luchando con todas sus fuerzas. —Callum, entonces. —Le sonrió. —Mi madre pensó que debíamos saber todo sobre el funcionamiento de una casa y hubo un tiempo, cuando era más joven, que seguía a las criadas de Dunsleigh, molestándolas con preguntas y ayudándolas con sus tareas. Me toleraron bastante bien, pero creo que estaban más que aliviadas cuando algo más me llamó la atención.

Arndel sonrió, ayudándola con las mantas de lana que también habían sido enviadas desde Londres. —Te imagino siguiendo a las criadas, con tu pelo dorado en colitas, tus ojos brillando con entusiasmo.

Se acercó a ella y le pasó una mano a través del cabello que se había caído durante el viaje apresurado. —Creo que, si te hubiera conocido cuando éramos niños, me hubieras gustado, Alice Worthingham. Hubiera querido ser tu amigo.

Su corazón latía a un ritmo que estaba fuera de control; tanto que Alice pensó que podría saltar de su pecho. —¿Y ahora? ¿Te gusto ahora?

Se acercó aún más y sus rodillas se debilitaron. Se lamió los labios, mirando su pecho desnudo que estaba demasiado cerca y, sin embargo, no tan cerca como querría.

— Claro que sí.

Se le terminó el aire en los pulmones. —También me gustas.

Sus palabras no eran más que un susurro e, incluso sabiendo todo lo que sabía sobre Callum, ese sentimiento era auténtico. En

todo caso, le gustaba demasiado.

Se puso delante de ella y Alice decidió que sería una buena idea levantarse y tocar su pecho, aunque nunca sabría por qué lo hizo. Logró sentir sus músculos endurecidos. En ese momento, justo en ese momento, se sentía que era a donde pertenecía; nunca había estado tan bien hasta ahora.

Él poco a poco se inclinó y la besó. Sin reparos, Alice se acercó y envolvió sus brazos alrededor del cuello, cada vez más cerca de él. La envolvió en sus brazos, tan fuertes y musculosos.

Alice soltó un pequeño chirrido cuando la levantó del suelo y la condujo hacia atrás, hacia una mesa de trabajo contra la pared.

Ella se retiró, jadeando, mientras él se cruzaba entre sus piernas. Su pene, con el que le había producido tanto placer la noche anterior, la tentaba una vez más a cometer un pecado. Y quería sentir lo que podía hacer por ella; que la acariciara hacia el placer sin sentido que había logrado anoche.

Una pequeña línea de ceño fruncido marcó la frente de Callum y ella se acercó para borrarla. No había tiempo para pensamientos que los preocuparan, ni tiempo para pensar mejor en la situación. Sabía muy bien lo que estaba haciendo y el riesgo que enfrentaba al estar aquí con él. Sin embargo, no cambiaría su decisión por nada. Incluso su propia moral estaba en silencio en este momento.

Aquí es donde quería estar... quedarse en esta pequeña cabaña era lo que deseaba más allá de cualquier otra cosa.

—¿Qué pasa? —le preguntó, cuando suspiró, dando un pequeño paso atrás.

Callum pasó una mano a través de su cabello y se veía muy excitado. —Nada. Y todo, —empezó a decir y suspiró: —¿Realmente quieres saber lo que estoy pensando?

— Sí, —asintió con la cabeza, con la esperanza de que estuviera pensando lo mismo.

Levantó la frente, apoyándose y colocando pequeños besos en su cuello. —Estoy pensando que quiero empujarte contra la pared, deslizar esos pantalones muy ajustados que me perseguirán durante años de tus piernas y hacerte mía aquí y ahora.

Alice se estremeció con sus palabras, con la boca seca por la respiración desigual. Sus labios formaron una línea de fuego a través del pecho y, con los dedos enroscados en el cabello, lo sostuvo cerca, amando las sensaciones que despertaba dentro de ella. —¿Y qué es lo que vas a hacer, mi lord?

Él dejó escapar una sonrisa con autocompasión. —Te voy a poner de pie, caminar hasta la puerta, y no permitirme seguirte, hasta que llegues a la cocina de abajo.

El hambre en su mirada la dejó sin palabras. Ella no quería irse, ni quería que nadie más que Callum la impulsara a sentirse mujer de la manera más deliciosa y decadente.

Apretó sus pantalones y lo tiró hacia atrás contra su cuerpo; los ojos de él, oscuros de necesidad, se ensancharon y movió la cabeza. —Estás jugando con fuego, Alice, y créeme, no quieres quemarte.

Alice se inclinó hacia adelante y besó su pecho, degustando el residuo salado del trabajo duro. —Te equivocas, Callum. —Desató la pequeña cuerda en la parte superior de sus pantalones que los mantenía en su lugar y continuó: —Sé exactamente lo que estoy haciendo. —A continuación, acercó sus partes más íntimas y vio en su rostro cómo Callum la comenzaba a comprender. La emoción por lo que estaban a punto de hacer le provocaba sensaciones increíbles entre sus piernas. —Y siempre he sentido algo por el fuego, su complejidad y calor, su poder y su naturaleza salvaje.

Desabrochó otro botón y la solapa delantera de sus pantalones se cayó. Con una audacia que no sabía que poseía, Alice deslizó su mano adentro, contra su pene, envolviendo sus dedos alrededor de él.

Se mordió el labio, observándolo mientras la acariciaba, con respiración desigual. Callum extendió la mano y apretó su rostro con suavidad, con los ojos feroces con una necesidad que la dejaba sin aliento.

—¿Estás segura?

Le dio un beso rápido, jadeando contra sus labios mientras ella lo seguía acariciando, segura de sí misma.

Alice asintió. —Lo estoy.

Sus palabras tuvieron el efecto que esperaba y, dejando a un lado toda precaución, Callum hizo exactamente lo que había dicho que haría. La sacó de la mesa de trabajo y le arrancó los pantalones de su cuerpo, dejándola desnuda de la cintura para abajo.

Sin tiempo para la modestia, la levantó de nuevo sobre la mesa, quitándose los pantalones antes de arrastrarla contra él, frotándose y dejándola húmeda e impaciente.

—Te quiero tanto, —le dijo, con un beso profundo. Alice se perdió en el momento, disfrutando del despertar de esta necesidad frenética.

No sabía que el pene de un hombre era tan suave... y fuerte. Era la cosa más extraña, pero exquisita, que había visto. Y Callum mismo era inesperado. Se estremeció, se acercó a ella, le dedicó beso tras beso, caricia tras caricia, tan diferente a cómo Alice había pensado que su primera vez con un hombre sería.

Luego de hablar con esposas jóvenes en la ciudad, muchas de ellas le habían dicho que la cama matrimonial era incómoda, rápida e insatisfactoria, a menos que resultara en un hijo.

Sin embargo, las miradas que había visto a sus hermanas lanzar a sus maridos, y la forma en que Callum la miraba ahora, como si fuera su mundo entero, la hizo preguntarse si esas mujeres no serían solo desafortunadas en sus elecciones.

Que tal vez había hombres en el mundo que daban y recibían placer por igual.

La mano de Callum se deslizó por la cadera, apretando su trasero antes de tocarle la panza y ahondar entre sus piernas. Ella gimió, apretándole la nuca. El abrazo audaz contra sus lugares más privados alivió una pequeña cantidad de necesidad que la atravesó, pero, aun así, no fue suficiente. Quería más. Mucho más.

—Estás lista para mí.

Callum le mordió el labio y ella gimió mientras deslizaba un dedo dentro de ella. Su cuerpo no parecía suyo y, envolviendo las piernas alrededor de sus caderas lo acercó. Le gustaba la sensación de él dentro de ella, empujando contra su pequeño lugar secreto que la dejaba sin aliento y necesitada de él. De todo lo suyo.

—Maldita sea, necesito ir despacio contigo, pero pones a prueba mi autocontrol.

A Alice le gustaba el sonido de su voz, áspero y sin restricciones. Ella, Alice Worthingham, había hecho que un caballero la quisiera, más de lo que se imaginaba.

Impaciente por más, Alice colocó la punta de su miembro contra ella y lo instó a terminar lo que habían comenzado. Callum respiró profundo contra su cuello; los músculos en sus hombros tensos y la lucha contra lo que Alice había reconocido como una batalla perdida.

Siempre supo que esto iba a suceder. Durante semanas una atracción a fuego lento, un coqueteo, se había instalado entre ellos. Sí, no estaban de acuerdo, discutían incluso, pero siempre se habían sentido así. Una conflagración de dos cuerpos, dos almas que nunca estarían satisfechas a menos que estuvieran juntas.

—Maldita sea, al infierno. Tienes que ser mía.

Alice jadeó y se quedó inmóvil mientras Callum empujaba profunda y duramente contra ella, tomando su virginidad en tan solo un momento. Dejó de moverse, sosteniéndose contra ella, besándole el lóbulo del oído mientras susurraba dulces disculpas por el dolor que le podría había causado.

La sensación de sentirlo dentro de ella era... diferente, por así decirlo. Donde una vez estuvo vacía, ahora se sentía plena. Se dio cuenta, con cierto alivio, de que le gustaba tenerlo así.

—Lo lamento, amor —se disculpó él.

Ella negó con la cabeza, moviéndose un poco para adaptarse más a él. —Estoy bien. De hecho, estoy más que bien.

Su voz sonaba sin aliento, incluso desenfrenada. Callum maldijo en voz baja antes de retirarse lentamente y luego volver a entrar con mucho cuidado.

—Dime si quieres que me detenga.

Alice lo bajó para besarlo, disfrutando de la sensación de sus labios contra los de ella mientras sus cuerpos estaban juntos en otros lugares más exquisitos. Este acto entre un hombre y una mujer era una maravilla y, cuando Callum aceleraba más su paso, deslizando sus manos sobre su trasero y moviéndola un poco contra

él, hacía que su cuerpo cantara y llegara a límites que no sabía que existían.

Le apretó la nuca, sosteniéndose contra él mientras la empujaba, arrastrándola a ese mundo que estaba empezando a descubrir. Alice envolvió las piernas alrededor de su cintura, sintiendo la madera debajo de su trasero. Si tan solo estuvieran desnudos, para que él besara cada parte de su cuerpo y la estremeciera como lo había hecho la noche anterior.

El pensamiento fugaz de que esto podría volver a suceder, si se escapaban y usaban las cabañas a altas horas de la noche, la emocionaba.

—Eres tan hermosa, —susurró contra sus labios, mirándola mientras la conducía hacia un pináculo, un alivio de este anhelo desesperado que creció hasta convertirse en un abanico de placeres. —Nunca me canso de tenerte en mis brazos, —jadeó.

Alice se estremeció ante sus palabras. Estaba tan cerca que todo su enfoque se centró en el lugar donde estaban unidos y luchó por liberarse. Necesitaba desplomarse en sus brazos con él dentro de ella.

—Sigue así, —le rogó mientras él empujaba con fuerza, con profundas y rápidas caricias que amenazaban su permanencia en el mundo real. —No pares, Callum.

Los golpes se volvieron más intensos y rápidos y luego una tortura exquisita irrumpió en su cuerpo como un rayo de luz. Alice gimió su nombre mientras un temblor tras otro sacudía su centro antes de que el propio grito de éxtasis de Callum sonara contra su garganta.

Permanecieron entrelazados durante un rato, hasta que su respiración se estabilizó y el ritmo cardíaco se calmó.

Callum dio un paso atrás, con una mirada avergonzada en su rostro que la hizo reír. —¿Estás bien? —le preguntó. —¿En serio?

Alice se bajó del banco de trabajo y, apoyándose en él, le rodeó el cuello con los brazos. Sus manos se acercaron y agarraron su trasero e incluso después de todo lo que habían hecho, su cuerpo ronroneó con expectativa. Con una necesidad que solo él podía

saciar. —Te dije que estoy bien. Lo que me gustaría saber es cuándo volveremos a hacer eso.

Él sonrió, sacudiendo la cabeza. —Pilla, —la llamó, largando una carcajada, y añadió: —Hoy no, pero quizás dentro de unos días. Debo viajar a Londres; voy a estar en casa dentro de cuatro días.

—¿Londres? —Alice se alejó de él, preguntándose qué lo llevaría a la ciudad. ¿Era por la deuda impaga que tenía? La idea de que tratara de ganar más tiempo para pagar la deuda de su primo, contra personas a las que les importaban poco las preocupaciones de los demás, le revolvía el estómago. — ¿Por qué?

—Negocio inmobiliario, nada de qué preocuparse. —Le dio unos golpecitos en la nariz y, agachándose, le robó los pantalones. Mientras se ponía de pie, Callum pasó la mano por el interior de su pierna. Ella se estremeció. —Te voy a extrañar cuando esté lejos y no voy a pensar en nada más que en ti y en tu delicioso ser.

Alice le dio una caricia en el brazo y recuperó sus pantalones. —Yo también te voy a extrañar. No te alejes por mucho tiempo.

—Nada me mantendría alejado, —dijo, con un beso profundo y largo. Todos los pensamientos sobre Londres y por qué viajaba allí se le escaparon de la mente cuando la levantó y la tiró sobre la cama, antes de unirse a ella.

—Puede que tengas razón, —agregó, deslizando su mano debajo de la camisa y tocando su pecho. Con los dedos rodeó su pezón y Alice se mordió el labio: su cuerpo anhelaba más de lo mismo. —Esperar cuatro días antes de tocarte de nuevo es demasiado tiempo.

Alice sonrió entre dientes y le permitió continuar su camino, muy feliz de tenerlo exactamente donde estaba.

—Estoy de acuerdo, —suspiró.

Pasaron muchas horas antes de que Alice saliera de Ashford y se dirigiera a casa.

CAPÍTULO

DIECISÉIS

Todo iba bien en Dunsleigh hasta que, dos días después de la partida de Callum, la casa amaneció alborotada. Victoria atravesó la puerta de su dormitorio mientras Alice hacía que la doncella le pusiera los detalles finales a su tocador. Hoy había optado por unas ramitas de flores en el cabello y, en general, le gustó el efecto que tenían las pequeñas flores blancas en sus mechones claros.

—Mamá está fuera de sí. Su habitación, hermana, está más allá de la redención... debes venir y calmarla de inmediato.

Alice se puso de pie, se despidió de la doncella y esperó a que la chica se fuera antes de hablar. —¿Qué pasó? —La desesperación en el rostro de su hermana le erizó los pelos de la nuca.

—Falta el broche de esmeralda. Mamá juró que lo dejó en el cajón junto a su cama para guardarlo y ahora no está allí. Está exigiendo respuestas a su criada y la pobre mujer está medio muerta de miedo. Si mamá no se calma pronto, estoy segura de que va a tener un ataque y a colapsar.

Alice hizo callar a su hermana. —Es mejor que te calmes también, antes de que te dé algo a ti. —Se acercó a Victoria y la acompañó hasta la puerta. —Vamos a ayudar a mamá a encontrarlo. Estoy segura de que lo perdió, eso es todo.

Victoria movió la cabeza con vehemencia, sus rizos rebotando sobre los hombros. —Mamá dice que no. Que colocó especialmente el broche al lado de su cama y ahí es donde debería estar.

Salieron de la habitación de Alice, caminando rápido hacia las habitaciones de la duquesa de las que se había hecho cargo poco después de que su padre muriera algunos años atrás. Encontraron a Josh en la habitación, revisando también armarios y cajones, y a una ráfaga de sirvientas, algunas de rodillas, buscando la joya perdida.

—Oh, Alice querida, se ha ido de nuevo. Estoy fuera de mí. —Su madre se dejó caer en la cama y se puso una mano en la frente. Alice suspiró; sabía que su querida mamá solía exagerar demasiado.

—Estoy segura de que lo vamos a encontrar. Ahora, ¿puedes recordar cuándo lo usaste por última vez?

—Me lo puse para el baile, pero se me enganchaba en la bufanda, así que subí las escaleras y lo puse en el cajón junto a mi cama. Lo juro por sus vidas que es donde lo puse.

Alice se acercó a la mesita de luz y buscó en ella, notando pequeñas cartas, sin duda viejas notas de amor entre sus padres, lápices y algo de equipo de costura, pero ningún broche. Comprobó que faltaban la joya de esmeralda y el estuche en el que estaba.

—¿Revisaste el vestido? Quizás nunca lo quitaste y simplemente fue una idea que se te ocurrió.

—Lo quité. Puede que sea una de las personas más ancianas que viven en esta casa, pero mi mente está clara. Me lo quité y lo coloqué aquí, —aseguró, tocando la parte superior del gabinete.

Alice le dio unas palmaditas en el brazo y se volvió hacia una doncella que estaba junto al armario. —En cualquier caso, por favor revise el vestido. Si vamos a determinar que el broche realmente falta, debemos revisar todo dos veces.

La doncella hizo lo que se le pidió, pero el broche no estaba allí.

—Tampoco está en la bufanda, mi lady, —dijo una joven sirvienta, mientras estaba de pie junto a una gran cómoda.

Todos los ojos parecían estar puestos en Alice al comprobar que no apareció. —Si el personal pudiera bajar las escaleras y revisar el salón de baile, el comedor y las salas de juego que se usaron la noche del baile, sería excelente. Avísenme de inmediato si se encuentra la joya.

Cuando la puerta se cerró y solo la familia quedó en la habitación, Victoria le dirigió una mirada preocupada. —Lo vamos a

encontrar, mamá. No te preocupes.

Josh se acercó a la cama y le entregó a su madre un vaso de agua. —Estoy seguro de que no ha ido muy lejos. No desesperes.

—Victoria y yo vamos a revisar nuestras habitaciones, ya que viniste a vernos antes de que comenzara el baile. Tal vez se cayó y estás confundiendo este baile con uno de los muchos que hemos tenido.

Su madre la inmovilizó con una mirada fulminante. —No estoy senil. Sé lo que le pasó a mi broche. Alguien lo robó.

Alice no pudo encontrar la dura mirada de Victoria, porque el pensamiento había cruzado por su mente cuando no apareció en la habitación. ¿Habían robado la joya y, de ser así, quién? Alice sabía quién era el bandido de Surrey y Callum no habría hecho esto; sin embargo...

—Vamos, Alice, cuanto antes comencemos la búsqueda, antes vamos a aliviar la angustia de mamá.

Sin una palabra, Alice siguió a su hermana desde la habitación, caminando de regreso a la suya. Victoria cerró la puerta con un portazo y se volvió hacia ella. —Sabía que no se podía confiar en Arndel. El bastardo ladrón ha robado el broche.

Alice negó con la cabeza, sin querer creer esas palabras. —No, estás equivocada. Callum no haría eso.

No después de haberle hecho el amor con tanta pasión y dejar que se enamorara de él; no rompería esa confianza. No podría haberlo hecho. Prometió que el estilo de vida que llevaba había terminado.

—¿Callum? ¿Ahora usas el nombre de pila del caballero? —Su hermana le lanzó una mirada evaluadora. —Estuviste con él esa noche por un tiempo, ¿crees que es capaz de tal acto de engaño?

—No. —Alice no podía pensar eso. — Para nada. De hecho, se fue temprano, por lo que recuerdo.

Había ido a las cabañas, donde ella también había terminado...

—Probablemente porque había robado el broche y no quería que lo atraparan.

—Estás equivocada, Victoria. ¡Él no haría eso!

¿Lo haría?

Su hermana se paseaba frente a la repisa de la chimenea y el estómago de Alice se revolvió.

Puedo confiar en Callum. Yo puedo. ¿No puedo?

—Tienes que ir a hablar con él, preguntarle si sabe algo al respecto. Sé que parece incorrecto, e incluso grosero, pero él era el bandido de Surrey, después de todo. No es que sea un alma tan honesta y educada.

Alice se sentó en la cama, mirando por la ventana hacia las verdes colinas que se extendían más allá de la tierra. ¿Cómo le diría a su hermana lo que tenía que hacer? —No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? —Su hermana dejó de caminar y se volvió hacia ella.

—Porque, —suspiró Alice, fortaleciéndose. —Se fue a Londres por unos días. *Negocio inmobiliario*, dijo.

La risa condescendiente que lanzó su hermana la hizo estremecerse. —Se fue a Londres. Bueno, qué apropiado es un viaje así a la capital, ¿no crees?

Alice se pasó una mano por la frente y un pequeño dolor comenzó a latir detrás de sus ojos. —Él no haría tal cosa, al menos no ahora.

—Ahora no, ¿qué significa eso? —Victoria alzó las manos con desesperación. —Debes admitir que el momento es demasiado casual para que nos equivoquemos. Te engañó, hermana, por un lobo con piel de oveja.

—No, no. Lo conozco, —dijo, poniéndose de pie. —No haría tal cosa.

Pero cuanto más decía las palabras, más huecas sonaban. ¿Su hermana tenía razón y ella estaba equivocada? Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla y se la secó, más que mortificada por estar llorando.

—¿Estás llorando? —Victoria se acercó y se sentó. —¿Qué has hecho, hermana? Y no te atrevas a decir *nada*, porque no te voy a creer. Nunca lloras, así que estas lágrimas deben ser por algo más que el broche de mamá.

—No puedo creerlo de él. —El recuerdo de ese día, del dulce encuentro que había tenido con Callum, no podía provenir de un

hombre que la hubiera engañado tanto. —Si cometió ese crimen, entonces estoy arruinada.

Victoria soltó un grito ahogado. —Ay, Alice, por favor dime que no fuiste indiscreta.

—Indiscreta es una palabra tan extraña. Rápida sería un mejor término.

—El día después del baile, te perdiste la mayor parte. ¿Adónde fuiste? —Victoria la agarró por los hombros y la giró para mirarla a los ojos. —¿Qué hiciste?

Alice no pudo formar las palabras para decirle a Victoria qué era lo que había hecho. Más lágrimas corrieron por su rostro y buscó a tientas su pañuelo.

—Te entregaste a él, ¿no?

Alice asintió, la vergüenza se apoderó de ella, junto con la desesperación. —Durante las muchas semanas que hemos trabajado juntos en las cabañas, supongo que me enamoré de su encanto y sus modales. Sé que estuvo mal. Después de todo, nos había robado, pero prometió que lo lamentaba. Juró que podía confiar en él y que nos compensaría a todos. Que nunca volvería a robar. —Empezó a decir y se encogió de hombros. —Yo le creí. Pensé que me estaba enamorando de él.

—Oh, Alice. Creo que ya estás enamorado de él. —Victoria la abrazó y le pasó la mano por la espalda. —Tenemos que ir a Londres. Recibimos noticias esta mañana de que Isolde y Merrick llegan mañana a la capital para el inicio de la temporada. Podríamos rogarle a mamá irla a visitar y usar el tiempo para localizar a Lord Arndel y ver qué trama.

Alice se secó las mejillas y se sentó. —Tienes razón. Tenemos que averiguar si robó la joya.

—Isolde mencionó que asistían al baile de Cavendish que marca el comienzo de la temporada social. Podríamos ir con ellos. Si Lord Arndel está en la ciudad, va a estar allí. Por lo que recuerdo, es amigo del duque.

—Sí, lo es. —Aunque Alice no sabía por qué eran amigos ya que eran bastante diferentes. —Pero no puedo creer que me engañara

de esa manera. Estoy segura de que hay una explicación razonable para todo esto.

Los labios de Victoria se tensaron en una línea de incredulidad. — Eso espero, pero debes prepararte para que ese no sea el caso. Ahora ven, preguntémosle a mamá y veamos qué podemos hacer para calmarla antes de irnos.

Alice asintió y siguió a su hermana fuera de la habitación, esperando que todo lo sucedido fuera una coincidencia y Callum no fuera culpable como parecía.

…

Dos días después, Alice se paró en la entrada de la gran casa de los Cavendish en Londres, observando a la parte de la *sociedad* que tuvo la suerte de ser invitada antes de que comenzara la temporada la próxima semana. El olor de una variedad de perfumes y sudor la inundó y, al instante, echó de menos el aire fresco y dulce del campo. Hace un año, esta era una vida que había llegado a amar, la temporada era algo que esperar, pero ya no. Ahora, parecía un mercado para que las debutantes se casaran con alguien de quien apenas tenían conocimiento y no amaban.

Alice recorrió la habitación en busca del hombre que había estado buscando hacía un día y medio. Había enviado una carta a su casa, pero no había recibido respuesta, ni había oído hablar de que estuviera en la ciudad.

¿Dónde estaba?

Dio unos golpecitos con sus zapatillas contra el suelo de madera pulida. ¿No había venido a Londres después de todo, pero también había mentido sobre eso? Esta mañana habían recibido una carta de su mamá diciendo que la joya aún faltaba. Alice le entregó su chal a un criado y esperó a que le presentaran a los miembros de más alto rango de la sociedad de Londres.

Después de su presentación, Alice, con Victoria a su lado, se metió entre la multitud de invitados. Fueron recibidas con entusiasmo. Siempre era bueno tener dos hijas de un duque

adineradas y elegibles en este tipo de eventos. Para Alice, estaba escrito en piedra por qué necesitaba una pareja amorosa, no una pareja basada en posiciones sociales y seguridad.

Algo que había pensado que había encontrado con Callum.

Bajaron el corto tramo de escaleras hasta el salón de baile y Alice se volvió hacia Victoria. —Miraremos por separado. Si lo ves, no le digas nada; yo voy a hablar con él.

Su hermana asintió y se alejó en la dirección opuesta. Alice fue detenida aquí y allá por amigos, mujeres que querían una presentación y los caballeros admiradores del año anterior. Fue educada y jovial como se requería, pero todo el tiempo su mente zumbaba con pensamientos de que Arndel no estaba allí. Que su plan había sido una completa pérdida de tiempo y que no descubrirían la verdad.

Que la había dejado. El único pensamiento consolador fue que su hija Amelia todavía estaba en Surrey. Si hubiera querido desaparecer, no la habría dejado atrás. Alice estaba segura, al menos, de eso.

No fue hasta después de la cena que admitió que su plan no había funcionado. Respiró hondo y miró hacia el techo ornamentado y pintado; cualquier cosa para no permitir que se escaparan las lágrimas que amenazaban correr por sus mejillas. Arndel no estaba aquí.

Tomando el control de sus emociones, un caballero, más alto que la mayoría, llamó su atención al otro lado de la habitación, y la respiración en sus pulmones se detuvo.

Callum caminó hacia ella; la sonrisa en su rostro hizo surgir la suya antes de recordar por qué quería verlo. Tragándose su inquietud por la forma en que iba a hacerle una pregunta que ponía en peligro su honor, hizo una pequeña reverencia mientras él se inclinaba ante ella. Sus ojos eran cálidos y acogedores y se enamoró un poco más a pesar de todo. ¿Cómo iba a hacer eso?

—Lord Arndel, nos volvemos a encontrar.

…

Callum percibió la belleza de Alice Worthingham. Sintió la abrumadora necesidad de tirar de ella con fuerza contra él y abrazarla. Cómo la había echado de menos los últimos días... y habían pasado tantas cosas. Cosas que le hacían doler el corazón, pero que también lo habían aliviado sin medida. Si su reunión con el prestamista iba según lo planeado, la deuda que se cernía sobre su patrimonio y la amenaza para su familia, desaparecería. Y podría proponerse ganar el amor de la mujer que tenía delante.

El por qué nunca había pensado en alquilar la propiedad de Londres le dejó la mente dando vueltas. Tener que vender su ganado le rompió el corazón. Pero, con el tiempo, los volvería a comprar y se dispondría a criar sus purasangres como solía hacerlo. Esperaba que mañana consiguieran un buen precio en Tattersalls.

—Lady Alice, se ve... deslumbrante. —Miró el vestido dorado brillante con piedras pesadas y costura en el canesú. El hecho de que fuera consciente de lo que esa prenda mantenía a raya lo puso impaciente por llevar a Alice a un lugar privado para poder besarla a su antojo.

Ella asintió con la cabeza, pero no se arriesgó mucho a cambio, y un atisbo de preocupación atravesó su conciencia.

—¿Todo va bien?

—Sí, —respondió, mirándolo de lleno por primera vez y manteniendo su atención fija. —¿Podemos hablar?

Callum miró alrededor de la habitación y notó que todos estaban en sus asuntos, jugando a las cartas o bailando, sin que ninguno de los que los rodeaban se fijara en su conversación. Le tomó la mano, la colocó en su brazo y la sacó a la terraza.

El aire fresco de la noche encontró sus sentidos y enfrió un poco su pasión. La acompañó hasta el final de la terraza que estaba menos ocupada y se detuvo ante la esquina de la casa. —¿Qué es lo que quieres decirme?

—¿Recibiste mi nota? Envié una a tu casa ayer al llegar a la ciudad.

—No he leído mi correo de ayer. Me disculpo, habría respondido si hubiera sabido que me habías escrito. —El tono distante de su voz

lo hizo detenerse y preguntarse qué había pasado en los pocos días desde la última vez que la había visto. —¿Qué está pasando, Alice?

Se mordió el labio y el miedo se apoderó de él. Algo estaba mal. Muy mal.

—¿Por qué te fuiste temprano del baile? Nunca dijiste eso.

Callum se pasó una mano por el pelo, eligiendo sabiamente sus palabras. Su primo, el baronet, no necesitaba influir en su vida, ni deseaba que Alice tuviera que cargar con lo que ahora sabía del hombre. —Discutí con mi pariente sobre la herencia y nuestro primo fallecido. No voy a entrar en detalles, pero no hace falta decir que no quería quedarme y tener que escucharlo a él o a su lengua séptica.

—Oh, lo siento, no lo sabía. —Por primera vez esta noche desde que esta conversación había comenzado, Alice sonaba sincera. Su miedo se alivió un poco. —Hay algo que debo preguntar y no lo vas a apreciar. De hecho, probablemente pensarás, y con razón, que es imperdonable.

Su miedo había vuelto. —Continúa. —Callum espió a las otras parejas que regresaban al interior, dejándolos prácticamente a solas.

—Al día siguiente de encontrarte en las cabañas, me desperté con mamá presa del pánico. El broche de esmeraldas que papá le dio volvió a desaparecer...

Callum levantó la mano, sin estar seguro de estar escuchando sus palabras correctamente. —Y sospechas de mí.

La vergüenza se apoderó de él de que Alice pensara tan mal. Sí, les había robado en el pasado, y a ellos, pero le había dado su palabra de que nunca volvería a hacer algo así. Que ella dudara de esa promesa dolía más de lo que pensaba. En especial, después de todo lo que habían experimentado juntos.

—Tenía la esperanza de que no fuera cierto, pero Victoria pensó que era demasiada coincidencia contigo dejando el baile temprano y luego dirigiéndote a Londres.

Callum se encogió de hombros al ver cómo se vería eso, pero no cambiaba el hecho de que no había vuelto a robar la maldita joya y era inocente del crimen. —Yo no la robé. —Apretó los dientes por tener que justificarse a sí mismo, pero era su maldita culpa. Si no

hubiera tenido que tomar la vida del crimen para salir de los problemas financieros, ninguna de estas preguntas volaría por su cabeza ahora.

Callum se recordó a sí mismo que no le habían dejado otra opción. El chantaje y las amenazas contra la propia hija era todo lo que se necesitaba para que un hombre hiciera lo que se le pedía. Un padre haría cualquier cosa para mantener a su hija a salvo.

Ella lo estudió durante un largo rato y él se dio cuenta de que no estaba segura de sus palabras. —No confías en mí.

No fue una pregunta, solo una declaración de hecho. Sacudió la cabeza mientras el dolor atravesaba su pecho.

—Tampoco, al parecer, me crees.

—¿Te sorprende? Sé quién eras, Lord Arndel. Sé lo que has hecho.

Mirando hacia la terraza, la última pareja caminó en la dirección opuesta a donde estaban, y él aprovechó la oportunidad para empujar a Alice por el costado de la casa; la oscuridad les dio algo de privacidad. —Sé que lo que hice estuvo mal y sé que es difícil para ti confiar en mí, pero créeme cuando digo que no tomé el broche. Eso es verdad.

—¿Por qué estás en Londres? Y no quiero oír que sea por negocios inmobiliarios. Solo quiero la verdad. —Se cruzó de brazos y por un momento Callum se distrajo con su pecho. Maldita sea. —¿Y bien? —Ella insistió cuando no respondió. —Responda a la pregunta.

—Primero, creo que hemos superado el punto de tratarnos de usted, querida. A menos que desees volver a las formalidades, lo que no me gustaría hacer después de lo que hemos hecho.

Ella lo hizo callar, arrastrándolo más hacia la oscuridad.

—No digas esas cosas en voz alta.

—Por qué no, si son verdad.

Estaban a escasos centímetros el uno del otro y Callum recordó cuán deliciosa y hermosa era su Alice.

—¿A qué has venido?

El tono molesto de su voz lo sacó de los pensamientos de besarla sin sentido y hacerla olvidar sus preguntas absurdas. Se preguntó si

debería decirle la verdad, aunque decir tal cosa sin duda lo haría parecer más culpable que antes.

—Negocio inmobiliario, como dije. —La mentira se alojó en su garganta y pudo ver por el estrechamiento de sus ojos que ella no le creía. Chica inteligente.

—Vas a encontrarte con esos hombres a los que tu primo les debe dinero, ¿no es así?

Apretó los dientes, odiando el hecho de que la chica tuviera un ingenio demasiado rápido. —No tiene nada que ver con el broche perdido de tu mamá. No volví a robar la joya, te lo prometo por mi vida.

Ella se apartó y él lo sintió como un corte profundo hasta el alma. —No te creo, —recalcó, moviendo la cabeza. —O no puedo confiar en ti... no estoy segura de cuál es el caso, pero, de cualquier manera, no creo que sea apropiado que me sigas cortejando.

La ira lo invadió. Solo otra persona que pensaba lo peor de otros basándose en su pasado. —¿Es así como llamas lo que hicimos en esa cabaña? ¿Cortejo? Yo lo llamaría coger.

Ella jadeó; el dolor se registró en su rostro. Un destello de arrepentimiento lo atravesó por haberla lastimado, especialmente cuando era la última mujer en la tierra a la que había querido lastimar.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? Simplemente intento averiguar qué le pasó al broche de mamá. Lo mínimo que puedes hacer es ayudar.

Callum alzó las manos en el aire, perdido. —¿Cómo puedo ayudarte cuando te niegas a escucharme? No puedo decirte lo que quieres oír, porque no robé lo que buscas.

—¿Cómo les estás pagando a los hombres a los que tu primo les debe dinero?

—Eso no te incumbe.

Ella gruñó, literalmente le gruñó, y él se quedó allí, sorprendido. —Así que lo admites, vas a ver a los hombres. Y quiero saber cómo lograste reunir los fondos que necesitas.

—No importa cómo junté el dinero; solo deja que se sepa entre nosotros que sí lo hice y que no se debió a la joya de tu madre. —

Callum se acercó a la balaustrada y se apoyó en ella, mirando a Alice mientras se quedaba donde estaba, de espaldas a él. —¿Me crees?

Alice se volvió y lo miró. —Después de que dejaste el baile la otra noche, tu primo fue bastante elocuente al decirme cuánto debías, debido al estilo de vida mal nacido de tu primo. Fue una suma considerable y sé que te saqué el último pago adeudado. Entonces, dímelo, mi lord. ¿Cómo te las arreglarás para devolverles el dinero? —Cruzó los brazos y levantó la barbilla, desafiante. —No veo cómo podemos continuar con tales mentiras, tales secretos entre nosotros.

Callum sonrió. —Eres como el resto de la aristocracia. Sociedad cómplice y víbora. Recuerdo por qué te di la espalda al final de la temporada pasada. Ninguno de ustedes vale el dinero escondido en sus cuentas bancarias. No importa lo que haya hecho en mi pasado, no cometí este crimen. —Se pasó una mano por el cabello y continuó: —Alquilé la casa de Londres para la temporada y estoy vendiendo mis caballos, si deseas saberlo. Después de mañana por la tarde, me quedarán dos para tirar del carruaje y uno de esos también tendrá que servir como mi propio caballo. No habrá fondos para plantar cultivos o cuidar las casas de mis arrendatarios. Nada. ¿Estás feliz ahora, mi lady? ¿Escuchar lo bajo que he caído te demuestra que soy el hombre al que odias?

Ella lo miró boquiabierta, con los ojos muy abiertos.

El silencio reinó entre ellos por un momento y Callum no estaba seguro de dónde los dejaría esta conversación. —Pensar que estaba feliz de verte, que te había extrañado, —dijo, moviendo la cabeza. —La culpa es mía, supongo.

…

Alice odiaba el dolor que estaba escrito en el rostro de Callum y se preguntó, luchando dentro de sí misma, cómo reparar el daño que el pasado había causado entre ellos. —No sé qué decir.

Sacudió la cabeza, apartando la mirada de ella. —Si estás embarazada, ¿encontrarás palabras entonces? ¿Exigirás que el bandido de Surrey se case contigo para salvar tu reputación?

—No estoy embarazada.

Él la miró con el ceño fruncido. —¿Cómo lo sabes? Hace solo unos días que...

—Porque lo sé, si entiendes lo que estoy diciendo. —Alice no entraría en detalles y normalmente no se aventuraría a los bailes dadas las circunstancias. Sin embargo, los tiempos desesperados requerían acciones desesperadas.

—Bueno, eso quizás sea una suerte para ti, porque odiaría que te casaras con un hombre en quien no confías y no podrías amar.

—¿Ibas a ofrecerme matrimonio? Un caballero lo hubiera preguntado en el momento en que tomó la virginidad de una chica. —Alice hizo una nota mental de callarse antes de arruinarlo todo, pero su arrogancia la superó.

—Quería cortejarte. —Caminó hacia ella, bastante cerca, pero no lo suficiente. —Pero me niego a casarme con una chica que saca conclusiones precipitadas y no cree cuando un hombre, parado frente a ella, se declara libre de un crimen. No voy a soportar una vida en la que cada vez que vaya a la ciudad, o compre una propiedad o una baratija, mi esposa se pregunte cómo llegué a poseer un artículo así. Quiero que confíes en mí, de forma incondicional. ¿Podrías?

Cuando lo dijo así, Alice quiso extender la mano y tirar de él para darle un beso. Hacerle ver a través de sus acciones que *deseaba* confiar en él, pero una pequeña parte de sí no podía. La joya aún faltaba, él estaba en Londres y, bueno, había sido el bandido de Surrey. —Quiero creerte, más que nada, pero...

—Ya basta. Ese 'pero' es toda la respuesta que necesito.

—Callum, por favor.

Hizo una reverencia, flexionando el músculo en la parte superior de la sien. —Buenas noches, mi lady. Te deseo una feliz temporada, —concluyó, arrastrando las palabras, sonando aburrido de su conversación.

Un dolor se le formó en el pecho y se mordió el interior del labio mientras su visión se nublaba con el escozor de las lágrimas.

—Callum, lo siento.

—Yo también, —dijo, alejándose de ella. —Espero que encuentres un caballero que se adapte a tus altos estándares, que no te aburra hasta la muerte.

Alice lo vio irse y se secó una lágrima que le caía por la mejilla. Sin mirarla, entró al salón de baile. Al final, algo dentro de ella se rompió, junto con la idea de que había cometido un error de juicio catastrófico.

No contra Lord Arndel, sino hacia él, el hombre que era en esencia, no el título que se le había otorgado. Durante semanas, habían trabajado juntos, más que demostrado su valía, su amistad y compañía.

Y a la primera señal de que necesitaba su confianza, lo había defraudado. Le había demostrado que era como todos los miembros de la sociedad. Si alguien había demostrado lo poco fiable que era esta noche, era ella, por no creer en sus palabras.

Se acercó a la barandilla de la terraza, contemplando los oscuros jardines más allá. Aquí y ahora tenía que tomar una decisión y, una vez comprometida, confiar en sí misma.

Dándose la vuelta, se dirigió de nuevo al salón de baile y buscó a Victoria. La encontró de pie junto a Isolde, en una conversación animada con abundantes risas. Merrick estaba junto a Isolde, mirando a su esposa con una adoración que dejó una sensación de vacío en el pecho de Alice.

Hacía menos de media hora que la habían mirado de esa misma manera y ahora corría el riesgo de no volver a ver tal afecto nunca más.

Qué tonta había sido. Callum puede ser muchas cosas, puede haber cometido errores, pero ya no era el ladrón que les había robado en el camino de Ashford. Era un buen hombre, un padre honorable y amoroso y, por supuesto, no había robado el broche. La idea de no tener fondos para las cosechas, ¿cómo apoyaría a sus inquilinos en los próximos meses? El dinero que recibía de la parcela de tierra, el alquiler de su casa adosada y la venta de sus caballos solo llegarían hasta cierto punto y no duraría mucho. Era cuestión de tiempo antes de que se enfrentara a la ruina.

Ella suspiró. Ninguno de esos problemas podía ocurrir.

Reconoció a Lord Thetford, el amigo más antiguo de su hermano, y, excusándose de su familia, se dirigió hacia él.

Le hizo una reverencia cuando ella se acercó. Alice también hizo una reverencia perfecta. —Lady Alice, qué hermosa se ve esta noche.

Lo tomó del brazo y lo guio por el borde del piso del salón de baile. —Debería saber a estas alturas que los halagos no funcionan conmigo, pero deseo pedirle un favor.

Él gimió y ella sonrió. —Algo me dice que no voy a aprobar este favor y que, si su hermano se entera, voy a terminar en el infierno.

—Josh no se enterará y, si hace lo que le pido, sin levantar una ceja, le diré una dulce palabra sobre usted a la señorita Cynthia Williams, a quien ha adulado toda la noche.

—No fue así.

Ella le dio unas palmaditas en el brazo y él entrecerró los ojos. —Lo hizo sí, querido, pero déjeme decirle que ser dulce con una mujer solo hace que me guste más.

—Alice, ¿qué es lo que quieres? —le preguntó, con un tono serio en su voz.

—Nos vemos en las puertas de Tattersalls mañana una hora antes de la subasta. No llegues tarde.

Él gruñó. —Alice...

—Y trae dinero, o como pagues por los caballos en esos lugares.

Ella fue a alejarse y él la tiró hacia atrás.

—Las mujeres no tienen permiso para ir a Tattersalls, ¿o lo has olvidado?

Alice sonrió. —No lo he olvidado. Buenas noches, Lord Thetford. Lo veo mañana.

Se aguantó la risa al ver su rostro angustiado, aunque se moría de ganas de reírse.

CAPÍTULO

DIECISIETE

—Creo que te odio.

Lord Thetford le lanzó una mirada de disgusto cuando entró en Tattersalls con él. Vestida como un caballero, Alice se rascaba la nuca, ya que la peluca corta de hombre le molestaba en el cuero cabelludo.

—No sea aburrido, mi lord. Nadie me va a reconocer y si alguien pregunta quién soy, diles que soy tu amigo del extranjero y que no puedo hablar inglés.

Parecía disgustado por la idea. —Nunca podría conocer a alguien que no supiera varios idiomas.

Alice sonrió y, ante una mirada extraña de un caballero que pasaba, ajustó su tono para que sonara más profundo. —Eres un esnob.

Se dirigieron al interior, se pararon en el patio y encontraron un lugar donde podían ver los caballos cuando se les mostraba a los compradores reunidos. Alice vio a Sir Liam Sledmere mirando y hablando con otros caballeros. Él vio a Thetford y se acercó.

Alice se desplazó hacia un lado; no quería que la reconociera.

—Thetford, me alegro de verlo aquí.

Sir Liam golpeó a Thetford en el hombro y le hizo un guiño.

—Sir Liam —respondió Thetford, con un tono más fresco que su invitado. Alice los observó y no pudo evitar darse cuenta de que la aversión de Thetford hacia el hombre era obvia. Desde el momento

en que conoció al barón, ella había estado inquieta en su compañía y, aparentemente, también lo estaban los demás.

Interesante...

—¿Comprando algún caballo hoy? — preguntó Sir Liam, mientras sacaban al primer caballo. Alice reconoció al caballo de inmediato como Bandido y aclaró su garganta, señalando a Thetford para pujar por el purasangre.

El semental corrió alrededor del perímetro antes de que el subastador diera información sobre el monte, la altura, la cría, el propietario, etc. Al mencionar el nombre de Callum, una punzada de arrepentimiento apuñaló su vientre. Ella había sido crítica y permitió que el conocimiento de su pasado nublara su intuición del hombre que realmente era.

Sir Liam comentó cuando Thetford gritó una oferta por Bandido: —No sea tonto, hombre, mire el caballo; no vale ni un centavo.

Alice entrecerró los ojos; estaba agradecida de que Thetford continuara pujando y finalmente ganara la compra de Bandido. Se quedaron en el remate durante algunas horas, Alice dándole a Thetford la señal cada vez que deseaba que comprara un caballo. Al final del día poseía seis en total: cuatro yeguas y dos sementales. Todos los purasangres eran hermosos y valían cada centavo gastado.

Sir Liam se había escabullido cuando se dio cuenta de que hablar mal de los caballos de Arndel no tenía ninguna influencia.

—Gracias, Thetford, por hacer esto por mí hoy. Te debo más que una buena palabra en el oído de la señorita Williams.

Thetford sonrió y le hizo gestos hacia las puertas. —Todo lo que pido es que me expliques un día por qué compré todos los caballos de Lord Arndel. Eso será suficiente recompensa, te lo aseguro.

—Lo voy a hacer, —dijo, aliviada por haber asegurado los caballos amados de Callum. La desesperación en su cara anoche cuando admitió haberlos puesto a la venta le aplastaba el corazón cada vez que pensaba en ello. Se había visto tan desolado como si alguien hubiera pateado a su cachorro justo delante de sus ojos. En cierto modo, suponía, *ella* se había sentido así.

Hoy había sido su primer paso para mostrarle que sí le creía y ahora quería saber por qué Sledmere se había interesado tanto en

su primo que hablaría mal a propósito del valor de los caballos a un comprador potencial.

El hombre no era de fiar, lo que la llevó al segundo punto para probar su amor: averiguar el lugar de la reunión de Callum con el prestamista para ver por sí misma que la deuda estaba paga y que podían seguir adelante con sus vidas.

Juntos.

…

La noche siguiente, Alice, junto con su hermana Victoria, se escapó de la casa de Isolde y Merrick en Londres. Fue una hazaña fácil, teniendo en cuenta su tamaño, y corrieron por la calle donde un taxi estaba esperando.

Ambas estaban vestidas como mujeres callejeras y se sentían fuera de lugar en el corazón de Mayfair. El conductor les gritó que se fueran, antes de que Alice callara al tipo con una moneda de oro y saltara a la cabina, suspirando cuando el carruaje avanzó.

Victoria ajustó el arma que tenía contra su cadera, gritándole al conductor que las llevara a una dirección que habían obtenido sobornando a Benny, que había venido a la ciudad con él.

Sintió una pequeña culpa al engañar al niño de tal manera, pero si quería seguir a Lord Arndel hasta donde se llevaría a cabo la transacción, no le quedaba otra opción.

—¿Cuál es el plan cuando lleguemos allí? ¿Tienes alguna idea de a qué hora va a tener lugar la transacción?

Alice tomó la correa por encima de la puerta mientras el carruaje se balanceaba en una esquina. —No, ni idea. Quizá tengamos que sentarnos y esperar un rato. Por lo que entiendo, las cabañas que rodean la premisa del prestamista son baños y prostíbulos. Estoy segura de que podríamos persuadir a alguien para que nos permita alquilar una habitación, lo que nos dará una buena vista de dónde va a estar Lord Arndel.

—Esto no me pinta nada bien.

Alice estuvo de acuerdo con su hermana, aunque no expresó sus preocupaciones. El área en la que viajaban no era apta como para las hijas de un duque. Estaba llena de gente poco confiable y desesperada. Tendrían que ser cuidadosas y estar en guardia en todo momento.

El carruaje retumbaba sobre caminos empedrados y por la ventana Alice podía ver el Támesis brillando en la oscuridad; solo la luz de la luna en las aguas iluminaba su camino.

—Todo va a estar bien, lo prometo. Estamos armadas. No nos pasará nada. —Era lo que Alice deseaba, aunque sus palabras sonaran más valientes de lo que se sentía.

—¿Qué harás si tiene el broche y se lo da al prestamista? ¿Qué pasará entonces con el vizconde?

La ira la atravesó, pero enseguida descartó la posibilidad. No, no ocurriría. Lo que Callum había dicho era la verdad. Era inocente del crimen que le imputaban y esta noche se lo probaría. —Eso no va a suceder, así que es un punto discutible.

Su hermana suspiró. —Pero si lo hace, ¿qué vas a hacer, Alice?

Entendió que su hermana no dejaría ir esta conversación sin una respuesta. —Lo voy a matar.

Y lo haría. Lenta y muy, muy dolorosamente.

—Alice...

—Tendré que hablar con las autoridades. No habrá otra opción. Pero me voy a asegurar de que Amelia sea cuidada y colocada en un hogar, donde sea amada. No voy a permitir que le pase nada a la chica.

Victoria asintió, satisfecha con su respuesta. —Muy bien. Estoy de acuerdo. Este es el plan correcto, aunque sé que debe ser doloroso pensar en eso.

Más doloroso de lo que su hermana podía imaginar. Tener a alguien que amas encerrado sería devastador y no quería pensarlo. —Pasará lo que tenga que pasar. Solo el tiempo dirá de qué manera el destino jugará esta partida.

Cabalgaron en el carruaje en silencio por un tiempo, ambas perdidas en sus propios pensamientos cuando se detuvieron ante

edificios en ruinas. Alice se bajó y Victoria siguió de cerca sus talones.

—¿Desean que las espere?

Alice se volvió hacia el conductor. —Sí, se lo agradezco, y quédese en guardia. Tal vez tengamos que irnos rápido. —El caballero levantó la ceja y la miró con respeto... o maravillado. Alice no estaba segura. Le entregó otra moneda y esperaba que fuera suficiente para mantenerlo honesto y en su lugar.

La calle que Benny les había indicado al parecer era una calle principal, aunque con la ropa de cama colgando de un edificio a otro y la cantidad de basura apilada contra las paredes, no parecía apta para que habitaran seres humanos.

Respirando profundo, caminaron por un callejón estrecho por el que ningún vehículo podía pasar y llegaron a una plaza con casas ubicadas a su alrededor. Un pozo de agua estaba en el centro de la plaza y los sonidos apagados de un niño llorando en algún lugar cercano les llegaban mientras continuaban a través del patio de tierra.

Alice buscó el conocido prostíbulo que se encontraba allí y, al llegar al extremo opuesto de la plaza, vio a un grupo de mujeres descansando en la puerta de un edificio, con vestidos rasgados y mostrando a los que se preocuparan por buscar los activos que tenían a la venta.

Vestidas como hombres, se acercaron con audacia a ellas, pero sus disfraces no las engañaron ni por un minuto.

—Bueno, bueno, bueno… ¿Qué tenemos por aquí? Jugando a disfrazarse, ¿verdad? Bueno, queridas, nos gustan todo tipo de juegos y, si eso es lo que les agrada, estamos de acuerdo, si tienen dinero para compensarnos, por supuesto.

Victoria jadeó y Alice puso los ojos en blanco ante la sensibilidad de su hermana. Pero no importaba, habían recibido una propuesta y estaban vestidas como hombres. —Nos gustaría alquilar una habitación por unas horas, una que tenga vista a la plaza.

—Oh, sí, quieres estar con la chica bonita y con nadie más. Sabemos en qué andan. —La puta sonrió y también lo hicieron sus amigas.

—Es mi hermana —dijo Victoria, con tono indignado.

El arrebato de su hermana solo hizo reír a las putas más fuerte. —Seremos solo nosotras dos en la habitación… y nadie más. Estoy más que dispuesta a pagar de forma generosa, si pueden mantener esas bocas cerradas sobre nuestra presencia esta noche.

Sus palabras causaron silencio instantáneo y la prostituta más antigua y al parecer de mayor rango, le lanzó un parpadeo de respeto y se adelantó.

—Que así sea, entonces, señores. Tenemos una habitación que es perfecta para ustedes y sus negocios privados.

Siguieron a la mujer arriba y como lo habían pedido les dieron una habitación que daba a la plaza. Su gran ventana, aunque sucia y con porciones de vidrio que faltaban en sus paneles cuadrados, era exactamente lo que necesitaban.

—Gracias. —Alice agradeció y le entregó a la mujer una moneda de oro.

Cerrando la puerta detrás de la mujer, se acercó a la ventana y se arrodilló junto a Victoria, que ya había levantado la ventana a mitad de camino para ver mejor la plaza.

—¿Qué edificio se suponía que era?

—El criado que soborné de la casa de Lord Arndel dijo que había entregado una carta a la casa en esta plaza con pintura roja en la puerta. —Alice estudió las casas y señaló cuando la vio. —Ahí está, ahí es donde Callum va a ir esta noche.

—Bueno, si Lord Arndel llega, al menos deberíamos verlo bien, ya que tenemos una visión clara de esa casa de campo.

—Sí —dijo Alice, con la esperanza de que lo que había asumido que estaba sucediendo, era la realidad. Después de todo, no había garantía de que Callum estaría aquí. Pero entonces, se suponía que se iría a Surrey mañana, así que solo tenía esta noche para pagar las deudas de su primo.

Un hombre grande y corpulento salió de la casa, junto al resplandor rojo de un cigarro parpadeando en el crepúsculo.

—Hay un hombre, —exclamó Victoria, escondiéndose detrás de la pared para que no la vieran.

—Victoria, no te verá, está demasiado interesado en las putas que hablan con él. —Alice estudió al hombre lo mejor que pudo, pero no lo reconoció. Llevaba ropa que se contradecía con las probabilidades de la zona en la que vivía, donde obviamente había gente pobre, familias que luchaban y putas que caminaban. Llevaba un traje oscuro, con buen corte, que le quedaba al cuerpo y parecía una tela de calidad.

Su cabello estaba peinado hacia atrás y parecía casi mojado con algún tipo de cera. Un pequeño bastón de madera colgado del bolsillo de su chaqueta y su abultado bolsillo de abrigo le dejó una sensación incómoda en su estómago. Estaba armado.

Victoria levantó el arma y se sentó contra el marco de la ventana. Alice hizo lo mismo, olvidando por un momento por qué estaban allí.

—Parece que está esperando a alguien, así que es una buena señal.

Alice asintió con la cabeza, con la esperanza de que ese fuera el caso. Al rato, el sonido de un caballo trotando en un camino adoquinado resonó en la noche. Su corazón se aceleró cuando Callum entró en la plaza, con un atuendo menos de moda que lo que estaba acostumbrada a verlo; deseaba pasar desapercibido en este entorno.

—Estate preparada para cualquier cosa, hermana, y sea lo que sea que hagamos a partir de este momento, recuerda que Lord Arndel debe salir vivo bajo cualquier circunstancia.

Victoria asintió. —Entiendo a la perfección.

…

El caballero mayor sonrió, cruzando los brazos contra su pecho abultado. —No pensé que vendría. Es agradable que usted, por lo menos, tenga más respeto por sus deudas que su primo.

Callum luchó para no perder los estribos con el prestamista. En verdad, estaba cansado de las amenazas del hombre y los negocios sórdidos. —Las deudas de mi primo, quiso decir. Yo mismo no les debo nada.

El hombre se encogió de hombros, sonriendo. —No me importa de quién es la deuda, siempre y cuando se pague en su totalidad. La última joya está muy atrasada.

Un indicio de inquietud enroscó su columna vertebral y Callum echó un vistazo alrededor de la plaza, sin ver a ninguno de los secuaces del hombre, pero sabiendo que estarían por allí en alguna parte. No lo dudaba.

—¿Tiene la joya que quería?

Callum metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un gran fajo de dinero en efectivo en su lugar. Los ojos del hombre brillaron de emoción mientras apoyó con fuerza el dinero en la mano extendida del prestamista. Callum aumentó la fuerza.

—No pude conseguir el broche, pero le estoy entregando una cantidad igual a su valor. Esto acaba de inmediato con nuestra asociación y la deuda de mi primo con ustedes. A partir de hoy, no tendremos ningún otro contacto o necesidad de correspondencia. ¿Queda claro?

El hombre sonrió, arrebatando el dinero y, sin molestarse en contarlo, lo colocó en el bolsillo de su propio abrigo.

—Supongo que el dinero va a servir también, pero venga, Lord Arndel. No nos apresuremos. Por lo que me han dicho, sus problemas financieros son muchos y crecientes. Puedo ayudarlo con eso, si me dejara.

Callum negó con la cabeza, de ninguna manera tentado por sus palabras. —El pago en su bolsillo es todo lo que tendrá de mí. No pida más. —Empezó de nuevo a caminar por donde vino, demasiado ansioso por irse a Surrey con Amelia, y, si podía probar su inocencia, con Alice.

—No tan rápido, primo.

Callum quedó inmóvil; se dio vuelta y vio a Liam salir de la casa detrás del prestamista. —Tenemos mucho que discutir, —dijo su pariente, haciéndole un gesto para que regresara.

—No lo creo.

Callum continuó y, antes de que tuviera la oportunidad de reaccionar, sintió el frío de un cuchillo contra la espalda, deteniendo sus pasos. ¿Dónde se había escondido ese tipo?

—Dese la vuelta, mi lord. No hemos terminado aquí.

Callum hizo lo que se le pidió, mientras su mente pensaba qué más podía hacer. No había pensado traer a nadie con él, ni siquiera a un sirviente, maldita sea, ya que había confiado en el hombre al que su primo debía dinero, creyendo que la transacción sería simple y volvería rápido.

¡Estúpido!

Debió saberlo mejor y ahora tendría suerte de salir vivo de aquí.

—¿Por qué no me sorprende verte, Liam? Siempre fuiste un mocoso mimado que disfrutaba pisoteando a los que pensabas que estaban debajo de tus botas.

Su primo simplemente sonrió. —Y tú eres un tonto que no verá otro amanecer.

Frunció el ceño; la idea de no volver a ver a su hija, Amelia, atravesó su mente e hizo hervir la sangre en las venas. ¿Quién la cuidaría y la criaría como se merecía? El pánico lo amenazó con consumirlo y tragó saliva. —¿Te importaría elaborar, primo? Me gustaría saber cuál es su plan.

—Oh, no hay ningún plan, aparte de que las autoridades te encontrarán flotando en el Támesis por la mañana. —Liam sonrió. —Pero entonces a nadie le importará, porque ¿quién extrañaría a un vizconde bastardo que nunca debería haber heredado el título en primer lugar?

—Soy el heredero legal y legítimo de *Kester House* y del título de vizconde. En caso de que me muera, lo van a considerar sospechoso. No seas tonto, primo, porque no es ningún secreto que el odio que sentimos el uno por el otro es mutuo.

El hombre solo se encogió de hombros. —Y, sin embargo, estoy impasible por tu difícil situación. Morirás esta noche y de la mano de mi caballero amigo a mi lado. —Liam sonrió de nuevo. —Porque, por supuesto, yo no podría hacerlo por mí mismo, aunque así lo quisiera. Maldición, este negocio es demasiado desordenado para las personas como yo.

El prestamista tiró hacia atrás su chaqueta de abrigo y apretó el mango del pedernal. Callum se preguntó si podía cargar al hombre, conseguir el arma, y posiblemente ganar ventaja.

Liam le hizo un gesto a su secuaz. —Encárguese de esto, hombre. Tengo otros asuntos que atender.

—La deuda está paga, ¿cuál es la razón detrás de matarme? No tiene sentido.

—Sé que naciste pobre, pero incluso pensé que eras más inteligente que eso. —Su primo gruñó. —¿Quién crees que hereda en caso de que mueras?

Tú lo harás.

Callum negó con la cabeza, preguntándose si el hombre ante él tenía algo que ver con la muerte del anterior vizconde, también. —¿Mataste a Robert también? Dime, querido primo, ¿no miraste lo suficiente en Debrett antes de sacarlo de tu camino?

—Robert era un cerdo... y estúpido. No fue difícil hacer que su muerte pareciera un accidente. Diablos, el hombre siempre caía por las escaleras o de los carruajes. No era tan difícil hacer de su ahogamiento en el Támesis un error temerario.

—Eres un bastardo —dijo Callum que, por primera vez en su vida, sintió lástima por Robert. Sí, el hombre había sido un patán, no tenía idea de cómo manejar una finca, o actuar con cualquier tipo de decoro, pero que lo asesinaran solo por codicia era imperdonable. —Te van a condenar por eso.

—Eso no va a pasar. Es mi palabra contra la tuya. Y si estás muerto...

—Y piensas que dos vizcondes, misteriosamente muertos durante el mejor momento de sus vidas, cuando el vizcondado podría ser tuyo, ¿no se verá sospechoso? —Callum sonrió. —Ahora, ¿quién es un tonto?

Sledmere lo miró un momento, con los ojos sin ningún tipo de emoción más que codicia y odio. Callum se dio cuenta de que el hombre tenía cerebro de corcho y sin sentido alguno.

—Es una suerte para mí tener amigos cuando se necesitan en estas situaciones, —respondió su primo y sonrió. —Aunque tú no sepas sobre eso; al haber crecido pobre, no tienes amigos. De hecho, —dijo, mirando a su alrededor. —Viniste solo. Solo; así es como morirás. Solo. Solo. Solo.

La furia corrió a través de Callum como un río de venganza. Si muriera esta noche, sería peleando.

Callum levantó el arma y Liam aplaudió, sonriendo —Sí, acabemos con esto ya. Tengo que asistir a un baile, tal vez uno en el que voy a cortejar a tu deliciosa Lady Alice y la tendré de espaldas antes de medianoche.

—Te voy a matar por eso.

Liam sacó un pequeño artículo del bolsillo de su abrigo y se lo entregó. La posesión más preciada de la duquesa de Penworth brillaba ante él.

—Fuiste tú quien robó el broche de esmeralda.

—Sí, lo hice. La duquesa habló una y otra vez en el baile y me contó todo sobre su encuentro con el bandido de Surrey y, finalmente, me contó que su hija había encontrado la reliquia unas semanas después. De una manera casi mágica, debo añadir. Entonces, cuando surgió una oportunidad, subí las escaleras y lo robé, ya que estaba en la lista de joyas que nuestro amigo mutuo deseaba adquirir. Fue solo para divertirme un poco, ya que me encanta ver a la gente molesta.

—Eres un sádico. —Callum no trató de ocultar la repulsión en su tono. Nunca había conocido a alguien que se esforzara tanto por herir y destruir a otros.

—Pero entonces —continuó su primo, ignorando sus palabras— te vi en el baile de Cavendish y te seguí a ti y a Lady Alice afuera. Debo decir que su conversación fue muy animada e interesante. Deberían darse cuenta de que siempre hay alguien que puede escuchar lo que están diciendo. Y bueno, primo. Has sido un niño malo.

—Diría que tú te has portado peor. Yo nunca maté a nadie.

—Sí... la muerte llega a los que se interponen en mi camino. Y cuando Lady Alice preguntó si fuiste tú quien había robado el broche, y habló del motivo por el que sospechaba de ti, no pude creer mi suerte. Después de que estés muerto, voy a poner este broche en tu bolsillo y, cuando te encuentren, Lady Alice te reconocerá como el ladrón mentiroso que eres. Yo voy a heredar y

todo va a estar bien. —Hizo un gesto hacia Callum y añadió: —Ahora acaben con él.

Callum se abalanzó sobre el prestamista, pero el estallido de un disparo y la brisa de una bala que pasó volando junto a su oreja lo hicieron caer al suelo. Golpeó con fuerza contra el patio cubierto de tierra. Su primo hizo lo mismo, los ojos del hombre muy abiertos por la sorpresa.

Callum miró alrededor de los edificios, tratando de ver de dónde provenía el disparo. Sobre el burdel, una columna de humo flotaba en el aire, pero no se podía ver al responsable.

Se puso de pie, notando que el secuaz de su primo estaba muerto, sus ojos miraban ciegos hacia el cielo nocturno.

Liam se arrastró hacia la pistola del prestamista y Callum buscó la suya, pero no lo suficientemente rápido. *Mierda*.

…

—Toca esa pistola, Liam, y estarás tan muerto como el hombre a tu lado.

Alice se acercó a Callum, sin apartar los ojos de su primo. Qué bastardo, y ¿cómo podría conseguir el perdón de Callum? Él *nunca* le habría robado, no después de prometer que no lo haría. Qué pensaría de ella: fue tan cruel al señalarlo con un dedo culpable, después de todo lo que habían compartido esas últimas semanas.

—¿Le dispararías a un baronet? No lo creo.

—Creo que deberías moverte para que podamos averiguarlo. —Alice lo miró fijo, esperando que pudiera sentir el odio que emanaba de ella por el problema que había causado. —Hay otras armas que apuntan hacia usted y los que dispararon a su amigo le van a disparar si intenta algo estúpido. A lo cual, si escuché bien la conversación, usted está acostumbrado.

—No puede probar nada. Nada de lo que dije aquí puede dañarme.

—Quizás no, —dijo Alice, encogiéndose de hombros. —Pero mi hermano es un duque que, corríjame si me equivoco, tiene más

influencia en la sociedad que usted. Y, un amigo mío, Lord Thetford, me habló de su conducta ayer en Tattersalls, lo que despertó mi curiosidad por su repentino interés por Lord Arndel. —Nunca nombró su propia presencia en la subasta. —Estaba confundida en cuanto a por qué intentaría rebajar el valor de los caballos a la venta, nada menos que de su primo. Tenía el presentimiento de que estaría aquí esta noche y tenía razón. —Alice podía sentir la mirada de Callum, pero no se atrevió a mover su atención de Sir Liam. —Usted, señor, no puede ser ahorcado por sus crímenes, pero me aseguraré de que nunca más se salga de la línea, no sea que tenga ganas de decirle a mi familia la verdad de todo, y lo digo en serio, —añadió, lanzando una mirada mordaz a Callum. —No tengo ninguna duda de que el primo de mi padre, el señor presidente del Tribunal Supremo de Londres, estará interesado en escuchar lo que tengo para decir. Siempre nos ha amado desde niñas y ha hecho un esfuerzo por permanecer en nuestra vida después de la muerte de papá. Mi palabra es ley para él.

Alice sonrió, observando con cara triunfal cómo el color de Sir Liam palidecía a un gris claro.

—Me pregunto si le interesaría saber cómo se prostituyó con Arndel. Dudo que confíe en su palabra, si supiera que abrió las piernas para un salteador de caminos. Él es la ley, después de todo.

Sus palabras hicieron que un hilo de miedo la atravesara, pero se mantuvo firme. No podía vencerla ni seguir dañando a Callum. Sir Liam dio un paso atrás y ella se quedó quieta.

—¿Tengo su palabra de que mantendremos en secreto su participación en la muerte de Richard, si no menciona el pasado de Arndel?

El baronet sonrió, deslizándose un poco más cerca del arma que yacía en el suelo. —Voy a tener que pensar en ello, ya que no estoy seguro de lo que haré.

—Déjalo hacer lo que quiera, Alice. No puede probar nada.

Las reconfortantes palabras de Callum la llenaron de resolución y, apuntando a la pierna del hombre, disparó. Sir Liam bajó aullando, agarrándose su miembro.

—Me disparaste. Maldita sea, vete al infierno. ¿Cómo te atreves a dispararme?

Alice se acercó al arma que estaba no muy lejos de él y la pateó. Metió la mano en el bolsillo del prestamista y sacó el dinero que Callum le había dado y el broche y se metió ambos en el bolsillo. El primo de Lord Arndel se dio la vuelta cuando ella se acercó. —Me atrevo todo lo que quiero, señor. Tome esto como una advertencia. Lo voy a perseguir y destruir, si busca arruinarme a mí o a alguien de mi familia. Tengo más amigos en las altas esferas y no creo que desee embarcarse en una guerra que no ganará.

Una serie de maldiciones salieron de la boca de Sir Liam cuando Victoria se acercó a ella.

Victoria arqueó la ceja, sonriendo un poco. —¿Le duele, sir Liam? Por lo que puedo decir, es solo una herida superficial. Nada demasiado serio. Está actuando como un bebé.

Alice sonrió cuando las palabras de su hermana solo provocaron más malos modales.

—Buenas noches, señor, y buena suerte donde sea que lo lleve su vida.

Alice agarró a Callum del brazo y lo arrastró hacia la calle. El carruaje esperó un poco por la carretera adoquinada y Alice suspiró aliviada, agradecida de que el hombre hubiera cumplido su palabra y los hubiera esperado.

—¿Ese es su caballo, Lord Arndel? —preguntó Victoria, caminando hacia el animal.

—Sí, —respondió, encontrando la mirada de Alice y enviando un derroche de emociones que corrían por su sangre. Expectativa, alivio, miedo y otra emoción tan grande, que estaba demasiado asustado para expresarla en voz alta.

—Lo voy a llevar de regreso a Mayfair, si me lo permiten. Creo que Alice y usted tienen cosas que discutir.

Alice observó con no poco asombro cómo su hermana menor montaba sin ayuda y trotaba hacia la noche. Se volvió y le hizo un gesto a Callum para que se uniera a ella. —¿Vamos? —preguntó, dando un paso hacia el carruaje.

Él la siguió sin una palabra, solo tocándola para ayudarla a subir al carruaje antes de sentarse frente a ella. Gritó la dirección al conductor y Alice se preguntó qué estaba pasando por su mente. Probablemente mucho, considerando la noche que habían tenido.

—Di algo, —dijo, incapaz de soportar el silencio un momento más. ¿Estaba enojado con ella? ¿La amaba tanto como lo amaba a él? ¿Le repugnaban sus acciones o las suyas propias? Todos esos pensamientos daban vueltas en su mente mientras las ruedas rodaban sobre la carretera.

—Estoy luchando por formar las palabras. —Se pasó una mano por la mandíbula y ella esperó, tratando de ser paciente mientras debatía dentro de sí mismo.

—¿Estás enojado o molesto?

Él sonrió un poco, sacudiendo la cabeza. — Para nada. De hecho, estoy destrozando mi cerebro para encontrar las palabras que expliquen cuánto te adoro.

El alivio la inundó y sin pensarlo, se arrojó a sus brazos, agradeciendo la sensación de ese fuerte agarre sobre su cuerpo. Se apartó un poco y lo miró fijo.

—No sabes lo contenta que estoy de escuchar eso, porque yo también te adoro. Lo siento mucho, pensé que eras un ladrón. Debí haber confiado en tu palabra. Entiendo que estabas desesperado. Esos hombres horribles te chantajearon y la seguridad de tu hija era primordial. Lo siento, siento mucho que una deuda que no era tuya haya sido impuesta sobre tu espalda.

Él le apartó un mechón de pelo de la cara que se había soltado de la peluca y le pasó una mano por la mejilla.

—No te di muchas razones para confiar en mí. Después de todo, era el bandido de Surrey.

—Me prometiste que te habías detenido y no debería haber dudado de ti. —Alice se sentó más cómoda sobre sus piernas, rodeando su cuello con los brazos. —Dime que me perdonas. Por favor.

Callum asintió. —Te perdono, por supuesto. No tengo otra opción.

Incapaz de contenerse, Alice lo besó, amando la sensación de sus labios y el hecho de que él no parecía tener suficiente de ella a cambio. —Dime, —preguntó, retrocediendo justo cuando el beso se volvía más profundo. —¿Qué vas a hacer ahora que vendiste todos tus caballos? ¿Te va a ayudar el dinero que le quité al prestamista a recuperar tu posición financiera?

—No puedo permitirme volver a comprar los caballos, porque, aunque Liam intentó degradar su valor, obtuvieron un precio digno. El dinero se destinará a arreglar la propiedad y plantar las cosechas de este año, ahora que se lo quitaste al prestamista. La cría de caballos tendrá que esperar.

El dolor que atravesó su rostro le desgarró el corazón, pero se guardó para sí misma que, de hecho, había comprado sus caballos y, por lo tanto, no todo estaba perdido. —Lo siento mucho, Callum. Pero debes saber que hiciste todo lo posible para solucionar un problema que, para empezar, no era tuyo. Sí, te obligaron a convertirte en salteador de caminos, pero no fue tu elección.

—El bandido de Surrey nunca fue quien era yo y nunca voy a perdonar a Robert o Liam por crear este lío. Estaba desesperado por mantener a Amelia a salvo; los prestamistas habían demostrado lo fácil que era llegar a ella y no podía tomarme sus amenazas a la ligera. Mientras haya miembros de la *sociedad* que nunca recibirán de vuelta las joyas que robé, me siento horrible al pensar en todo por lo que los hice pasar.

Le sonrió. —Cuando la gente se enfrenta a dilemas que parecen más allá de su capacidad, suele actuar de forma precipitada. Luchaste contra aquellos que te pidieron cosas descabelladas, encontraste otra forma de obtener lo que querían sin costo para nadie más que para ti y te admiro aún más por ello.

Callum sonrió entre dientes y el profundo estruendo hizo que sus entrañas se agitaran. —Callum, tengo una pregunta.

— ¿Qué pasa? —preguntó, acercándola más.

Alice ajustó su asiento, moviéndose para acortar aún más el espacio entre sus cuerpos. El calor se extendió a través de sus extremidades y ronroneó por dentro cuando la mirada de Callum se oscureció con deseo. —¿Quieres casarte conmigo, mi lord, y

convertirme en una mujer honesta? —Ella sonrió cuando sus ojos se abrieron en estado de shock. —Y, si lo haces, te prometo que Amelia no va a pasar necesidades. Ni ahora ni en el futuro cuando se presente a la sociedad. Déjame amarlos a los dos.

Sus ojos brillaron y parpadeó rápido. —Se supone que yo debo hacerte esa pregunta y ser el hombre que te cuide. No al revés. —Hizo una pausa, mientras la preocupación nublaba su mirada. —No te merezco.

Alice lo hizo callar. —Como dije, mi lord, no tuve una educación convencional, hija de un duque o no. Hacemos las cosas de manera diferente en la casa de los Worthingham. Y nos merecemos el uno al otro. Nunca digas lo contrario.

—Mis acciones de este año son prueba suficiente de que eres demasiado buena para mí. Además de cómo te traté la temporada pasada: solo muestra lo canalla que fui.

—¿Me vas a decir por qué me llamaste niña rica y mimada? No es que crea que piensas eso, pero tengo curiosidad por saber por qué me desaprobabas tanto.

—No tengo otra excusa que el estrés de haberme convertido en el nuevo vizconde Arndel y los problemas financieros que trajo consigo. Lamento haberte llamado así. Puede que seas rica y mimada, pero eso no mancha tu alma por dentro. Eres tan pura como un ángel y cariñosa con cualquiera que lo necesite. Te amo, Lady Alice Worthingham. Más de lo que creía posible que un hombre pudiera amar a una mujer.

Alice se mordió el labio para detener el flujo de lágrimas.

—¿En serio?

Nunca le había dicho esas tres pequeñas palabras antes y escucharlas fue el momento más maravilloso de su vida.

—Así es, —dijo, con tono serio.

—Bueno, entonces, supongo que será mejor que diga que yo también te amo… y siempre lo voy a hacer.

Él sonrió y ella lo besó. Con pasión. El abrazo duró un rato y Alice tuvo que apartarlo para que el beso no los llevara a otro encuentro escandaloso como el de la cabaña.

—Aún no has respondido a mi primera pregunta. —Él levantó las cejas y ella le dio una palmada en el hombro. —Callum, respóndeme.

Le quitó la peluca, pasando la mano por sus largos mechones. —Me voy a casar contigo y tú te vas a casar conmigo y nos amaremos de forma salvaje.

—¿Salvaje? —A Alice le gustó cómo sonaba la palabra, ya que, en verdad, les sentaba bien. —Te ruego que me digas, ¿qué tan pronto puede tener lugar este matrimonio salvaje?

—Tan pronto como sea posible, porque odiaría que estuvieras encinta.

Alice frunció el ceño. —Pero no lo estoy. Ya te lo dije.

Por suerte, su período menstrual se había ido tan rápido como había llegado. Su sonrisa maliciosa hizo que el calor floreciera en sus mejillas. —No podemos hacer eso aquí, mi lord.

Callum abrió el botón superior de su chaleco. —Le disparaste a un señor en la pierna... creo que tú, Lady Alice Worthingham, puedes hacer lo que quieras.

Debería sentirse avergonzada por su declaración, pero no le importaba lo suficiente Sir Liam y sus viles acciones como para hacerlo. En cambio, profundizó en el comportamiento escandaloso de su prometido y disfrutó del viaje de regreso a Mayfair, tanto en el carruaje como en su regazo.

EPÍLOGO

Callum levantó la vista de su escritorio cuando la puerta de la biblioteca se abrió y las dos mujeres que amaba más allá de todo entraron en la habitación, tomadas de la mano, con sonrisas que solían derretir el corazón de cualquiera.

Llevaban casados un mes y Callum tenía que admitir que había sido el mejor mes de su vida. Encontrar otra mujer a quien amar y que confiara en él, que fuera su mejor amiga y confidente, fue más de lo que jamás hubiera esperado. Y que Alice conociera sus defectos y aún lo amara, multiplicaba por diez su afecto por ella.

La adoraba.

—Ven, Amelia y yo tenemos una sorpresa.

Se puso de pie, rodeó el escritorio y levantó a Amelia, balanceándola como le gustaba. — ¿Qué es?

Amelia sonrió, acercando un dedo a su nariz. —No podemos decírtelo, papá. Tienes que verlo tú mismo.

—*Mmm*, —dijo, tomando la mano de Alice y dejándola llevarlo hacia el frente de la casa.

—Ahora, cierra los ojos, —le pidieron. La puerta principal se abrió y la brisa fresca del exterior pasó a través de su piel. Tomándolo del brazo, lo guio hacia la entrada y lo detuvo en lo que supuso era el umbral. —Ahora puedes mirar.

Lo primero que vio fue a Amelia bajar corriendo los escalones de la entrada, antes de que el movimiento le llamara la atención y viera

a Bandido, su preciado semental. Detrás de Bandido estaban todos los caballos que había vendido en Tattersalls.

Callum no era un hombre que sucumbiera a las emociones, pero se emocionó mucho al verlo. —Los compraste todos. ¿Cómo? ¿Cuándo?

Salió y caminó hacia Bandido, examinándolo mientras Alice lo seguía de cerca.

—Fue fácil. Hice que el amigo de mi hermano, Lord Thetford, me los comprara. Amenacé con dispararle si no compraba los caballos en Tattersalls. Él estuvo de acuerdo, por supuesto.

Callum sonrió y la abrazó. —Dime que no hiciste eso.

Alice le sonrió y su corazón estalló de afecto por la mujer en sus brazos. La amaba mucho.

—Por supuesto que no, —dijo con una sonrisa. —Simplemente endulcé el trato diciéndole que hablaría bien de él a una dama que le interesaba y estuvo de acuerdo.

Volvió a reír. —No puedo creer que hayas hecho eso.

Ella envolvió los brazos alrededor de su cintura sonriendo. —Hice todas esas cosas, porque tu felicidad es la mía. Conocemos a Lord Thetford desde hace muchos años y es un buen hombre. Y ahora, —dijo, mirando a Bandido, —tus caballos están en casa de nuevo.

Callum asintió.

Casa.

Hace dos años, nunca hubiera pensado que *Kester House* se llamaría así, pero ahora, ahora era su hogar: un lugar para criar a Amelia y, si Dios quiere, más niños cuando llegara el momento. Un lugar para hacer recuerdos y vivir su vida al máximo.

Su hija corrió hacia él, riendo, y él la tomó en brazos, abrazando a sus dos damas favoritas.

—Gracias por mi regalo. Es el mejor de los regalos, —añadió.

Amelia lo besó en la mejilla.

—Feliz día de la boda, papá.

Se encontró con la mirada de Alice: quiso transmitirle todo lo que había llegado a significar para él y que siempre sería así.

—Sí, es un día muy feliz, mi niña. Así es.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Heredera

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

Acerca de la autora

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se orginó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.